
HQÑ™
El secreto de
LOBO BLANCO
KATE BRISTOL

Portadilla

El secreto de LOBO BLANCO

KATE BRISTOL

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2020 Jane Brill, 2025 Kate Bristol
© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
El secreto de Lobo Blanco, n.º 417 - mayo 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta: Shutterstock

I.S.B.N.: 9788410744950

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Notas
Si te ha gustado este libro…

Dedicatoria

A las mujeres valientes que llevan las riendas de su destino

Prólogo

Unos pies descalzos se adentraron en el bosque como perseguidos por el diablo. Las huellas que dejaban a su paso formaban huecos irregulares pintados de escarlata. El terso lienzo de unas pantorrillas estaba siendo profanado por crueles zarzas, que arañaban su blancura y marcaban limpios trazos de sangre que goteaba por los débiles tobillos.

Los ojos color esmeralda de la muchacha brillaban de terror. Pero en la oscura noche, solo podían ver los troncos largos y deshojados de los árboles que se alzaban hacia el cielo como si fueran garras. Estos se movían a toda velocidad cual lanzas que amenazaban con punzar su piel a través de la espesa niebla que lamía el lecho del bosque.

Ella sabía que el demonio la acechaba y que pronto cumpliría su objetivo.

En la nuca notaba el gélido aliento del miedo que solo el diablo encarnado sabía incitar. Él se estaba tomando su tiempo, le otorgaba una escasa ventaja para así darle más emoción al acecho. Jugaba con ella, como lo haría un gato de dulce aspecto y corazón cruel, cuyo mayor pasatiempo es retozar con su presa preferida; un pequeño e indefenso ratón herido, repudiado por todos, a quien nadie echaría en falta.

Ella lo sabía.

Sabía que cuando estuviera exhausta la alcanzaría sin dificultad, para luego recrearse en el más macabro de los juegos: un

pasatiempo en el que tan solo él gozaría. Una violenta travesura que le provocaría la agonía más insufrible y la completa perdición del alma.

De súbito, la sombra de algún osado ser vivo se cruzó en el camino y le hizo ahogar un grito aterrador.

Por un momento creyó que había llegado el final.

El corazón latió frenético, mientras se llevaba la mano a la boca. Si gritaba, estaba perdida.

Volvió la cabeza hacia atrás y solo vislumbró la niebla que se cerraba a su paso, ocultando los avances de la muerte. No podía verlo, pero lo sentía cerca. Cuando el aire empezó a ser insuficiente, cuando los agarrotados músculos empezaron a fallarle y sus huesos se estrellaron contra el suelo, supo que el final estaba cerca.

Intentó levantarse en un último arrebato de rebeldía, pero trastabilló y rodó por un terraplén.

Un mal punzante en el costado impidió a la muchacha ponerse en pie. Se quedó echada boca arriba, rendida, con los ojos desorbitados de puro terror.

Mientras aguardaba el cruel desenlace, escuchó sus pasos sobre la hojarasca. Él estaba ahí, acercándose con lentitud, con el único y estudiado fin de horrorizarla. Intentó contener la respiración para no delatar su posición y jirones de vaho se escaparon de su boca.

Él ya sabía dónde estaba, lo había sabido todo el tiempo.

Primero fue la risa cruel y, acto seguido, el grito aterrado de ella, llenando la noche.

Después… no hubo más sonido que el cuchillo en la carne.

Capítulo 1

—Sunshine, eres maravillosa.

Elisabeth le dedicó a la gallina coja la más bonita de las sonrisas, a la vez que depositaba en el cestillo media docena de huevos. Esparció grano para que todas picotearan y caminó hasta la salida del corral. No podía entretenerse. Tenía cosas que hacer, y no demasiado agradables.

La señora Baker, que hacía las veces de ama de llaves y cocinera, y que acababa de sacar una tarta de manzana a enfriar sobre la repisa de la ventana, se atrevió a reprenderla.

—Señorita Elisabeth, no hay necesidad de que se ensucie el vestido con el barro del gallinero. Yo misma o cualquiera de las chicas podemos realizar esta tarea tan impropia de una dama.

Elisabeth Winston puso los ojos en blanco. Era cierto que la señora Baker y las chicas la veían como una joven dama a la que mimar, pero ella no era solo la única hija del que había sido uno de los rancheros más prósperos de Texas. No, ella era algo más: la actual capataz en funciones de ese mismo rancho.

—Son para Lorelay Greenwood —informó, mientras hacía malabarismos para cerrar la puerta del gallinero sin que Sunshine la siguiera como un pollo enmadrado—. Esta misma tarde voy a hacerle una visita.

La mujer no pudo disimular la inquietud y entrelazó los dedos nerviosa.

—Pero si el señor Butler ha dicho que vendría hoy a visitarla… —alegó, con la intención de disuadirla. Aunque poco lograría con la presencia del apuesto administrador, pues cuando a la joven señorita se le metía algo entre ceja y ceja, era imposible hacerla cambiar de opinión.

—He avisado al señor Butler de que asuntos más importantes me requieren —replicó Elisabeth. Como era de esperar, no iba a cambiar sus planes porque el administrador quisiera cortejarla—. No tengo tiempo para él mientras una pobre mujer necesita mi ayuda.

La señora Baker se horrorizó.

—¡Oh! Mi niña, no le habrá dicho esas mismas palabras, ¿verdad?

Elisabeth ocultó una sonrisa y cambió de tema.

—¿Ya está listo el pan? Si es así, le llevaré dos hogazas.

En el rostro casi siempre dulce de la señora Baker se reflejó un atisbo de contrariedad.

—Señorita. —La mujer demostró el miedo y el enfado en el tono de voz—. No debería ir sola a esa cabaña perdida en mitad del bosque. Ese Michael Greenwood es…

Elisabeth se apartó con brío un mechón rebelde que le escapaba del moño bajo. Sus ojos reflejaron la absoluta repulsa que sentía hacia ese individuo.

—Si Greenwood se dedicase a trabajar, en lugar de derrochar en la taberna de Riverplace los pocos peniques que obtiene con la leña que extrae de forma ilegal de los bosques de Lobo Blanco —puntualizó Elisabeth—, no se vería en la obligación de soportar mi presencia tan a menudo.

Lo que salió de la boca de la señora Baker fue un gemido. Pensó en que Elisabeth Winston era demasiado temeraria para su gusto. Nada les horrorizaría más a ella y a sus chicas que a la muchacha le pasara algo.

—Señorita…, es un hombre peligroso —argumentó. Como si esas dos últimas palabras lo definieran todo.

No era un secreto la afición de Michael Greenwood a golpear a su joven esposa, y muchos aseguraban que era especialmente cruel cuando guardaba entre pecho y espalda unos cuantos tragos de más. Pero Elisabeth no era una mujer que se amedrentara con

facilidad. Tras el fallecimiento de su buen padre dos años atrás, decidió dedicar su vida al rancho y a sus tierras, y eso quería decir también que iba a cuidar a todos los que estaban en ellas y la necesitaran.

—Lo lamento, pero hasta que el misterioso heredero de mi padre se digne a aparecer y a reclamar su herencia, estas son mis tierras. —Y asintió, creyendo firmemente en lo que decía—. Haré en ellas lo que crea conveniente, y si eso es amonestar al salvaje de Michael Greenwood, que así sea.

La señora Baker suspiró. Ya sabía que había perdido la batalla antes de empezar.

—Está bien —cedió—, le prepararé las hogazas de pan.

—Gracias. —A pesar de que sabía que había contrariado a la buena mujer, Elisabeth sonrió.

Dicho esto, abandonó el patio con el rostro contraído, no a causa del miedo, sino por el coraje, y entró en el caserío como una exhalación.

Se miró en el espejo para sacudirse la tierra de sus ropas. Ese día llevaba un vestido gastado, de un azul que hacía tiempo había perdido su brillo. No iba a cambiarse, aunque usar pantalones, como en tantas ocasiones hacía, le sería mucho más cómodo para hacer el recorrido hasta casa de Lorelay.

Si alguien la hubiera visto montar con pantalones, tampoco hubiese sido el fin del mundo. Solo sería una anécdota más que contar acerca de la excéntrica señorita Elisabeth Winston, quien había dejado de ser bienvenida en los salones de té de Riverplace, cuando habían confirmado de su propia boca que ayudaba a mujeres de dudosa reputación a salir adelante en la vida. Esas acciones de las que se sentía orgullosa la habían llevado de forma irremediable al suicidio social.

Por otra parte, las personas que la querían… la veían de forma bien distinta. Para ellos, Elisabeth era una mujer inteligente, noble y, tal vez, demasiado ilusa al intentar cambiar las maldades del mundo. Su viejo padre solía describirla como una belleza con la cabeza llena de pájaros y más tozuda que la vieja *lady* Templeton, la mula que en aquellos momentos dormitaba en el establo.

A Elisabeth le hubiera gustado pasar más tiempo con su padre, pero al enviudar, pensó que su educación debía depender de alguien más competente que él, y la envió a un prestigioso internado en Houston. Por descontado, las pobres institutrices no lograron enderezar a la chiquilla, que regresó a casa con ideas renovadas y un ejemplar de Marie de Gournay[1] bajo el brazo.

En su presentación en sociedad, anterior al fallecimiento de su padre, no solo no consiguió el resultado que él esperaba, el de conseguirle un marido a su hija, sino que le proporcionó la base para ser la comidilla de Riverplace con sus ideas feministas y revolucionarias.

No la molestó empezar a convertirse en una paria. La señorita rebelde halló insulsa e hipócrita la vida social de las mujeres de su posición, y las dudas que siempre había albergado hacia el matrimonio se transformaron en una absoluta reticencia a encontrar esposo.

Se miró al espejo; se consideraba hermosa, pero no hasta el punto de que los hombres perdieran la cabeza por ella y pasaran por alto su mal carácter ante las injusticias. Si no se sentía en presencia de ellas, Elisabeth se consideraba una mujer muy dulce y cabal.

Con el ánimo reverdecido a causa de la inminente visita a Lorelay, Elisabeth entró en la cocina, colocó parte de los huevos en la alacena y escogió dos apetitosas hogazas de pan que olían de maravilla.

—¡Listo!

Preparada, se fue directa a los establos y, tras premiar a todos los caballos y a *lady* Templeton con unos azucarillos, ensilló a Winter. Miró pensativa a su yegua. Podía montar a horcajadas, pero… ¿y si podía convencer esta vez a Lorelay para que abandonara a su esposo y se fuera con ella o a la casa de las chicas?

—Sí, será mejor preparar la carreta. Quién sabe, quizás hoy tengamos suerte.

Tal como le había susurrado a Winter, les separaba un largo paseo hasta su objetivo. Pero después de un recodo del camino, con

árboles mustios bajo el sol de la tarde, Elisabeth llegó a su destino.

La visión de la cabaña le hizo sentir un repentino escalofrío.

Observó a su alrededor mientras ataba a Winter y, tras comprobar que la vieja mula de Greenwood no estaba en el establo, suspiró aliviada. No obstante, al acercarse a la puerta, escuchó el débil pero también desconsolado llanto de la joven embarazada, y no pudo evitar sentir rabia antes de llamar a la puerta.

Los sollozos cesaron de inmediato ante los sonoros golpes.

Elisabeth aguardó, pero transcurridos unos minutos sin que nadie abriera, insistió.

—¿Lorelay? —preguntó, con ánimo—. Soy yo, Elisabeth. ¡Vamos! ¡Sé que estás ahí!

Momentos después, una joven rubia de ojos azules llenos de lágrimas se asomó con timidez.

Al percibir el estado de indefensión de Lorelay, Elisabeth sintió nacer un brote de cólera en el pecho, pero optó por despedir ese sentimiento y comportarse con dulzura; lo último que necesitaba aquella pobre muchacha embarazada de siete meses era otro motivo más de preocupación.

—Buenos días, querida. —La señora del rancho Lobo Blanco le dedicó a Lorelay una bella sonrisa, a la vez que le mostraba una cesta repleta de manjares—. He traído huevos frescos, tocino, pan recién hecho y unos pastelitos de manzana que acaba de preparar la señora Baker.

La joven reaccionó, se secó el rostro con el dorso de la mano e intentó expresar una trémula sonrisa que desembocó en una extraña mueca.

Tal como pensaba, Elisabeth vio que tenía el pómulo izquierdo enrojecido y las muñecas amoratadas, pero se tragó la indignación.

—Elisabeth —la llamó así porque sabía que a ella no le gustaba que la llamaran señorita Elisabeth—, no era necesario que…

—Sí. —Cabeceó—. Me temo que todo esto es muy necesario.

Elisabeth entró en la cabaña y colocó el cesto sobre la mesa, al tiempo que ignoraba el desorden que reinaba.

La esposa del leñador paseó la mirada nerviosa a su alrededor, hasta que encontró una silla. La colocó junto a la mesa y se sonrojó,

avergonzada por el desorden que imperaba en el hogar.

—¿Desea una taza de café? —preguntó, tímida, con los dedos entrelazados de puro nerviosismo—. No es de la calidad que usted está acostumbrada, pero…

—Gracias. —Sonrió Elisabeth—. Me encantaría.

Mientras Lorelay ponía a hervir agua en un cazo sobre el fuego de la chimenea, Elisabeth constató que allí había acontecido una pelea. Cacharros de cocina estaban esparcidos por el suelo y parte de una bonita vajilla hecha añicos. Sin embargo, en la pequeña cabaña no había ni rastro de polvo ni de suciedad, y un sencillo catre cubierto con mantas lucía dispuesto con cuidado.

Soportando estoicamente la indignación, Elisabeth aguardó a que la muchacha le sirviera el café y volvió a sonreír. Diría un par de palabras amables y después… le comunicaría lo obvio: que, en su estado, quizás no sobreviviera a una paliza más.

Elisabeth removió el líquido humeante con una pequeña cucharilla de plata y observó el objeto con detenimiento. No pasó por alto la belleza de la pieza, que, además de su dueña, parecía ser lo único de valor en aquella destartalada choza.

Y de súbito, recordó lo que se decía de Lorelay Greenwood en Riverplace. Su apellido de soltera había sido McAllister, y era la hija de un emigrante escocés que había hecho una gran fortuna en Houston con el ferrocarril. Tras enamorarse perdidamente de Michael Greenwood, por aquel entonces un simple peón de la empresa de su padre, huyó con él para casarse en secreto y poco después se quedó preñada.

Greenwood era un hombre bien parecido, pero también un vividor que, tras no recibir ni un dólar, mucho menos el respeto de McAllister, mostró su verdadero rostro ante la pobre Lorelay, que sufrió su ira y su despecho. Constantemente le echaba en cara su exquisita educación para justificar su propia bajeza, alegando que era una completa inútil. Por descontado, nada de eso era cierto, Lorelay era una joven muy trabajadora, que se esforzaba al máximo en las tareas del hogar y hacía más de lo que podía, teniendo en cuenta su actual estado de buena esperanza, pero Elisabeth sospechaba que Greenwood lo hacía con el único fin de humillarla

para apaciguar así un gran complejo de inferioridad. Lo peor de todo era que el muy canalla lo había logrado, pues Lorelay había perdido por completo el valor y el amor hacia sí misma.

Pero Elisabeth había decidido que eso se iba a terminar.

—Lorelay, ¿has escrito a tu madre para decirle que va a ser abuela? —indagó. Quizás si sus padres lo supieran, aceptarían a su hija y al niño de vuelta. Solo tenía que convencerla para irse con ella, y así librarse de su marido.

Lamentablemente para los planes de Elisabeth, Michael Greenwood entró dando un portazo antes de que la muchacha pudiera responder.

Elisabeth no se inmutó, pero Lorelay dejó visible el pánico que sentía.

—¿A quién se supone que tienes que escribir, Lorelay?

Michael Greenwood era rubio, de rostro viril, nariz augusta y silueta proporcionada; sin embargo, todo lo que antes le había parecido hermoso en él, a Lorelay se le antojaba ahora pavoroso.

Consciente de ello, Greenwood se acercó hasta su joven y aterrada esposa tambaleándose, con una cínica sonrisa en el rostro y despidiendo un aliento a *whisky* que incluso Elisabeth detectó desde su alejada posición.

—Por el amor de Dios… —murmuró, llevándose una mano a la frente e intentando que su furia disminuyera.

Al escucharla, Michael reaccionó.

—¿A qué debemos su real visita, «*milady*»? —La última palabra la pronunció con marcado desdén.

A pesar de que los azules ojos de Michael Greenwood rezumaban peligro y su expresión corporal advertía agresividad, Elisabeth no se dejó intimidar, al contrario, un indómito brote de ira y el deseo irrefrenable de propinarle al tipo un puñetazo en su bonito rostro, seguido de un puntapié en sus partes nobles, la embargó.

Obviamente se contuvo, Greenwood era peligroso, Lorelay estaba aterrorizada y dos mujeres jamás podrían plantar cara con éxito a ese pedazo de carne sin cerebro.

«Debería haber traído el revolver», pensó. Pero como no lo había hecho, optó por ser correcta. Alzó el mentón y, sin dejar de sonreír,

respondió a su pregunta.

—A pesar de que hace tiempo que nos deshicimos del gallo, en Lobo Blanco nos sobran gallinas. He pensado que a Lorelay le vendría bien la docena de huevos que he traído para ella.

Elisabeth deseó con toda el alma que la expresión pareciera sincera. Por desgracia, era un libro abierto, y eso no le sentó nada bien a Greenwood. Aunque se sorprendió de que semejante imbécil supiera comprender la ironía.

—Lo que a mi mujer le sentaría bien es ponerse a trabajar.

Elisabeth se vio en serias dificultades para ignorar la rabia que sintió al escuchar las palabras de ese hombre. Pero le acababa de dar una idea…

—De trabajo es precisamente de lo que quería hablar con Lorelay. Sé que borda muy bien —eso era cierto— y que es muy buena con las conservas. —De eso no tenía ni la más remota idea—. Por todo ello, quisiera que viniera más a menudo a mi rancho, para ayudar.

Él se la quedó mirando desde lo alto, como si Elisabeth no fuese más que un insecto. Lorelay, por su parte, no abrió la boca. Como señorita sabía bordar, pero nada de hacer conservas, ni tampoco comprendía por qué Elisabeth decía aquello.

—Por supuesto, se le pagaría un sueldo.

El rostro de Michael cambió por un momento.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente para que esté contento. ¿Quizás mañana ella podría venir al rancho? —Elisabeth lo miró a los ojos. Estaba claro que no podría llevársela de allí en contra de la voluntad de su esposo. Pero si ella iba con su bendición, y después desapareciera misteriosamente…—. ¿Qué me dice?

Tras unos segundos de silencio que a Elisabeth se le antojaron eternos, Michael Greenwood se inclinó sobre ella.

—No me cae usted bien —dijo—. Sé lo que dice la gente por ahí. Que tiene a prostitutas en su casa. —Él asintió, convencido de su decisión—. No quiero que mi mujer se mezcle con sus rameras, ni con usted.

Elisabeth perdió la paciencia, se puso de pie y lo enfrentó.

—¡Es usted un miserable patán!

—¡No! —Lorelay fue quien gritó primero, dirigiéndose a su esposo —. No le hagas daño. Vete, Elisabeth, por favor. Vete ahora.

Lorelay temblaba como una hoja y Elisabeth se apiadó de ella.

—Muy bien —dijo la dama, mientras se alisaba la falda del vestido con un nerviosismo que se afanó en disimular—, me marcho ahora. Pero, créame, Greenwood, cuando le digo que volveré.

Ese desafío divirtió al bastardo, quien se dobló en dos riéndose tan fuerte que se le saltaron las lágrimas.

Elisabeth apretó los puños y, mirando por última vez a Lorelay, se marchó de allí.

Una vez en el exterior, se permitió expresar en el rostro toda la rabia y la preocupación que sentía. Apretó los puños y golpeó con fuerza el suelo. Luego expulsó un hondo suspiro para calmarse, fue hasta Winter y le palmeó el cuello.

—Vamos, amiga, al final no llevarás tanta carga como había pensado.

Echó un vistazo a la cabaña antes de ponerse en marcha, y tuvo la corazonada de que no había perdido la guerra. Nadie la ganaba en cabezonería y más cuando se trataba de salvar a mujeres indefensas.

La yegua estaba nerviosa y, de pronto, una repentina ráfaga de viento le provocó un escalofrío. Se abrigó con el chal y miró cómo el bosque empezaba a agitarse a su alrededor.

Se avecinaba una tormenta.

Capítulo 2

Henry Alexander Cavill alzó la vista al cielo para constatar que su estado de ánimo coincidía exactamente con el tiempo: su viaje estaba a punto de hacer un alto, y eso le producía un terrible malestar.

Para el espíritu nómada de Henry, estar en constante movimiento era vital. Prefería las noches al aire libre bajo las estrellas, el viento golpeando su rostro mientras galopaba sobre una extensa llanura, los sonidos que invadían los bosques en las noches de luna llena y el dulce aroma de la tierra al llover. Solo la naturaleza y la soledad eran capaces de proporcionarle la paz que su alma tanto ansiaba.

Presionó ligeramente los flancos de Cochise hasta ponerlo al trote. No le dirigió orden alguna a Sombra, sabía que la loba estaba allí, oculta entre los árboles. Podía sentir la atávica mirada de su amiga clavada en la propia nuca. Sonrió. No solo le gustaba, sino que le resultaba adictivo. Ella era, como bien decía su nombre, la sombra que jamás lo abandonaba, como si se tratase de una extensión de sí mismo. De carácter exacto a Henry, era callada, solitaria, desconfiada y siempre atenta. Ambos se sentían cómodos en la oscuridad y no tenían problema con la soledad.

El hombre no había tenido una infancia fácil.

A los cinco años perdió a su madre, una joven de Boston que se desposó con un empresario de Houston, del cual había heredado una gran fortuna. En vida, el viejo se vanagloriaba de ser uno de los fundadores de la ciudad, un tipo de mano férrea y agrio carácter.

Fue un hombre despiadado con sus semejantes y jamás sintió el mínimo aprecio por nadie, mucho menos hacia su hijo, del cual se desprendió pronto para enviarlo a la escuela militar de West Point, en Nueva York. Allí fue donde Henry sufrió el escarnio de sus compañeros por ser el hijo de un confederado. Por ello, cuando tiempo después el cruel hombre falleció, no lo lamentó demasiado. Por el contrario…, sintió cierto alivio. Quizás porque no volvería a ver a su padre, o quizás porque la fortuna heredada lo liberó para embarcarse en la gran aventura de la conquista del Oeste.

Por desgracia, las masacres hacia los pueblos nativos por parte del ejército yanqui en Dakota del Sur lo asquearon.

Nunca le había gustado la vida militar, Henry siempre tuvo serios problemas con la autoridad, y muchos más con las injusticias. Abandonó las filas de la Unión para transformarse en un nómada, hasta que se topó con los cheyenes. Quién le habría dicho que lo aceptarían en su tribu.

Amó esa vida. Los *sheila*, como ellos se hacían llamar, eran discretos, no hacían preguntas y vivían de una forma que a él le apaciguaba el espíritu. Dormían en pieles de bisonte, estaban siempre en movimiento y no pasaban más de cinco meses en el mismo lugar. No pensaban en el futuro, no se fustigaban con el pasado, vivían el presente. Eso le proporcionó algo de paz y sació su espíritu nómada, y pronto las crueles imágenes de la guerra fueron desapareciendo poco a poco de su mente.

Hasta que apareció en su vida Amanecer.

No buscaba el amor, pero lo encontró en ella, una joven cheyene.

Su corazón se encogió al recordarla y sintió cómo sus ojos amenazaban con empañarse. Intentaba no pensar en ella la mayor parte del tiempo, pero era inevitable. Nunca había amado antes a ninguna otra mujer y su ausencia aún era dolorosa. Fue una muchacha tímida y discreta, pero con un fuerte sentido del honor, y cuando sonreía, parecía que el sol se asomaba de entre las nubes. Era hermosa, de cabellos largos y lacios, negros como las plumas del cuervo, que se movían al son del viento de la pradera. De ojos negros e inteligentes y labios gruesos y rojos como las fresas. Cayó rendido de amor desde el primer momento.

No fue fácil convencer a su padre, Flecha Certera, el jefe del poblado, para que diera el consentimiento a los enamorados. A pesar de que los cheyenes lo habían aceptado como a uno más, cosa bien distinta era que un hombre sin riquezas desposara a la hija de un cacique. Por ello, necesitó reunir una suculenta dote y demostrar su valía, robando diez yeguas a los *powness*.

La boda se celebró una tarde de verano, cuando las ciruelas están maduras. No recordaba haber sido más feliz. La sonrisa de Amanecer, el sol de la tarde acariciando su melena para pintar en sus largos mechones un tono anaranjado…, su hermoso y blanco vestido, con flecos que se movían grácilmente al caminar, y sus delicadas manos acariciando el abultado vientre. La recordaba cada vez que la brisa le acariciaba el rostro.

Una vez más, su alma amenazó con romperse al recordar al hijo que jamás pudo conocer.

Con el tiempo guardaría en el corazón ese breve periodo, como si de un sueño se tratase. Un bonito sueño que se esfumó una mañana de otoño y en el que, de súbito, la vida dejó de ser hermosa.

Aquel día divisaron al este una manada de bisontes. Los guerreros, incluido él, salieron de cacería.

Se despidió de Amanecer con un beso, ella le dedicó una sonrisa tras pintar a su caballo para que le diera suerte y… esa fue la última vez que la vio con vida.

Al regresar, el buen ánimo de los hombres se disipó al divisar a lo lejos una gran columna de humo. No tardaron en descubrir que el poblado había quedado completamente arrasado.

Ancianos, mujeres, niños…

No hubo supervivientes. Los asesinos, gente de su propia raza, los habían masacrado sin piedad.

Desde ese momento algo se rompió en Henry. Perdió toda fe en el ser humano y empezó a vagar por diferentes estados, sin un rumbo fijo. Era la definición perfecta de un alma en pena. No se preocupó por la herencia de su padre; por el contrario, trabajó con sus propias manos para su sustento, y quizás lo hubiese seguido haciendo, si no fuera porque un viejo amigo reapareció en su vida.

Edmund Winston siempre fue un gran tipo, como un padre para Henry. Y al parecer, él lo había querido como a un hijo. «Heredero universal», había puesto la misiva que ese abogado le entregó, después de buscarlo por largo tiempo.

Ahora Henry se topaba con un problema. Uno que afectaba a su conciencia. Si hubiese sido solo dinero, lo habría dejado languidecer en el banco de Riverplace, pero se trataba de algo muy valioso para Edmund: su hija, Elisabeth Winston.

Y allí estaba. Después de tanto vagar sin rumbo, se encontraba en el rancho de su propiedad, Lobo Blanco. Mientras tanto, sobre su cabeza se empezaban a escuchar los chasquidos de los relámpagos que anunciaban una cruel tormenta.

A pesar de su exquisita educación, Elisabeth se permitió saciar la picazón de su lengua y, durante el camino de regreso al rancho Lobo Blanco, maldijo a Michael Greenwood hasta quedarse afónica.

Un rayo cruzó el cielo y ella se preparó para el estallido, durante el cual aprovechó para gritar y sacar fuera todo su enfado.

La tormenta la acababa de alcanzar de lleno. No solo se percató de ella por el sonido ensordecedor de los truenos, sino porque el agua ya la había calado hasta los huesos. Dos horas más y llegaría al rancho. Vació sus pulmones de aire con un bufido. Quedaba condenadamente lejos. Podía soportar la lluvia, pero no así el viento, que atravesaba las ropas ya empapadas y le provocaba punzadas de frío como aguijones de abeja.

Tal vez llegara sana y salva al rancho, pero no se libraría de un fuerte resfriado o, Dios no lo quisiera, de una pulmonía.

Así mismo, mientras tiritaba y pensaba que ya nada podría ir a peor, un rayo la deslumbró e inmediatamente después impactó justo al lado derecho del camino, contra un árbol. Elisabeth soltó un grito y a continuación escuchó el crujido de la madera al quebrarse.

Le heló la sangre ver que, a pesar de la lluvia, este se incendiaba. El enorme tronco se partió por la mitad y gran parte de él cayó en mitad del camino, lo que asustó a Winter, que bufaba, e intentó retroceder sobre sus patas traseras.

—¡No, Winter! ¡Para!

La yegua se alzó de manos y emprendió un galope desesperado, esquivando el árbol ardiente. Entonces Elisabeth conoció lo que era el miedo.

El pobre animal, intratable, galopaba desquiciado, dando coces al aire a cada tranco y cabeceando. Elisabeth tiró de las riendas en un vano intento de frenar a la yegua, pero, sin querer, la hirió en los ijares y, en consecuencia, la encabritó aún más.

A lo lejos vio cómo el camino se bifurcaba y rezó para que el animal tomara el sendero de la derecha. Sin embargo, el sonido de otro rayo iluminando el cielo por su flanco derecho hizo que Winter virara hacia la izquierda en el último instante.

Una de las ruedas impactó contra una piedra y se partió en pedazos. El vehículo se inclinó hacia un lado hasta que otro impacto hizo que perdiera la otra rueda trasera. Fue en ese momento cuando Elisabeth empezó a sentir un dolor agudo en la espalda, que se golpeaba contra el pescante a causa del roce del eje sobre el camino pedregoso.

—¡Maldita sea!

La yegua, aterrada ante el estruendo que oía tras ella, mantenía las orejas echadas hacia atrás, coceaba y golpeaba con los cascos la ya de por sí maltrecha calesa. Elisabeth, desesperada, empezó a rogar a gritos que se tranquilizara, pues, si no paraba, de un momento a otro el carro se partiría en dos.

El animal, cegado de pánico, no atendió a su dueña y sucedió lo inevitable: las ruedas delanteras se salieron del eje y el vehículo se arrastró con Elisabeth sobre él, que intentaba de forma desesperada mantener el equilibrio. Lo mantuvo por poco tiempo, porque al punto salió disparada y se golpeó contra un árbol cuando Winter escapaba libre de ataduras, dejando al carro y a su dueña tras de sí.

Un fuerte dolor en la cabeza y el sabor de su propia sangre fue lo último que percibió antes de perder el conocimiento.

A pesar de estar calado hasta los huesos, Henry acababa de disfrutar de una de las cabalgadas más excitantes de su vida, solo

comparable a las que vivió años atrás en las vastas planicies, cuando tuvo el honor de acompañar al pueblo cheyene en la caza del bisonte.

En esta ocasión había escoltado a la tormenta, mientras los truenos retumbaban a su alrededor en un concierto de percusión y los rayos seguían a Cochise a muy poca distancia.

Cuando todo acabó, palmeó el cuello del valiente *mustang* y le susurró palabras de agradecimiento. Tal vez por eso, Sombra se dejó ver entre los altos árboles que custodiaban el sendero. Los ambarinos ojos de la loba escrutaron el rostro de su compañero de viaje, como si le cuestionaran el siguiente paso a dar. Estaban a punto de llegar a su nuevo destino tras semanas de viaje y, aunque Henry compartía las ansias de soledad de la loba, la animó a continuar.

De entre todas las propiedades que debía heredar, se dirigía al rancho Lobo Blanco, por la principal razón de que allí se encontraba la hija de su amigo Edmund Winston.

Elisabeth Winston, de la cual su padre le había hablado cuando ella aún estaba interna en Houston, era, a ojos del hombre, un espíritu incendiario. Inteligente e indomable, pero también con un gran corazón. A pesar de cómo Edmund había hablado de ella, en el fondo para Henry ella no era más que una chiquilla, que seguramente deambulaba por los salones de los más pudientes y adinerados habitantes de Riverplace, y cuya vida consistía en la difícil tarea de elegir qué escarpines combinarían con su sobretodo en las noches frías.

El rancho Lobo Blanco, en Riverplace, Texas, tenía una extensión de unos veinte mil acres de terreno. Un tamaño más que considerable. Su buen amigo Edmund poseía unas doscientas cabezas de ganado, y en su interior deseó que la muchacha no las hubiera matado a todas por su incompetente trabajo frente al rancho.

—Ella ejerce ahora como mandamás del rancho —le había dicho el abogado, sorprendiendo a Henry—. Al parecer, no lo hace del todo bien. El administrador del señor Winston, Jonathan Butler, con quien he mantenido fluida correspondencia desde la muerte del señor

Winston, y mientras lo estaba buscando a usted, fue claro en que ella no podía seguir al frente de Lobo Blanco.

—¿Por ser una mujer?

El abogado, un tipo delgado y alto de forma destacable, parecía haberse divertido por el comentario. Henry se dedicó a esperar la respuesta.

—Verá, no creo que tenga muy claro el tema de la cría de ganado. Y las inversiones en el rancho han ido decreciendo por ciertas actividades que la señorita Winston ha querido beneficiar.

—¿Qué otras actividades? —había preguntado, curioso.

—Al parecer, se dedica a recoger gente de la calle.

—¿Cómo? —Henry no lo entendió demasiado bien.

—Mujeres de mala reputación. —El hombre carraspeó—. En su casa.

Eso le había dado una idea de cómo debía de ser Elisabeth Winston.

Excéntrica, déspota y lo suficientemente orgullosa como para no dejarse ayudar por nadie, aunque eso arruinase su herencia. Mejor dicho…, *su* herencia.

—Según Butler, el terreno es rico. Hubo un problema con el ganado después de la muerte del señor Winston.

—¿Qué problema? —quiso saber.

—Murieron casi la mitad de las reses. Una enfermedad, al parecer. Aunque algunos dicen que fueron envenenadas. Otros, simplemente, que la mano de una mujer no es la adecuada para guiar el ganado y hacer el trabajo de capataz.

—¿Así que ese puesto de capataz está vacante u ocupado por ella?

El abogado se había encogido de hombros.

—Solo sé de rumores, no hay nada seguro en todo lo que le explico. Excepto que esta es su herencia. —El hombre le había entregado unos documentos—. Solo debe presentarse ante el juez de paz y estampar su firma. Evidentemente, si quisiera usted mismo visitar a la hija de su difunto amigo para explicarle la nueva situación…

—Así, el señor Butler se sacaría un peso de encima al no tener que pasar ese mal trago.

No sabía por qué, en mitad de aquella tormenta, Henry recordaba esa conversación. Quizás porque esa tarde, cuando había entrado en aquellas tierras, no las había visto tan descuidadas como le habían dicho.

Era buena tierra. Y poner ese gran proyecto en marcha le mantendría cuerpo y mente ocupados.

Miró sobre su hombro. Algo más que el rugido del viento, la lluvia y los truenos llegó a sus oídos. Miró de nuevo y se dijo a sí mismo que sí, aquel sonido familiar eran los cascos de un caballo acercándose a todo galope por el sendero.

—¡Jesús! —Tuvo que hacerse a un lado para no ser arrollado por el animal encabritado que venía en contra de su dirección, con los arreos arrastrándose tras él.

Henry frunció el ceño y lo vio perderse entre los árboles. Preso de una fuerte corazonada, calmó a Cochise, que se había puesto nervioso, y, seguido de cerca por Sombra, que mantenía las orejas erguidas y olisqueaba el aire en esa misma dirección, reemprendió el galope.

Cabalgó mientras el mal presentimiento cobraba forma frente a él.

Parte de una carreta volcada estaba en mitad del camino, y la otra parte se había desprendido por un terraplén.

—¡Dios mío!

Desmontó, raudo, y descendió por el talud en busca de algún accidentado.

La lluvia empezó a caer de nuevo con fuerza. Todo estaba encharcado y las botas de Henry se hundían en el fango a cada paso, pero continuó avanzando hasta que alcanzó los restos del accidente.

Lo inspeccionó en busca del hombre que debía de haber guiado la carreta. Al fin miró bajo el pescante y no se esperó encontrar la tela de un vestido.

Alzó lo poco que quedaba del carruaje y descubrió el cuerpo de una joven.

—¡Maldita sea! —Se agachó para atenderla.

Su piel estaba fría a causa de la lluvia. Le palmeó los brazos y las piernas en busca de algún hueso roto u herida, pero no vio nada que pudiera indicárselo. Su cabeza parecía estar perfectamente. Henry tocó su pelo oscuro y apartó un largo mechón que se le había pegado a la cara. Descubrió así su rostro, que, a pesar de estar cubierto de barro, era de constitución elegante. Nariz recta, altos pómulos y la forma ovalada de la mandíbula le recordó a la de una bella estatua.

Le rozó el cuello en busca de pulso y suspiró aliviado tras hallarlo. Aunque era débil, demasiado débil…

—¡Señorita! ¿Puede oírme? —Le palmeó las mejillas, pero la única reacción de ella fue un gemido.

El pecho de Henry soltó el aire que había estado conteniendo, aliviado.

Estaba viva y quizás volviendo a sus sentidos.

La cogió en brazos para sacarla de ahí. La cargaría sobre Cochise y regresaría a la cabaña que había visto en la lejanía; un refugio que había pasado por alto, porque no creía que tuviera que utilizar.

A pesar de que los truenos ya no ensordecían sus oídos, la lluvia distaba mucho de disiparse.

—Vamos, será mejor que aguante hasta que pueda entrar en calor.

Capítulo 3

Llegar a la cabaña fue un trabajo mucho más arduo de lo que Henry había pensado.

Cochise lo hizo bien, pero el terreno en algunos tramos se había convertido en un lodazal y avanzó muy lentamente, llegando a hundir las patas hasta los corvejones. Cuando llegó frente a la cabaña, desmontó y no perdió el tiempo.

Era una choza sencilla, hecha de troncos y con un tejado que esperó no tuviera goteras. Todavía con la mujer en brazos, Henry abrió la puerta de un puntapié y entró. En la oscuridad de la estancia solo vislumbró con claridad la cama en un rincón en el momento en que un rayo surcó el cielo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de luz, descubrió una chimenea llena de hollín y algunos cacharros viejos sobre una rudimentaria artesa de madera y piedras. Había pocos muebles: una mesa, dos sillas y polvo por todas partes. Estaba claro que la cabaña no estaba habitada por nadie, algo que él no sabía si agradecer. Pero si la mujer necesitaba cuidados, él mismo se encargaría, no iba a dejarla sola.

La depositó en el suelo, a los pies de la cama. En una postura cómoda, pero no sobre el colchón, pues si se mojaba y dormía en él, podría coger una pulmonía.

Había un quinqué y una vieja caja de fósforos, pero antes de levantarse del lado de la joven, se inclinó sobre ella y le palpó la frente.

Estaba helada y sus labios empezaban a tornarse de un preocupante tono azulado. Echó un vistazo a su alrededor y vio un pequeño montón de troncos junto a la chimenea. No era gran cosa, pero serviría para calentar el ambiente.

Caminó hasta la artesa y encendió el quinqué con los fósforos que, por fortuna, no estaban húmedos. La luz se hizo en la habitación y le tocó el turno a intentar encontrar algo de calor. Encendió el fuego y la luz dorada de las llamas bañó las paredes de madera… y también a ella.

Por unos segundos, Henry se quedó de pie, frente a la joven, y, por alguna razón que no llegaba a comprender, su corazón se aceleró.

Meneó la cabeza para quitarse esa sensación de pánico. ¿Y si ella no despertaba? ¿Y si tenía lesiones que no había visto?

Sin perder tiempo, se arrodilló en el suelo junto a ella y, poniendo un brazo frente a su pecho, la inclinó hacia delante para desabrocharle el vestido. Lo primero era quitarle esa ropa mojada. Cuando abrió la prenda por completo, vio la magullada piel de su espalda.

—Dios mío… —susurró.

Con delicadeza, tocó las heridas que se habría hecho al encabritarse su caballo.

Sin perder tiempo siguió con su objetivo de desnudarla. No tenía toallas para secarla, pero el calor de la cama y el fuego deberían bastar para hacerla sentir mejor.

Le quitó las mangas del vestido y lo deslizó por su cuerpo. La ropa interior mojada, pegada a la blanca piel, le hizo sentir como un miserable, pues lo primero que pensó al verla fue que ella era simplemente perfecta. Sus botines fueron mucho más fáciles de quitar de lo que había pensado en un primer momento y sus medias anudadas con unas bastas ligas se amontonaron en el suelo con el resto de la ropa mojada.

La tendió en la cama y la tapó con las cobijas.

Henry no perdió más tiempo, ahora que ella estaba bien, sería mejor ocuparse de sí mismo.

Se desnudó por completo y utilizó ambas sillas para tender sus ropas después de escurrirlas. Con un poco de suerte al día siguiente estarían lo suficientemente secas para poder ponérselas.

Desnudo, de pie junto al fuego, se frotó con vigor los músculos entumecidos. Miró por encima de su hombro cuando oyó gemir a la muchacha. Sin duda, la herida de la espalda debía molestarla mucho, ya que la había acostado sobre ella.

Cuando se acercó a la cama, quitó las mantas para poder ayudarla a darse la vuelta.

—¡Maldición!

Henry apretó los dientes. La visión de ese bello cuerpo desnudo hizo reaccionar al suyo propio.

¿Cuánto tiempo hacía que no disfrutaba de los placeres de una mujer? Ni lo recordaba.

—Vamos, Henry, tu madre se avergonzaría de ti.

Cerrando los ojos y sin querer mirarla, la cogió por los brazos y tiró de ella hasta darle la vuelta y tumbarla boca abajo.

Cuando los abrió, la espalda de la mujer quedó a simple vista. Magulladuras, raspones y una herida muy fea en el costado izquierdo.

—Menudo golpe te diste, cariño.

Sin saber muy bien lo que hacía, Henry le acarició el cabello y se lo apartó del rostro. Ella gimió, pero no se despertó.

Afuera la lluvia parecía disminuir, pero no desaparecer. Antes de descansar, Henry pensó que sería mejor coger sus enseres para poder curar esos golpes.

Salió desnudo de la cabaña y tomó las alforjas, quitándole el peso a su caballo, que se resguardaba bajo un pequeño porche.

—Lo siento, amigo, esta noche no puedo ofrecerte nada mejor.

Se puso sus enseres al hombro y entró en la cabaña. Se quedó quieto donde estaba, la mujer se había revuelto en la cama. Sus pechos altos y plenos parecían los de una diosa. Entonces… se escuchó aullar un lobo.

—De acuerdo —dijo él, apretando los dientes y mirando tras de sí, donde se escondía Sombra—. Me portaré como un caballero.

Lo primero que sintió Elisabeth fue un molesto dolor en la espalda, acompañado de una cálida caricia… No, no se trataba de una caricia, era como si el sol le calentara la piel desnuda. Pero… eso no era posible. No era verano y, definitivamente, ella no había tomado nunca el sol desnuda.

Frunció el ceño y gimió.

Entonces el sol se movió contra ella, emitiendo un suspiro de desperezo.

Elisabeth ya no temía a la tormenta, pues soñaba que se encontraba bajo un techo confortable, a buen recaudo. El calor la acariciaba, la mimaba, la arropaba, podía incluso sentir las suaves perlas de su propia transpiración recorrer cada centímetro de su piel desnuda y rozar lugares que jamás habría confesado acariciar ella misma.

Se movió ligeramente, y notó una cálida presión contra la espalda. Alguien la rodeaba con los brazos. En lugar de asustarse, se estremeció y suspiró pausadamente, mientras los labios dibujaban una placentera sonrisa. Al fin y al cabo, era un delicioso sueño. ¿Quién podría hacerle daño?

Poco a poco fue desplegando los párpados y cuando al fin logró enfocar la vista, una extraña maraña de cabello negro como el tizón apareció ante sus ojos.

Estaba soñando. Se acurrucó más contra la calidez de la cama y se dio la vuelta sobre esta. Los ojos volvieron a abrirse al sentir el aliento de alguien sobre el rostro.

Un jadeo.

—¿Qué?

La pregunta murió en sus labios cuando no fue capaz de articular palabra.

Un enorme perro blanco de mirada ambarina la observaba con fijeza.

Parpadeó, asustada. El animal era enorme y su hocico le rozaba la cara.

Gimió.

«Es un sueño —se dijo—. Vuelve a dormir, Elisabeth».

Sin embargo, la joven siguió mirando con los ojos entrecerrados al animal. No sintió temor. Por alguna extraña razón, el enorme perro le inspiraba seguridad.

Confiada, alargó el brazo hasta él y lo acarició con mano trémula.

—Qué precioso eres… —dijo, lacónica.

El extraño perro alzó las orejas, tensó el rabo y le lamió las yemas de los dedos, haciéndole cosquillas. Tras soltar una suave risa, Elisabeth sintió pesadez en los párpados y cerró los ojos de nuevo.

La cabeza le daba vueltas, necesitaba dormir un poco más… Solo un poco más…

Un suave pero repentino movimiento a su espalda provocó que sus cinco sentidos se pusieran en alerta.

—No —gimió.

No estaba dormida, aquello no era un sueño.

Había alguien tras ella, abrazándola por la cintura, rozando su piel desnuda con la suya…

¡Un arma!

¡Necesitaba un arma!

Antes de volverse, observó el entorno. ¿Dónde estaba? En una cabaña, sin duda. ¿Y estaba desnuda? Sí, lo estaba. Y… un arma, sobre la pequeña caja que hacía de mesilla, había un cuchillo en su funda de cuero y un vaso con agua… Bebería después. Ahora, a pesar de la pesadez que sentía en los párpados, del dolor que se despertaba en su cabeza y espalda, era el momento de enfrentarse a la realidad.

«La tormenta», pensó. Poco a poco su mente se fue despejando. Winter se había asustado mucho y ella no había conseguido dominar la calesa. Recordó haberse golpeado la espalda, pero no haber llegado hasta allí…

Notó cómo unos dedos suaves, con precisos movimientos, le apretaban en la cintura. Se puso tensa y aguantó la respiración. Miró fugazmente sobre su hombro y, sí, echado junto a ella, en esa destartalada cama, había un hombre.

¡Un hombre desnudo yacía a su lado!

Miró hacia abajo, donde notaba el peso de su brazo en la cintura.

El miedo y la sorpresa la paralizaron por un instante, hasta que volvió a observarlo. No quiso reconocer que ese rostro era perfecto, el pelo lacio y del color negro más brillante que ella hubiera visto, como el ónix. Y su piel, seguramente bronceada por las largas jornadas al sol, desprendía un calor que ella no deseaba notar.

Furiosa, se dijo que era el momento adecuado.

Estiro el brazo, agarró el cuchillo y giró rápidamente sobre sí misma.

Cuando lo desenfundó y lo puso en la garganta del hombre, fue demasiado tarde para darse cuenta de que el movimiento había juntado sus cuerpos desnudos aún más.

Ella estaba sobre ese salvaje, que se mantenía quieto, y la miraba por las finas ranuras rodeadas de pestañas que dejaban ver sus párpados entrecerrados.

El hombre no pareció inmutarse y eso la enfureció más aún, y pensó seriamente en utilizar el cuchillo que lamía su garganta.

—¿Quién demonios eres tú?

«Vaya, vaya. Eso sí que no me lo esperaba». Henry hubiera reído si no estuviera seguro de que aquella mujer podría rebanarle el pescuezo en menos que canta un gallo.

—¡Shhh, tranquila! No voy a hacerte daño —susurró Henry.

Le habló como lo haría a su *mustang*, pues estaba claro que ella era tan salvaje como su montura. Sonrió al pensar que a esa muchacha no le gustaría nada ser comparada con un caballo, pero, claro, ella no sabía lo mucho que él quería a Cochise.

—¿Qué demonios hago aquí? —preguntó ella, confusa.

—Te encontré en el bosque, herida. —La voz de ese hombre sonó tan cavernosa y sensual como la del mismísimo Lucifer, y Elisabeth jamás fue tan consciente de su desnudez.

Se apartó de él como si quemara.

Salió de la cama, con el cuerpo desnudo envuelto en las sábanas. Seguía apuntándole con el cuchillo, aunque él estuviera aún tumbado y ella a varios metros de él, apretándose contra la pared de madera, junto a la ventana.

—¡Estás desnudo! —gritó, escandalizada.

Él alzó los brazos, como si no le importara lo más mínimo ese hecho. Luego señaló hacia la chimenea y ella vio sus ropas colgadas sobre una silla. En la otra silla gemela, estaban los pantalones y la camisa de él.

Se desplazó descalza hacia allí, y el enorme perro blanco escogió ese momento para bostezar y exhibir las enormes fauces.

—¿Qué demonios es eso? —exclamó, al darse cuenta de que, en efecto, no podía tratarse de un perro. O, al menos, no uno que ella hubiese visto antes.

—Mi loba.

—¿Tú qué? —Elisabeth miró al hermoso animal—. No puede ser un lobo, no se domestican.

—Si tú lo dices…

Ella lo miró furiosa y él sonrió como un diablo.

—¿Puedes vestirte? —le gritó.

—Tú estás más cerca de mis ropas. Y llevas un cuchillo…

«Otra vez esa endiablada sonrisa…». ¿Acaso ese rufián no tenía sentido del decoro?

Elisabeth avanzó más rápido hacia la silla y le lanzó los pantalones y la camisa. Habría podido lanzarle las botas, pero no lo vio necesario.

Mientras él se ponía los pantalones, ella observaba su espalda ancha y bronceada y por un instante quiso apartar la mirada, como si estuviera viendo algo indebido, pero no lo hizo. Cuando él se levantó y le mostró una perfecta visión de sus posaderas, Elisabeth volvió a gritar:

—¡Por todos los santos! ¿Acaso no sabes lo que es la decencia?

¡Cielos! ¡Ella era una mujer decente! ¡No podía creer que se viera envuelta en una situación semejante!

—No pretendo hacerle daño, señorita. —De nuevo escuchó la voz cavernosa de ese hombre, esta vez hablándole de usted, al tiempo que veía cómo se daba la vuelta para enfrentarla, ahora con semblante serio—. Solo hice una buena acción, salvándole la vida.

—Pues yo haré otra buena acción dejándolo vivir, ¿qué le parece?

Sombra ladró, como si estuviera burlándose de él.

Henry torció el gesto.

—Señorita, haga el favor de calmarse si no quiere sufrir otro desmayo.

Ella pensó que quizás él sí tuviera algo de razón. Se llevó la mano a la frente y, de nuevo, la visión de Winter encabritada, la lluvia calándola hasta los huesos, el frío viento…

—Bueno, puede que no sea un violador —reconoció, más tranquila —. Pero… ¿qué hacía desnudo junto a mí, sobre ese lecho?

—Estábamos empapados. Solo le estaba ofreciendo mi calor. Habría muerto de frío.

Elisabeth se indignó ante esa sonrisa torcida de ese hombre que, tenía que reconocer muy a su pesar, era tan apuesto como un dios griego.

—¿Es esa su excusa? —alegó.

No le gustó nada la seguridad en sí mismo que desprendía ese hombre, ni el hecho de que pareciese burlarse de ella. Apretó con más fuerza el puñal.

—¡Vuélvase! —ordenó, con la dignidad de una señorita—. Necesito vestirme.

Porque si en esos instantes había alguien desnudo en la habitación, esa era ella.

—¿Quiere que salga?

—¡No! —respondió, como en un acto reflejo—. Bueno, sí —se corrigió—. Claro, quiero que salga.

—¿Le digo a Sombra que me acompañe?

Ella miró a la loba, que torció la cabeza, observándola con curiosidad.

—No —respondió, arrastrando la palabra como si estuviera segura de que ese animal y ella se harían grandes amigas—, déjela conmigo.

Cuando ese hombre se encogió de hombros y le sonrió de nuevo, Elisabeth no supo qué pensar. Finalmente salió y la dejó sola.

Apoyó la espalda contra la puerta, exhausta.

Soltó todo el aire de los pulmones, abatida por lo que había ocurrido.

Miró a la loba. Esos ojos ambarinos eran inteligentes y parecieron entenderla muy bien.

Sin que Elisabeth hiciera nada, el animal se acercó a ella y se echó a sus pies. Elisabeth se movió, separando la espalda de la madera, y volteó la cabeza hacia la puerta, intentando averiguar si podría salir dignamente de allí.

—Me ha visto desnuda —le dijo a Sombra, como si la loba pudiera entender su indignación.

Pero Sombra únicamente resopló, mostrándose tan indiferente como nerviosa estaba ella.

Capítulo 4

Cuando finalmente Elisabeth salió de la cabaña, se dio cuenta de que ya era por la mañana del día siguiente, es decir, había pasado la noche en aquel lugar, desnuda en el mismo lecho que ese hombre.

Lo miró con recelo y lo vio ya montado sobre su caballo.

Estaba esperándola.

Lo contempló, sin poder evitar sonrojarse. Era un hombre alto, pero a lomos de ese *mustang* lo parecía aún más. Se había puesto un sombrero de ala ancha, gastado, como el resto de sus ropas. Si a ella le hubieran preguntado, hubiese jurado que se trataba de un forajido. Pero no podía ser tal cosa. Él la había salvado.

Se apartó el pelo de la cara y alzó la barbilla para que él la viera bien. Y vaya si la vio.

A plena luz del día aquella mujer era mucho más hermosa, mucho más que cualquiera que hubiese conocido antes. Quizás no fuera la barbilla altiva, la pequeña nariz o esa piel inmaculada, que juraría ninguna mujer dedicada al trabajo tendría, pero Henry estaba seguro de que lo que más le cautivaba de ella eran sus ojos. Salvajes, fieros, decididos…

—¿Qué está mirando? —espetó ella, poniéndose la mano a modo de visera para que la luz del sol no le dañara la vista.

Él bufó y su caballo resopló, como si se pusiera de parte de su amo.

Ella miró a la loba, que la había seguido desde el interior de la cabaña y volvía a sentarse a su lado. No pudo evitar sentir cierto

regocijo. El forajido montaba un *mustang* salvaje, pero ella tenía de su lado a un espléndido lobo blanco.

—¿Está lista?

—¿Lista para qué?

—Para que la lleve al camino —dijo él, con su siniestra sonrisa. Antes de que ella pudiese responder, él añadió—: No es necesario que…

—Puedo irme sola —lo interrumpió.

Él la miró con extrañeza y un ligero deje de preocupación.

—¿De verdad está en condiciones de hallar el camino de regreso a su casa?

Elisabeth dejó caer los brazos, rendida.

—¿Le han dicho alguna vez que es usted un impertinente?

—Solo estaba apostando qué palabras utilizaría para rechazar mi ayuda.

—No necesito su ayuda, sé muy bien dónde estoy —lo miró, achicando los ojos.

Elisabeth se mantuvo firme. Puede que ese hombre le hubiera salvado la vida. «Pues gracias, pero ahora ya no necesito de su ayuda. Oh, Dios, las chicas deben de estar preocupadas. ¡Y la señora Baker!», pensó.

—Tengo que irme.

Él insistió, haciendo que el impresionante caballo se posicionase frente a ella, aún más cerca.

—Suba, la llevaré hasta el camino. —Elisabeth vio la mano extendida del hombre y dudó—. Solo hasta la calesa que dejó medio destrozada durante la tormenta. Si tiene algo de valor ahí, quizás quiera recuperarlo.

—No había nada más que una cesta vacía.

Él asintió, pero no retiró la mano.

Ella dudó un momento más; era un viaje largo a pie y, además, todo estaba embarrado. El rancho Lobo Blanco estaría a una hora de camino, con su ayuda llegaría antes.

—De acuerdo.

Dejó que la mano del hombre tomara su antebrazo. Henry tiró de ella hasta que Elisabeth montó a horcajadas a su espalda.

Enseguida se abrazó a su cintura.

—¿Está cómoda?

No le veía la cara, pero seguro que el hombre estaba sonriendo. No es que pensara que fuese alguien que iba regalando sonrisas, pero sí lo hacía cuando la incomodaba. Y sí, Elisabeth se sentía muy incómoda. Quizás por el calor que desprendía la espalda de ese hombre, que atentaba contra todas las normas del decoro.

Solo rezaba para no encontrarse con ningún conocido durante el trayecto.

Cuando el caballo empezó a avanzar, la loba se puso en marcha cerca de su flanco izquierdo. No cabía duda de que eran viejos amigos, o de lo contrario el caballo estaría nervioso.

—Dígame —empezó a decir el hombre—. ¿Puedo saber su nombre, señorita…?

—Elisabeth —susurró ella.

Él asintió, pero no dijo nada más.

—¿Y yo puedo saber el suyo?

—Mmmm…, sería lo justo. Pero tengo miedo de que si se lo digo corra al *sheriff* inventándose alguna absurda historia de un hombre desnudo en su cama.

Sí, seguro que el maldito rufián estaba sonriendo.

—No tengo por qué inventarme nada, usted estaba en mi cama desnudo.

—No, estaba en la cama de esa cabaña. No era suya, a no ser que sea usted la dueña de estas tierras y del rancho Lobo Blanco.

Ella guardó silencio. No le diría nada. Porque Elisabeth era una mujer precavida y, sí…, también desconfiada. Y no iba a decirle a un desconocido quién era, porque estaba segura de que había una posibilidad, no sin fundamento, de que él la retuviera y pidiese un rescate.

—Solo puedo decirle que conozco muy bien a la señora de estas tierras.

—Por su tono de voz deduzco que le cae bien —dijo—. Seguro que ella me hubiese disparado o clavado ese cuchillo que ahora lleva en la cintura.

Elisabeth, en un acto reflejo, puso la mano sobre el arma. Tenía que reconocer que era muy observador.

—No. La señorita… Elisabeth, que se llama como yo, es toda una dama, con unos modales exquisitos. Es noble y refinada.

—No es lo que cuentan por ahí.

Ella se tensó tras él, como si acabara de indignarse, y Henry empezó a sospechar que la señora de esas tierras no estaba tan lejos como había creído.

—¿Y qué demonios cuentan? —preguntó, curiosa y enfadada, al tiempo que se agarraba con más fuerza a la cintura masculina. Casi puso el rostro sobre su hombro, solo para verle la cara—. La gente del pueblo es horrible, ¿lo sabía usted?

—Aún no he llegado al pueblo.

—Pues no estoy segura de que mi fama…, quiero decir, la fama de la señorita Elisabeth Winston haya atravesado las fronteras de la región.

—Se sorprendería.

Elisabeth sintió ganas de pellizcarle.

—Dígame, ¿qué dicen de la dama en cuestión?

Mientras Henry pensaba si seguir jugando con ella o contestarle, llegaron al camino por el que Winter, su amada yegua, se había desbocado.

—Dicen que es una mujer cabezota, que nunca da las gracias, y, por tanto, me aventuraría a decir que es demasiado orgullosa para su bien —habló al fin—. Dicen también que no tiene cerebro, y que dejó morir a parte de su ganado…

—¡Oh! ¡Indignante! —Elisabeth se removió en la montura—. Pobres reses, sí se pusieron enfermas, pero yo… yo sé que ella hizo todo lo que pudo para salvar a esas pobres vacas.

—Así que es cierto lo que dicen, que ella dirige el rancho sola.

—¡Qué remedio! Nadie del pueblo quiere trabajar en el rancho y los capataces que llegan son forajidos en los que no se puede confiar. Nunca pensé que sería tan complicado encontrar un hombre decente y que sepa lo que hace.

—Ya veo.

Elisabeth se apartó un poco del calor que desprendía el hombre. Estaba hablando demasiado.

—Seguramente no ve ni entiende nada —dijo ella, con tristeza.

Entonces pensó en el pobre Chester, el viejo capataz de su padre, que murió un año antes que él, y, claro, también pensó en su padre, porque el señor Winston sí que había sido un buen ranchero. Alguien capaz de sacrificarse por el bienestar de los demás, y que se partió el lomo para sacar adelante el negocio familiar.

—El rancho se llama Lobo Blanco —dijo ella en un susurro, mientras avanzaba hacia su propiedad—. Igual que su loba.

—Sombra es ligeramente gris.

—Bueno, sí. Y es un color… muy bonito —acabó diciendo, algo contrariada porque no veía al animal por ninguna parte—. ¿Se ha ido?

—Eso parece.

—¿Y no va a buscarla?

—No soy su dueño, ella elige su camino y curiosamente coincide con el mío.

Elisabeth no supo qué pensar, pero en realidad su cabeza se vació de contenido al ver a lo lejos su hogar.

—Ese es el rancho Lobo Blanco. —De pronto parpadeó—. ¿No iba a llevarme hasta mi calesa?

—Se cayó por un terraplén y quedó destrozada, y visto que no tenía nada de valor, he pensado que sería mejor dejarla en su casa.

—¡No es mi casa! —balbuceó Elisabeth.

—Pero seguro que la buena samaritana de la señorita Elisabeth la ayudará.

Ella se enfurruñó.

—Pues sí que es buena samaritana, para que lo sepa.

Elisabeth sintió las manos de él en la cintura. No se lo esperaba, pero antes de poder siquiera pensar qué había pasado, ese hombre había saltado de lomos del caballo y en aquellos momentos se encontraba de pie, en el suelo, sujetándola por la cintura y arrastrándola hacia él para que bajara.

El tirón fue suave, y ella se dejó llevar. Sintió que su cuerpo se estrellaba contra el torso de él, pero el forastero fue gentil, la

depositó con suavidad en el suelo, aunque no le soltó la cintura lo suficientemente rápido para el gusto de Elisabeth.

Se quedaron pegados, uno frente al otro.

¡Jesús! ¡Esos ojos podrían doblegar la voluntad de cualquier mujer!

—Antes de que saque el cuchillo del cinto —dijo él, inclinándose para susurrarle en el oído—, quiero que sepa que se lo regalo.

Efectivamente, mientras él decía aquello, Elisabeth se había llevado la mano a la cintura. Quizás en un acto instintivo, para protegerse de él.

¿Protegerse de él? Si ese hombre hubiera querido hacerle daño, nada de lo que ella pudiera haber hecho la habría salvado. Además, tenía que recordar que acababa de rescatarla.

Tomó aire, y su olor la embriagó. No olía a sudor, ni a nada desagradable. Más bien su aroma era limpio, quizás un poco a tierra, ese olor agradable que deja la lluvia después de marcharse.

Carraspeó, para hacerle ver que estaban demasiado cerca el uno del otro.

Luego sacó el cuchillo de su cinturón, pero no de la funda de cuero.

—Tenga. —Se lo ofreció—. No es necesario que me regale nada.

—Pero he visto que le gusta —él volvía a estar demasiado cerca y su aliento rozaba su rostro, pero no sería ella quien se apartase—, y sabe manejarlo. Es un buen cuchillo.

—¿Y qué se supone que debo hacer con él? —preguntó, entrecerrando los ojos—. ¿Seguir dejándolo atado a mi cintura?

—O a su muslo.

Él esta vez no solo estiró las comisuras, sino que sonrió abiertamente, mostrando unos dientes blancos y perfectos.

Ella enrojeció al quedarse fijamente mirando esa preciosa sonrisa y esos labios tan sensuales.

¿Muslo? ¿Ese hombre había dicho que se lo atara a su muslo? De acuerdo, estaba claro que no podía hilar dos pensamientos coherentes. Y eso era culpa de él. Porque jamás nadie la había perturbado de semejante forma.

—Así es —volvió a hablar—. No sabe lo útil que puede llegar a ser en determinadas circunstancias.

Ella abrió la boca para decir algo, pero él seguía estando demasiado cerca, y no las tenía todas consigo de poder hablar sin que su voz se entrecortase.

Tenía la boca seca.

—Yo… —Dudó, al tiempo que boqueaba como un pez—. Gra… gracias.

—No hay de qué.

Sin más, el hombre se apartó, y el calor sofocante que ese cuerpo desprendía se fue con él.

Elisabeth se acomodó el cabello en un gesto nervioso, como si estuviese comprobando que no se le había soltado ningún mechón del moño.

—Y otra cosa…

Cuando Elisabeth volvió de nuevo la vista hacia él, lo vio sacar algo de su alforja.

—¿Qué es esto? —preguntó, curiosa.

—Un ungüento. —Ella lo miró como si fuera algo extraño, totalmente desubicado—. Para su espalda.

—¿Mi espalda? —Cierto, se había golpeado la espalda a conciencia. Y ahora que él lo había mencionado, su piel parecía haberse despertado, como si quisiera decirle que ese era un regalo apropiado y muy preciado. Aun así, el orgullo la obligó a rehusar—. Gracias, pero no lo necesito.

Como ella iba a volver a protestar, el hombre la agarró por la muñeca y la obligó a extender la palma de la mano hacia arriba. Depositó el tarro en ella, al tiempo que la miraba a los ojos, desafiándola a que protestara.

—Que su marido se lo ponga antes de dormir —sugirió—. Le calmará el dolor.

Ella parpadeó confusa, al verlo montar en el caballo.

—No tengo marido, señor….

—Alexander.

Elisabeth parpadeó.

—¿Alexander?

—Alexander, sin más.

De nuevo, esa imperceptible sonrisa en el rostro masculino. Esa que solo alzaba ligeramente la comisura de la boca y que hubiese pasado desapercibida para mucha gente si no viesen cómo era capaz de iluminar unos ojos tan oscuros como pozos.

—Quizás nos volvamos a ver —dijo él, tocándose el ala del sombrero. Luego volvió grupas y enfiló el camino hacia el pueblo.

Elisabeth se quedó allí, abriendo y cerrando la boca, como si quisiera decir algo, pero no lo hizo. ¿Qué más le daba? No volvería a verlo.

Pasadas ya las nueve de la mañana, Jonathan Butler se introdujo en el bolsillo la inoportuna correspondencia. Frunció el ceño y cerró los puños para contener la rabia que ya empezaba a contaminar su sangre. Aunque pronto decidió que perder la compostura no era propio de él. Atravesó el pequeño salón que hacía las veces de biblioteca hasta llegar al amplio ventanal que daba al jardín.

Se asomó y miró hacia ninguna parte. Cuando se hartó de estar de pie, suspiró con tedio y se sentó en un bonito sillón de madera tallada y tapizado de terciopelo rojo.

En ese mismo instante, Brenda entró.

—¿Quiere algo de beber, señor Butler?

—Gracias, Brenda, quizás un café mientras espero a la señorita Winston.

—Por supuesto —respondió la joven. Pero justo cuando estaba a punto de salir del salón, se dio la vuelta para preguntar—: ¿No le resulta extraño que no se haya levantado todavía?

—Espero que no esté enferma.

—No lo creo, pero iré a averiguar y daré orden de que le preparen su café.

Él asintió, viendo marchar a la muchacha. Le dedicó la más encantadora de las sonrisas, para después regodearse del sonrojo que acababa de provocar en la joven pelirroja.

Era una mujer hermosa, tan exuberante como infantil, de melena roja como las brasas y blanca piel salpicada de graciosas pecas.

Jonathan imaginó sus pechos, coronados de sonrosados pezones, y deseó palpar las sinuosas caderas, pero le disgustó el color de sus ojos. Marrones, ¡qué pátina tan vulgar! Y aunque los tuviera azules, jamás serían del mismo tono que los de Elisabeth.

Al pensar en la joven señorita Winston, no pudo evitar que la emoción lo asaltara, ni tampoco que su ingle se tensara de forma vulgar. Se obligó a expulsar tan impropias emociones, que solo cuando Brenda hubo abandonado la estancia había dado rienda suelta.

Elisabeth era la mujer más increíble que había conocido jamás. Él no solo era su administrador, sino su más ferviente admirador.

Era una mujer digna de todo elogio.

Llevaba años deseándola. Su cuerpo se estremecía cada vez que ella le dedicaba una mirada. Por supuesto, jamás se había atrevido a confesar tales anhelos, mucho menos a ella. La joven era absolutamente reacia a mantener cualquier tipo de acercamiento romántico y en ocasiones se comportaba de manera hostil ante los comentarios halagadores. Eso era una de las pocas cosas de ella que no le gustaban, la distancia que siempre mantenía entre los dos, y no era por miedo, pues Elisabeth pasaba mucho tiempo en compañía masculina. Acompañaba a los vaqueros a guiar el ganado, y sus actividades de carácter masculino no terminaban allí: limpiaba las cuadras de los caballos y era tozuda como una mula. Eso lo desalentaba. ¿Podría algún día convencerla para que se casara con él? Lo dudaba.

Inquieto, volvió a extraer la carta del bolsillo y con ella regresó el malhumor. Miró el sello y vio que había sido remitida desde Houston hacía ya dos meses. Cavill se acercaba, eso si no estaba ya en Riverplace. Cuando hiciera acto de presencia, haría posesión de todo lo que consideraba suyo y entonces…

¡Maldito advenedizo! ¡Y pobre Elisabeth! Aunque… con la llegada de Cavill, el futuro de la señorita Winston se vería en serio compromiso, y eso era algo que él podría aprovechar muy bien en su beneficio. ¿Qué haría ella cuando fuera expulsada de su hogar y despojada de todo lo que le pertenecía? ¿A dónde podría ir?

La sutil llama de la esperanza iluminó el corazón de Jonathan Butler pues, si Elisabeth se viera sin medios para subsistir, tal vez aceptara casarse con él.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el mayordomo, que entró en el salón con un rictus que expresaba una inusual preocupación.

—¿Sucede algo, Howkins? —preguntó, extrañado.

—Se trata de la señorita Winston, señor Butler.

Jonathan se levantó del sillón, afectado.

—No irá a decirme que todavía no ha aparecido…

—Me temo que así es, pero lo más preocupante es que sí lo hizo Winter. De madrugada, la yegua regresó a los establos. Pero a primera hora de la mañana la señorita aún no había vuelto. Tiene que haber sucedido algo de extrema gravedad, pues la calesa también ha desaparecido.

Butler sintió una punzada de pánico que se esforzó en disimular.

—Es evidente que ha sufrido un contratiempo —aseveró el administrador—. Debemos ir en su busca. ¿Cómo no ha dado aviso a las autoridades?

Capítulo 5

Henry estaba cómodamente sentado en la mesa más alejada del barullo del salón. Delante suyo, una de las chicas coqueteaba con un buen parroquiano que bebía *whisky* de forma mucho más apresurada de lo que era recomendable para sus bolsillos. Más allá las tres mesas donde se jugaba a las cartas parecían un hervidero.

El forastero cogía retales de conversación de aquí y de allá. No había conseguido encontrar nada interesante acerca del rancho Lobo Blanco, pero estaba más que convencido de que en el pueblo todo el mundo conocía a la señorita Elisabeth. Sonrió al recordar esos vivaces ojos azules y… esa lengua afilada.

Sonrió a su pesar, con la cabeza gacha y esperando a que se le echara la tarde encima, para poder volver a observar sus propiedades sin llamar demasiado la atención, cosa que habría hecho a plena luz del día.

De repente, el parroquiano, un hombre bonachón, se levantó de la silla, había terminado su *whisky*, pero Henry pensó que no era muy buena idea dejar pasar oportunidad semejante de sacar información, y más cuando el buen hombre se acercó a su mesa.

—Buenos días, amigo. Es nuevo por aquí, ¿verdad?

—Así es —asintió Henry, poniendo su mejor cara—. Siéntese, le invitaré a un trago.

El hombre rubicundo rio con ganas.

—Es usted muy amable. —Se sentó en la silla vacía, en la pequeña mesa pegada a la pared, justo frente a Henry—. ¿Y de dónde viene?

—Recién llegado de Boston —mintió él.

—Vaya, está lejos de casa.

—Sí, y al parecer es muy diferente de Riverplace. —Hizo una mueca, como si eso no fuera demasiado bueno.

—Oh, no se deje engañar, aquí hay gente muy amable. Somos una comunidad muy bien avenida, con sus ovejas negras y sus rateros, que aparecen de vez en cuando para hacer alguna fechoría, pero es un buen lugar para vivir o descansar los huesos.

¿Ovejas negras? ¿Rateros? Eso le interesaba.

—Entonces, no sea tímido —lo animó, mientras la muchacha llenaba su vaso a la orden de Henry. Por supuesto, estaba dispuesta a hacer algo más que servirle de camarera, pero él negó con la cabeza y ella se retiró, sabiendo que lo que el guapo forastero buscaba era información del lugar y no mujeres. Por ahora—. ¿Y cuáles son esas ovejas negras?

Por supuesto, en la mente de Henry ya había aparecido la silueta de una hermosa mujer, impertinente y orgullosa. Sonrió sin poder evitarlo, y le fastidió que últimamente lo hiciera con frecuencia, todo por culpa de ella.

—Oh, no me haga caso. No quisiera que me malinterpretara, aquí la gente es de verdad amable.

—Sí, supongo que en todas partes les gusta criticar. Pero, por favor, complázcame hablándome un poco de la zona.

—Bueno…, la oveja negra, que en realidad es una mujer de Dios, bonita como un ángel y compasiva como si fuera el mismísimo Jesucristo, no es otra que la señorita Winston.

—Winston, ¿eh? —Henry fingió pensar si le resultaba familiar el apellido.

—Es la hija del difunto señor Winston, el señor de las tierras al sur del pueblo. El más rico de todo el estado.

Henry fingió escuchar con atención al anciano.

—¿Y por qué la llaman oveja negra?

—Oh, porque… a la muerte de su padre, se dedicó a hacer obras de caridad que una mujer respetable no haría.

De pronto un estruendo en el otro lado del salón llegó a ellos, alguien había tirado una botella de *whisky*, haciéndola añicos. Hubo

alguna pequeña trifulca, pero que se solucionó rápidamente.

Henry volvió a captar la atención del hombre, cuando le ordenó a la muchacha acercarse y llenar su copa.

—Me hablaba de reputaciones que se hacen añicos.

—Oh, sí —dijo el hombre viendo brillar el líquido ambarino en su vaso—. La señorita Winston ayudó a un par de almas descarriadas, algunas —bajó la voz—, inquilinas de este salón por algún tiempo. No sé si me explico.

—Se explica muy bien. —Así que la señorita Winston había ayudado a las rameras del lugar—. ¿Algo más del rancho Lobo Blanco que deba saber?

El anciano se lo pensó.

—Algunos dicen que ella lo está echando a perder. —Pero el hombre no parecía muy partidario de esa teoría—. Yo más bien pienso que la pobre muchacha tuvo mala suerte.

—¿Con qué?

—Con las reses. Este último año perdió la mitad de ellas.

—¿Las perdió? —preguntó, con curiosidad.

—Una enfermedad, del estómago. El veterinario pareció que hizo más mal que bien. No hubo cura para ellas. Y por desgracia los compradores no se fiaron de que las que vendía fueran sanas. Una desgracia. —El hombre cabeceó—. Eso mermó mucho la prosperidad del rancho. Otros dicen que la culpa es de la mala suerte.

Henry intentó no poner los ojos en blanco cuando pensó en los supersticiosos.

—La mala suerte, ¿eh?

—Sí, muchos no ven con buenos ojos que una mujer lleve un rancho.

—¿Así que no está casada?

—Nooo, y, como le digo, las lenguas viperinas se cebaron con ella. Su presentación en sociedad fue una maravilla, no se vio mujer más hermosa en Riverplace, pero… ella tiene ideas propias, no se somete ante nadie. Su padre desistió pronto de casarla. Supongo que el viejo Winston siempre pensó que tendría tiempo para darle un futuro a su hija.

—Pero ella tiene un rancho, puede mantenerse.

—Pero el rancho no es suyo, señor Alexander.

Él asintió, interesado en la charla, pero bien sabía de quién era el rancho.

—Ella es una mujer, no pudo heredar las tierras de su padre. Hace dos años que se espera que su propietario legítimo aparezca. El señor Butler, el administrador, dijo que ya habían encontrado al heredero y que aparecería en cualquier momento. ¿No será usted por casualidad? —Rio el anciano.

—¿Yo? —Henry estuvo orgulloso de que la forzada risa le saliera sincera—. Solo soy un pobre hombre de paso. Pero, cuénteme, ¿decía que creen que la mala suerte persigue a la chica porque lleva el rancho sola?

—Sí, no tiene capataz… El último murió antes que su padre, ahora no tiene a ninguno de sus hombres encargándose de las cuentas y de los negocios, lo hace ella misma, y hasta la mismísima señorita Elisabeth ha reconocido que es demasiada tarea para ella, pero… no se fía de nadie.

Henry asintió. Por lo poco que sabía de ella, no le parecía nada tonta. Era probable que pensara que alguien había envenenado sus reses, de ahí que despidiera a alguno de los trabajadores. Él no creía que fuera por necesidad. Tal vez ese veterinario estuviera trabajando para alguien, pero ¿quién salía beneficiado de todo eso? Ese misterio estaba aún por resolverse.

—Bueno, supongo que encontrará pronto un capataz.

El señor William rio.

—No lo ha hecho en tres años y no creo que vaya a hacerlo ahora. Esa chica…

El hombre cabeceó de nuevo tomando otro trago.

—¿Qué le pasa a la chica?

—Oh, pues que tiene fuego en la sangre. No es la primera vez que se enfrenta a los que hablan mal de ella. La señora Gottimer, la cotilla del pueblo…, insinuó algo de su moral y la dejó en evidencia delante de toda la iglesia el pasado domingo.

—¿Así que va a la iglesia los domingos?

—Cada vez menos. Una vez al mes, y no la culpo.

«Vaya con la señorita Winston». Sin querer, Henry sonrió, supuso que su viejo amigo ya sabría qué clase de hija tenía, y estaba convencido de que sabría también que ella iba a hacer y deshacer lo que quisiera, sin que le importara la opinión de la gente.

—Menuda tarea me has encomendado, amigo.

—¿Cómo dice?

Henry acabó su trago.

—Solo murmuraba en voz alta —dijo, levantándose de la silla—. Para mi desgracia, tengo cosas que hacer. —«Una muchacha que vigilar y tierras que reclamar», acabó diciéndose a sí mismo—. Ha sido todo un placer, señor.

—Espero poder verle pronto por aquí.

—Yo apostaría por ello.

Cuando Henry salió a media tarde de allí, el sol se derramaba por el cielo dando un color dorado a todo cuanto le rodeaba. Esa clase de ambiente no podía disfrutarse en muchos lugares del mundo.

No pudo dejar de pensar que tal belleza le recordaba a esa mujer. Elisabeth Winston se había quedado grabada a fuego en su mente.

Hacía mucho tiempo que Henry no había compartido el calor de una mujer sin el único propósito de disfrutar de una placentera noche de sexo, y después de la trágica muerte de su esposa Amanecer, su corazón había quedado sellado. Sin embargo, y por extraño que pudiera parecer, lo sucedido con ella había sido diferente. No negaría que había sentido deseo, pero al desnudarla solo pensó en su bienestar, tuvo que liberarla de esa ropa empapada o hubiera cogido una buena neumonía. Cierto era también que él se había quitado la ropa por el mismo motivo. Meterse bajo las mantas con ella, buscando su cuerpo desnudo…, había respondido a la necesidad de darle el calor necesario para su supervivencia. Hasta ahí, podría decirse que era un hombre decente, aunque muchos no lo hubieran pensado así de encontrarlos en esa cabaña en semejantes circunstancias.

Henry se sintió algo incómodo cuando su sangre y su piel se calentaron al pensar en ella, desnuda entre sus brazos. No podía decir que hubiera sido demasiado consciente de ello una hora

después de haberse rendido al calor de su cuerpo. Y es que se había quedado dormido.

Las personas normales dormían, él simplemente se mantenía en tensión, cerrando los ojos, solo llegando a desconectar durante breves momentos durante la noche, pues sus pesadillas, sus fantasmas, solían clavarle los colmillos durante la noche, robándole el sueño desde hacía varios años, cuando sus ojos habían visto lo que nadie debería ver… Las masacres a los inocentes, el odio y las abominaciones que el ser humano era capaz de hacer a sus semejantes, por el simple hecho de considerarlos distintos.

Pero durante aquella noche en la cabaña, entre los brazos de esa mujer… esas pesadillas parecieron darle un respiro.

Avanzó hasta su caballo, que, dócil, a pesar de su carácter indómito, fue tras él hasta la tienda de suministros. Necesitaba comprar algunos víveres, mudas de ropa y una nueva cuchilla de afeitar. Una de las cosas que más odiaba eran las barbas y las patillas, aunque la moda al respecto no estuviera de su lado en aquella parte del mundo.

Nada más entrar vio a varias personas esperando a ser atendidas. Mientras una caprichosa muchacha se decidía por una absurda cinta de pelo, él aguardó unos minutos. Paseó por la tienda y valoró el género, que era de lo más variopinto. En esas estaba cuando el tintineo de la puerta anunció la entrada de un nuevo cliente.

Alzó la vista distraído hacia las dos mujeres que acababan de hacer acto de presencia, para ver cómo todo el mundo las miraba con sorpresa y luego sus rostros demudaban al más puro desdén. Él las saludó sin abrir la boca, solo tocando el ala de su sombrero.

Tras encogerse de hombros, siguió buscando entre las estanterías algo de utilidad, no obstante, fue muy consciente de los cuchicheos y de cómo las dos recién llegadas se paraban en el fondo de la tienda, no muy alejadas de él, para mirar la lista de la compra.

Eran dos mujeres, una de mediana edad, con un moño alto en unos cabellos rubios que empezaban a mostrar las canas. Al parecer, era la señora Baker. Lo supo porque así lo mencionó la otra mujer, una muchacha que, en realidad, no podía tener más de veinticinco años.

—Ya le dije que no era buena idea que la acompañara al pueblo, señora Baker —dijo apesadumbrada—. Es usted una mujer decente.

—Al igual que tú, Cathy —aseveró la señora Baker. Al tiempo, miró a los asistentes uno a uno, con la barbilla alzada y como si les estuviera dando la oportunidad de seguir con vida.

Eso pareció divertir a Henry, pues la mujer era menuda y, a pesar de sus palabras, parecía una vieja matrona, todo amor y encanto.

—Y ahora, querida…, ¿dónde están las velas? ¡Oh! Aquí.

La señora se acercó a Henry y carraspeó.

—Si me permite ayudarla… —dijo Henry, entendiendo que ese carraspeo se debía a que deseaba un artículo de la alta estantería.

—Eso sería maravilloso, joven. ¿Qué tal media docena de velas? De esas de allá arriba. Eso es —dijo la mujer, mientras él las cogía y las ponía en su cesta—. Muy amable. Sin duda, un forastero. —Era una pregunta velada que él se apresuró a responder.

—Espero no serlo por mucho tiempo. —Y eso era más de lo que Henry deseaba revelar.

—Mmm… —La señora Baker no tenía más que decir, pero, al llegar junto a Cathy, la joven le dio un ligero codazo.

—¿Quién será el recién llegado? —cuchicheó Cathy, al oído de la ama de llaves.

—No tengo la menor idea.

La joven pelirroja sonrió con picardía, mientras estiraba el cuello para ver mejor a ese hombre, que, además de considerado, era muy apuesto.

—A pesar de la chaqueta india y su sombrero, que luce desgastado, no tiene pinta de ser un cualquiera. ¿No crees, Cathy?

La chica asintió y lo miró por el rabillo del ojo.

—No, no lo parece, señora Baker.

Emma imitó el gesto de su joven acompañante para observar mejor al hombre. No solo había reparado en su apostura, por muy vieja que fuera, tenía ojos en la cara, sino también en los distinguidos gestos y la exquisita educación. Además, se movía con la elegancia de un gato.

Si el impresionante *mustang* negro que había atado al poste de la entrada era suyo, y todo indicaba que sí, tenía que tratarse de un

hombre aguerrido, pues no cualquiera era capaz de montar sobre un caballo salvaje. Se preguntó quién podría ser, de dónde vendría y qué estaría haciendo en Riverplace.

—Posiblemente sea un cazador o un comerciante de pieles venido a más.

—Oh, es muy apuesto para ser algo así, ¿no le parece?

El ama de llaves alzó esta vez la ceja izquierda y lo miró de arriba abajo. Como estaba de espaldas y observando las estanterías del fondo, no le resultó indecoroso.

—No está mal.

—¿Que no está mal? ¡Pero si es el hombre más guapo que he visto en mi vida! Y créame que he visto muchos, señora Baker.

La señora Baker chasqueó la lengua.

—No digas esas cosas, Cathy. La gente ya murmura lo suficiente.

Por supuesto que murmuraban. Antes de conocer a la señorita Winston, ella trabajaba en el salón, y no solo sirviendo tragos. También se ganaba su buen dinero tumbándose de espaldas. Hasta que un hombre le dio una paliza y le robó todo lo que tenía. En ese momento decidió que no podía, ni quería, seguir con esa vida. Si no fuera por Elisabeth Winston, ella hubiese quedado tan desamparada que le habría resultado imposible sobrevivir. Así que, si tenía que fingir que era una mujer de bien, sin ningún apetito carnal, lo haría.

—No volveré a abrir la boca, pero… ¿se ha fijado usted en su rostro? ¿Y en su pelo? ¿Y en sus anchos hombros? ¡Es la gallardía personificada!

La señora Baker rio por lo bajo y la amonestó sin demasiado éxito.

—Si él es la gallardía personificada, tú eres el descaro encarnado. ¿Quieres hacer el favor de comportarte? —Enseguida la señora Baker le dio un codazo, al tiempo que sonreía—. Al menos hasta llegar a casa. Allí podrás hacernos una descripción completa del buen mozo.

Ambas rieron.

«Ahí está la doble moral», pensó Cathy.

—Oh, no sea aguafiestas. Fíjese en ese rostro tan masculino, en esa barba de varios días que le da un aspecto rudo y salvaje… En ese pelo largo, lacio y sin atar, negro como las plumas de un cuervo.

¿Se ha fijado en sus ojos? Son profundos como pozos, y del color de una noche sin luna.

—Lástima que no te intereses en aprender a leer y escribir, porque acabarías siendo toda una poetisa. Ni George Sand te haría sombra, querida.

Cathy hizo caso omiso de la señora Baker y continuó alabando al extraño con ojos soñadores.

—Es tan distinguido y a la vez tan masculino… Me atrevería a decir que es todo un rebelde. ¿No cree que ir del brazo con él le sentaría de maravilla a la señorita Elisabeth?

—¡Oh! —La señora Baker se escandalizó y tuvo que taparse la boca para no soltar una carcajada—. ¡Oh, querida! ¡Qué ideas tan absurdas tienes!

—Oh, con un hombre como ese, estoy absolutamente convencida de que la señorita Elisabeth dejaría de lado todos y cada uno de sus estúpidos prejuicios.

Las dos mujeres se miraron intensamente y se apresuraron a meter todo en la cesta, al parecer, tenían algo en mente cuando se pusieron en la fila del tendero para pagar sus artículos.

—Qué lástima que el puesto de capataz no esté cubierto en el rancho Lobo Blanco —dijo Cathy, alzando las cejas y haciendo que, al igual que ella, la señora Baker alzara la voz.

—Cierto, es una verdadera lástima que el puesto de capataz siga vacante.

Ambas asintieron justo en la espalda de Henry.

Eso le hizo sonreír. ¿De verdad estaban ofreciéndole el puesto de manera tan descarada?

—Un sueldo magnífico.

—Y qué decir de la casa del capataz. Y las comidas que usted prepara, señora Baker. ¿Qué hombre en su sano juicio no querría ocupar el puesto de capataz en Lobo Blanco?

—Uno muy estúpido, sin duda.

Henry acabó por darse la vuelta para mirarlas con un asentimiento.

«Bien», se dijeron las damas. Él parecía haber picado.

—Así que ¿está libre el puesto de capataz?

—Sí, señor —dijeron las dos al unísono—. ¿Le interesa?

Él las miró con una expresión relajada, dispuesto a ganarse su confianza.

—Permítame que me presente, soy Alexander… —Pareció dudar, y añadió—: Alexander.

—Bien, señor Alexander. Yo soy Cathy, y ella es la señora Baker. Trabajamos en el rancho Lobo Blanco. Un maravilloso lugar, sin duda.

Entablaron una animada conversación, no demasiado profunda, pero lo suficiente como para saber que el rancho era próspero, aunque había recibido inesperados reveses. Tan inesperados como extraños.

Cuando le tocó su turno, Henry dejó pasar a las señoras. Y vio claramente cómo la tendera cambiaba su actitud amable al atender a Cathy.

—Señora Baker… —exclamó, con fingida sorpresa. Luego miró con evidente desprecio a su joven acompañante y esbozó una mueca de antipatía—. ¿Qué se le ofrece?

—Lo que está en la cesta —respondió la señora Baker, tan seca como su interlocutora.

Henry pensó que no hacía falta ser un genio para entender que ahí pasaba algo.

Las dos mujeres se apresuraron a finalizar las transacciones comerciales y a retirarse.

—Ha sido un auténtico placer conocerle, señor Alexander.

—Solo Alexander —respondió a la señora Baker tocándose el ala del sombrero. Luego también se inclinó frente a Cathy—. Que tengan un hermoso día.

Cuando las mujeres, entre risas y susurros, abandonaron el local y le tocó el turno a Henry, la tendera lo miró de arriba abajo.

—Yo que usted me alejaría de ese rancho —dijo, viendo a través del cristal cómo ellas se alejaban—. A no ser que no le importe codearse con la indecencia.

Él parpadeó y, como supuso que la mujer tenía ganas de hablar, no le preguntó nada.

Pero igualmente ella le informó:

—Pobre señorita Elisabeth, ha dado al traste con su reputación, por codearse con esas rameras de salón.

—¿Ha abierto un salón en el rancho? —preguntó, burlándose de ella, pero la mujer creía que lo decía en serio.

—Bueno…, no. Por supuesto que no. La señorita Elisabeth es decente, pero se ha dedicado a dar cobijo… —la mujer entrada en carnes se inclinó sobre el mostrador— a prostitutas. Y ahora el pecado ha llegado a Lobo Blanco.

Henry asintió varias veces y alzó las cejas.

—Entiendo. Menuda desvergüenza…

—¿Verdad?

—Sí. Ayudar al prójimo en caso de necesidad, como Jesús con Magdalena. ¡Qué abominación tener caridad cristiana! Deberían colgarlos a todos.

La tendera se puso recta como un palo y balbuceó algo, mientras Henry tiraba el dinero sobre el mostrador y se alejaba de esa lengua viperina.

Bajó los peldaños y acarició el cuello de Cochise, que languidecía en el abrevadero.

—Creo que es hora de hacerle una visita a la señorita Winston.

El caballo resopló, complacido por el azucarillo que acababa de recibir.

—¿Quién sabe?, quizás se replantee tener un nuevo capataz.

El siguiente resoplido fue acompañado por un cabeceo de asentimiento y eso hizo sonreír de nuevo a Henry.

«Veamos cuánto puede durar este buen humor».

El camino que separaba Riverplace del rancho Lobo Blanco era transitable, limpio de malezas y de ramas bajas. La distancia era relativamente corta, media hora a galope, y a Henry le parecía un sacrilegio no darle a su caballo un poco más de actividad ese día. Había estado atado varias horas a las afueras del salón del pueblo.

—Te gustaría correr un poco, ¿verdad, amigo?

No hizo falta hablar mucho más, cuando el *mustang* rompió a galopar. Henry también lo necesitaba, quizás para despejar la mente

de la herencia y de la muchacha, que parecía haberlo hechizado.

Mientras se desviaba del camino y entraba en el bosque, Cochise pisaba las hojas secas y esquivaba los árboles como solo sabría hacer un caballo salvaje. No había sendero marcado que condujera a un páramo o riachuelo, pero en eso estaba la belleza de dejarse llevar.

Henry disfrutó de la soledad y de su caballo. En realidad, lo necesitaba como el aire que respiraba. No se había quedado demasiado en el pueblo, solo visitó el salón en busca de información y la tienda, para aprovisionarse por si la huraña señorita Winston lo largaba con viento fresco y debía comer en un campamento bajo las estrellas. Lo último que le interesaba era ser la comidilla de todo Riverplace. Si se enteraban de que ese hombre soltero era el heredero de Lobo Blanco… No quería crearse enemigos tan pronto, ni ser el objetivo de ociosas alcahuetas. Esa fue una buena razón para no anunciar su llegada a Butler y haberle exigido una total discreción.

Además, Henry precisaba sosiego, no fama, demasiado dolorosas eran las sangrantes heridas del alma como para cubrirlas de sal. De pronto, su propia voz interior estuvo dispuesta a burlarse de él.

«No te mientas a ti mismo, Henry Alexander Cavill, sabes perfectamente por qué continúas vagando por este bosque…».

No podía negarlo.

Los ojos azules de aquella joven le quitaban la paz que había arañado a lo largo de los años. Era la única mujer interesante que había conocido después de la muerte de Amanecer y…

No, no iba a seguir pensando en eso.

Por fortuna, cuando hizo parar a su montura en lo profundo del bosque y desmontó, su amiga apareció para distraerlo de sus cavilaciones. Aunque, a decir verdad, ella siempre había estado presente, aunque no se dejara ver.

—Hola, Sombra.

Él se acercó a la loba con el ánimo de ofrecerle una caricia, pero ella lo miró de forma extraña. Mantenía la cabeza agachada, las orejas erguidas y el rabo tieso. Los ojos color ámbar lucían un tono

amarillento, presagio de que algo, o alguien, había perturbado su paz.

Confiando en su buen juicio, Henry se decidió a seguirla, dejando a Cochise pastando en un pequeño claro que había a su derecha.

El susurro del viento estremecía las altas copas con su rumor arpado, solo interrumpido por el sonido que provocaban sus propios pasos sobre la alfombra de hojarasca. Las suaves almohadillas de Sombra, sin embargo, no producían ruido alguno y, una vez más, Henry envidió la capacidad que tenía la loba de moverse como un espectro.

De súbito, el olor de la muerte sorprendió a sus fosas nasales.

—¿Qué diablos…?

Tal era el hedor, que se vio obligado a taparse la boca y la nariz con un pañuelo.

—¿Sombra?, ¿qué has encontrado? —La frase quedó zanjada al seguir con la vista la dirección que apuntaba el hocico de su compañera y, sobre un pequeño claro en el bosque, vislumbró el horror.

Los ojos de Sombra observaron impasibles cómo su compañero de viaje caminaba hacia el hediondo y mancillado cuerpo, que reposaba, carente de toda vida, sobre el lecho del bosque.

Henry empezó a sentir el inicio de un ataque de pánico. Lo supo en el momento en que su cuerpo empezó a temblar, su piel a transpirar y su corazón a latir como un tambor descontrolado. Conocía los síntomas, ya había vivido antes una situación similar y no había otra cosa que lo contrariara más que no poder controlar la situación. Detestaba que fueran las circunstancias quienes guiaran su estado de ánimo. Llevaba años intentando enterrar en lo más recóndito de la mente una imagen similar: una visión que lo atormentaba noche tras noche, cada vez que cerraba los ojos en busca del reparador descanso que pocas veces llegaba: no era otra que la imagen de su esposa asesinada. Una vez más, ese cuerpo desgarrado y tendido sobre la hojarasca, cubierto de sangre, le provocó un dolor intenso.

—No es posible, ¿Elisabeth? —Movió la cabeza de un lado a otro, incrédulo.

No podía ser ella… Él la había dejado en el camino, justo en el camino que enfilaba hacia la gran casa del rancho, que se vislumbraba a menos de un kilómetro de donde la había dejado. Y no en aquel lugar.

El pensamiento de que ese revoltijo de carne, huesos y vísceras pudieran ser los restos de su dama extraviada lo ahogó de pena y culpabilidad.

Cuando se acercó al cadáver, seguido de cerca por Sombra, las pesadillas que tanto se había afanado en reprimir le asolaron la mente como diabólicas sombras sedientas de almas.

La mujer yacía boca arriba, irreconocible, pues tenía el rostro desfigurado. Un tajo limpio, camuflado por los mordiscos de las alimañas, sesgaba su garganta, casi separando la cabeza del torso. No había sangre alrededor, por lo que, con total seguridad, la habrían degollado en otro lugar. Observó, horrorizado, la posición que presentaba el cuerpo, con los brazos extendidos en cruz y las piernas separadas, como si su asesino la hubiera querido contemplar por última vez, aunque ya no hubiera rostro por contemplar. Observó sus cabellos, sueltos y perfectamente desplegados en abanico sobre el suelo, y concluyó que eran del mismo color que los de su dama.

—Elisabeth…

El vestido era del mismo color, pero ¿cómo podría saber si era ella? Con sumo cuidado, reverente, le dio la vuelta y desató la parte trasera de su vestido.

A pesar del hedor, respiró hondo, trastabillando hacia atrás hasta golpearse el cuerpo con el tronco de un árbol, y así se dejó caer.

No era ella.

Sintió un profundo alivio tras comprobar, al ver la piel de su espalda, que sus temores habían sido infundados.

Porque la muchacha que había frente a él no tenía marca alguna, ni moratón, ni herida en la espalda. Recordó haber sentido el tacto de sus manos al darle el ungüento esa mañana. Unas manos que, seguramente, podría volver a tocar.

Elisabeth estaba viva.

Capítulo 6

—¡Dios mío, Elisabeth!

—¿Se encuentra usted bien?

Tras abrir la puerta, Elisabeth miró a los dos hombres que estaban justo a la entrada de su casa. El *sheriff* era uno de ellos, el otro el señor Butler, que al parecer había reunido a los hombres que trabajaban con él, tanto en su casa como en su negocio. También estaban los hombres de Wilson, más retrasados.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó extrañada ante semejante movilización de gente.

—¿Que qué ocurre?

Jonathan se acercó a ella con grandes zancadas y a la vista de todos la abrazó. Elisabeth interpuso los brazos frente a su cuerpo, pero fue inevitable el contacto. Por suerte duró un segundo hasta que Butler la miró a los ojos. La agarró por los brazos y no la dejó retroceder.

—¿Dónde estabas?

Ella parpadeó.

—Es una historia sencilla —respondió, zafándose al fin de él—. La tormenta asustó a Winter. —Enseguida miró al mayordomo, que estaba tras ella, junto a la señora Baker. El hombre asintió, sonriente.

—Está en el establo —apuntó Howkins.

Elisabeth soltó un suspiro de alivio y añadió:

—Tuve que resguardarme en la antigua cabaña de caza del señor Lester y allí pasé la noche. He llegado hace apenas cinco minutos.

Jonathan abrió los ojos desmesuradamente.

—¿En la cabaña que está junto a la falda de la montaña? —preguntó.

—Así es —respondió ella, extrañada por la reacción de Butler—. ¿Qué te ocurre? Parece que has visto un fantasma.

Él meneó la cabeza.

—No, es solo que pensar en ti, en esa cabaña…

—De acuerdo —intervino la señora Baker—, cuando terminen de aclararlo pasen al salón, debe de haber sido una noche terrible para todos.

—Sí, lo ha sido.

Aunque Elisabeth no sabía si lo que acababa de decir era del todo cierto, puesto que el dolor de su espalda no parecía menguar. Metió la mano en el bolsillo y palpó el frasco con ungüento que le había dado ese hombre. Sus mejillas se encendieron y esperó que los demás no se dieran cuenta.

—¿Y la señorita Lisa?

Quien formuló la pregunta fue Bárbara. Las demás chicas estaban junto a ella, en el porche. En sus rostros podía verse la incertidumbre.

Un sudor frío recorrió la espalda de Elisabeth.

—No está conmigo —aclaró.

Las chicas gimieron, preocupadas. La pobre Bárbara, afectada por la respuesta de su señora, se tapó la boca con las manos y contuvo el llanto, con la vista clavada en el suelo.

—¿No regresó a casa anoche? —preguntó Elisabeth.

Todas negaron con la cabeza.

—Los chicos de Lobo Blanco salieron hace dos horas a buscarlas —informó la señora Baker—. Suponíamos que había ido con usted. Les mandé a casa del señor Greenwood, ahora deben de estar allí.

—Me fui sola —le respondió, ausente.

Jonathan la miró, a la vez que ella ponía sus ojos suplicantes en él.

—¿Has reunido a estos hombres para mi búsqueda?

—Así es, lo que haga falta por ti, Elisabeth.

Ella los miró, algo avergonzada por la pasión que Jonathan ponía en sus palabras. Eso siempre la había hecho sentir incómoda.

—Pero ahora ya estás aquí. —Jonathan se dio la vuelta y habló con ellos—. Gracias por venir, muchachos, la señorita Winston está bien.

—Y vosotros ya podéis volver al trabajo —ordenó el *sheriff* a sus hombres.

—¿Cómo? ¡No! ¡Esperen! —dijo Elisabeth, mirándolos a todos con la súplica impresa en el rostro—. ¡Lisa sigue desaparecida!

Ante la expresión de ellos, se dio cuenta de que la vida de Lisa no valía tanto como la suya, al menos a ojos de esos patanes. Sintió cómo la ira estallaba en su vientre, pero no lo manifestó.

—Elisabeth… —dijo Jonathan. Habría encontrado las palabras adecuadas si el *sheriff* Wilson no se le hubiese adelantado.

—Señorita, Lisa es diferente.

Las palabras del *sheriff* la enfurecieron, y esta vez no pudo ocultar su estado de ánimo.

—¿Por qué?, ¿porque trabajaba en el salón, en lugar de ser la hija de un terrateniente?

El *sheriff* rumió sus siguientes palabras, porque no quería volver a ofenderla.

—Lo lamento, pero así es. De usted tenemos la certeza de que jamás huiría en la noche para largarse a otro lugar, quién sabe a hacer qué o con quién. Pero de Lisa…

—¡Lisa tampoco lo haría!

El *sheriff* se encogió de hombros y luego se acarició el espeso bigote.

—Está bien. Déjeme preguntar en el salón si ella tenía pensado irse de su casa o si tenía familia cerca de aquí. No creo que le haya pasado nada malo, esas chicas siempre caen de pie.

«Maldito bastardo».

Elisabeth lo fulminó con la mirada.

—¿Jonathan? —De pronto, miró a su administrador y al que consideraba su amigo.

Lo vio tragar saliva.

El *sheriff* torció el gesto mientras él y sus hombres se encaminaban hacia el pueblo. Sin duda, le deseaba a Butler buena suerte con el enfado de la señorita Winston.

Jonathan, como si no supiera muy bien cómo salir de esta, tomó los brazos de Elisabeth.

—Por supuesto —prometió—. Te ayudaré a buscar a tu… amiga.

Ella respiró hondo y asintió con un gesto rápido de cabeza.

—Voy a por mi yegua —dijo a los hombres de Butler—. Partiremos ahora mismo.

Jonathan apretó los dientes al verla correr hacia las cuadras. No dejaría que sus empleados perdieran el tiempo con una prostituta.

—Chicos, peinen la zona norte, en dirección al pueblo —dijo, lo suficientemente alto como para que la señora Baker y Howkins lo oyesen—. La señorita Winston y yo iremos hacia las montañas, al bosque del sur de Lobo Blanco. Alcanzaremos a sus hombres al anochecer.

—Entendido, jefe. —Cuando su hombre de confianza pasó por su lado, ralentizó el avance y se inclinó sobre su caballo—. Quiere que regresemos a casa, ¿no es así? —murmuró.

—Por descontado.

Los cinco hombres partieron a galope, y él se quedó mirando hacia las cuadras.

Inspiró, molesto. Seguramente Elisabeth montaría a horcajadas, algo impropio en una dama de su categoría. Mientras caminaba a su encuentro pensó que, cuando se casara con ella, tendría que hacerle entender la importancia del decoro en una sociedad civilizada.

Tal y como había pensado Elisabeth, el *sheriff* no le daba importancia a la desaparición de una simple criada de dudosa procedencia. Así que no le quedaba más remedio que salir ella misma a buscarla, aunque fuese en compañía del señor Butler.

—Andy —dijo al joven que se ocupaba de ayudar en las tareas del establo—. Si regresan mis vaqueros sin Lisa, diles que continúen con la búsqueda.

Al llegar donde estaba su yegua, se dispuso a cepillarla.

El joven mozo, que en aquellos instantes limpiaba los cascos de sir Arthur*,* el *Suffolk punch* gemelo de lord Byron*,* quienes tiempo atrás guiaron el carruaje del señor Winston, se apresuró a llevarle los arreos a su joven señora, pues se sintió avergonzado de verla hacer su trabajo.

—Permítame, señorita.

Mientras el mozo hacía su trabajo, ella contempló a lady Templeton.

—Hoy no tengo azucarillos para usted, vieja dama.

La empezó a cepillar cuando el mozo terminó.

—¡Ya está lista, señorita!

—Gracias, Andy —dijo Elisabeth con dulzura cuando tomó las riendas de su yegua—, pero a Winter le disgusta el bocado español, es demasiado duro para ella. ¿Dónde está el filete[2] que usa normalmente? Tráemelo, que yo se lo pondré.

El muchacho la miró con el temor impreso en el rostro.

—Lo lleva el caballo del señor Butler, señorita.

Elisabeth abrió la boca para tranquilizar al joven, abochornado por el contratiempo, cuando la voz de Jonathan interrumpió lo que tenía que decir.

—Discúlpame, Elisabeth, no pensé que fueras a necesitarlo hoy. Resulta que se me rompió la cabezada anoche y Andy me ofreció la de tu yegua, que incluye el bocado. Pero enseguida te lo devuelvo.

Elisabeth se dio la vuelta y se encontró a Jonathan, esperándola con su caballo a las puertas del establo.

—No importa —respondió—. Por esta vez Winter tendrá que conformarse.

—¿Y el grueso de tus hombres? —preguntó Jonathan, cambiando de asunto.

—Los vaqueros que no están buscando a Lisa han tenido que guiar al ganado a los altos pastos, junto al río, porque hace una semana los comanches montaron un campamento peligrosamente cerca del lugar habitual. Es necesario que mis hombres pasen allí varias noches para que se alimenten bien y no se produzcan más bajas.

—Te ayudaré a buscarla, pero creo que eso es cosa de hombres. ¿No sería mejor esperar a que ellos traigan noticias?

—No puedo quedarme de brazos cruzados mientras la pobre Lisa permanece desaparecida. Pero si tienes cosas que hacer, lo comprendo…

—No, Elisabeth, insisto en que aceptes mi compañía. Esos malditos comanches…

A ella le costó no poner los ojos en blanco.

—Los comanches hacen lo que han hecho toda la vida y la responsabilidad de que no desaparezcan más vacas es únicamente mía. También la de encontrar a Lisa con vida.

Jonathan se revolvió en la silla, molesto.

—Te acompañaré.

Si no fuera porque estaba demasiado ansiosa por partir en busca de Lisa, y porque cuatro ojos siempre verían mejor que dos, Elisabeth habría insistido en ir sola.

Jonathan no le disgustaba, pensó mientras recorrían el camino de bajada en un trote suave, al contrario, era un hombre bien parecido y de modales exquisitos. Alto, rubio, de ojos verdes y mirada profunda. Las manos, de dedos largos y fuertes, eran delicadas con las riendas de su montura, y eso le gustaba porque denotaba sensibilidad. No obstante, la casi siempre melancólica expresión y la extraña forma que tenía de mirarla cuando creía que ella no se daba cuenta la inquietaban.

Al sentir que ella lo observaba, él amplió la sonrisa y de sus ojos brotó un extraño brillo que la desconcertó. Ese verde fulgor duró tan solo unos instantes, el tiempo suficiente para provocar en Elisabeth un escalofrío que le exigió cautela.

No era adecuado salir a cabalgar a solas con un hombre. Pero pronto descartó un planteamiento tan absurdo: Elisabeth jamás había sucumbido a las normas sociales y no iba a empezar a hacerlo ahora. ¡Como si no hubiera ido a guiar el ganado ella sola con los vaqueros de Lobo Blanco! Y por último: Butler era demasiado decente para intentar nada que pudiera ponerla en peligro, mucho menos para poner en duda su reputación.

Tal y como había asegurado Jonathan, el sol lucía en lo alto y acariciaba con sus cálidos rayos la pradera de Lobo Blanco, donde un océano de hierba ondulante se mecía con la suave brisa. No muy lejos de allí, se escuchaba el cadencioso rumor de un arroyo cercano.

El día era espléndido, pero no debían confiarse, el otoño solía ser traicionero y en cualquier instante podría desatarse otra tormenta.

Mantenían los caballos al paso. Hacía como veinte minutos que habían abandonado el sendero y en esos momentos se internaban en el bosque, intentando ver entre los altos troncos si había algún indicio de que alguien hubiera pasado por ahí.

Avanzaron sin mediar palabra durante un tiempo indefinido, hasta que Butler rompió el silencio:

—Cabalgas muy bien a horcajadas, Elisabeth. ¿Sueles hacerlo muy a menudo?

Ella lo miró con una extraña mueca. Le sorprendía la pregunta, pues él sabía perfectamente que siempre cabalgaba así. Aquello era un velado reproche.

—No comprendo este comentario —decidió contradecirlo, no permitiría que le dijera qué podía o no hacer en su propia casa—. Ya sabes que encuentro las monturas de amazona muy incómodas, además de poco prácticas. A mi juicio, fueron concebidas con el único fin de someter a las mujeres e impedirlas en su movilidad.

El rostro de Jonathan enrojeció levemente.

La señorita Winston era muy descarada. Eso le gustaba, de la misma forma que le repelía ligeramente. Una contradicción, pero lo que sentía por ella lo era. La quería como esposa, pero a sabiendas de que así tendría autoridad para poder… domarla.

—No era mi intención violentarte —se disculpó.

En realidad, lo único que sentía Jonathan era haber verbalizado sus pensamientos. Ella era una señorita; puede que intentara no serlo, guiando el ganado por el rancho y haciendo labores que distaban mucho de ser bien aceptadas en la sociedad. Pero ella era lo que era, una dama, y a él le molestaba que no se comportara como tal.

Elisabeth aceptó la disculpa de Jonathan. No la había ofendido en absoluto, pues se sentía orgullosa de su forma de ser y proceder. Y si ese hubiera sido un día cualquiera, se habría animado a entablar con el apuesto joven una guerra dialéctica para dejarle bien claro su parecer. Pero en esos momentos la prioridad era dar con el paradero de Lisa y no estaba para distracciones innecesarias.

—¿Cuándo echaron en falta a tu doncella? —quiso saber Jonathan.

Elisabeth se tomó unos instantes para pensar la respuesta.

—Ayer la vi en la comida, pero por la tarde me fui a casa de los Greenwood. No sabría decirte.

—No lleva ni un día desaparecida, quizás nos preocupamos por nada.

«Eso espero», pensó ella para sí.

Butler frunció el ceño unos instantes, como si estuviera confundido y a la vez molesto por algo. Instantes después, la expresión volvió a ser la de siempre.

—Pudiste haber muerto ayer en el accidente de la calesa.

—Gracias a Dios, eso no pasó.

—Sí, gracias a Dios —dijo él, para luego añadir—: Deberías haber mandado a alguien a buscarla.

—No queda nada que salvar. En la curva cerrada, cerca del viejo alcornoque, Winter perdió la paciencia y lo mandó todo a rodar. La calesa se despeñó por el terraplén y quedó despedazada.

—¡Dios mío! —Jonathan detuvo el caballo—. ¡Eso es horrible!

—Sí, pero estoy viva.

Jonathan se quedó con el corazón latiendo a toda prisa. Elisabeth había estado muy cerca de la muerte.

Ella lo miró por encima del hombro, hacia su derecha, donde estaba situado.

—Tranquilízate.

Él asintió, pero la miró de forma extraña. Algo que la inquietó.

—Elisabeth…

—¿Sí?

—¿Por qué fuiste hacia la cabaña de Lester, si está el doble de lejos y en la dirección contraria a Lobo Blanco?

Elisabeth le apartó la mirada y la puso al frente.

Vaya, parecía que la había pillado mintiendo. «¿Qué vas a contestar a eso?», se dijo a sí misma.

—Bueno, yo…

—¿Fuiste por tu propio pie?

—No lo recuerdo.

—¿Cómo?

—Que no recuerdo muy bien qué pasó. Pero debí de haber llegado hasta allí, no hay otra explicación. Supongo que el golpe en la cabeza me aturdió, y me desorienté.

Cuando Elisabeth volvió a mirarle, él mantenía los ojos clavados en ella, mucho más incrédulo que antes.

—¡En fin! —Suspiró, resignada—. Ahora la prioridad es encontrar a Lisa sana y salva. Aunque reconozco que estoy preocupada, ella no suele alejarse del rancho, y mucho menos sola. La pobre Bárbara está destrozada…

—Con razón. Perder una hermana tiene que ser traumático, ¿no crees?

Elisabeth miró a Jonathan con extrañeza. Si bien era cierto que la cosa no pintaba nada bien, todavía no sabían qué le había sucedido a Lisa y decir que Bárbara había perdido a su hermana era, cuanto menos, precipitado.

—Sigamos.

Se adentraron más en el bosque y cabalgaron en silencio un rato más. Hasta que, de pronto, el señor Butler detuvo su montura.

—Vamos por aquí —indicó ella.

—No creo que sea buena idea abandonar el sendero.

Jonathan miró hacia el interior del bosque y sus manos empezaron a sudar. No podían ir por ahí.

—Me sería imposible perderme aquí —continuó Elisabeth.

«Perderse no es el problema», se dijo Jonathan.

—Hay lobos.

Por un segundo, en la mente de Elisabeth apareció la imagen de una loba orgullosa y de pelaje espeso. No pudo menos que sonreír.

—¡No me digas que te asustan los lobos! —Él no contestó, pero el comentario le hizo tan poca gracia como a ella le había hecho el de

montar a horcajadas—. Sigamos un poco más, volveremos antes del anochecer.

Cuando avanzaron media hora más, Jonathan ya no estaba muy de acuerdo en seguir la búsqueda por aquellos lares.

—Deberíamos volver. ¿No podríamos extraviarnos nosotros también? Este bosque es muy espeso y…

—Los caballos siempre encuentran el camino de regreso a casa, señor Butler.

Jonathan la miró con un extraño brillo en sus ojos verdes, pero no dijo nada más.

Cuando Winter descendió ágilmente hacia el arroyo, Elisabeth contuvo la respiración a causa del olor que empezó a picarle en la nariz. Al principio pensó que sería un animal en descomposición, pero agudizando la vista… se dio cuenta de que, sobre la hojarasca, había un cuerpo.

—Dios mío…

Capítulo 7

Elisabeth sintió una sensación de quiebro al ver de lejos el bulto yaciente y descompuesto que había sido su querida y risueña Lisa.

Porque era ella, estaba segura.

Y estaba muerta.

Bajó del lomo de Winter e hizo verdaderos esfuerzos para no caer redonda al suelo, pues las rodillas le temblaban. Caminó a pasos cortos y tambaleantes, como si su cuerpo fuera un junco azotado por una tormenta. Logró llegar hasta un árbol y se sostuvo en él, apoyando ambas palmas en el grueso tronco.

No podía ser cierto. Como si nada más hubiera en su mente, avanzó hasta el cuerpo y se arrodilló a su lado, y con los ojos abiertos por el terror, vio que estaba boca abajo, con su vestido abierto en la espalda. Solo parcialmente, como si no la hubieran querido desnudar del todo.

—¡Señor Butler! —gritó, porque no sabía qué más hacer.

Los ojos empezaron a escocerle por las lágrimas y fue incapaz de decir nada más por varios minutos.

—¡Dios del cielo, Elisabeth! ¡Apártate de ahí!

Pero ella no lo hizo. Siguió observando a la que había sido su amiga.

Pasado un tiempo que fue incapaz de contabilizar, una fuerte presión en los hombros la obligó a dar un respingo. Cuando comprendió que se trataba de las manos de Jonathan, se relajó todo lo que la situación le permitió.

—Lamento enormemente que hayas tenido que ver esto, créeme.

Sin embargo, la joven cambió de súbito la expresión y miró a su acompañante con los ojos enrojecidos, repletos de rabia.

—¿Quién ha podido hacer algo así, Jonathan? —sollozó, tras ponerse en pie con los puños apretados—. ¿Por qué se han ensañado tan salvajemente con la pobre Lisa?

—Yo no…

—¿Qué clase de mente depravada o ser diabólico es capaz de actuar así?

—No lo pienses más, Elisabeth…

Ella se llevó la mano a la boca y lloró desconsolada. Se alejó de él, porque siempre había odiado mostrarse débil frente a los demás. Empezó a caminar en círculos a una distancia prudencial del cadáver, con las manos enguantadas entrelazadas, intentando hallar claridad a la situación. Pero cuanto más pensaba, más triste y aterrada se sentía. ¿Cómo iba a explicarle a Bárbara lo sucedido a su hermana? ¡La pobre chica se iba a ahogar de pena! Negó con la cabeza y frunció el ceño, mirando de nuevo a Jonathan, que en aquellos momentos se había acercado al cuerpo de la criada e inspeccionaba el terreno.

—Vayamos a informar al *sheriff* —exclamó Elisabeth—. Este horrible crimen no quedará impune y el responsable tendrá su merecido.

—Por supuesto —dijo Jonathan—. Yo personalmente me encargaré de que pague por ello. Si es que ha sido asesinada…

Los ojos de Elisabeth volvieron sobre su amiga y negó con la cabeza.

—¿Crees que no…?

Jonathan se encogió de hombros.

—Lisa podría haberse perdido en el bosque, morir de frío, y luego… las alimañas y depredadores hacer su trabajo.

Elisabeth sacudió la cabeza de nuevo.

—¡Por amor de Dios, Jonathan! ¿Estás ciego? Desde aquí veo sus pies descalzos y llenos de arañazos. ¿O acaso se quitó los zapatos para caminar mejor entre las zarzas? ¡Y tiene un tajo en la garganta! ¿Qué alimaña usa un cuchillo?

—Los animales podrían haberla descalzado. Tiene los dedos de los pies roídos. Acércate y compruébalo tú misma.

De pronto, Elisabeth sintió una terrible aprensión.

—¡No! ¡Basta! Avisemos al *sheriff*.

—Claro, claro… —dijo Jonathan, como si su comentario hubiera sido totalmente fuera de lugar—. Ummm…

Las cavilaciones de Jonathan captaron la atención de Elisabeth.

—¿Qué?

—Hay huellas de lobo.

Elisabeth miró el suelo, la hojarasca revuelta en algunos lugares, el barro con las huellas que acababan de hacer ellos y, sí, había lo que parecían ser las almohadillas de un perro o un lobo.

Lobos. Fue pensar en ello y que a su mente acudiera un lobo en concreto o, mejor dicho, una loba con un pelaje abundante y unos ojos ambarinos, tan sobrenaturales como hermosos.

—¿Podría ser un perro? —preguntó.

—Las huellas de los perros, además de ser más pequeñas, son más anchas y redondas que las de los lobos. Fíjate en esta de aquí. —Elisabeth estiró el cuello para observar lo que Jonathan le mostraba—. En esta huella resulta muy difícil trazar una línea recta entre las almohadillas de los dos dedos laterales y los dos delanteros sin tocar alguno. ¿Lo ves?

En efecto, esa era la pisada de un can, pero no era redonda sino alargada, y se marcaban las uñas con claridad. Además, era la huella más grande que había visto en su vida. Quien la había impreso debía de ser un animal de gran tamaño…, como Sombra.

—Hace años que los lobos no se atreven a adentrarse en el rancho Lobo Blanco —dijo, más para sí misma que para Jonathan. Su padre lo había lamentado, pues, por extraño que pudiera parecer, al viejo ranchero le fascinaban, pero la gente del pueblo no era partidaria de que hubiera lobos merodeando por los ranchos, asustando al ganado. El anterior *sheriff* había acabado con la última manada del lugar—. De todas formas, un lobo no podría haber segado el cuello de Lisa de semejante forma.

Aquello era un crimen, Elisabeth estaba convencida de ello.

—Vayámonos —volvió a decir ella, de pronto—. Avisemos al *sheriff* y…

Pensó en Bárbara. ¿Cómo iba a contarle aquello?

Elisabeth se llevó una mano a la cabeza, como si todas aquellas emociones hubieran sido demasiado para ella. Cuando abrió los ojos, Jonathan seguía agachado junto al cadáver, pero ella se volvió para dejar de mirar la macabra escena.

Y fue entonces cuando la vio.

Los ojos de Elisabeth se abrieron todavía más por el asombro, al ver a la enorme loba mirándola fijamente.

Contuvo el aliento. Sombra sería incapaz de hacer algo tan atroz.

Y como para desafiarla, la loba pareció estirar el cuello y remover sus patas sobre el terreno, atenta a los movimientos de Elisabeth, a su mirada.

—Elisabeth, es hora de irnos. —La voz de Jonathan la distrajo.

Volvió el rostro hacia él por un instante, y después sus ojos se centraron de nuevo en el lugar que había ocupado Sombra, ahora vacío.

—Sí… —titubeó—, avisemos al *sheriff*. Hay trabajo por hacer.

Henry se apresuró a ocultarse al ver a los dos jinetes acercarse. Agazapado en un desnivel, le indicó a su caballo que se alejase hasta el cauce del arroyo, para no ser vistos. Por su parte, Sombra había desaparecido.

Su respiración se aceleró y el corazón pareció querer escapar del pecho al darse cuenta de que quien llegaba sobre un caballo alazán no era otra que la señorita Winston.

Sintió tal alivio al confirmar que el cadáver no era ella que el cuerpo de Henry tembló de la cabeza a los pies. Cerró los ojos por un instante para recomponerse.

Elisabeth estaba viva.

Nada más le importaba en ese momento, a excepción, quizás, de saber quién había sido el demonio capaz de hacer algo tan atroz con aquella pobre muchacha.

Porque esa desdichada no había muerto en un accidente, las palabras del acompañante de Elisabeth, arrastradas por el viento, habían llegado quedamente hasta Henry.

No. No había sido un accidente.

Las marcas del cuchillo eran más que evidentes y cualquiera que examinara el cadáver lo vería. Alguien se había ensañado con la joven. Nada de accidentes. Y las mordeduras de los animales habían sido hechas después de su muerte. No había sangre en ellas.

Se arrastró hasta asegurarse de que al ponerse en pie nadie lo vería.

Miró hacia la lejanía y, entre los árboles retorcidos y las hojas mecidas por el viento, vislumbró a Sombra. Estaba mirando hacia donde había encontrado a la chica muerta y no le pareció descabellado que intentase captar la atención de Elisabeth. Por sus movimientos, Sombra estaba inquieta. La observó por un largo rato y se dio cuenta de que estaba pensando en si acercarse y atacar, como si la loba presintiera un peligro cerca de la mujer. Sombra se movió rápidamente y cambió de posición, pero siguió observando la escena desde otro ángulo.

«¿Qué estás mirando, Sombra?», se preguntó, meneando la cabeza. No entendía qué sucedía, pero finalmente escuchó a lo lejos los resoplidos de los caballos, signo inequívoco de que Elisabeth y su acompañante se ponían en marcha.

Pasado un tiempo prudencial, él también buscó a Cochise. Lo encontró junto al arroyo y montó.

Henry tenía claro que iba a presentarse en el rancho, aunque hacerlo ese día… sería de lo más inoportuno. Además, tenía cosas en qué pensar y planes que hacer. Así que viajó un par de leguas hacia el sur y acampó cerca del río.

Las noches no eran tan frías como cabría esperar. Dentro de un par de días, cuando todo se hubiese calmado, iba a averiguar no solo quién le había hecho eso a la muchacha, sino qué diablos era lo que andaba mal en Lobo Blanco.

Capítulo 8

—Señorita Winston, ¿podría repetir en qué posición se encontraba el cadáver en el momento en que lo vio?

Elisabeth suspiró, cansada.

Ya era la última hora de la tarde y la cabeza le dolía a causa de la impresión y de sentirse totalmente impotente ante el asesinato.

Bárbara estaba también en el salón, en una esquina, mientras Cathy y la señora Baker trataban de consolarla. Los ojos de Elisabeth volvieron a llenarse de lágrimas al mirarla y se le formó tal nudo en la garganta que no fue capaz de responder a la pregunta del *sheriff* Wilson.

—Yo creí que había ido a divertirse un poco —dijo Bárbara, entre lágrimas—. No le di mucha importancia cuando no volvió por la noche…

Los presentes la miraron, los hombres juzgando su proceder, cómo no, pero Elisabeth consciente de que no tenían ningún derecho a hacerlo.

—¿Mantenía su hermana alguna relación amorosa? —le preguntó el *sheriff*, fijando su atención en ella.

Bárbara se encogió de hombros.

—Creo que nada serio, pero a veces se escapaba por las noches… —Miró a Elisabeth—. Lo siento mucho, señorita…, de verdad, mi hermana no era mala persona.

—¡Por supuesto que no!

Elisabeth se acercó e intentó calmar con un abrazo a la desconsolada Bárbara, que no cesaba en llantos.

—¿Es necesario que hagamos esto ahora? —le preguntó al *sheriff*.

—El tiempo suele ser crucial, señorita Winston. —El hombre se detuvo unos instantes para atusarse el estrambótico bigote y después añadió—: Un buen investigador debe observar las reacciones de todas las personas que conocieron a la víctima en vida, en especial las de los familiares más cercanos.

Elisabeth palmeó el hombro de Bárbara, mientras fijaba la dura mirada en el *sheriff*.

—Le puedo asegurar que nadie de los que están aquí ha hecho daño a Lisa. A diferencia de la gente del pueblo, en Lobo Blanco todos la queríamos.

La señora Baker asintió, firmemente.

—Así es.

El *sheriff* Wilson miró a Elisabeth con expresión inescrutable.

—Y puesto que es tan virtuoso en su trabajo, hace un buen rato que habrá podido deducir que la pobre hermana se encuentra desolada. Y déjeme decirle también que todo esto es de una crueldad innecesaria.

Como ya le habían informado en Riverplace de los parcos modales de la señorita Winston, el *sheriff* Wilson había venido armado de paciencia y no estaba dispuesto a dejarse avasallar. Sin embargo, la señorita tenía razón. Ya había visto la reacción de la hermana de la puta, así que cedió a su reclamación.

—En ese caso, haga el favor de pedirle a su escandalosa criada que abandone el salón para así poder seguir con la interpelación sin más dilación.

Elisabeth lo miró, furibunda. No estaba dispuesta a que Bárbara sufriera ningún desplante más por parte del *sheriff*.

—Por favor, Cathy, señora Baker, llevad a Bárbara a su habitación. Yo iré enseguida cuando termine aquí.

Una vez la joven se hubo marchado, Elisabeth respondió a la pregunta del *sheriff* en un tono seco y que no daba pie a dudosa interpretación.

—Lisa Winslet estaba echada boca abajo, con el vestido abierto en la parte trasera. —Respiró hondo, pero siguió impasible en su relato —: Tenía el rostro desfigurado, la cabeza casi separada del cuerpo. No vi su abdomen para ver las numerosas cuchilladas, tal y como usted me ha indicado que presentaba. Sus pies estaban descalzos y roídos por las alimañas. Las pantorrillas, desgarradas, me hacen suponer que huyó descalza durante varias horas hasta que su asesino le diera caza.

—Las suposiciones déjeselas a los profesionales.

Elisabeth apretó los dientes, si abría la boca, a ese prepotente imbécil no le quedarían tímpanos.

—Sí, Elisabeth, déjale hacer su trabajo —dijo Jonathan, que hasta ese momento se había mantenido en silencio.

—¡Usted ha preguntado, y yo acabo de responder! Así que haré las suposiciones que considere oportunas, *sheriff* Wilson.

El hombre no cambió el rictus.

—¿Está segura de lo que vio, señorita Winston? —preguntó—. A menudo las mujeres que leen tienen mucha imaginación. Y según tengo entendido, usted posee una enorme biblioteca.

«Pero ¿qué demonios…?».

Elisabeth sintió la acuciante necesidad de estamparle el jarrón en la cabeza a ese imbécil, no obstante, se contuvo. Debía hacerlo, si quería que ese petulante investigase algo…

—¿Usted cree que me lo imaginé, *sheriff* Wilson? El señor Butler también estaba conmigo.

El aludido asintió, como si no pensara decir nada más, algo que molestó a Elisabeth.

—¡Dile lo que viste!

—Por supuesto, es lo primero que he hecho —se defendió Jonathan.

—Ahora la estoy interrogando a usted —dijo el *sheriff*—, y le pregunto: ¿cómo sabe que ese cuerpo es el de Lisa Winslet?

—¡Porque la vi!

—Si presentaba el rostro desfigurado, ¿cómo pudo reconocerla?

Elisabeth suspiró ruidosamente, antes de responder.

—¿Qué pretende, *sheriff*?

—Solo hacer mi trabajo, no se ponga a la defensiva. Pero usted es la única que ha identificado al fiambre. Y debemos estar muy seguros de que sea ella…, por el bien de su familia.

Elisabeth pensó en la pobre Bárbara y apretó los puños.

Creía que ese estúpido de Wilson no haría nada para encontrar al asesino de su amiga, así que ya no estaba obligada a mantener la compostura.

—Ese fiambre, como usted la llama, fue una persona, una mujer buena y una gran trabajadora. Y sí, le aseguro que es el cuerpo de Lisa Winslet. Pero si lo que usted pretende es cerrar el caso porque, en su consideración, una puta muerta no le importa a nadie…

—¡Elisabeth! —protestó Jonathan, interrumpiéndola.

Ella miró a su amigo, pero no calló cuando volvió a posar los ojos en Wilson.

—… déjeme decirle que me importa a mí, a los que habitan en este rancho y, sobre todo, a su hermana, Bárbara. Y si no tiene nada más que decir, haga el favor de marcharse de mi rancho o tenga por seguro que presentaré una queja en Houston.

—Oh, estoy seguro de que eso no será necesario —intervino Jonathan—. *Sheriff*, ¿ha terminado el interrogatorio? Yo vi un par de veces a la muchacha aquí y doy fe de que era ella.

—Si usted lo atestigua, me lo creeré.

«¡Esto es el colmo! ¡Como si las mujeres no tuviéramos ojos en la cara!».

—Que pase muy buena noche, señorita Elisabeth.

Cuando el *sheriff* se hubo marchado, Elisabeth se paseó furiosa por el salón. Jonathan se acercó hasta ella y le acarició los brazos, intentando consolarla. Ella se escapó de su proximidad y él maldijo su actitud, pero no lo demostró.

—Ha sido un día muy largo y desearía quedarme a solas. Tengo que preparar el funeral y… todo lo demás.

Lo que ella en realidad quería era no tener que ver a nadie. Absolutamente a nadie. Su cabeza iba a explotar en cualquier momento.

—Me gustaría estar a tu lado.

—Jonathan. —Quizás el tono de Elisabeth resultó brusco cuando miró a Jonathan por encima del hombro, pero, sin duda, se marcharía.

—Comprendo.

—Lo lamento —se disculpó—, pero quiero estar a solas.

Él asintió y se retiró, no sin antes echarle un último vistazo.

Elisabeth notó los ojos de Jonathan clavados en su espalda. Se estremeció.

Una vez escuchó cómo la puerta del salón se cerraba, suspiró. Se sentó en el butacón, con la cabeza entre las manos, y lloró en silencio.

¿Por qué el mundo era tan injusto? ¿Y por qué eran tan hipócritas los que habitaban en él?

Elisabeth dio una enésima vuelta en la cama. Rodó sobre sí misma y se quedó nuevamente mirando al techo.

Estaba preocupada.

Últimamente, en el rancho solo sucedían desgracias. Media hora antes de la reunión con el *sheriff* Wilson, uno de sus vaqueros le había dicho que, de nuevo, habían aparecido tres reses muertas. El hombre aseguraba que habían muerto envenenadas y no por causas naturales. Elisabeth lamentaba no habérselo comentado al *sheriff*. En un principio, eso no parecía tener relación con la muerte de Lisa, pero… si alguien estaba intentando boicotear su rancho…

Pero ¿quién querría hacer algo así? ¿Y por qué?

Pateó las mantas cuando ya no le quedó paciencia para estar metida en la cama.

Sin demasiados miramientos se vistió, no con un bonito vestido que le hubiera gustado a su padre, sino con unos pantalones desgastados, botas altas y una camisa a la que puso encima una chaqueta.

Afuera hacía frío. Aún no había amanecido y la casa dormía, algo que no sería así hora y media después. Debía aprovechar.

Mientras los primeros rayos del sol eran imperceptibles, Elisabeth entró en las cuadras y se acercó a Winter con una sonrisa.

—Siempre consigues calmarme, amiga —le dijo a la yegua, que relinchó mostrando su contento cuando le palmeó el cuello—. Pero has sufrido bastante estos días y no quiero que esa herida que te hiciste en el lomo no cure como debiera. Así que me llevo a Penélope, pero no te pongas celosa —le susurró al oído, esta vez—: Tú siempre serás mi chica favorita.

Sacó de la cuadra a Penélope, una *quarter milles* blanca como la luna, y poniéndola al galope descendió el camino de Lobo Blanco dirección sur. Últimamente estaban pasando cosas muy extrañas en el rancho, la muerte de la muchacha era la más terrible, pero también debía averiguar qué estaba sucediendo con sus reses.

Henry se presentó en el rancho cuando todavía no había amanecido. Quizás debería haber esperado a que el bullicio estallara en la casa, y no pudieran confundirlo con un ladrón, pero estaba demasiado ansioso.

Lo que quería en realidad era volver a ver a Elisabeth, pero eso nadie tenía por qué saberlo. Ni tampoco él tenía que comprenderlo. Desde la muerte de su esposa Amanecer, nunca había sentido interés por otra mujer. Y no se pararía a analizar ese sentimiento porque, de hacerlo, volvería grupas para no regresar.

Chasqueó la lengua a Cochise para que entrara en las caballerizas y, tras cruzar las puertas, desmontó. Se percató de que alguien roncaba en el altillo, entre la paja. Un joven bribón había hecho su cama en el granero.

Silbó para despertarlo y Andy dio un brinco.

—¿Señor? —El mozo se asomó, mostrando la sorpresa en el rostro.

—Tranquilo, muchacho —le dijo Henry, al ver cómo el chico abría desmesuradamente los ojos—, puedes volver a dormir. Esperaré a que todos se despierten para ver a la señora.

—¿La señorita Elisabeth?

Henry asintió, mientras atendía a su caballo.

—Se levanta temprano y a veces viene aquí a mimar a Winter.

¿Winter? Henry se acercó a una de las cuadras, donde estaba grabado el nombre de la yegua. Cochise relinchó, celoso porque le hacía caso a esa formidable yegua. Le palmeó el cuello, al tiempo que volvía a centrar su atención en el chico.

—Me han dicho que hay una vacante.

Eso pareció divertir al muchacho.

—Oh, sí, señor. El de capataz. Hace tres años que no tenemos —rio el chico—, y no creo que tengamos la suerte de encontrar uno cuando nuestra señorita hace tan bien su trabajo.

Eso le sorprendió.

—¿La señorita Elisabeth hace de capataz? —El chico asintió—. Creí que solo lo era de nombre, dando órdenes y poco más.

—Oh, sí, señor. A ella le encanta dar órdenes. Por eso los capataces duran menos de una semana. Nadie está dispuesto a ser manejado por una mujer.

«Ya veo», pensó Henry.

Las palabras del chico lo divirtieron.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Andy, señor.

—Bien, Andy, vigilarás a mi caballo. —Se tomó la confianza de estabular a Cochise en una cuadra vacía.

—¡Un *mustang*! Vaya, señor…, este caballo es impresionante.

El chico se quedó embobado y Henry aprovechó para salir de allí.

Decidió dar un paseo por las inmediaciones.

No había nadie despierto. La casa era todo lo grande que podía ser. Sin embargo, a él le pareció no solo suficiente, sino encantadoramente acogedora. Una mano femenina la mantenía espléndida, sin duda. Quizás las de la señora Baker y Cathy.

Una espesa enredadera abrazaba parte de la fachada y caía sobre un amplio porche de madera, de estilo texano, de dos pisos de altura. Rodeando las ventanas, cuidadas macetas llenas de flores de colores le daban un aspecto alegre y desenfadado. Sin embargo, tanto colorido no avergonzaba el hermoso jardín de rosas que presidía la entrada principal. Posiblemente una excentricidad de la señorita Elisabeth, pues un jardín como ese no se solía ver en un rancho dedicado al ganado.

Según las cartas de Butler, el rancho abarcaba veinte mil hectáreas, treinta de las cuales se dedicaban al cultivo y el resto a la cría de ganado y al pasto. Colindaba con el rancho Beaufort, de menos dimensiones, pero también muy importante en la región. No conocía personalmente a su propietario, pero Robert Beaufort padre había sido uno de los más importantes ganaderos de Texas. Quizás una familia como esa, tan tradicional, no llevara demasiado bien que su vecina, una mujer, gestionara un rancho tan próspero. Nadie le quitaba de la cabeza a Henry lo que le dijo ese hombre en la posada, que alguien había envenenado las reses de Lobo Blanco. Tanta muerte no podía deberse a una coincidencia… ¿Estaría Beaufort implicado? Puede que en el futuro le hiciera una visita.

Averiguaría al respecto.

Según el abogado que había dado con él, Butler le había dejado claro que Lobo Blanco estaba en unas condiciones lamentables, y que la mano de la señorita Winston era la culpable. No lo había dicho abiertamente, pero Henry sabía leer entre líneas.

En cualquier caso, todo parecía en orden, los caballos estaban gordos y lustrosos, y había visto las cabezas de ganado y, aunque eran pocas para tan grande extensión de tierra, parecían bien alimentadas.

La familia Winston era una de las fundadoras de Riverplace y, con la muerte de Edmund sin descendencia masculina, el viejo se había visto en la obligación de testamentar a favor de él. Henry no había estado muy de acuerdo. Recordaba al viejo Winston, siempre había sido amable con él, y era cierto que lo había querido como a un hijo, pero después de que decidiera abandonar la vida civilizada, jamás había regresado a Lobo Blanco, ni había vuelto a ver a su querido amigo, ya fuera en Houston o en algún otro lugar.

El sonido estridente de cascos al galope lo obligó a ponerse en alerta. Un jinete se acercaba. Henry se apartó, colocándose al borde del camino, y agudizó la vista. A causa de la penumbra, solo pudo vislumbrar una sombra cruzando a su vera con endiablada rapidez, para después adentrarse en las caballerizas.

—Elisabeth Winston —murmuró. Y ese nombre le dejó un regusto dulce en la boca.

Nada más llegar, una suave voz que le resultó tremendamente familiar lo encandiló.

Cuando se asomó, de súbito, todos sus planes se fueron al traste. La dueña de esa voz era una joven morena, que susurraba dulcemente a su caballo, exhausto y sudoroso a causa de la carrera.

El corazón de Henry empezó a latir desbocado, y una súbita y desconocida felicidad hizo que sus labios dibujasen una amplia sonrisa.

La dama estaba incluso más hermosa que en sus recuerdos, a pesar de que vestía como un mozo de cuadras. Llevaba una ajustada camisa blanca de cuello alto, un corbatín medio desatado que intentaba ajustarse al esbelto cuello sin conseguirlo. Cubriéndole los hombros, llevaba una chaqueta corta gris, de corte español y bordados en las hombreras. Un pantalón ajustado del mismo color realzaba sus curvas.

Henry estuvo a punto de soltar una exclamación cuando sintió un tirón en la ingle.

El delicado rostro, blanco como la arena, contrastaba con el tono violín de sus cabellos. La cálida llama del pequeño candil, que se encontraba a pocos metros de distancia, lamía su melena, y arrancaba de ella suaves destellos. Lo llevaba recogido en una larga y sencilla trenza, de la cual escapaban algunos mechones rebeldes, que acariciaban la limpia frente, rozaban las sienes y ocultaban las puntas de las orejas. Henry sintió el deseo de liberar esos preciosos rizos y hundir los dedos en esa cabellera, para después acercarse a la nariz un mechón y aspirar el dulce y afrutado aroma que tan bien recordaba. Así mismo, al darse cuenta de lo que estaba pensando, ya fue demasiado tarde, pues ese inocente deseo desembocó en otro menos elegante, pero sí más apasionado.

Cuando la joven sintió su presencia, o tal vez escuchó su agitada respiración, se dio la vuelta.

De súbito, esos ojos celestes se encontraron con los suyos y se abrieron, llenos de sorpresa, cambiando súbitamente el tono a turquesa.

—¡Usted!

A Elisabeth se le entrecortó la respiración. ¿Qué hacía ese hombre allí?

«Vamos —pensó para si—, ahora puedes ser una mentirosa y decir que no habías pensado en él».

Y la verdad es que eso sería mentirse a sí misma.

A pesar de todos los acontecimientos vividos los últimos días —la muerte de Lisa, su funeral, el desconsuelo de Bárbara, el problema con las reses…—, Elisabeth había ocupado la mente, además de por la pena, con una extraña añoranza. Y el único culpable era ese hombre.

—Buenos días —la saludó, tocándose el ala del sombrero.

—Apenas amanece —pareció reprocharle ella, alzando la barbilla.

Henry la observó de arriba abajo, con cierto descaro.

—Y, sin embargo, acaba usted de llegar.

Elisabeth no pudo evitar sentirse indignada por su atrevimiento.

—Eso a usted no le incumbe.

—Son las seis de la mañana.

—Me gusta madrugar. —Elisabeth se encogió de hombros, pero se sintió incómoda al considerar que ese hombre la obligaba a dar explicaciones—. ¿Va a decirme de una vez quién es usted y a qué ha venido? ¿O va a dedicarse a cuestionar mis hábitos?

—Solo apuntaba un hecho algo inusual en una dama, eso es todo…

—¿Tan inusual como presentarse en mi rancho de madrugada, sin anunciarse y, repito, juzgando unas costumbres que no le atañen? —lo interrumpió, altiva.

«¿Su rancho? Vaya, vaya…».

Henry sonrió como un lobo. Le gustaba esa mujer más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—¿Quién le ha dejado entrar? —insistió Elisabeth.

—Este rancho no tiene demasiada seguridad por la noche.

—Andy está aquí siempre vigilando a los caballos.

En ese momento, un suave ronquido les recordó a ambos la presencia del muchacho, arriba en el pajar.

—Ya veo…

Ella sonrió, como alguien que había sido pillado en falta. Luego carraspeó para adquirir un tono más serio y autoritario.

«Pura fachada», se dijo ella, y era más que probable que él lo notara.

—¿Y qué hace aquí…? —preguntó, recobrando la compostura.

—Alexander.

—Alexander —convino Elisabeth—, me acuerdo de su nombre. Solo Alexander, ¿verdad?

—Alexander, sin más.

—Qué exótico —valoró—. Y extraño. De igual forma, me resulta tremendamente familiar. ¿De dónde procede?

—Es de origen griego.

—Eso ya lo sé. ¿Es usted de origen griego o únicamente su nombre de pila?

—Únicamente mi nombre de pila. —Henry rio de una manera profunda. A ella le gustaban las batallas dialécticas. Muy bien, tomaba nota—. Algunos también me llaman Lobo Blanco.

Ella entreabrió los labios con asombro.

—¿Como mi rancho? Es una auténtica casualidad.

Sin duda, Elisabeth no se lo esperaba.

—¿Así que cree en las casualidades? —La pregunta fue formulada con un tono de seducción tal que a la dama le resultó difícil de asimilar.

Así mismo, la intención de Henry no había sido esa, o al menos en parte, porque su apodo y el nombre del rancho no eran una casualidad. Pero era pronto para desvelarle ese secreto, si es que podía definirse como tal.

Al ver el rubor en las mejillas de Elisabeth, Henry desvió la vista del perfecto cuello para enfrentarse de nuevo a las aguas color turquesa que eran sus ojos y que amenazaban con agitar su navío con un fuerte temporal.

Aunque ella intentara aparentar lo contrario, estaba… asustada. Y era lógico, se la había estado comiendo con la mirada, y bien sabía él que su propia faz era como un libro abierto.

—Ruego me disculpe. Le aseguro que no ha sido mi intención incomodarla.

Esta vez sí se quitó el sombrero a modo de saludo y se acercó a ella, lentamente, con la seguridad de un felino.

Elisabeth sintió que su respiración se aceleraba. Sus mejillas la traicionaron, cubriéndose de un encendido rubor. Pero con esa escasa luz, quizás él no lo notara.

—Al poco de dejarla en el camino, me sentí algo culpable por no haberla acompañado a casa.

—Supongo que tenía asuntos que atender en el pueblo.

Henry se acercó más, y esta vez sin sonreír.

—Allí me di cuenta de quién era: Elisabeth Winston. No me habría gustado ser el responsable de que una dama no llegase sana y salva a su casa.

Ella alzó el mentón, sorprendida y alterada a partes iguales al ver a ese hombre acercarse a ella de forma tan descarada, y con esos ojos oscuros y profundos clavados en los suyos.

—Se lo repito una vez más —volvió a decir ella, sin demasiada convicción—: ¿Quién es usted y qué hace aquí a estas horas?

—Soy Alexander. —Entonces sí sonrió. La sonrisa de un gato que acababa de zamparse a su presa.

En realidad, no mintió. Su nombre de pila era Henry Alexander, pero no iba a revelar su identidad. No hasta dar con el asesino que rondaba por sus tierras y puede que la misma persona que envenenaba sus reses.

Ajena a sus pensamientos, Elisabeth lo miró perpleja, todavía sin comprender si lo que la había sorprendido tanto había sido su nombre, la forma de pronunciarlo o que siguiese en sus trece de ocultar su apellido.

—¿Y… qué quiere de mí, Alexander? ¿Gratitud?

Él asintió, sin perder la sonrisa.

—¿Por haberle salvado la vida? —La mirada que le dedicó ese hombre la hizo sentirse culpable, pero solo un poquito—. Sí, algunos esperarían alguna clase de recompensa.

Cuando notó la mirada ardiente sobre ella, pensó en la noche en la cabaña, cuando los ojos de ese hombre pudieron contemplarla a placer… desnuda.

Carraspeó.

—¿Y qué recompensa espera de mí, señor?

—Se me ocurren un par de cosas.

«¡Oh! Presuntuoso arrogante…».

—Pues que sepa…

—¿Quizás una oportunidad como nuevo capataz?

Vaya, los pensamientos de Elisabeth no iban en esa dirección. Pues claro que quería trabajo, era un forastero en tierra extraña.

«¿Qué habías pensado que quería de ti, niña desvergonzada?», se reprendió.

Los dos estaban parados frente a los listones de madera que hacían de cuadra para Winter y hablando en susurros, para no despertar a Andy, que seguía roncando sobre ellos. A su lado, Elisabeth pudo ver cómo el caballo negro de él descansaba sin su silla ni su cabezada. Era un precioso *mustang* negro que permanecía impasible, disfrutando del heno de la cuadra de lady Templeton, que de nuevo se había escapado y en ese mismo instante estaría dando buena cuenta de los nabos del huerto de la señora Baker.

Elisabeth todavía no lograba comprender cómo no se había percatado antes de su presencia, pero la respuesta era obvia: ese hombre la distraía. Bufó, reprendiéndose a sí misma, pero contra todo pronóstico se relajó, sin saber muy bien por qué.

—¿Es un *mustang* salvaje? —preguntó, echándole otro vistazo a la espectacular montura.

—Lo parece, sí. Pero posiblemente tenga tres sangres: cuarto de milla, español y *mustang*.

—Una explosiva combinación… —valoró Elisabeth.

—¿Sabe de caballos? —La vio asentir, orgullosa—. Como dice, ya puede ser una combinación explosiva, pues se trata de un caballo cheyene. No obstante, al igual que yo, está retirado.

Elisabeth pudo ver en sus ojos un ligero brillo de dolor, que él corrigió de inmediato.

—¿Es usted militar? —Estuvo tentada a preguntar si era yanqui, pero se abstuvo.

Henry frunció el ceño, haciendo a Elisabeth estremecer.

Estaba oscuro, apenas amanecía y ellos dos allí solos, arrullados por los suaves ronquidos de Andy… Elisabeth se sentía como si fuera

algo pecaminoso. Algo prohibido.

Él apoyó el hombro contra el listón de madera, a escasos centímetros de ella. Se miraron intensamente a los ojos durante un par de minutos, que bien parecieron una vida entera. Elisabeth intentó que no se le acelerara el pulso, una hazaña inútil, pero no estaba dispuesta a ser la primera en huir de ese acercamiento.

—¿Cómo se ha enterado de que necesito un capataz? —preguntó, a media voz.

—La señora Baker y Cathy.

—¡Oh!

Eso la sorprendió.

—Dijeron que paga bien, y que se necesitaba ser muy hombre para aceptar el trabajo. —Ella se olvidó de respirar—. ¿Le parezco lo suficiente hombre, señorita Elisabeth?

Elisabeth no pudo evitar mirar esos profundos ojos, y después sus labios, y humedecerse los suyos.

Se tocó el pelo, nerviosa, cuando sintió un cosquilleo en el vientre y… más abajo de este.

—¿Por qué dice eso?

—Me han dicho que hay hombres que no soportan las órdenes de una mujer.

Ella asintió.

—¿Es su caso?

Él la miró de arriba abajo.

—Si las órdenes las da una mujer como usted, no veo el problema.

Elisabeth no tenía ni la más remota idea de lo que significaban esas palabras, pero le gustó escucharlas. Le gustaría darle órdenes, sin duda, a ese señor Alexander, alias Lobo Blanco. No pudo evitar sonreír al pensar en ello. Era un hombre, uno escandalosamente apuesto, y elegante, a pesar de lucir ropas sucias de viaje.

Con total seguridad, se trataba de un forastero. Su acento norteño y su aspecto así lo evidenciaban. Llevaba el pelo suelto, a la altura de los hombros. Mechones lacios de aspecto sedoso se desparramaban por la frente, cubriendo ligeramente unos ojos negros como dos abismos, que la miraban con curiosidad y

reconocimiento. Elisabeth se vio en sus fantasías hundiendo las manos entre esos mechones, acariciándolos, tirando de ellos…

—Bien, señor Alexander.

—Solo Alexander.

—Pues bien…, Alexander. ¿Por qué cree que debería contratarle?

Él volvió a sonreír como un diablo.

—¿Aparte de porque voy a cumplir cada una de sus órdenes?

—No fingiré que eso no me daría placer…

Fueron sus palabras, no la forma de decirlas, porque no había segundas intenciones en ellas, pero Elisabeth se dio cuenta de que estaba jugando con fuego.

De pronto, Henry alzó la mano para acariciarle el corbatín, y le rozó el cuello intencionadamente. Deseaba comprobar si esa piel seguía siendo tan suave como recordaba.

El pulso de Elisabeth se aceleró y cuando notó las manos del hombre en su cintura, jadeó sin poder evitarlo.

Él volvió a sonreír, esta vez con la cabeza gacha.

—Veo que no lleva mi puñal.

Ella retrocedió dos pasos y se alisó la ropa, como si ese gesto fuese a borrar la excitación que sentía.

—¿Quién dice que no lo llevo? —Cuando creyó haber recuperado la dignidad, lo miró directamente a los ojos y se encaminó con paso decidido hacia la salida—. Nos veremos a la hora del desayuno, le diré a la señora Baker que ponga un cubierto para usted en mi mesa. Espere hasta entonces.

Él asintió, pero no hizo ademán de moverse e ir tras ella.

Cuando Elisabeth aceleró los pasos, su risa profunda la acompañó en la oscuridad.

Capítulo 9

Pasadas tres horas, Elisabeth se encontraba en el comedor, frente a la ventana, mirando el espléndido día de otoño y alisándose una inexistente arruga de su vestido azul oscuro. Era uno de los mejores que tenía, y se había dicho a sí misma, muy seriamente y en repetidas ocasiones, que se lo había puesto solo porque tenía un desayuno en el que se iban a tratar temas importantes. Como si el señor Alexander a secas, alias Lobo Blanco, «¿de dónde demonios habría sacado eso?», no fuera un forastero polvoriento y sí un hombre importante a quien iba a permitirle hacerse cargo de su rancho.

Cerró los ojos y respiró hondo.

Sí, lo hacía porque, si lo veía apto para ser el próximo capataz de Lobo Blanco, sería su hombre de confianza. Manejaría parte de su carga, y eso era algo que ella deseaba con mucho ahínco. Sí, se había vestido así porque quería causarle una buena impresión al nuevo capataz, no porque tuviera otras intenciones con ese hombre.

—¡Maldita sea! —exclamó, enfadada consigo misma. ¿Por qué no podía dejar de pensar en él… desnudo?

—Señorita Elisabeth.

—¡Ah! —Ella se dio la vuelta con una mano en el corazón.

—Disculpe.

—No te preocupes, Bárbara. ¿Qué haces levantada? Te dije que te tomaras un par de días libres. Y quiero que, a partir de hoy, te quedes conmigo en la casa.

La muchacha la miró con los ojos vidriosos.

—No es necesario, señorita, estoy bien. —Su voz quebrada expresó lo contrario.

—Por favor. Tómate el tiempo que necesites —insistió Elisabeth.

Bárbara sonrió, agradecida.

—Eso no será necesario. Además, si la señora Baker está en la cocina con Cathy, ¿quién anunciará sus visitas?

Elisabeth carraspeó al saber de qué visita se trataba.

—¿Tengo visitas? —disimuló.

La muchacha asintió y una genuina sonrisa se dibujó en su rostro.

—Un hombre… muy guapo pregunta por usted. Dice que le espera a desayunar.

Elisabeth se acercó a la silla, pero no se sentó. Se pasó la mano por la sien y el cabello, comprobando que no hubiera ningún mechón suelto.

—Está perfecta, señorita —indicó Bárbara.

Elisabeth soltó una risa que desembocó en una tos.

—Puedes hacerle pasar.

—Por supuesto.

Bárbara abrió más la puerta y la mirada de Elisabeth recayó en ese hombre. Casi dos metros ocupaban la entrada del comedor, pero no se amedrentó por ello.

Dio algunos pasos, mientras Bárbara murmuraba una disculpa y cerraba la puerta tras de sí.

—Señorita Winston.

—Señor… Alexander.

Él rio. Parecía que estaba de buen humor, como si hubiese inspeccionado el terreno y se hubiera dado cuenta de que necesitaba ayuda, y que, por lo tanto, no iba a prescindir de ella.

—Por favor, tome asiento y desayune conmigo.

—Será un placer.

Con movimientos felinos, él llegó a su lado y, antes de que ella apartara su propia silla para sentarse, él hizo de perfecto caballero y se la retiró.

«Vaya, así que tiene modales. Esperemos a ver hasta dónde llegan».

—Muchas gracias.

—No hay de qué. —Mientras respondía, Henry retiró su propia silla, a la derecha de la dama, y se sentó.

—¿Desea un poco de café?

—Me encantaría.

Cuando Elisabeth le sirvió, Henry vio que la mesa estaba preparada para los dos. Sobre el delicado mantel con bordados florales, se exponían diversos panecillos, mermeladas, leche, café y té recién hecho. No faltó la mantequilla, por supuesto.

—No sea tímido y coma todo lo que quiera. Un hombre de su envergadura seguro que no esconde su apetito.

Los ojos de Alexander se clavaron en los suyos por un instante, haciéndola sonrojar.

«Debería ir con más cuidado —se dijo a sí misma—. Según qué comentarios podrían dar pie a malas interpretaciones».

Suspiró y después escondió su nerviosismo con una tos.

—Bien, así que Cathy y la señora Baker le hablaron del rancho y le dijeron que está vacante el puesto de capataz.

—Así es, señorita.

—Elisabeth —corrigió ella.

—Elisabeth —convino él.

—No me gusta que se me trate con tanta formalidad —aclaró—, aunque entiendo que, en ciertas ocasiones, el tuteo no es adecuado.

—Intentaré ser lo más correcto con usted, sin pasar el límite de incomodarla.

Elisabeth sabía muy bien que él ya había rebasado con creces ese límite, la misma noche que se conocieron, con su cuerpo desnudo junto al suyo, también desnudo.

Sus mejillas se encendieron y Elisabeth desvió la mirada, concentrándose en servirle el café y tomar para sí un panecillo que untó con mermelada.

—¿Y de dónde viene, señor Alexander?

Él observó cada uno de sus movimientos, y fue muy consciente de que podría pasarse el día entero mirándola.

Solo cuando ella levantó la vista del panecillo, esperando su respuesta, Henry contestó:

—Vengo de Boston.

—Eso queda muy lejos.

—He venido de muy lejos, ciertamente. Y para poder proseguir con mi viaje, necesito un trabajo temporal que me permita financiarlo.

—Así que deduzco que esta no es su última parada.

Él negó con la cabeza, mientras hacia una mueca con la boca.

—Mi intención es proseguir en algún momento con mi vida, señorita… Elisabeth. Pero quién sabe si mi destino no está aquí, en Lobo Blanco.

Ella asintió.

—¿Quién sabe dónde está nuestro destino? Pero antes de ofrecerle el puesto de capataz, me gustaría saber más de usted, y de qué forma se las arreglaría en ese puesto.

Él sonrió. Le gustaba esa mujer, no era en absoluto confiada. Y estaba más que seguro de que le reclamaría alguna clase de identificación o credencial, y después exigiría comprobarla ella misma.

Pero eso no iba a suceder.

Elisabeth lo miró de reojo, mientras untaba mantequilla en otro panecillo y después mermelada. En ese rostro, anguloso y bronceado como el de un indio, no había ni rastro de barba. Sin embargo, había algo en él que la obligaba a permanecer en alerta. No sabría definir exactamente qué era. Sí, de súbito reconoció esa sensación: ese hombre olía a peligro. Era salvaje, apostaría que tan salvaje como su *mustang* negro. Y esa loba…

El señor Alexander se movía como un animal a punto de acechar a una presa, elegante, atrevido y con decisión.

—El rancho debe de llevarle mucho trabajo —dijo él, haciéndola regresar de sus pensamientos—. He podido observar las cabezas de ganado.

El día anterior, Henry no había podido resistirse. Observó la propiedad con su viejo catalejo para constatar, una vez más, que Jonathan Butler había mentido al abogado: había allí más movimiento que en un panal de abejas en plena producción.

La gran casa contaba con su propio granero, las caballerizas y hasta un pequeño huerto en la parte trasera. A lo lejos, se encontraba otra vivienda, mucho más pequeña, puesto que la principal de Lobo Blanco debía de tener una docena de habitaciones.

—¿Tiene muchos hombres trabajando para usted? —preguntó.

—Apenas doce. La mayoría nunca se encuentra cerca de la casa, sino con el ganado, en los pastos o trasladándolo para su venta. —Elisabeth se mordió el labio, ¿acababa de decirle a un desconocido que su casa estaba prácticamente vacía y que sus hombres siempre estaban lejos?—. Los que quedan aquí están bien armados y listos para cualquier eventualidad —añadió.

Henry asintió.

—Me alegra escuchar eso. —Y en verdad se alegraba, pero era una flagrante mentira. Sin embargo, Elisabeth era lista y había rectificado su metedura de pata con gran diligencia.

En la casa no había más hombres que el viejo mayordomo, y no iba armado. Lo más parecido a un hombre armado era la señora Baker en la cocina, con su rodillo de amasar. Había visto a Cathy en el corral, recogiendo los huevos mientras hablaba con las gallinas. También había escuchado los lloros de un bebé de año y medio que perseguía a las pobres gallinas, que huían despavoridas.

—¿Tiene hijos? —preguntó de repente, y la taza de Elisabeth se quedó suspendida a un palmo de su boca.

—No estoy casada.

No era eso lo que había preguntado Henry, pero supuso que el bebé no era suyo, o bien la tendera no hubiese perdido el tiempo y le hubiera informado de inmediato.

—Y no, no tengo hijos —aclaró Elisabeth, dando un sorbo. Cuando dejó la taza templada sobre el platillo, le tocó a ella preguntar, pero evitó mirarlo a los ojos—. Y usted, ¿está casado, señor Alexander?

Henry dejó de sonreír y le dio un sorbo a su café, mirándola fijamente. Responder esa pregunta era doloroso, aún.

—Lo estuve, pero… murió.

—¡Oh, cuánto lo siento!

A Henry le gustó que fuera sincera.

—Fue hace tiempo —respondió, secamente—. Y no es importante para hacer bien el trabajo de capataz.

—Supongo que no.

—Y por lo que he podido ver, no es que no se baste sola. —Colocó la taza sobre la mesa y volvió a mirarla, esta vez con más intensidad —. Creo que en el pueblo menosprecian lo que usted está haciendo con su rancho.

Elisabeth lo miró sin ser consciente de que sus pupilas la habían delatado. No estaba acostumbrada a los halagos, mucho menos si venían de un hombre tan apuesto como insolente. Abrigó la tentación de sonreír como una tonta, sin embargo, logró contenerse.

Ese hombre parecía ser tan extravagante como ella, y maldito fuera por ello, pues no solo le interesaba, también le gustaba. Pero la miraba con posesión, y eso no era algo que ella estuviera dispuesta a tolerar.

—Pocos hombres dirían en voz alta lo que usted.

—¿Darme cuenta de que algunas mujeres no necesitan un hombre a su lado? Veo que es capaz de manejarse sola, y quien no lo vea es que es idiota. —Ambos se quedaron mirándose en silencio, un par de latidos que parecieron detener el tiempo—. No obstante, también creo que está diciendo que su esfuerzo es menor de lo que realmente es.

Y eso sí que la sorprendió, porque era cierto.

El rancho llevaba mucho trabajo, y por eso se levantaba temprano y se acostaba tarde. Salir a cabalgar cuando el sol aún no había salido no era más que una excusa para vigilar que no volvieran a envenenar a sus reses, o quizás, con un poco de suerte, descubrir a los culpables en plena acción. Elisabeth tenía que averiguar quién estaba haciéndole la vida mucho más difícil de lo necesario. Y no era la primera vez que extraños accidentes sucedían en sus tierras, poniendo en riesgo la salud económica de sus propiedades.

—Bueno…, ¿y qué sabe usted de ser capataz?

En eso Henry no tuvo que mentir. Se manejaba demasiado bien entre caballos y animales. Le contó su experiencia, y en los veinte minutos que duró el relato, la dama lo observó entre fascinada y recelosa de que tantas cualidades existieran en un vaquero.

—Sabe que difícilmente podría rechazar a alguien con sus talentos.

Él volvió a reír, y ella a maldecirse, porque sabía que eran palabras que podrían tener doble sentido.

—Como le decía, me gustaría trabajar con usted por una temporada.

—Perfecto —aceptó Elisabeth—. Sin duda, el señor Butler querrá conocerle. Le haré redactar un contrato, pero antes estará dos semanas de prueba. Espero que no sea un inconveniente…

Lo que Elisabeth quería decir es que pensaba tener como capataz a un hombre que se hiciera responsable de su ganado. Alguien pendiente del bienestar de sus animales. No esperaría menos que un compromiso formal.

—No esperaba menos.

—El sueldo será generoso, porque tendrá responsabilidades. Y, además, la vivienda del capataz estará a su disposición. Es la que se ve desde la parte trasera de la casa grande. Tendrá la casa limpia, y puede comer y cenar allí. La señora Baker se encargará de que todo esté a su gusto.

—No soy un hombre de grandes exigencias materiales. —Por alguna razón, eso pareció agradarle a Elisabeth—. Solo tengo una petición.

Su tono de voz se volvió más gutural y a Elisabeth se le aceleró el pulso.

—¿Sí?

—Sombra… —Henry arrastró la palabra—. Me gustaría que no se le diera caza mientras yo permanezca aquí.

Elisabeth se relajó en la silla, pensando en aquella loba de espeso pelaje. Le vino a la mente la imagen de ella estirada sobre la alfombra del salón, frente a la chimenea. Sonrió. Eso sería algo muy poco probable, pero agradable, al fin y al cabo.

Su expresión mudó de súbito, y Henry se tensó.

—Mientras no ataque a nadie…

Elisabeth acababa de recordar las huellas junto al cadáver. Había visto a su loba cerca de Lisa. Tragó saliva y se llevó la mano a la

frente. Se puso en pie, pero el suelo pareció no estar lo suficientemente firme.

Cuando el repentino mareo hizo que se tambaleara, los brazos fuertes del vaquero la envolvieron.

—¿Se encuentra bien?

Ella asintió, apoyándose en su pecho.

—Sí…, malditos corsés.

—Siéntese. —Fue una orden que Elisabeth acató sin rechistar, porque las rodillas le temblaban y porque el tono de Alexander no admitía réplica.

Cuando él le sirvió un vaso de agua, se arrodilló junto a ella y la vio beber. Al terminar de dar el segundo sorbo, dejó el vaso sobre la mesa, y Henry le acarició instintivamente la mejilla. Su piel de porcelana se había tornado pálida.

—¿Seguro que se encuentra bien?

Sus miradas se encontraron y el horror del asesinato de Lisa quedó atrás. Ya pensaría más tarde en ello, ahora, en ese instante, con el señor Alexander frente a ella, le costó concentrarse en algo distinto a sus ojos oscuros.

De pronto, alguien llamando a la puerta atrajo su atención.

—¡Pasa! —Mientras lo decía, la espalda de Elisabeth tocó el respaldo de su silla.

Bárbara entró con una sonrisa triste en el rostro. Vestía de negro y Henry pensó que no debía de ser un color que la muchacha usara de forma habitual.

—Señora —se excusó—, el señor Butler desea verla, acaba de llegar. Y hay una carta del señor Robert para usted. Me ha dicho el chico de los recados que ya ha vuelto de su viaje.

—Oh, de acuerdo. Gracias.

Henry vio cómo la doncella dejaba una bandeja de plata junto al brazo de Elisabeth. En ella había tres sobres, y uno debía de ser la carta de ese tal Robert.

Elisabeth rozó las cartas con los dedos, pero desistió de leerlas.

Cuando volvió a mirar a Alexander, él estaba de pie, junto a ella, como si nada hubiese pasado. Como si no le hubiera perturbado su mirada.

—¿Hago pasar al señor Butler?

La voz de Bárbara captó su atención y la alejó del magnetismo que Alexander ejercía sobre ella.

—Por supuesto. —Se giró hacia él—. Le presentaré a nuestro administrador. Espero que se lleven bien.

—Suelo hacerlo con todos los hombres decentes.

Eso llevó a pensar a Elisabeth si Alexander pensaría que el administrador era uno de esos hombres.

Capítulo 10

Cuando el señor Butler entró en el acogedor salón, iluminado por la luz matinal de ese día soleado, la sonrisa se le congeló en la cara.

Sus ojos fueron directamente al forastero que estaba de pie junto a la señorita Winston. Tenía apoyada la mano derecha sobre el respaldo de la silla de Elisabeth, algo del todo inapropiado. Los celos de Jonathan despertaron, como si esa mano bronceada, en lugar de tocar la madera barnizada, estuviera acariciando el blanco hombro de Elisabeth.

—Señor Butler…, qué temprano llega hoy.

El hombre se inclinó, diligente.

—Espero no interrumpir.

—Por supuesto que no, llega justo a tiempo para compartir con nosotros el desayuno.

Jonathan se acercó. Evidentemente, ante otras personas ambos usaban un tono formal; un fuerte defensor del decoro como era Jonathan Butler no provocaría ningún daño a la reputación de la señorita Winston, ya mermada de por sí, a causa de las compañías que él no aprobaba.

Era de suponer que tampoco aprobaría la presencia del nuevo capataz, y mucho menos la proximidad física que en ese momento mantenía con ella.

—Pero antes de nada, señor Butler —carraspeó, nerviosa—, permítame presentarle al señor Alexander. Él se quedará durante

una quincena como nuevo capataz. Según la narración de sus aventuras, está altamente capacitado para el puesto.

Alexander inclinó la cabeza a modo de saludo.

Esa sonrisa congelada en la cara del elegante señor Butler, a quien acababa de ponerle rostro, no confundió a Henry ni por un instante. Al parecer, estaba inmiscuyéndose en sus planes. Y algo le decía que no eran otros que ser el hombre de confianza de la señora de Lobo Blanco y… posiblemente algo más.

—Estaré deseando ver sus referencias —dijo, con aterciopelada voz.

—Por supuesto. —Henry no lo dudaba, y estaba más que convencido de que, cuando le entregara una carta de referencia firmada por el mismísimo Henry Alexander Cavill, iba a maldecir en todos los idiomas europeos que seguramente hablaba con fluidez.

Ahora, quien no pudo reprimir una sonrisa fue él.

De pronto, Jonathan carraspeó y se acercó a la mesa, pero no se sentó. Miró a Elisabeth con gravedad, y esa pose dramática casi hizo reír a Henry. A ver con qué les iba a sorprender el caballerete.

—Antes de todo, querida señorita Winston… —empezó a decir, Jonathan—, debo ponerle al corriente de unos acontecimientos que no van a ser de su agrado. Lamento mucho ponerla de un humor sombrío de buena mañana, pero el asunto es de extrema importancia.

Henry alzó una ceja. Esa forma de hablar… Cerró los ojos, armándose de paciencia. Si ese Butler a todo le daba tantas vueltas, se juró que en un futuro le sacaría las palabras a golpes.

—¿De qué se trata?

—En primer lugar… —Miró a Henry, como si no estuviera muy de acuerdo que él estuviera allí.

—Si es sobre el rancho, creo que es lícito que el señor Alexander esté presente —apuntó Elisabeth.

Jonathan iba a protestar, pero de pronto se lo pensó mejor.

—Entonces, hablaré.

«Más te vale», pensó Henry.

—Hágalo con total libertad.

Ante las palabras del nuevo capataz, el afectado caballerete pareció enrojecer.

—Bien, en primer lugar, debo informarle que, desgraciadamente, la venta de reses que tenía en marcha no ha sido todo lo provechosa que hubiésemos deseado.

Elisabeth contuvo la respiración.

—Explícate, Jonathan. —La sorpresa y el temor a que otro infortunio pudiera producirse le hizo abandonar sin darse cuenta el trato formal.

—Creo que no hemos obtenido beneficio alguno de su venta. Apenas cubrimos gastos.

Elisabeth se llevó una mano a la cabeza.

Jonathan seguía hablando, pero Elisabeth solo oía palabras sueltas. Cada una de ellas, clavándose en su cerebro como un punzón.

A los pocos minutos pensó que ya había tenido suficiente.

Se masajeó la sien izquierda con la punta de los dedos índice y corazón. Mientras tanto, mantenía los ojos cerrados y se esforzaba en desechar de la mente la descabellada idea que amenazaba con hacerle perder el decoro. En realidad, el decoro le importaba un comino, lo que no podía perder era la dignidad y echarse a llorar por la rabia y la frustración.

Al punto, dejó caer las manos sobre el regazo y exhaló un hondo suspiro que, ni de lejos, le calmó el desasosiego.

—No puede ser cierto, señor Butler. Dígame que todo esto es una broma, ¡se lo ruego!

Jonathan Butler, que hasta el momento había observado con paciencia y en silencio las reacciones de Elisabeth, la miró con una mueca preocupada, repetidamente ensayada. O eso pensó Henry. No era posible que ese hombre sobreactuara tanto y Elisabeth no se diera cuenta de ello. Solo Dios sabía las ganas que tenía de sacudirla. Por su propio bien, lo que la señorita Winston necesitaba era una buena dosis de realidad.

—Lo lamento, señorita —dijo, Jonathan—. Ojalá pudiera darle buenas noticias, pero me temo que no es así.

—¿Quiere decirme que el hombre a quien encargué llevar las reses al punto de venta las ha vendido a mitad de precio?

—A mí también me pareció extrañó, pero así es la oferta y la demanda —se excusó Butler—. Los otros rancheros tenían más excedente y bajaron los precios.

«Eso no se lo cree nadie», pensó Henry.

—¿Me está diciendo que las cabezas de ganado se vendieron a ese precio tan ridículo? —intervino el señor Alexander, mirando a Jonathan fijamente.

—¿Insinúa que miento? —respondió Butler, más tieso que una vara.

«Lo que me faltaba —pensó Elisabeth—, una pelea de gallos en mi salón».

—El señor Newman no tenía ningún derecho a rebajar el precio de esa manera —dijo Elisabeth.

—Y de verdad que está avergonzado —volvió a excusarse, Butler —, me ha presentado su carta de dimisión y se ha ido esta misma mañana nada más llegar al pueblo. Pero, en su defensa, he de decir que, debido a que algunas de las reses han muerto, posiblemente a causa de una enfermedad…

—¿Seguro que se trata de una enfermedad, señor Butler? —intervino Henry, mirando a Butler con fijeza.

—¿Disculpe? —inquirió el administrador.

—¡Maldita sea! —Elisabeth dio un golpe sobre la mesa.

—¡Señorita Winston! No deberías hablar así. No es propio de…

¡Al infierno lo que debería o no hacer! ¡Le habían robado! Y al mirar de reojo al señor Alexander, él parecía ser de la misma opinión.

—¡Por amor de Dios! —lo interrumpió Elisabeth, dejando a Jonathan con la palabra en la boca—. ¡Cada año les subo el sueldo a esos ingratos! Y lo hago en parte para que no me timen.

Elisabeth se levantó de súbito y entrelazó los dedos, signo inequívoco de que estaba a punto de perder el control. ¡Dios bendito! ¡Cuánto le habría gustado poseer el carácter diplomático de su padre y no sentir la necesidad de ir a casa de Newman a vociferar como una verdulera!

Empezó a caminar nerviosa por el pequeño salón, intentando de ese modo calmar su malestar. Pero bien sabía que lo único que la apaciguaría sería una desquiciada cabalgada. O un buen trago de *brandy*.

¡Oh, cuántos quebraderos de cabeza le provocaba la gente que no apreciaba el esfuerzo que hacía para mantener el rancho en condiciones! ¿Acaso no se daban cuenta de lo que suponía para ella la falta de apoyo y las traiciones de su gente?

Pensó que tal vez era cierto que necesitara a alguien de confianza para que nadie la timara de esa manera. Después estaba Jonathan, ¿en serio se creía que era tan estúpida? ¿O es que él también era un imbécil y ella no se había percatado hasta ahora?

—¡Esto es intolerable!

—Es mucha carga para una mujer.

Elisabeth apretó los puños ante el comentario de Jonathan. Ahí estaba otra vez esa maldita frase que parecía estar dispuesto a repetirle hasta la saciedad.

—Por suerte —dijo, dándose la vuelta hacia Jonathan—, ahora dispongo de un nuevo capataz que se hará cargo de las tareas del señor Newman y que, seguro, hará lo imposible para que esta mujer no tenga que pasar por semejantes atropellos, tan innecesarios para los nervios femeninos.

Henry pensó que si ese petimetre no había entendido que Elisabeth se estaba burlando de él, es que era simplemente imbécil.

—¿Quién?, ¿usted? —dijo el administrador, mirando a Henry de arriba abajo—. ¿Quién es? ¿Y de dónde viene? ¿Tiene recomendaciones?

—Las mejores —alegó Elisabeth, arrastrando las palabras en un tono lleno de sorpresa fingida, como si su pobre mente femenina no pudiera entender que Jonathan no lo aprobara.

«Sí —pensó Henry—, definitivamente la mujer se está burlando del pobre señor Butler».

—Empieza hoy mismo —zanjó—. Estoy segura de que tendrán mucho de qué hablar, pero lo harán en la cena de mañana.

—Pero Elisabeth… —Jonathan estaba contrariado—. No puedes poner a alguien que no sea de confianza a cargo de Lobo Blanco.

Debo asegurarme de que no la timen…

—Últimamente no ha tenido usted mucho éxito en eso. ¿No es así, señor Butler?

Una puñalada en el corazón, eso era lo que había supuesto para Jonathan su afilado comentario.

—Eso es muy injusto. —Ante la queja de Jonathan, Elisabeth alzó la barbilla. Al parecer, no se arrepentía de nada que hubiese salido de sus labios—. Si me permite decirlo, muchos de nuestros clientes están algo inquietos ante el hecho de que lidere el rancho sola. Y ahora que esa chica ha aparecido muerta…

Elisabeth se puso furiosa.

—¿Qué demonios tendrá que ver eso con los negocios? —La voz de Elisabeth fue apenas un susurro, pero su mirada… Su mirada le dijo a Henry que existía auténtico fuego en el corazón de esa mujer.

—También está el hecho de que su servicio doméstico… no sea su mejor carta de presentación.

—Jonathan, me conoce bien. Sabe que mi único afán es mantener el rancho en el que me crie. Y si de paso puedo ayudar a quienes más lo necesitan, ¿qué hay de malo en ello? Reconozco que tengo una personalidad complicada y que mis métodos son poco ortodoxos, pero si recibiera un poco de apoyo, mi plan daría buenos resultados.

«¿Personalidad complicada? —pensó Henry—. ¡Más bien incendiaria!». Esa mujer cada vez le gustaba más.

—Aunque no comparto su opinión —Jonathan seguía indignado, pero su tono de voz, que quiso sonara apaciguador, se volvió condescendiente—, comprendo sus buenos sentimientos, señorita Winston. Y la apoyo, créame, pero…

—Pero hay que mantener la casa, extraer leña del bosque, labrar los campos, cuidar de las reses y necesito personas leales a mi lado. ¡Ellas son leales!

Aunque nadie había comentado que estaban hablando de las señoritas que Elisabeth tenía como su servicio, a Henry no le fue necesario atar cabos.

—Pero entienda que su reputación…

—¡No prescindiré de mi servicio doméstico porque a los compradores de vacas les preocupe mi reputación!

Henry pensó que, si ella fuera un hombre, habría escupido en el suelo.

—El servicio solo es otro motivo que añadir a la lista, señorita Winston —respondió Jonathan, con rictus severo—. Es imperativo cuidar su reputación y el buen nombre de su familia. La sociedad no está preparada para cambiar su moral.

—¡Y yo no estoy preparada para ignorar mis ideales!

Ante la furibunda mirada de la señora, Jonathan se vio obligado a apaciguar el tono.

—Por favor, ruego recapacite y reconsidere la posibilidad de cambiar el servicio de Lobo Blanco. Entienda que es vital para su imagen. ¿No es consciente del daño que supone para usted tener tan buen corazón?

—¡Esas pobres mujeres solo necesitan una oportunidad, señor Butler! Y si yo puedo dársela, no me pida que me quede de brazos cruzados. Usted… siempre me había apoyado.

—Y seguiré haciéndolo, créame. ¿No comprende que…?

Elisabeth dio un largo suspiro.

—Hoy, después de tan decepcionante noticia, no tengo humor para seguir tratando de negocios. Si es tan amable de disculparme, señor Butler.

—Pero…

—Espero nos acompañe mañana en la cena. Seguro que querrá hablar con el señor Alexander…

—Señorita Winston —carraspeó Jonathan, antes de marcharse—, ruego acepte de antemano mis más sinceras disculpas por lo que estoy a punto de decirle…

«Ahí va el pobre hombre —pensó Henry, ocultando una sonrisa—. ¡Directo al suicidio!».

Porque, si había juzgado bien a la señorita Winston, y Henry aseguraba haberlo hecho, cualquier cosa que dijera el señor Butler solo empeoraría las cosas. Ponerse de lado de los que juzgan a la ligera a las mujeres y las repudian no era una buena idea.

En absoluto.

—… Es de vital importancia que comprenda que el mundo es injusto —continuó el pobre hombre, y Henry se lo imaginó subiendo al patíbulo—. Una sola mujer no puede cambiarlo, y cuanto antes lo acepte, mejor le irá.

«Cuanto antes acepte que esta mujer jamás será suya, mejor le irá —se dijo Henry, y esta vez ya no sonreía—. Y, además, evitará que le parta las piernas y los brazos».

Pero el petimetre seguía obcecado en seguir dándole el sermón a Elisabeth.

—Si no hace lo que se espera de usted, lo perderá absolutamente todo y no habrá nadie en su sano juicio que la ayude. Henry Alexander Cavill llegará tarde o temprano. Ese era el segundo tema del que quería hablarle y…

—¿Le parece bien cenar a las siete?

Al escuchar la pregunta de Elisabeth, Henry reprimió una carcajada.

Vaya. Elisabeth Winston era una mujer impresionante, que valía más por lo que callaba que por lo que decía.

—Elisabeth…

Henry miró la reacción de la dama cuando el pisaverde pronunció su nombre.

—Señor Butler…

—Mañana hablaremos de la inminente llegada del señor Cavill.

Esas palabras cayeron como una losa sobre todos. Henry alzó una ceja, pero permaneció en silencio. Por la expresión de Elisabeth… el señor Cavill no iba a ser bien recibido.

Una lástima.

Capítulo 11

A primera hora de la tarde, tras no probar bocado durante el almuerzo, Elisabeth se dirigió a las caballerizas. Necesitaba estar sola y en la casa sentía que se ahogaba. Tenía demasiadas cosas en que pensar: en los timadores, los asesinos, los que boicoteaban el rancho envenenando a sus reses, la puñalada trapera del señor Butler y, por supuesto…, su nuevo capataz.

Suspiró al entrar en los establos y sus preocupaciones desaparecieron por un instante al encontrarse al señor Alexander luchando con la vieja lady Templeton. Una vez más, la ingrata mula se había escapado de la cuadra para adentrarse en el huerto de la señora Baker y hacer sus fechorías.

A pesar de lo frustrada y triste que se sentía, Elisabeth fue incapaz de ocultar una sonrisa al ver la graciosa escena. El recién estrenado capataz, que tan salvaje y esquivo se había mostrado en su primer encuentro, intentaba, en aquellos instantes y sin demasiado éxito, que el animal entrara en el redil con una zanahoria.

Ella intentó no reír. Después del festín que se había dado en el huerto, dudaba que una simple verdura motivara a la mula.

—Veo que tiene problemas con su majestad.

Henry se dio la vuelta y vio a Elisabeth, mientras realizaba el gesto de secarse el sudor de la frente.

Elisabeth no pudo evitar sofocarse ante la imagen de ese hombre.

Llevaba la camisa arremangada hasta los codos y los tres botones superiores, desabrochados. A la dama le habría gustado que

estuvieran desabrochados hasta la cintura.

Tan irreverente pensamiento la desconcertó, y se aclaró la garganta.

—La próxima vez pruebe con esto —dijo, acercándose a él, mientras se sacaba un azucarillo del bolsillo para mostrárselo a lady Templeton.

La mula no dudó en seguirla hasta su sitio como un dócil borriquillo.

—Veo que se conocen bien.

—Es tremendamente tozuda, pero no puede resistirse al dulce.

Ese comentario podría describirla a ella.

Henry se la quedó mirando, apoyándose en los tablones que cerraban el espacio de la mula. ¿Qué tendría esa mujer que lo atraía tanto, y que lo calmaba con su sola presencia?

—Tiene buena mano para los animales *salvajes*, Elisabeth.

La familiaridad del comentario, la voz ronca y la profunda y negra mirada clavada en ella la hicieron transpirar.

—La mula no es salvaje.

—No me refiero a la mula.

Se miraron en silencio, hasta que él sacudió la cabeza con una sonrisa y miró hacia Cochise, que cabeceaba en la cuadra contigua, en busca de atención.

—Cochise, ¿verdad? —Se acercó aún más al *mustang*, que pareció mirarla como si la evaluara—. Eres una verdadera preciosidad, ¿lo sabías?

Con suavidad acarició su cuello largo y fuerte. Sonrió al ver que él parecía contento por la caricia.

—¿Lo ve? —Henry alargó la mano y acarició a Cochise, tal y como ella lo hacía.

Ambas palmas se tocaron y Elisabeth carraspeó, retrocediendo un paso.

Él contraatacó con una increíble sonrisa, acompañada de una risa profunda y cavernosa, provista de un ligero tono de provocación. No menos asombrosa resultó ser la mirada que acompañó a tan sensual eufonía. A Elisabeth le resultó feroz y lobuna, sugerente, y a la vez apacible.

Ese sonido, acompañado del gesto, provocó en Elisabeth una nueva sensación: se le contrajo el vientre y la sangre se le subió a la cabeza, provocándole un sonrojo que fue incapaz de disimular.

—Por su expresión, diría que acaba de ver al mismísimo diablo —dijo él con una extraña modulación en la voz. Tono que otra interlocutora más ilustrada en esos menesteres habría definido como de excitación.

Por supuesto, Elisabeth no se percató del creciente ardor del señor Alexander, pues estaba demasiado preocupada por el suyo propio. Sin embargo, se obligó a ser práctica y a obviar tan extraño apetito.

—El Maligno está en muchos sitios, señor Alexander, pues se esconde en los lugares más insospechados. Y aunque usted tiene pinta de diablo, dudo que lo sea —dijo sin más, como para sí misma, en el momento en que se dejaba caer sobre un montón de paja para exhalar después un hondo suspiro.

Él dio unos pasos hasta el fondo del establo donde estaba ella.

—¿Lo dice por los asesinatos?

Elisabeth lo miró desde abajo, pero guardó silencio. Henry se acercó más, no para intimidarla, sino para que sintiera que no estaba sola.

—Me he enterado de lo que pasó, y si puedo ayudarla en algo…

—No, a menos que tenga dotes de detective. —Ella parecía estar a punto de maldecir—. Dios sabe que el *sheriff* no hará nada para averiguar qué le pasó a Lisa.

—Quizás no tenga dotes de investigador. Pero si puedo ayudarla, lo haré —prometió él, con semblante serio.

Elisabeth lo miró a los ojos y vio oscuridad en ellos. No se trataba de maldad, pero sí de una especie de tormento que antes no había detectado. Comprendió que el señor Alexander ocultaba algo que no deseaba mostrar a la luz. Sin embargo, ella era una mujer tolerante que respetaba los secretos ajenos, y no vio la necesidad de indagar en ellos. Por el momento.

—¿Qué opina del mundo en que le ha tocado vivir, señor Alexander? ¿Cree que es justo? —preguntó sin más.

Él la observó y tardó unos instantes en responder:

—Creo que el mundo no se ha hecho para comprenderlo, sino para vivirlo. En cuanto a si es justo o no, la respuesta es no.

Henry tenía muchos motivos para pensar así, lo había visto con sus propios ojos. Pueblos enteros masacrados por la codicia y la intolerancia, sin importar si los muertos eran mujeres, niños o ancianos. Elisabeth se dio cuenta de que algo lo atormentaba.

—Yo también creo que es injusto, pero… ¿cree que vale la pena cambiarlo?, ¿luchar por lo que uno cree?

—Creo que es más fácil predicar ideales que vivir de acuerdo con ellos.

Ella sonrió mirando hacia ninguna parte.

—¿Y cree que yo predico o vivo de acuerdo con ellos?

Empeñado en no pensar en otra cosa que en sus propios demonios, y el deseo que esa mujer le provocaba, volver a tener una de sus refriegas dialécticas le pareció una buena idea. Lo que fuera para no ver ese semblante triste y derrotado. Pero ese no era el momento.

Se acercó más a ella, y Elisabeth, al sentirse atrapada, se puso en pie y apoyó la espalda en la pared de madera. Había sido ilusa al creer que, contra la pared, y con el cuerpo del señor Alexander a escasos centímetros de ella, no se sentiría atrapada.

Él tenía el brazo estirado, la palma abierta contra la madera, a menos de un palmo de su cabeza. Si ella se diera la vuelta podría rozar con sus labios el interior de su muñeca. ¿Por qué demonios pensaría en algo así? Antes de que su mente le gritara que tenía que guardar las formas, él le habló, distrayéndola de nuevo.

—Creo que es la primera mujer… Me corrijo: es la primera persona que veo luchar por sus ideales, con hechos y no palabras.

Eso la conmovió más de lo que él sabría jamás.

—¿Lo dice por las chicas?

—Lo digo por todo —respondió él en un susurro—. Por las chicas, por llevar el rancho sola, por plantarle cara de esa manera tan soberbia al señor Butler…

Ella rio y agachó la cabeza, avergonzada.

—Yo no hice tal cosa.

—Lo puso en su sitio, y lo mejor del espectáculo fue que él no parecía darse cuenta de ello.

Elisabeth volvió a alzar la mirada para perderse en esos ojos oscuros. Se mordió el labio inferior. Ese hombre era fascinante, no por cómo lucía, sino por cómo le hablaba, como si se hubiese dado cuenta de lo inteligente que era. Eso le resultó más atractivo que cualquier cumplido que un hombre pudiera haberle dicho jamás.

—Jonathan nunca estuvo de acuerdo en que trajera a vivir aquí a las chicas. Pero… no podía dejarlas atrás.

Henry pensó que, tras esas palabras, había una historia fascinante.

—De todas las chicas que trabajan en Lobo Blanco, Brenda es la más joven —dijo, al fin—. Solo tiene diecisiete años y ya es madre de un niño de año y medio. La encontré cuando el bebé tenía tan solo un mes de vida. Caminaba por el bosque de Riverplace, malnutrida. Su bebé no tenía fuerzas ni para llorar. Había escapado del prostíbulo.

—¿Del salón del pueblo?

Ella meneó la cabeza.

—No, había un prostíbulo en el bosque. Y ya no lo hay.

Henry la miró intensamente.

—Entiendo.

—Estaba en mis tierras. No iba a tolerarlo. Y aún no sé cómo mi padre lo permitió.

Henry sabía de su existencia, pero cuando lo regentaba la vieja Molly en su juventud, ese lugar distaba mucho de ser un antro de semejantes bajezas. Las chicas estaban bien vestidas, bien alimentadas, y lo que era más importante, estaban allí porque así lo habían decidido, teniendo en cuenta sus circunstancias.

—He visto chicas en el salón.

Ella se encogió de hombros.

—Ellas han elegido esa vida cuando yo les ofrecí otra cosa, saben que pueden acudir a mí si lo desean.

Ciertamente, Henry entendía el motivo por el que las mujeres del pueblo miraban mal a chicas como Cathy y por qué la reputación de Elisabeth preocupaba al señor Butler.

—¿Rescató a Cathy del salón?

Henry la escuchaba con atención y una expresión indescifrable.

—A pesar de ser la mayor, Cathy es la más alegre y vital. Ya la conoce del pueblo —continuó Elisabeth—. Bárbara… —Volvió a suspirar—. Bárbara es la hermana gemela de Lisa, la joven que hace una semana fue asesinada en el bosque. Las dos fueron prostitutas. Para la sociedad, esas mujeres son solo basura. Para mí, son mis chicas, víctimas de las circunstancias y merecedoras de una segunda oportunidad.

Henry escuchó atento el relato de la señorita Winston, preso de un fuerte estremecimiento. No pudo evitar pensar en Lisa. Había puesto nombre al cuerpo que había visto en el bosque. Pero bien podría haber sido cualquiera de las otras mujeres, incluso quién sabe si la propia Elisabeth.

Su idealista señorita Elisabeth.

Henry suspiró.

A ojos de la sociedad, era reprobable que mujeres de semejante reputación trabajaran en una casa decente. No obstante, Henry estaba hecho de otra pasta y, aunque jamás habría imaginado que la hija de Edmund Winston tuviera tan nobles y a la vez tan excéntricos ideales, se vio obligado a reconocer que la había juzgado mal. La había imaginado insípida, altanera, consentida e incluso boba, pero, a medida que iba conociéndola, más le atraía su arrolladora personalidad. La dulce y a la vez apasionada expresión que lució en el rostro al hablar de sus doncellas lo cautivó.

Era una mujer increíble.

De pronto, ella lo miró con intensidad.

—¿No va a reprocharme nada?

Él ni siquiera respondió a eso. Movió la cabeza, al tiempo que la acercaba a la suya.

Tomó el mentón de ella entre los dedos índice y pulgar, y fue lo suficientemente valiente como para no apartar la mirada.

—Elisabeth… —Henry paladeó cada sílaba de su nombre, clavó la mirada oscura en la de ella, azul turquesa, un color que, a su modo de ver, representaba esperanza—. Usted me parece una mujer increíble, Elisabeth.

De pronto, la distancia entre sus labios se hizo cada vez más corta, hasta que ella cerró los ojos para recibir lo que no podía negar que deseaba desde que lo había conocido.

Estuvo a punto de saborear el roce de sus labios.

Casi.

Pues tan preciado instante se vio interrumpido.

—¡Lizzie! —exclamó una voz masculina—. Siempre te encuentro entre gallinas o en el establo. ¿Es que no tienes vida social con seres de tu misma especie?

Henry se apartó enseguida y Elisabeth dio varias zancadas hacia la salida.

—¡Robert!

Al parecer, el recién llegado no se había percatado de la presencia de Henry, pues, desde su posición, tan solo podía ver a Elisabeth. Sin embargo, cuando caminó unos pasos y dio con el capataz, abrió la boca para disculparse. Aunque más bien hubiera querido maldecir.

No tuvo tiempo. La dama saltó a sus brazos para hundir el rostro en su pecho, como una niña pequeña.

—¡Has vuelto!

Al ver la reacción de la señorita Winston ante la llegada de ese hombre, Henry sintió, por vez primera, el amargo puñal de los celos, pero no hizo nada. Al menos no hizo nada de lo que deseaba, como golpear a ese hombre hasta hacerle sangrar o meterle una bala en el trasero.

—Cualquiera diría que me has echado de menos, comadreja —dijo Robert, tras soltar una carcajada.

Ella separó el rostro de su pecho para mirarlo con fingido escándalo.

—¡Cómo te atreves! —exclamó—. ¿Es que no puedo abrazar a mi mejor amigo? ¡Hace muchos meses que no te veo!

Henry agarró con fuerza el mango de la herramienta. ¿Su mejor amigo? ¡Y la había llamado Lizzie! ¿Qué diablos significaba eso?

—Por supuesto. Hay cosas que no cambiarán nunca. —Dicho esto, fue él quien volvió a atraerla contra su pecho—. Me alegro mucho de verte. Te he echado de menos.

La risa de Elisabeth fue alta y franca.

Finalmente cedió en su abrazo, dándole espacio.

—¿Cómo es que estás por aquí?

—Te envié una nota.

—¡La nota! —Elisabeth se llevó una mano a la cabeza—. Lo había olvidado. Pensé que era una carta contándome tus últimas aventuras en Ontario y la guardé para leerla con tranquilidad. Cuéntame cuándo has vuelto y todo lo que has hecho.

—He vuelto porque mi madre está empeñada en que siente cabeza y me amenazó con un infarto si no regresaba y me buscaba una esposa. ¿Y cómo iba a escribirte? En Alaska el servicio postal es inexistente, créeme.

—¿Alaska? ¡Dios bendito, sí que te fuiste lejos! Y, si me permites la observación, tu pobre madre, además de ser una ingenua, tiene demasiada fe en un calavera como tú.

—Acabas de romperme el corazón, comadreja —exclamó Robert, llevándose las manos al pecho de forma exagerada—. Y yo que pensaba que me darías el «sí, quiero» sin rechistar…

Elisabeth se sorprendió de la desvergüenza que había en esas palabras.

—Creo que el frío del norte ha afectado a tu cabeza.

Robert miró al hombre que los contemplaba sin ningún pudor.

—Buenas tardes.

Henry no se molestó en contestar.

—Robert, te presento al señor Alexander —dijo Elisabeth, ante la estupefacción de los dos vaqueros—. Él es mi nuevo capataz. Me ayudará una temporada con el rancho.

Henry miró a Robert como si fuera un puma a punto de degollar a una estúpida cría de bisonte.

De igual forma, el heredero del rancho Beaufort le dedicó una mirada de extrañeza a Elisabeth.

—¿Un nuevo capataz? —preguntó, sin mucho humor—. ¿Hasta que venga el señor Cavill a reclamar sus tierras?

Ella suspiró y, como si esas palabras le hubieran dolido, se apartó de él unos pasos, cruzándose de brazos.

—No empieces.

Robert alzó las manos en señal de rendición.

—Ya sabes lo que pienso de hacer de este lugar un sitio próspero para que se lo quede otro.

—No vamos a discutir —dijo Elisabeth, tajante—. Señor Alexander, nuestro vecino y amigo, el señor Beaufort.

Henry alzó la ceja izquierda. ¿Así que ese era Beaufort? Solo lo había visto en una ocasión, cuando visitó al viejo Edmund. Era imposible que el pequeño renacuajo de diez años se acordara de un joven de dieciséis que no le había prestado la más mínima atención. De todas formas, Henry tomó nota de que sería mejor esquivar al señor Beaufort.

Bien, al menos no era un petimetre sin sangre en las venas como el señor Butler. Pero eso también lo hacía más peligroso. Se le pasó por la cabeza la idea de que, si había estado durante meses en Alaska, no tuviera nada que ver con las reses muertas, pero no podía relajarse, el rancho Beaufort tenía mucho que ganar si Lobo Blanco entraba en quiebra.

—Un placer, señor Beaufort.

—Bienvenido, señor… Alexander.

Los dos hombres se miraron con el ceño fruncido, como dos bisontes a punto de chocar las cornamentas.

Robert se dio cuenta en el acto de que ese hombre no era un simple capataz, ni tan siquiera era un vaquero al uso, se trataba de un hombre con una mirada demasiado inteligente para no ser peligroso.

Sin apartar la azul mirada de los ojos negros del señor Alexander, le tendió la mano. Henry se la estrechó a su vez, quizás con más fuerza de la necesaria.

Acababa de dejar bien claro que él era el macho alfa de la manada.

—Encantado de conocerle, señor Beaufort.

«Ya —pensó Robert—. Seguro que sí».

Cuando Henry se disculpó para seguir con sus quehaceres, los dos amigos se quedaron a solas.

—¿Qué te parece? —le preguntó Elisabeth, con la esperanza de que le dijera la verdad sobre su primera impresión.

El puesto de capataz era importante, y deseaba haber elegido bien. En caso de duda, la opinión de Robert era la que más escuchaba, muy por encima de la de Jonathan o cualquier otra persona.

—¿El nuevo capataz? Bien… —Robert dejó que el silencio los envolviera—. ¿Es tu amante?

Capítulo 12

Elisabeth sintió que, más que avergonzarse, sus mejillas perdieron color por la impresión que le causaron sus palabras. Al menos en un principio, porque después se puso roja, como los tomates que cultivaba la señora Baker en verano.

—¡Robert! —Ella le golpeó en el hombro de forma amistosa.

Un manotazo que no hizo más que provocar la risa de su amigo de la infancia.

—No intentes disimular conmigo, comadreja —dijo Robert—. Soy un hombre de mundo.

—De mundo, y un impertinente —se ofendió ella.

—Vamos, deja de hacerte la ofendida, y camina conmigo. Aquí hace un olor insoportable y no es digno…

—Como digas que no es digno de una dama, me pondré a gritar.

Robert rio mientras la tomaba del brazo y la sacaba del establo.

Caminaron hacia la casa a paso pausado. Hacía tiempo que Robert no disfrutaba de la compañía de su querida amiga y tenía cosas que contarle y propuestas que hacerle.

—¿Crees que no me he dado cuenta de esas miradas incendiarias?

Elisabeth intentó ocultar una sonrisa mientras caminaba.

—Siempre has sabido cómo sacarme los colores.

—En ese establo, ese hombre quería sacarte algo más que los colores.

Ella bufó.

—¿Eres consciente de cómo me ha estrechado la mano? —insistió su amigo—. Tengo suerte de seguir con todas las falanges intactas.

—¿Quieres parar? —Elisabeth volvió a golpearle en el brazo, sin poder evitar reír.

Robert era un bromista, y si algo adoraba de él era precisamente eso, la capacidad que tenía de hacerle olvidar todos sus problemas.

—Te he echado de menos. Nuestros paseos hacen que me olvide de todo.

Robert suspiró.

—A mí eso me parece significar que no hay pocos problemas acechándote.

Ella sintió.

—Así es. Los problemas que acechan Lobo Blanco difícilmente me permiten fantasear con apuestos capataces.

Robert la señaló, burlándose.

—¡Admites que es apuesto! Pero espero que no tanto como yo.

—Nunca, ni aunque viva cien años, encontraría a un hombre tan guapo como tú.

Y eso en parte era cierto. Robert era muy atractivo, con unos penetrantes ojos azules que podían volverse de hielo. Un cabello que cualquier mujer adoraría tener, y un cuerpo atlético gracias a sus largas horas realizando actividades físicas en sus viajes, caminatas interminables por el desierto, montar a caballo por las praderas y subir montañas de cimas escarpadas. Robert era todo un mujeriego aventurero. Elisabeth se alegraba de ser solo su amiga, y de no haber pensado jamás en él como un posible marido.

—Espero que no te moleste lo que estoy a punto de decirte, pero… —Hizo una pausa durante la cual Elisabeth se lo quedó mirando, con expectación—. Ese hombre me da mala espina —dijo de repente y ella le devolvió la mirada, sorprendida.

—¿Lo dices en serio? —Elisabeth creía en su intuición, pero también en la de Robert—. Cierto que puede parecer un poco…

—¿Salvaje?, ¿peligroso?, ¿oscuro?

Tuvo que admitir que eso era exactamente lo que ella había pensado de Alexander en un principio.

—Es posible, pero también inteligente.

—No te discutiré eso —dijo Robert, siguiendo con el tono serio y pensativo—. ¿Cuál es su apellido? ¿No te preocupa que no te lo haya revelado? ¿Y si es un fugitivo, buscado por la justicia?

Esas palabras a Elisabeth la inquietaron un poco.

—Todo lo que dices es cierto, pero…, por algún motivo, confío en él. No lo conocí ayer cuando vino a buscar trabajo al rancho. —Robert la escuchó con interés—. Podría decirse que, durante una tormenta, el señor Alexander me salvó la vida. De alguna forma estoy en deuda con él y, sí…, me gustaría ayudarlo.

No supo muy bien el motivo de esa afirmación, pues nada sabía de ese forastero, pero había algo en él que la atraía, como si tuvieran algo en común, quizás sus ideales, y la manera que él había asentido con aprobación ante la historia de las chicas.

¡Dios! Y quería creer que tener sueños indecentes con él no hacía que fuera confiada con Alexander.

—En cuanto a si es un fugitivo…, eso sí me preocuparía. No quisiera tener bajo mi techo a un hombre violento o que tenga problemas con la ley.

—¿Lo dices por la chica muerta?

Elisabeth asintió y tomó aire al pensar en Lisa. Su respiración se entrecortó y no pudo evitar pensar que ese crimen podía quedar impune.

—¿Cómo se llamaba?

—Lisa.

—Lo siento mucho, Elisabeth. Lo digo de verdad.

Robert se detuvo junto a ella en el camino y le acarició el brazo en señal de consuelo. Enseguida, Elisabeth parpadeó fuerte para despejar las lágrimas que se asomaban tras sus párpados.

—Si quieres, averiguaré algo más sobre el señor Alexander.

—No me parece necesario, pero algo me dice que lo harás de todas formas.

Robert no respondió, pero tampoco ocultó su genuina sonrisa, que venía a decirle que era exactamente lo que haría.

—Es demasiado arrogante incluso para ser un yanqui.

—¡Vaya, y todo eso con solo un apretón de manos! —exclamó ella —. Si no te conociera bien, hasta juraría que te has puesto celoso.

Robert se quedó parado en el sitio, dejando que Elisabeth se adelantara unos pasos. Cuando la joven se dio la vuelta para mirarlo con extrañeza, se preparó a lanzar el primer proyectil.

—¡Dispara! —le dijo ella, que intuía que esa mirada significaba algo.

—Elisabeth Winston…

Ella dejó caer los hombros.

—Una conversación transcendental a primera hora de la tarde es más de lo que puedo soportar.

Él carraspeó.

—Comadreja, escúchame.

La joven lo encaró.

—Ya te veo venir. ¡A la legua!

Él sonrió, porque la inteligencia de Elisabeth lo sorprendía, y no debería ser así.

—No has escuchado mi propuesta.

Ella puso los ojos en blanco.

—Te presentas en casa después de seis meses, solo porque tu madre amenaza con un infarto si no te casas. —Él rio—. No hace falta ser un genio para saber sumar. Necesitas una esposa que te ponga las cosas fáciles. Independiente, que no te necesite, ni te ponga pega alguna si deseas ausentarte un año o dos para explorar Siberia.

—Ya he estado en Siberia.

—Me da igual, sabes por qué lo digo. Lo siento, Robert, pero no me interesa el matrimonio. Me conoces y sabes que un marido jamás entró en mis planes.

Él meneó la cabeza. Luego la miró con expresión fraternal y se acercó a ella. Cuando la tuvo al frente, la tomó de la mano.

—Lizzie, te conozco bien y sé exactamente cómo eres: una buena persona, una mujer excepcional, inteligente, hermosa y de exquisita educación, cuando quieres.

—Sigue parloteando, me encanta escucharte tanto como a ti.

—Sin embargo, tienes demasiados pájaros en la cabeza.

—Por Dios…

—Tranquila, déjame terminar. Como te decía, eres una gran persona y, si quisieras, podrías ser la hacendada más poderosa de todo Texas, pues además de bella y elegante eres valiente, inteligente e intuitiva.

—Creo que es el momento de que pares…

Robert no le hizo caso.

—Pero, te guste o no, necesitas un hombre.

—¡Por favor! —Lo miró, escandalizada—. ¿Tú también?

—¿Crees que me gusta recordártelo? —dijo él, y parecía muy sincero—. Cavill llegará de un momento a otro. ¿Y si no es buena persona? ¿Y si te saca a patadas de tu rancho? ¿Y si…?

—Al parecer no es mi rancho, ¿no?

—Lizzie…

—Odio cuando pronuncias Lizzie en tono condescendiente.

—No puedes heredar y lo sabes. Yo solo quiero evitarte un mal trago.

—Quizás, el señor Cavill no aparezca jamás de los jamases. No voy a privarme de mi libertad solo porque él firmara los papeles de la herencia hace poco.

—Según el señor Butler hace unas tres semanas, tiempo suficiente para que ya esté aquí.

—Pero no lo está, y quizás no aparezca. —Elisabeth se iba enfadando cada vez más—. Y no quiero seguir hablando de esto.

Ella intentó marcharse, pero él le atrapó la mano.

—Al menos dime que lo pensarás.

Por todos los santos… ¡No se esperaba algo así! ¡No de Robert!

¿Acaso el mundo se había vuelto del revés? Conocía muy bien a ese hombre. Era un tipo divertido, amable, con talento, también un mujeriego. Jamás lo había mirado, y jamás lo haría, con otros ojos que no fueran los de la amistad. Bien era cierto que su apostura competía con la del señor Alexander, era alto, rubio, de ojos azules y con el rostro de un arcángel, pero, para ella, Robert era como el hermano mayor que nunca tuvo. ¿Cómo sospechar que un día pediría su mano? Simplemente le resultaba de lo más inverosímil.

—Se trata de una broma, ¿verdad? Tiene que ser una de tus estúpidas bromas, porque si no…

Ante la confusión de Elisabeth, Robert la abrazó. Era más un abrazo de consuelo por algo que le estaba obligando a decidir.

—No respondas ahora —le dijo—. Pero, por favor, piénsalo.

Ella se apartó.

—Robert, sabes perfectamente que…

—Ven esta noche a cenar al rancho Beaufort. Estará mi madre y será una velada íntima y familiar.

—¡Dios bendito, estás hablando en serio!

—Te contaré con pelos y señales mi viaje a Alaska. He cazado osos, desollado focas, he convivido con los salvajes *haida*… Dime que no sientes curiosidad. —Al verla vacilar, insistió en que le diera una oportunidad—. Elisabeth, no te estoy pidiendo un sí ahora, solo que te lo pienses.

—¡No! Esa es mi respuesta ahora y no habrá otra distinta después. Y olvídate de cenar mañana en tu rancho, tienes que venir al mío. Con el señor Butler y el nuevo capataz.

Robert cerró los ojos.

—No lo estás diciendo en serio.

Elisabeth puso los brazos en jarra.

—¿Quieres que esos dos hombres se maten? —preguntó ella, fingiendo seriedad—. Además, así tendrás la oportunidad de indagar sobre el señor Alexander.

—Está bien —suspiró el joven, dejando caer los hombros—, sin embargo…, ¿te pensarás con calma lo de casarte conmigo?

Elisabeth se puso la mano frente a la boca porque estaba a punto de reírse a carcajadas.

La idea de casarse con Robert era cuanto menos ridícula.

—Lo pensarás con calma —exigió él—. Sé que es una decisión importante y lo último que voy a hacer es presionarte.

—Te esperaremos a las siete —dijo Elisabeth, sin querer tratar más el asunto—. Y ahora háblame de Alaska y de los salvajes *haida*.

Robert asintió, mientras enfilaban el camino hacia la casa.

Capítulo 13

Aquella mañana, Elisabeth había desayunado sola, repasando los acontecimientos importantes de los últimos días, como la llegada a su vida de Alexander y el regreso inesperado de Robert. Había echado de menos a su amigo, pero no era precisamente él quien ocupaba sus pensamientos, sino el apuesto y misterioso capataz.

El señor Alexander había resultado ser un hombre muy eficiente, y a Elisabeth le sorprendió que al resto del personal masculino del rancho les hubiese caído en gracia. Generalmente, los forasteros eran recibidos con cierta desconfianza, pero Alexander era distinto. No era una persona autoritaria pero sí firme, confiaba en el buen juicio de las personas a su cargo y siempre estaba dispuesto a escuchar; eso no le restaba liderazgo, todo lo contrario, había conseguido que confiaran en él, se veía a la legua que era un buen jefe. También tenía muy buena mano con Andy. El muchacho estaba mucho más hablador que de costumbre, y le había comentado el don de ese hombre con los caballos. Era un auténtico susurrador[3] y hasta Winter parecía enamorada.

Elisabeth salió de la casa y se encaminó hacia el establo. Quería pensar que no era para ver al capataz, sino para echar un vistazo a los caballos y quizás ir al huerto de la señora Baker.

Al llegar al establo, escuchó un alboroto.

Claramente eran las voces de las chicas, en concreto algunos suspiros y exclamaciones. Al verlas y, sobre todo, al ver el objeto de

su atención, no supo si enfadarse o sorprenderse ante el deslumbrante cuadro.

Alexander se hallaba en el centro de la pista circular, situada tras las cuadras, dando cuerda a una potra parda de tres años: Anger[4]. Como su buen nombre indicaba, el animal tenía muy malas pulgas, y a juicio de Elisabeth era una lástima, porque era una yegua espectacular: tranco no demasiado corto y patas largas que amortiguaban el trote, lo que le daba una gran agilidad. Recogía muy bien el cuello, lo que le proporcionaba equilibrio, y era de aires ágiles, muy flexible, y disponía de una justa elevación de manos. Habría sido la yegua perfecta para atrapar al ganado en pleno galope, si no fuera por su agrio carácter y su exceso de personalidad, algo típico de los *mustangs*.

Caballos salvajes e indomables…

Elisabeth podría haber estado observando y valorando todo eso, y podría haber hecho un paralelismo con ella misma y esa yegua, si en aquellos instantes no hubiese tenido una distracción mayor: el torso desnudo de alguien igual o más salvaje que Anger: Alexander «Lobo Blanco».

No era la única fémina que reparaba en ello: las chicas estaban junto a la valla, con los codos apoyados en la madera y las manos en la barbilla, sosteniéndose los rostros que lucían ojos soñadores, al tiempo que suspiraban ruidosamente cada vez que el apuesto y salvaje forastero movía un solo dedo. Hasta Bárbara sonreía ese día y Elisabeth se alegró por ello.

El desnudo torso del señor Alexander estaba cubierto de sudor y la piel tostada brillaba al sol como si estuviese untada con aceite. Sus músculos se contraían en cada movimiento, arrancando miradas y suspiros de deseo en todas las chicas.

Bajo el sombrero blanco llevaba el pelo suelto. Los mechones negros como la noche desprendían destellos azulados. Vestía unos pantalones de vaquero con unas chaparreras indias de cuero girado y flecos desde la cadera a los tobillos, unos flecos largos que se movían a cada paso. No había piezas como esas por Riverplace, por lo que Elisabeth supuso que había pasado algún tiempo con los indios o bien estado en contacto con ellos. Es más, si no fuese por

sus rasgos europeos y el sombrero, Elisabeth podría haberlo confundido con un auténtico comanche.

Él giraba sobre sí mismo con lentitud, en pos del trote largo de la yegua, que giraba a su alrededor a una distancia de quince codos, atada a una cuerda que él sostenía con la mano izquierda. Con la derecha, le indicaba con suaves movimientos al animal el ritmo que debía seguir. No usaba la tralla, ni látigo, sino que chasqueaba dulcemente con la lengua el ritmo del trote.

Una nube de polvo aún más espesa lo rodeó en cuanto dio una sutil seña a la yegua, que pasó del trote al galope. Un galope comedido, elegante y relajado. Pareciera que el señor Alexander era capaz de transmitir su estado de ánimo a la indomable Anger. Poco después, con un silbido puso a la yegua al paso y acabó deteniéndose como un dócil borriquillo.

Él se acercó a Anger con pasos lentos, le quitó con suavidad la cabezada y la premió con un azucarillo. Gesto que hizo sonreír a Elisabeth y arrancó más suspiros en las muchachas. Luego, él se dio la vuelta y caminó hacia ella. Cuando la yegua lo siguió, dócil, hasta la valla, las chicas soltaron al unísono un hondo suspiro y Elisabeth… masculló entre dientes algo muy parecido a: «No es para tanto».

El señor Alexander las saludó con un toque de sombrero, para después clavar la negra mirada en Elisabeth.

—Es usted un susurrador, señor Alexander —halagó Elisabeth. Y por su tono, el vaquero no supo si para ella eso era una ofensa o le estaba brindando un elogio—. Anger no es una yegua fácil.

—Ninguna lo es, señorita Elisabeth.

Ella miró incómoda a las chicas, que se rieron por lo bajo.

Cathy alzó el mentón y le sonrió con descaro, como si la animara a decir abiertamente que no estaba azorada por la facha descamisada del capataz.

—Ninguna lo es… —repitió él, mirándola fijamente, con su sonrisa lobuna, dejando claro que Anger no era la única yegua que era capaz de domar.

Mientras salía del potrero, Elisabeth lo barrió con la mirada, y por los nuevos suspiros de las tres chicas, se dio cuenta de que no era la única.

Alexander colocó la cuerda en un poste antes de volver a hablar:

—Como ya habrá percibido, Anger es muy equilibrada, a pesar de su corta edad. Entra perfectamente en los cuartos traseros y goza de muy buena impulsión.

Elisabeth asintió, mientras él la acompañaba al guadarnés.

—Gracias a su exhibición —Elisabeth arrastró esa palabra, dejándole claro que, para hacer su trabajo, no era necesario ir descamisado—, me he fijado en que sus cascos traseros pisan justo encima de la huella de sus manos, sin pasarse, pues si eso sucediese, correría el riesgo de golpearse las manos en el galope o en el trote largo.

Alexander sonrió.

—Veo que sabes de caballos.

Cuando él la tuteó, ella miró por encima del hombro para ver si las chicas se habían dado cuenta. Los observaban desde cierta distancia, pero ninguna parecía percatarse de la familiaridad entre ellos dos.

—Algo sé.

Elisabeth se encogió de hombros, como si no le afectase el cumplido, pero en el fondo le encantó la valoración de Alexander, más viniendo de alguien con tanto talento como él.

—Sin embargo, mis vaqueros la descartaron hace un mes —apuntó ella—. Un *mustang* salvaje no es fiable para guiar el ganado de un rancho como Lobo Blanco.

—Difiero mucho de esa valoración, señorita. El problema no suele ser el caballo, sino más bien el jinete.

—¿Cómo podría discutirle algo así después de lo que acabo de presenciar? Además, Cochise es un *mustang*, aunque podría ser también la excepción que confirma la regla. Aunque me decanto más por lo seguro, nuestros *quarter milles* nos han dado muy buenos resultados hasta el momento.

—Es cierto que los *quarter* son más fiables y los mejores en las largas distancias, y que los *mustang* tienen un carácter explosivo e indomable, sin embargo, los indios de las praderas llevan cientos de años cazando bisontes sobre ellos, y les ha ido bastante bien.

—Los indios suelen ser eso, indomables. Pero no todo el mundo puede montar como ellos. Ni ser salvajes.

—Ciertamente, no.

—Usted sí. ¿Me equivoco?

Tal vez fue el tono de voz que utilizó Elisabeth o la forma en que lo miró, y no tanto el significado que escondían sus palabras, lo que llamó la atención de Henry. Le dedicó tal sonrisa que la hizo enrojecer.

Habían llegado al guadarnés, y estaban a solas. Las chicas se retiraron, seguramente para ayudar a la señora Baker con la comida de los hombres. Eso, y el encantador rubor de sus mejillas, hizo que Alexander se acercara un poco más a Elisabeth.

Ante la proximidad, quizás por instinto, ella retrocedió un paso. Pero no le sirvió de nada, pues él deseaba su compañía, la deseaba a ella, quizás desde la primera vez que la vio. Indudablemente en la cabaña, desnuda en esa cama, no había hecho otra cosa que desearla.

Cuando ella alzó la vista, había fuego en sus ojos e, hipnotizada, no la apartó. «De perdidos, al río», pensó, al tiempo que alzaba el mentón, como si quisiera asegurarle que no le tenía miedo.

Eso hizo reír a Henry.

Cuando terminó de hacerlo, los dos se quedaron en silencio. Pero él no retrocedió ni un ápice, sino que su cabeza parecía inclinarse cada vez más hacia ella.

—Empiezo a pensar que este es un lugar maravilloso, con gente maravillosa —dijo, con esa voz tan sensual.

Elisabeth carraspeó, incómoda. No estaba acostumbrada a que la gente le hablara con segundas intenciones.

—Las chicas lo son. Andy es un gran muchacho y los hombres son buenos trabajadores. —Ella siguió carraspeando y su mirada volaba desde los ojos del capataz hasta los carnosos labios masculinos.

Unos labios que no deberían ser apetecibles, no para una muchacha decente.

—Me está distrayendo, señor Alexander.

Eso lo hizo reír más alto.

Ella bebió de esa imagen, de su musculoso torso sacudiéndose por la carcajada, de sus dientes blancos, de sus ojos entrecerrados, mirándola como si fuera una mujer muy entretenida.

—Usted me distrae más —respondió Henry. Ella se alzó para seguir con su postura de que nada de lo que él dijera podría afectarla—. Además, acabo de intentar domar una yegua salvaje, merezco un descanso, ¿no le parece?

—Un arduo trabajo —dijo ella.

Él se acercó más, tanto que pudo ver diminutas perlas de sudor sobre su frente y el cuello.

—Montar yeguas salvajes es uno de mis pasatiempos favoritos.

Elisabeth se envaró.

—¿En serio? ¿Ese es su pasatiempo favorito?

Henry no perdió su sonrisa, con la clara intención de afectarla.

—Depende de la yegua en cuestión, pero… ¿sería eso un problema?

Elisabeth no quiso ser grosera sin saber a ciencia cierta de qué le estaba hablando ese hombre. No obstante, quiso dejarle algo en claro.

—Haga lo que le plazca, señor Alexander. Lamento haberle dado la impresión de que no puede deleitarse en uno de sus pasatiempos favoritos. Pero no va a montar a una yegua que no lo desee.

—Fanfarronearía si le dijera que pocas yeguas han rechazado mi oferta.

Ella boqueó como un pez.

—¡Sé de una que no lo aceptará! —exclamó Elisabeth, al borde del escándalo.

—¡Oh! —dijo él, fingiéndose afectado—. ¿Seguro que me rechazaría?

—Puede apostar por ello.

—Qué lástima, ya me había hecho a la idea de que le gusto a Winter.

Elisabeth parpadeó.

—¿Qué? —Sus mejillas se encendieron.

—Winter, su yegua… ¿No estábamos hablando de yeguas salvajes que puedo montar?

Él la miró con profundidad y sonrió como un lobo.

—Maldito sea…

Ella tragó saliva y, furiosa consigo misma, se dio la vuelta para marcharse. Entonces una mano la agarró del brazo y tiró de ella, hasta que quedaron ocultos justo tras los tablones del granero.

—¿Qué hace? —preguntó ella, en voz queda.

Henry no pensaba responder con palabras, era mejor demostrarle lo que hacía: domarla.

Sus labios se precipitaron sobre la boca de Elisabeth. La besó con una pasión que lo consumía y que hacía siglos que no sentía.

Mientras la apretaba contra las paredes de madera del granero, ella gimió contra su boca y eso le pareció música celestial.

Las caderas de Henry se frotaron contra ella, porque era imposible tenerla entre sus brazos y no desearla. Ella gimió más al notar su deseo contra su vientre.

—Alexand… —No terminó de pronunciar su nombre, él no se lo permitió.

La mano áspera por el trabajo voló hacia su mejilla y la acarició con suavidad, abriéndole más la boca al apoyar el pulgar en su barbilla.

Henry bebió de ella, saboreándola a conciencia.

Cuando se dio cuenta de que el gemido que llegó a sus oídos no era de Elisabeth, sino de él, se apresuró a poner distancia entre ambos.

Se apartó dos pasos y se quedó quieto, frente a ella.

Las manos de Elisabeth se apoyaron contra la madera de su espalda. Él estaba seguro de que lo hacía para no caerse. Ella respiraba con dificultad y la piel rosada de su cuello y escote enrojecía por momentos, así como sus mejillas. Se llevó una mano a esa zona, para cerciorarse de que sí, que en realidad estaba ardiendo.

Por sus ojos vidriosos, ella no pensaba reprocharle nada. Había disfrutado de ese beso furtivo tanto como él. Pero afuera se escuchaban las voces de las chicas, quizás yendo al huerto o buscándola para consultarle algo. Alguien podría entrar en cualquier

momento y no sería él quien pusiese en entredicho la reputación de Elisabeth Winston.

Se llevó la mano al miembro erecto, ocultándolo de miradas indiscretas. Solo Dios sabía lo que le costó a Elisabeth apartar la vista de ese lugar, su curiosidad no era poca.

—Alguien podría entrar en cualquier momento.

Ella asintió ante las palabras de Alexander y las mejillas se le pusieron como farolillos chinos.

Él sonrió como un lobo, al tiempo que se ponía la camisa e iba abrochándose los botones. Elisabeth no quiso perder detalle. Y quizás por eso, él lo hizo con calma, sin dejar de aprovechar los trozos de piel que podía rozar, sabiendo que con eso la excitaba aún más.

Elisabeth se sentía contrariada, pero sabía que a Alexander no le faltaba razón. Además, no podía reprocharle nada, puesto que había sido ella quien lo había deseado. Aunque el muy canalla había coqueteado con ella hasta lograr llevarla a su terreno.

—Me ha quedado bastante claro que es usted muy hábil domando yeguas salvajes.

Él soltó una carcajada, pero ella no se reía.

—Parece que eso la ofende.

Elisabeth tragó saliva.

—Me ofendo con facilidad, pero… si algo no me ofende es ver su piel desnuda.

Él abrió la boca para decir algo, pero se abstuvo. La miró directamente a los ojos, y no lo hizo como un caballero, sino como un verdadero depredador.

—Elisabeth… —Su voz ronca la excitó y apretó los muslos bajo las faldas.

—¿Sí?

Henry avanzó un paso hacia ella.

—Es hora de que corras…, porque se me olvidarán pronto mis buenas intenciones como sigas mirándome así. Y tendré que hacerte el amor.

Ella tragó saliva y asintió.

—Entonces…, me voy.

—Si no quieres que te tome sobre el heno fresco, sí.

Elisabeth miró la pila al fondo de la cuadra y, como si recobrara los más exquisitos modales, se estiró y alzó el mentón.

—Puede seguir trabajando con Anger, señor Alexander. Quién sabe si una *mustang* salvaje podría salirme rentable a la larga. Lo veré en la cena. Que tenga un buen día.

A Henry le faltó poco para correr tras ella, cargársela al hombro y lanzarla sobre el heno del establo para después hacerle el amor de forma apasionada. Desde luego, estaba muy tentado de domar a esa yegua salvaje.

Soltó un excitado suspiro.

La cuestión era: ¿saldría bien parado él de todo esto? Una yegua como esa podría ser muy peligrosa.

Para su corazón. Un corazón que, desde la muerte de su esposa, no había vuelto a latir con tanto brío.

Cuando el sol empezaba a ocultarse, Elisabeth alzó la ceja izquierda, incapaz de reconocer a la persona que, frente a ella, se reflejaba en el espejo.

—Cathy, ¿no crees que este peinado es… un poco exagerado? Se trata de una cena informal, no de un baile.

Elisabeth ladeó el rostro ligeramente e hizo una mueca de disconformidad al ver las diminutas florecillas azules que Cathy había colocado entre el elaborado trenzado, que le rodeaba la cabeza y del cual se escapaban perfectos tirabuzones de color cereza.

—Le queda precioso, señorita. Y el tocado combina a la perfección con el color de sus ojos. Además, el vestido que ha escogido es tan sencillo que un peinado sugerente resulta más que adecuado.

Sin mostrar demasiado entusiasmo, Elisabeth se levantó frente al tocador y miró su vestido a través del espejo. Se lo alisó a la altura del vientre. Si bien era cierto que no era demasiado recargado, no estaba acostumbrada a la delicadeza de la tela. La suave seda de color azul se le ceñía al cuerpo como un reloj de arena, y destacaban busto y cintura gracias al rígido corsé que a duras penas le daba tregua.

—Los hombres no le quitarán los ojos de encima. Y la señora Beaufort estoy segura de que lo aprobará.

Elisabeth soltó el aire que retenía en sus pulmones.

Al final había invitado a la madre de Robert a la cena, hubiese sido una descortesía no hacerlo, y podría asegurar que, con el señor Butler y el nuevo capataz presentes, nadie haría comentarios fuera de lugar sobre un posible matrimonio con su amigo Robert. O eso esperaba. Pero si estaba en lo cierto, Margaret Beaufort, teniendo en cuenta la descabellada propuesta de Robert, la observaría con lupa.

—Es muy bonito —dijo Elisabeth, refiriéndose al vestido.

Más abajo se iba ensanchando en las caderas, para acabar en una cola corta, alzada sutilmente por un no demasiado exagerado polisón. Las mangas y el cuello eran de fino encaje, y tan solo dos perlas le adornaban las orejas.

Sí, era muy hermoso. Pero ella prefería sus vestidos viejos y los pantalones que usaba para montar a Winter, ropas que le daban más libertad de movimiento. Y había perdido la costumbre de vestir elegante pues, tras su debut en sociedad, no había vuelto a asistir a actos sociales, a excepción de contadas visitas al teatro en Houston, algo que la entusiasmaba.

—Oh, señorita, luce tan bonita que parece una náyade. Todos los azules del mundo se reúnen hoy para honrarla.

—Cathy, no seas cursi. ¿Será cierto lo que dice la señora Baker de que tienes alma de poetisa? —dijo, liberando un rizo rebelde que momentos antes había pugnado por deshacerse a la altura del flequillo—. Por cierto, ¿dónde está Bárbara? Me hubiese gustado que nos diera el visto bueno.

—Usted le pidió ayer que averiguara cómo se encontraba la señora Greenwood, así que ha ido a verla. Seguramente estará a punto de llegar.

Elisabeth hizo una mueca a través del espejo, al pensar en el esposo de Lorelay.

—No me gusta ese hombre.

—A mí tampoco —convino Cathy.

Pero esa noche no quería pensar en nada más que en una agradable cena y en los ojos oscuros de Alexander.

Miró a Cathy a través del espejo y le sonrió.

—Muchas gracias, Cathy.

La muchacha se había esforzado en arreglarla. Se dio la vuelta y le dedicó una espléndida sonrisa antes de darle un beso en la mejilla.

Cathy volvió a sonreír, ilusionada.

—Si Robert Beaufort no cae rendido a sus pies esta noche, es que no sé nada de hombres.

Elisabeth se sonrojó, aunque no estaba pensando precisamente en impresionar a Robert, sino más bien… a su misterioso y apuesto capataz. Se llevó las manos a las mejillas y se dio dos golpecitos para comprobar si estaban o no calientes. Sí, lo estaban. Evidentemente se había sonrojado.

Una hora después empezaron a llegar los invitados.

El primero en llegar fue Robert y no pudo estar más complacida por su reacción.

—Pero ¿qué ven mis ojos? —exclamó el apuesto hombre, divertido, en el momento en que tomaba la mano enguantada de su amiga para besarla—. ¡Pero si mi pequeño ganso salvaje se ha transformado en un delicado cisne!

Elisabeth le rio la broma.

—¡Robert! ¿Qué modales son esos? —lo reprendió la señora Beaufort, con una sonrisa. Acto seguido, se dirigió a Elisabeth y la tomó por ambas manos para saludarla—. Querida niña, ¡estás preciosa!

—Usted también luce radiante, Margaret —respondió Elisabeth, tras hacerle una graciosa reverencia a la madre de Robert.

—Vamos, querida —dijo, tomándola esta vez del brazo—. Llévanos dentro, que ha empezado a refrescar.

Elisabeth no se hizo de rogar y, mientras avanzaban hacia el salón, Margaret no paró de agradecer a Dios que su hijo hubiera regresado sano y salvo de sus aventuras.

—Me muero de impaciencia por conversar contigo. Hace tanto que no te veo…

Elisabeth sonrió como única respuesta, y se sentó junto a ella en el elegante sofá de tres plazas.

Justo después llegó el señor Butler, que saludó con efusividad a Robert. Elisabeth siempre pensó que Jonathan era un gran admirador de los negocios de sus vecinos.

Estaban cómodamente esperando en el salón a que se sirviera la cena, cuando apareció el señor Alexander.

—Lamento el retraso —se escuchó decir cuando el nuevo capataz entró en el salón y saludó a todos con una reverencia.

Era posible que Elisabeth hubiera dejado fascinados a todos con su apariencia, pero, desde luego, el señor Alexander los acababa de dejar a todos con la boca abierta.

Ella lo observó sin poder decir nada. Vestía un elegante traje que rivalizaba con el de Robert. Hasta Jonathan parecía impresionado.

—Vaya, señor Alexander, creo que nos ha dejado sin palabras —dijo, al fin, Elisabeth.

—No podía presentarme con mi ropa de trabajo, y más en presencia de dos bellas damas.

—¡Oh! —La madre de Robert rio, coqueta—. ¡Qué caballero tan apuesto y galante!

—Señor Alexander —Elisabeth lo obligó a regresar a la realidad. Lo miraba con aquellos ojos que, estaba seguro, albergarían una galaxia entera—, le agradezco enormemente que nos acompañe esta noche. —Él asintió, al tiempo que ella se dirigía al resto de invitados —. Permítanme presentarles al señor Alexander. Él está aquí como nuevo capataz de Lobo Blanco.

—Es un placer.

Henry besó la mano enguantada de la señora Beaufort y después se inclinó hacia Elisabeth, dedicándole la misma atención. Cuando los labios de él tocaron su piel, atravesando la suave rejilla de seda blanca, ella sintió un sofoco que se esmeró en ocultar.

—Es estupendo que hayas conseguido al fin un capataz —dijo Margaret—, siempre he pensado que no deberías involucrarte en el trabajo de los hombres.

Alexander alzó una ceja hacia Elisabeth, como advirtiéndole que no cambiara la expresión.

—A Lizzie siempre le ha gustado hacer las cosas por su cuenta —añadió Robert.

—En eso tienes razón —aseguró ella, mirándole fijamente, con la clara intención de decirle que no pensaba permitir que le aguara la fiesta.

—La señorita Elisabeth siempre ha tenido un buen ojo para los negocios, aunque siempre es mejor que un hombre esté al frente, si se me permite decirlo.

Elisabeth apretó los labios ante las palabras de Jonathan.

—Por supuesto, dígalo —apuntilló, molesta.

Henry se tragó la carcajada ante su reacción. Elisabeth Winston era un libro abierto y quien no supiera leerlo era simplemente un cafre.

Antes de que Jonathan replicara al comentario de Elisabeth, la señora Baker anunció que la cena estaba servida.

Entraron todos en el comedor adjunto y cada uno tomó asiento. Elisabeth se colocó en la cabecera de la mesa. Robert se sentó a su izquierda y su madre junto a él. Cualquiera diría por el rictus de Jonathan que él hubiese querido sentarse a su derecha, pero el señor Alexander se le adelantó sin pedir permiso a nadie. Eso le arrancó una sutil sonrisa a Elisabeth.

El primer plato se sirvió y nadie pareció estar incómodo en absoluto. Gracias a Robert y a su madre, la conversación era fluida.

—Querida, deberías visitarnos más. ¡Te he echado de menos! —la regañó con amabilidad Margaret Beaufort—. Espero que, ahora que está aquí nuestro amado Robert, lo hagas más a menudo. —Le guiñó un ojo a su hijo, antes de probar el consomé.

Mientras se llevaba una copa de vino a los labios y fingía tomar un pequeño sorbo, Elisabeth arrugó ligeramente el entrecejo. ¿Sería posible que el muy traidor hubiera informado a su madre de tan absurda proposición? Con disimulo, le dedicó una mirada inquisitiva a Robert, al tiempo que se daba unos toquecitos en los labios con la servilleta.

—En Lobo Blanco hay mucho trabajo por hacer —se excusó.

El señor Butler la miró con cierta desaprobación, algo que molestó a Henry, pero no abrió la boca para decir nada sobre los impopulares trabajos que, según ese petimetre, ella realizaba en el rancho.

Así mismo, Margaret no estaba tan por la labor de guardar silencio.

—¿Trabajar? ¿La bella hija de mi muy querido Edmund? ¡Intolerable! Lo que deberías hacer es casarte, querida, y que los hombres tengan las preocupaciones.

Ella suspiró y meneó la cabeza, pero sin perder la sonrisa.

—No pongas esa cara, Robert —prosiguió, la señora Beaufort—. No puedes estar en desacuerdo conmigo. En cuanto a ti, querida, hay tareas más adecuadas para una señorita de tu clase, como bordar, pintar acuarelas, incluso la jardinería.

—Mamá…

—Margaret, usted no ha bordado en la vida —dijo Elisabeth.

—Pero juego al mus mientras mi hijo se ocupa de los negocios, que es lo que tú deberías hacer.

El carácter alegre de la mujer arrancó una sonrisa hasta a Henry.

—Lo cierto es que en Lobo Blanco hay unos rosales magníficos —dijo Robert.

Elisabeth atravesó a su amigo con la mirada.

—No obstante —arrastró ella las palabras—, en estos momentos no puedo dedicarles el tiempo que me gustaría. Estoy demasiado ocupada ordeñando vacas.

Todo el mundo le rio la gracia menos Jonathan, que sorbía su consomé sin hacer ruido y atento a cada palabra, pero, sobre todo, sin perder de vista al nuevo capataz.

—Querida, ¿qué pensaría tu padre si estuviese vivo?

Elisabeth sonrió, irónica.

—Seguramente me mandaría azotar.

—¡Por favor, señorita Elisabeth! —exclamó Jonathan, escandalizado. Y acaparó todas las miradas de los presentes.

Robert tosió, intentando evitar la tensión que, sabía a ciencia cierta, se estaba acumulando en el pobre administrador.

—Nuestra querida Elisabeth, siempre tan bromista… ¿Verdad, comadreja?

—Robert, no te dirijas a Elisabeth con semejante calificativo.

—Oh, no se preocupe, señora Beaufort, no me molesta en absoluto. En realidad, prefiero ser comparada con ese vital y

dinámico animal que con una inútil rosa.

—En cualquier caso —continuó Margaret, en un tono menos distendido—, eres una señorita y debes ser tratada como tal.

—Estoy de acuerdo —intervino el señor Butler—, aquí todos somos tus amigos y nos preocupamos de que seas tratada como te mereces.

Si Jonathan se atrevía a decir algo de las chicas, se pondría a gritar.

—¿Acaso hay alguien que no la trate como se merece?

La voz cavernosa de Alexander hizo que los ojos de los asistentes se clavasen en él, pero él únicamente miraba al señor Butler, que casi tartamudeó al responder:

—¿Puedo hablar con franqueza? —Volteó el rostro hacia Elisabeth.

—Si digo que no, ¿guardarás silencio?

Jonathan suspiró como si fuera un comentario muy inapropiado, pero igualmente continuó:

—Me temo, querida Elisabeth, que lo que estoy a punto de decir te resultará cuanto menos inapropiado. No obstante, tu situación ha desatado en mí…, en todos nosotros —se corrigió, llevándose la mano al corazón— una gran inquietud. No solo nos preocupa tu situación económica, querida —continuó el administrador.

—Vaya, no sabía que fuera tan mala —intervino la señora Beaufort.

—Y no lo es —le respondió Robert a su madre—. Lo que el señor Butler quiere decir es que el rancho no es de Elisabeth, porque ella no es la heredera.

—Pero no es lo único que nos preocupa —continuó Jonathan.

Henry observaba la velada acusación del administrador sin abrir la boca. Miró a Elisabeth, que, aunque no pedía ayuda con la mirada, sí que no parecía estar dispuesta a que se la menospreciara, y eso era lo que estaba a punto de hacer Jonathan.

—La prensa en Houston no habla de otra cosa. Dicen que ha aparecido una mujer asesinada en el bosque de Riverplace. El escándalo está servido.

—Sí, pobre muchacha —se apenó, Margaret—, nuestro capellán tuvo unas palabras para la pobre chica en su sermón este domingo.

Elisabeth suspiró, aunque debería agradecer que la conversación no girara en torno a la absurda pedida de mano de Robert.

—Sea como fuere, esa mujer, de dañada reputación…

Elisabeth soltó la cuchara, que cayó en el plato.

—¡Señor Butler!

—… era una ramera —logró pronunciar, al fin, tan temido vocablo.

Tras recuperarse del pasmo, Elisabeth abrió la boca para replicar, sin embargo, de su garganta no brotó sonido alguno.

No podía creer que el señor Butler hablara sin rodeos de algo tan peliagudo. Un tema que nadie de su clase, ni aunque estuviera en su sano juicio, se atrevería a sacar a relucir. De hecho, a Elisabeth le resultó tan inusual y sorprendente que se quedó paralizada, sin la más mínima capacidad de reacción.

—He usado esa palabra, que habría desterrado gustoso de mi exquisito vocabulario si no fuera porque, en estos instantes, es de extrema necesidad provocar en todos y cada uno de ustedes una profunda impresión. Y que se den cuenta de que la situación es grave.

Ciertamente, el señor Butler acababa de causar una profunda impresión.

Sin embargo, el gesto del señor Alexander le puso a Elisabeth el vello de punta.

—Espero que no esté insinuando algo acerca de la reputación de la señorita Winston.

Ahí estaba, esa voz, esa mirada… Las palabras de Alexander quedaron suspendidas en el aire como una amenaza.

—Yo no pretendo decir… —Jonathan empezó a sudar, y tanto Robert como su madre fueron conscientes de que el nuevo capataz no estaba dispuesto a que nadie hablase mal de su señora.

—Bueno… —intervino Margaret, soltando la copa de vino—. ¿Qué tal si nos relajamos un poco?

—¿Es que nadie se da cuenta de que la caridad de Elisabeth ha destrozado su reputación? ¡Y ahora un asesinato en Lobo Blanco! ¿Qué será lo próximo? —dijo Jonathan, levantándose de la mesa y dejando pasmados a todos—. ¡Es intolerable que nadie haga nada por ella!

Elisabeth lo miró sin parpadear.

—No necesito que nadie me salve, señor Butler.

El hombre pareció demasiado indignado como para decir nada más.

—Yo… ya he dicho todo lo que tenía que decir. Así que… buenas noches.

Dicho esto, abandonó el comedor a grandes zancadas, pero no le debió parecer elegante cerrar la puerta de un portazo, puesto que la dejó abierta.

Hubo un minuto de silencio, hasta que alguien lo rompió.

—Ese hombre se cree que seguimos en la época medieval —dijo alegremente Margaret—. Por un momento pensé que se pondría una armadura e iría en busca de un dragón para poner la cabeza a tus pies, querida.

Elisabeth sonrió. En efecto, Jonathan era todo un fastidio.

La velada transcurrió sin más contratiempos.

Si Robert había planeado pedir su mano o insistir en ello delante de su madre, desistió de hacerlo, quizás en parte por la presencia del señor Alexander.

Al despedirse, Robert le besó galantemente la mano. Le dedicó una enigmática sonrisa y una mirada profunda, como queriendo decir que ellos dos tenían una conversación pendiente sobre el asunto del matrimonio. Detalle que a Henry no le pasó desapercibido.

Se sorprendió a sí mismo sintiendo una punzada de celos. Pensó también que, por lo que había podido descubrir de los Beaufort, no parecían ser los responsables de las muertes del ganado. Tampoco parecían desearle ningún mal a Elisabeth, ni codiciar sus tierras. Aun así, no iba a bajar la guardia ante ese mequetrefe.

Por su parte, Margaret había quedado prendada del apuesto capataz.

—¡Qué conversación más interesante! —le dijo a Alexander, cuando él le besó la mano a modo de despedida—. Sus conocimientos sobre los cheyenes son fascinantes. Espero que

pueda venir la semana que viene acompañando a Elisabeth en una cena que voy a organizar.

—No me la perdería por nada del mundo.

Elisabeth lo miró como si le hubieran salido cuernos en la cabeza. «¿De verdad?», quiso decirle, pero se abstuvo de abrir la boca, mientras madre e hijo subían al carruaje.

—¡Nos veremos pronto, querida!

Margaret sacó la mano por la ventanilla y la agitó a modo de despedida.

Elisabeth se sintió aliviada al ver partir el carruaje.

—Una mujer fascinante.

Elisabeth rio ante el asombro de Henry.

—En verdad lo es.

Siguieron juntos, alineados frente a la entrada de la casa.

—¿Quiere otro café, señor Alexander?

Él la miró, con esos ojos negros profundos que solo él poseía.

—Me apetecería, pero ya es demasiado tarde. Quizás un paseo, ¿le apetece?

Ella pareció vacilar ante la sonrisa de ese hombre, que expresaba peligro. Sin embargo, asintió.

—Nos irá bien después de la comilona que nos ha preparado la señora Baker.

—Y así podré hablarle del rancho…

Ella se detuvo antes de enfilar el camino que separaba la casa principal de la del capataz.

—¿Debo preocuparme?

Él hizo una mueca.

—Nada que ya no sepa. El hombre que mandó a vender las reses la ha timado. Pero usted ya lo sabía.

Elisabeth se encogió de hombros.

—Admitiré que lo supe enseguida, cuando sucedió —ella empezó a arrastrar un pie sobre la tierra del camino, como distraída o concentrándose en lo que iba a decir a continuación—, pero deseaba que no sucediese. No sé si me entiende.

—Mandó a un hombre sin supervisión para saber si era de fiar.

Ella asintió.

—Iba a darle el puesto de capataz —confesó ella, sin más—. Era una prueba, y no la superó.

—No haga que me alegre de que la hayan timado.

Ambos rieron.

La sonrisa franca de Elisabeth lo impresionó. Se la quedó mirando y ella carraspeó, incómoda.

—No me río porque me haga gracia —se excusó—. He perdido la mitad de mis beneficios, pero al no poder siempre hacer las cosas por mí misma…

—La veo muy capaz de conducir el ganado hacia la venta.

—No sería la primera vez —dijo, muy seria—. Y créame que no dejé que me timaran.

—La creo.

«Y aquí estoy yo, sonriendo de nuevo», se dijo Henry. Y es que era inevitable. Veía el perfil de Elisabeth recortado contra la tenue luz de la casa y no podía más que estremecerse ante semejante belleza.

—Respecto al otro asunto de las chicas…

Ella se apresuró a cerrar los ojos, seguramente porque la otra opción era ponerlos en blanco.

—Por favor, usted no.

Henry negó con la cabeza.

—Me parecen buenas chicas, encantadoras. Y la adoran. Cathy no hace más que hablar bien de usted, y la señora Baker la quiere como a una hija. Bárbara… no habla demasiado, ¿no es así?

—Ha sufrido una terrible pérdida.

Se acercaron más a la casa, y Henry percibió la preocupación en su expresión, quizás por el ligero fruncimiento de ceño o por el inesperado suspiro de cansancio.

—Sobre el asunto de Henry Alexander Cavill…

Elisabeth se puso tensa.

—Sí, el heredero de mi padre —dijo ella, sin más—. Sobre ese asunto tengo poco control. Él, como hombre, heredará el rancho, de ahí la insistencia de Robert en pedir mi mano en matrimonio.

Henry se puso tenso. De nuevo, sintió otra punzada de celos en el pecho.

«Sobre mi cadáver».

—Como sabe, la ley es injusta—continuó diciendo Elisabeth—, y solo puede heredar un hombre, por lo que…

—Por lo que se ve en la obligación de poner su futuro en manos de un extraño.

—Sí, algo así.

Caminaron sin decir nada más, hasta que Elisabeth se sintió preparada para hablar.

—No es del todo un extraño. —Esas palabras asombraron a Henry —. Mi padre me hablaba mucho de él, tanto como para darme cuenta de que era el hijo que siempre deseó tener.

Vaya, eso sí que sorprendió a Henry. Era cierto que él mismo había querido al viejo Edmund, y si no hubiese sido recíproco, dudaba mucho que le hubiese encomendado el bienestar de Elisabeth.

—Cuando yo estudiaba en Houston —prosiguió Elisabeth—, el señor Cavill pasaba largas temporadas con mi padre en el rancho. De hecho, el rancho cambió de nombre cuando yo era una niña. Por aquí había muchos lobos y al parecer había uno que era el favorito del señor Cavill. Lobo Blanco, se llamaba.

Henry ocultó una sonrisa melancólica. ¿Sabría ella que Sombra era la nieta de Lobo Blanco? No, por supuesto no podía saberlo.

—¿Así que el chico bautizó el rancho?

—Mejor que rancho Templeton, ¿no cree?

—Sí, mucho mejor.

De pronto, el humor de Elisabeth se tornó sombrío, y no pudo hacer otra cosa que intentar consolarla.

—Si Cavill era tan querido por su padre, creo que no debe preocuparse de que la ponga de patitas en la calle.

—No es eso lo que me preocupa.

—¿Entonces?

Henry se detuvo, para mirarla a los ojos. De pronto, estaban el uno frente al otro, y su cuerpo parecía desprender demasiado calor para una noche de otoño. ¿Qué tendría ese hombre, que era capaz, con sus ojos negros como pozos, de lograr que sus rodillas se volvieran de mantequilla?

—Temo que el señor Cavill quiera protegerme de la misma forma que todos los demás.

—¿Y eso es…?

—Obligándome a que me case con él. —Las palabras de Elisabeth simplemente hicieron que todas las que él tenía preparadas para ella se desvanecieran—. Y no estoy dispuesta a que eso suceda.

—No tiene por qué suceder —aunque en el fondo, Henry no pensaba eso. De nuevo, volvió a sorprenderse de que su propio corazón latiese con brío ante semejante posibilidad—, pero debe admitir que sería beneficioso.

—¿Casarme con Cavill o con Robert?

«Con Robert no, por supuesto».

—El matrimonio, en general.

—Esa es la única opción que nos queda a las mujeres, el matrimonio, ¿no es así?

Llegaron al porche de la casa principal, y él la miró a la luz de los quinqués que habían encendido para despedir a los invitados. Era tarde, y en el rancho pocos quedaban despiertos. Prácticamente todos dormían ya, menos ellos dos.

—Creo que me arriesgaré a ser una solterona indomable —volvió a decir ella, arrancándole a Henry una sonrisa lobuna.

—Tiene pinta de todo menos de solterona, y, ciertamente, es indomable.

«Ahí está otra vez», pensó Elisabeth, al tiempo que se estremecía. El deseo había acudido de nuevo, como un viejo amigo que sabe cuándo ser invitado.

Antes de siquiera plantearse entrar en la casa, Elisabeth se apoyó contra la puerta y se quedó mirando fijamente a Alexander, tal vez a la espera de un beso, quizás esperando… algo más.

—Le gusta el riesgo, ¿no es así, Elisabeth? —Henry se acercó a ella, estirando el brazo y apoyando la palma de la mano contra la puerta, a muy corta distancia de su cabeza.

Ella no titubeó. Alexander era un tipo peligroso, pero… había algo más en él. En algunos momentos la dulzura y la seguridad eran intrínsecas en él.

El cuerpo femenino reaccionó a su proximidad, y un vistazo a sus labios le hizo pensar que valdría la pena tentar a la suerte.

—¿Acaso lo duda?

Él negó con la cabeza a modo de respuesta. Después se acercó a ella. Olió su aroma y se sintió perdido.

«Cómo me gusta esta mujer…».

Alexander ya no podía pensar en otra cosa que no fuera ella.

Asió a Elisabeth por la cintura y la atrajo hacia sí. Los rostros quedaron a escasos centímetros el uno del otro y los cuerpos, prácticamente pegados.

La notó temblar, pero la mirada de Elisabeth no expresaba miedo. Él dudaba que ella sintiese miedo hacia cualquier cosa, era la mujer más osada que había conocido. Y aunque tenía la apariencia de una dama, sabía que podía ser peligrosa, y estaba seguro de que aún llevaba encima el cuchillo que le había regalado.

—Voy a besarte, Elisabeth —anunció, mientras iba acercando los labios a los suyos, con estudiada lentitud.

Fue una afirmación, pero también estaba pidiendo permiso. No la besaría si ella no lo quisiese, no era su estilo.

Así que esperó a que su mirada o sus movimientos le indicaran si aceptaba arriesgarse en ese momento tan íntimo.

La respuesta llegó antes de que sus labios se tocaran.

—No —dijo ella.

—¿No?

Elisabeth meneó la cabeza con una sonrisa, al ver la sorpresa en el rostro de él.

—Soy yo quien va a besarte a ti.

Elisabeth apoyó las manos en la chaqueta del capataz y lo acercó a ella.

Sin saber muy bien por qué, sus dedos se deslizaron por el pecho del hombre, acariciando el lino blanco hasta la abertura de su cuello. Rozó la bronceada piel, mientras notaba que se le secaba la boca.

Su olor la enloqueció, le quitó la poca reticencia que sentía al ofrecerse así a su capataz.

Ella continuó mirándolo a los ojos, sin pestañear.

Con decisión, hundió los dedos en la melena de Alexander. Lo atrajo hacia sí y, tal y como había afirmado, lo besó.

Las lenguas de ambos iniciaron una sensual danza, al ritmo que marcaban los tambores de sus pulsos. Cada delicioso roce, cada pequeño mordisco, cada gemido los acercaba al abismo.

Las manos de Henry atraparon su cintura y la apretaron con fuerza, atrayéndola contra él. Elisabeth no se quedó atrás, lo abrazó por el cuello mientras una de sus manos seguía hundida en esa maraña sedosa, tan condenadamente excitante que era la cabellera de Henry.

Ambos llevaban las riendas de la situación, como si de una lucha de voluntades se tratase, porque ninguno de los dos deseaba quedarse atrás.

En un momento dado, Elisabeth se apartó y estiró el cuello para tomar aire.

—Oh… Dios… Ahora entiendo con qué facilidad una mujer puede perder la virtud.

Henry rio contra su cuello, que ella había dejado expuesto para él, y aprovechó la oportunidad brindada para mordisquearlo y lamerlo, al tiempo que ella expulsaba de los labios sensuales gemidos.

—Elisabeth…

«Me vuelves loco», quiso decir.

Pero no lo hizo, porque ella esta vez le tiró del cabello, haciendo que él apartase los labios de su piel y la mirase a los ojos.

—En alguna parte de mí, hay algo que me dice que esto no está bien.

Él siguió con los ojos clavados en los suyos, con una expresión tan peligrosa y sensual que la excitó aún más.

—Pero… —dijo él.

—¿Debe haber un pero?

—¡Por Dios, que haya un pero!

Ella dejó escapar una suave carcajada y el tirón se hizo más suave.

—Pero no puedo evitar sentirme atraída por ti —confesó—. Y eso es algo que no había sentido por nadie.

¿Así que ella quería saber qué era la pasión? Henry sonrió, complacido de que lo hubiera escogido a él para descubrirla, a pesar de Robert, incluso de Jonathan…

—Pues déjame mostrarte una pincelada de lo que deseas.

Ella lo apartó y Henry quedó desconcertado, hasta que se dio cuenta de lo que hacía: apagar las luces de los quinqués para que ninguna mirada indiscreta los descubriese.

Él la atrapó de nuevo entre sus brazos cuando supo que entre ellos habría algo más que besos.

—No dejes de besarme —ronroneó ella, contra su boca.

Sin asentir ni negar, Henry desató la parte trasera de su vestido. Ella fue consciente de eso, pero no le importó lo más mínimo. Cuando sintió la tela holgada, Henry solo tuvo que dar un par de suaves tirones y hacer que su escote en forma de barco se pronunciara hasta más allá de sus pechos. La fina camisola no era impedimento para que él pudiera ver los encantos de la dama en la oscuridad.

—¿Sin corsé, Elisabeth? —No fue un reproche, más bien una sentida observación—. Gracias.

Ella gimió cuando, a través del lino blanco, él rozó sus senos. Al acercarse al borde de la tela, en el lugar en que esta terminaba y el dobladillo rozaba su piel, la acarició con más presión, hasta introducir las manos dentro, bajando la prenda y dejando ambos pechos al descubierto.

Se apartó unos centímetros para honrarla con la mirada.

—Eres preciosa.

Tomó un seno con la mano mientras sus labios se acercaron al otro. Besó el pezón erecto y rosado. Notó la agitada respiración de Elisabeth y su pulso, cada vez más y más acelerado.

—Voy a tomarte, Elisabeth.

Ella jadeó contra su boca, pues había vuelto a atraerlo hacia ella. Lo besó con pasión.

—No vas a hacerlo aquí. No contra la puerta de mi casa.

Él sonrió.

—No, no lo haré, pero sí en tu cama y tú vas a dejarme entrar.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer. Porque te deseo, y creo que no desearé tanto a nadie, en la vida.

Esas palabras fueron como un afrodisíaco.

—Vamos, entonces.

La agarró de las nalgas y la apretó contra él. Giró el pomo y entró en la iluminada estancia. La casa dormía, ya que había avisado a las chicas que acabarían de cenar tarde y que lo retirarían todo por la mañana.

Cuando Henry la tomó en brazos para subir la escalera hasta el piso superior, Elisabeth hizo lo posible para no jadear mientras besaba el cuello de Henry y se apretaba más contra él, dejándose llevar.

—Tercera puerta… —susurró.

Quizás no hiciera falta hacerlo, puesto que las chicas se habían instalado en la parte trasera de la casa con la señora Baker, pero no quería tentar a la suerte. No deseaba que nada ni nadie interrumpiera ese momento.

Cuando entraron en el dormitorio, todo estaba en penumbras, únicamente un rayo de luna se colaba por el ventanal de la habitación, iluminándola, y esa luz plateada fue más que suficiente para ver la expresión extasiada de Elisabeth. Sus labios enrojecidos por los besos compartidos permanecían entreabiertos y expulsaban pequeños suspiros que hacían bailar un mechón rebelde sobre su rostro. Las mejillas encendidas y sus ojos brillantes a causa de la excitación provocaron en el pecho masculino una sacudida de placer.

Henry cerró la puerta y no perdió tiempo en depositar a Elisabeth en el suelo. La cama era magnífica, grande y con dosel. La cabecera estaba cubierta de almohadas, y se moría de ganas por comprobar cuán suave sería ese lecho cuando se tumbara sobre ella y le hiciera el amor.

Pero, de momento, ella quedó de pie frente a él, con los pechos expuestos y deseosa de seguir besándole.

Le tomó la cara entre las manos y ambos gimieron por la anticipación.

Elisabeth bajó las manos por su espalda, atrapándolo contra ella. Cuando notó los labios de él sobre uno de sus pezones, echó la

cabeza hacia atrás e intentó tomar aire. Los sonidos eróticos que se escapaban de la boca de Elisabeth lo enloquecieron. No veía la hora de tenerla desnuda para él, acariciar su suave piel de luna, besarla en todos los rincones.

Ella debió de pensar lo mismo, pues sus manos volaron hacia sus pantalones y empezó a desabrocharle la bragueta.

—Quizás primero me quito la chaqueta.

Elisabeth apretó los labios para no reírse de sus prisas.

—Por supuesto, señor Alexander. —Ambos rieron y se besaron, esta vez delicadamente.

Pero las buenas intenciones duraron poco, solo hasta que Henry se despojó de la chaqueta y la camisa, y su poderoso torso quedó desnudo para que ella pudiera acariciarlo a placer.

Cuando sus torsos se rozaron, Elisabeth sintió algo parecido a una descarga eléctrica. Enseguida volvieron a entrelazar las lenguas y bebieron el uno del otro.

Entonces las delicadas manos de ella desabrocharon los pantalones de Henry y estos cayeron al suelo. Su ropa interior siguió el mismo camino.

—¡Oh…!

Ninguno supo quién jadeó más fuerte, cuando las manos de ella rozaron su erección.

El suave tacto hizo que Alexander resoplase como un bisonte contra el cuello de Elisabeth. Sentía una enorme necesidad de tomarla allí mismo, como un animal…

—Elisabeth —susurró su nombre, mientras acababa de desvestirla. La echó sobre la cama, únicamente vestida con sus botines y las medias que le llegaban a medio muslo.

Ella intentó cubrirse con las manos, pero él no se lo permitió. Meneó la cabeza, mientras tiraba del lazo de sus botines y los sacaba uno por uno. Elisabeth pensó que le quitaría las medias, pero no lo hizo. Avanzó sobre ella como si trepara y lo sintió caliente, aunque su piel no la rozara todavía.

Elisabeth apretó los labios nerviosa, e intentó que su respiración no se acelerara demasiado. No lo logró del todo.

Cuando el cuerpo de él descendió sobre el suyo, ella abrió las piernas para recibirlo. Se arqueó, y notó los labios y el sensual mordisco de él en el cuello. Sus caderas empezaron a moverse, como si se buscaran el uno al otro.

Ella gimió el nombre de él, extasiada de todas las sensaciones que estaba experimentando. Le acarició la espalda y sus atrevidas manos bajaron hasta sus nalgas, que de alguna forma parecían tener el mismo tono de piel que el resto de su cuerpo. Él sonrió, una sonrisa devastadora que hizo que el corazón de Elisabeth latiera desbocado.

Se miraron a los ojos, mientras las manos de Alexander se deslizaban por la suave piel, primero acariciando uno de sus pechos, tentándolo con apretones suaves, y después trazando el camino hacia su vientre, hasta llegar a sus rizos más íntimos.

La respiración de Elisabeth se cortó.

Con la boca abierta, los labios hinchados y esa mirada vidriosa que se clavaba en su alma, Henry pensó que estaba perdido, jamás había visto una hermosura semejante.

Elisabeth…, su Elisabeth.

Acarició los húmedos pliegues con los dedos y ella volvió a gemir. Fue como música para sus oídos. Entonces introdujo con delicadeza uno de los dedos y notó que estaba preparada para él.

La besó con ternura, pero Elisabeth no parecía estar muy de acuerdo con ello. Tiró de su pelo y devoró su boca en busca de algo, una liberación que él ya sabía que vendría. Guio su miembro hasta la sensual entrada y empujó suavemente con las caderas. La escuchó gemir, pero no de dolor, así que Henry continuó tanteando, una y otra vez, hasta que, por fin, sus cuerpos se unieron.

Fue gentil y delicado, quizás los primeros veinte segundos. Su intención era darle placer, hacer que su primera vez fuera dulce…, pero no. Ya debería haber deducido que Elisabeth sería cualquier cosa menos una flor delicada a la que desflorar dulcemente.

Las uñas de Elisabeth se clavaron en su espalda, y sus caderas pujaron hacia arriba, intentando buscar un placer que cada vez se hacía más intenso. Después de la débil molestia inicial, necesitaba que él la llenara por completo.

—Más adentro… —se escuchó decir—, más fuerte.

Sus jadeos interrumpían sus palabras y Henry cerró los ojos, apretando más el torso contra ella y moviendo las caderas mucho más fuerte, mucho más rápido.

—Sí…, así. ¡Dios…! —Nuevos gritos de placer salieron de su boca, cuando los primeros estremecimientos la recorrieron de arriba abajo. Sintió como si algo en ella estallase, como si hubiese descubierto algo que la hacía completamente feliz.

En esa cama, con Alexander, no había cabida para las preocupaciones. El señor Cavill había dejado de existir. Tampoco le preocupaba la pérdida de su rancho, ni la propuesta de Robert… Nada. No existía nada más que el placer y ese hombre que había irrumpido en su vida con la fuerza de una estampida.

Lo besó con reverencia y pasión, como si con sus besos le estuviera dando las gracias por todo lo que le estaba haciendo descubrir. Incluso las palabras fueron pronunciadas.

—Gracias.

Henry apoyó las manos en el colchón. Embestía sin delicadeza a esa mujer que le revolvía el pelo, mientras movía las caderas contra él y pronunciaba su nombre, presa de otro orgasmo.

Era tan condenadamente única, tan especial…

Apretó los dientes y se vació en su interior. No hubo momento para ser precavido, no hubo intención de serlo, pues esa mujer iba a ser su esposa. Estaba decidido.

Henry se derrumbó sobre el cuerpo femenino y la escuchó reír, mientras acunaba la cabeza de él contra sus pechos desnudos.

—Vaya…

Las palabras de Elisabeth lo hicieron reír a él también.

—Sí, vaya.

—Si la primera vez suele ser la peor… —Él la miró, preocupado por si había sido demasiado impetuoso. Pero las palabras de Elisabeth no iban por esos derroteros—. ¿Mejoraremos en las siguientes?

Él empezó a repartir besos por sus pechos, su vientre, su cuello y su rostro. Besos sonoros, mientras ambos reían.

—Dios, Elisabeth. Voy a averiguarlo. Solo Dios sabe que no pienso dejarte hasta que nos hayamos saciado.

No sabía cuándo sería eso, pero… supuso que nunca.

Capítulo 14

A la noche siguiente

Incapaz de conciliar el sueño, Henry permanecía echado boca arriba, inmóvil sobre el heno, escuchando entre la penumbra los sonidos de los equinos estabulados. Estaba demasiado inquieto para descansar y demasiado confuso para no pensar en lo sucedido la pasada noche, una noche que había resultado ser deliciosa.

Pero lo que más le preocupaba era el rumbo que empezaba a trazar su corazón.

Se llevó las manos a la cabeza y se masajeó las sienes.

Los apasionados besos de Elisabeth, sus caricias, sus suspiros y jadeos cuando él la había penetrado con pasión. El sabor de su piel… Todo eso lo distraía…

¡Diablos, las emociones no le daban tregua!

Ni siquiera el largo paseo que había dado con Sombra por el bosque había logrado apaciguarle.

«Esa es la única opción que nos queda a las mujeres, el matrimonio, ¿no es así?».

De repente, el recuerdo de las palabras de Elisabeth, refiriéndose a Henry Cavill, es decir, a él mismo, con el temor y la rabia impresos en el rostro, lo golpearon de lleno.

Jamás tuvo la intención de arrebatarle a la joven sus derechos, ni sus propiedades, al contrario, su padre, el señor Winston, lo había hecho heredero para protegerla. El viejo sabía que Henry era de fiar.

Pero eso ella aún no lo sabía y, en cierta forma, ahora se sentía en la obligación de contraer matrimonio para conservarlas.

Y ahí estaban Robert… Y Jonathan… Al acecho…

Henry jamás había sido un hombre celoso, pero, en su opinión, Robert parecía interesado en algo más que la amistad de Elisabeth, podía sentirlo. Ese hombre pretendía casarse con ella, pero la auténtica razón se le escapaba a Henry. Beaufort no estaba enamorado de Elisabeth, cualquiera lo habría notado si ese fuese el caso. ¿Querría únicamente protegerla? ¿O se estaba aprovechando de la situación?

Era una opción que Robert, en el caso de que Cavill no apareciese, quisiese hacerse con el rancho Lobo Blanco para ampliar el suyo, por medio del matrimonio. No era una idea tan descabellada… Pero también había descubierto que los gustos y los proyectos de ese hombre no estaban en Texas. Era un aventurero, alguien que no podía estar más de tres meses sin viajar, ¿para qué cargarse con más responsabilidades? Y, aunque le fastidiase reconocerlo, había visto cariño en sus ojos cuando miraba a Elisabeth.

Y luego estaba Jonathan.

La actitud de ese mequetrefe era… Se tomaba demasiadas confianzas con Elisabeth. La trataba como a una niña y la miraba de forma extraña cuando pensaba que nadie se daba cuenta. Suerte que ella era de armas tomar y sabía defenderse sola.

Henry no pudo evitar sonreír. Su intrépida y rebelde Elisabeth…

Pues no lo lograrían, ni uno ni el otro. El rancho Lobo Blanco pertenecía a Henry Alexander Cavill. Y Elisabeth…

Elisabeth le pertenecía a él.

Si eran ciertas sus sospechas, por lo más sagrado que Robert no cumpliría con su objetivo. La posibilidad de que ese ranchero la cortejase lo sacaba de sus casillas, y supo que eran los celos quienes se lo estaban comiendo vivo, como las polillas agujerean la madera hasta volverla inservible.

Por todos los diablos, se había prendado de ella y esa certeza lo conmovía tanto como lo irritaba. Henry no podía permitirse eso. Nadie, mucho menos una mujer como aquella, sería capaz de soportar a alguien como él.

Sin embargo…

Sin embargo, desde que la conocía, desde que su mente la tenía presente todas las noches, él era capaz de conciliar el sueño y las pesadillas no habían regresado. El dolor de la pérdida de Amanecer seguía ahí, jamás desaparecería, pero, de pronto, se veía capaz de volver a amar… a Elisabeth.

—Oh, pequeña diablesa… —susurró—. ¿Qué me estás haciendo?

Y mentando al diablo, este apareció en forma de ángel.

Elisabeth caminaba en la penumbra, portando en las manos un pequeño farol.

—Buenas noches, señor Alexander —saludó, pasando por alto el hecho de que ese hombre permaneciera tumbado con las manos cruzadas bajo la nuca. Y que la mirase con una mezcla de inquietud, sorpresa y arrogancia.

—Buenas madrugadas, querrá decir —respondió Henry, incorporándose un poco. Levantó también la rodilla izquierda para disimular el bulto que su rebelde virilidad empezaba a marcar en el pantalón, pues Elisabeth se había enfundado unos pantalones de montar que le marcaban el trasero y definían ligeramente las largas piernas, llenas y musculadas por su afición a la hípica.

Ese trasero que tan bien recordaba…

¡Que el diablo se lo llevase, porque esa mujer, con el aspecto de una valquiria, tenía el don de enloquecerlo!

—Ruego disculpe mi intrusión, señor Alexander.

Él arqueó una ceja ante el tono formal de Elisabeth.

«¿Así que esas tenemos?».

Y pensó en seguirle el juego.

—Esta es su casa, señorita. No tiene que disculparse.

—Ya, pero veo que hoy ha escogido el establo como su lugar de descanso —respondió, colgando el farolillo en la pared.

—Mi sueño es ligero y corto, no se apure. —Sonrió como un lobo —. Y estoy acostumbrado a dormir a la intemperie, por lo que un montón de heno y el techo de una cuadra es todo un lujo para mí.

—¿Por qué será que le creo?

Él soltó una carcajada que contagió a Elisabeth. Alexander pocas veces reía, tan solo en la intimidad, y cuando lo hacía, le variaba el

rostro por completo.

—Yo tampoco puedo dormir, especialmente cuando los nervios me corroen —se justificó Elisabeth, en el momento que cogía la silla de montar del guadarnés para colocarla sobre el lomo de Winter.

—¿Otra vez va a salir a cabalgar de madrugada?

—Así es. —Ella le guiñó el ojo—. Confío en que me guarde el secreto.

Henry volvió a sonreír, esta vez de medio lado.

—Solo si me permite acompañarla.

Elisabeth le devolvió el gesto, logrando encandilar a la bestia, pero no apaciguarla.

—No veo inconveniente, siempre y cuando Cochise pueda seguir el ritmo de Winter.

—Acepto el reto.

La luna en cuarto menguante ya se había retirado para dar paso a una incipiente aurora, que aún no lograba restar protagonismo a las estrellas. El viento era inexistente y la temperatura sorprendentemente tibia para aquella época del año.

La pareja cabalgaba en silencio; Elisabeth iba al frente, a un tranco de distancia, ajena al ardor de su acompañante, pues estaba demasiado concentrada en fingir que no sentía el suyo propio.

Henry no podía apartar la vista de su esbelta figura. La chaquetilla de terciopelo negro se ajustaba perfectamente a la cintura de avispa de la joven y, cayendo por la suave curva de la espalda, la larga cabellera aprisionada en una larga trenza de espiga apuntaba hacia las insinuantes posaderas, que subían y bajaban al ritmo del trote de Winter. Henry pensó que, si seguía mirándola de ese modo, acabaría cayéndose del caballo.

«O bien me lanzaré sobre ella para hacerle el amor… Esta vez sobre la hierba…».

Así que, buscando distraerse, inició conversación.

—Conozco pocas damas que cabalguen como lo hace usted, señorita Elisabeth —dijo, con voz cavernosa, a sabiendas de que ella

había comprendido a la perfección el doble sentido de ese comentario.

Ella tiró con suavidad de las riendas de Winter hasta ponerla al paso, permitiendo a su acompañante colocarse a su altura.

—No pretendo comportarme siempre como una dama, señor Alexander. —Alzó el mentón, con un poderío que excitó aún más a su interlocutor.

—Déjeme que lo ponga en duda.

Elisabeth le regaló una sonrisa tan sensual, como si quisiese hacerle recordar lo compartido aquella noche, que Henry a punto estuvo de perder el equilibrio.

—¿Acaso conoce usted a alguna dama que actúe como lo hago yo? ¿Que viva como yo o que piense como yo?

Tenía razón, Elisabeth era única, original y espléndida. Y salvaje. Ninguna otra mujer, cualquiera que fuese su posición, podría compararse jamás con la señorita Winston.

—Ciertamente, no.

—¿Lo ve?

—No obstante, discrepo. Lo que yo veo en usted, aparte de una irresistible belleza, es a una dama enérgica, osada y valiente. Una dama que me gusta, que me fascina y que me atrae más de lo que, en otras circunstancias, hubiera estado dispuesto a admitir.

Ella apartó la mirada. Se había sonrojado hasta las orejas. Jamás le habían dedicado un halago semejante, acompañado de una declaración que… la agradara tanto, que la excitara tanto… Él también era osado, sin duda. Osado y directo. Como un lobo salvaje.

Sin embargo, aprovechó la salida que él, sin pretenderlo, le acababa de ofrecer.

—¿Y qué circunstancias son esas, señor Alexander?

El hombre frunció el ceño, pensativo. ¿Cómo podría explicárselo? Tampoco deseaba, por el momento, decirle quién era él en realidad y a qué había venido. Además, tampoco tenía muy claro si estaba dispuesto a revelarle que empezaba a plantearse muy en serio la idea de pedir su mano en matrimonio.

Así que, obviando esa información, respondió:

—Que está usted cabalgando a mi vera, de madrugada y a horcajadas. Y vistiendo pantalones.

—Oh, no me diga que se escandaliza por eso. —Rio ella, mirándolo con picardía—. Le tenía por alguien más flexible, señor Alexander, teniendo en cuenta lo que sucedió entre ambos la pasada noche.

Bien, no se andaba con pelos en la lengua. Esa era su chica.

—Ya sabes que lo soy. —La tuteó para que sus palabras sonaran más certeras, con menos distancia, al tiempo que la miraba con intensidad, diciéndole con los ojos cuán flexible podría volver a ser —. En mi opinión, esa prenda te sienta de maravilla. Insisto, me fascinas, Elisabeth. En realidad, te deseo como jamás he deseado a otra mujer.

Elisabeth se lo quedó mirando, embobada.

De pronto, Winter tropezó con una piedra. En otras circunstancias, ella habría mantenido el equilibrio, pero, dada su exaltación, se deslizó por el lado izquierdo y cayó al suelo sobre sus posaderas.

Con la rapidez y la agilidad de un felino, Henry desmontó de un salto y corrió hacia ella. Le tendió la mano y la ayudó a ponerse en pie. Acto seguido la revisó de arriba abajo, ignorando las protestas de la joven, y, tras asegurarse de que lo único que había salido malparado había sido su orgullo, sonrió como el depredador que era.

—No deberías bajar la guardia cuando cabalgas, preciosa —la tuteó de nuevo con descaro, sin apartar la oscura mirada de los ojos de Elisabeth, que chispeaban de vergüenza y algo más.

Estuvo a punto de besarla, cuando ella se apartó de forma deliberada.

—Sucede que no estoy acostumbrada a los halagos, eso es todo —contestó esta, con la dignidad de una reina.

—Pues debería prestar más atención, señorita. Podría haber lobos al acecho.

Aunque Henry había vuelto a dirigirse a ella en tono cortés, sus ojos, su cuerpo y su voz demostraron más pasión y peligro que nunca, llegando a convencerla de que el único lobo que rondaba por el lugar era él.

—Es curioso —apuntó Elisabeth, al tiempo que ponía el pie en el estribo y se impulsaba sobre el lomo de Winter—. Es usted la segunda persona en esta semana que habla de ellos. Algo extraño, pues, en contra de lo que pudiera parecer, dado el nombre de mi rancho, hace años que las gentes de Riverplace acabaron con la última manada. Aunque bien podría tratarse de Sombra, a quien adoro y no le deseo ningún mal.

¿Aquello era una sospecha? Bien sabía Henry que Elisabeth había visto a Sombra, cuando descubrió el cadáver de Lisa Winslet. A la joven señorita no se le escapaba ni una, y de nuevo puso en valor su sutileza.

Henry subió sobre Cochise.

—En cuanto a si resulta o no extraño, a veces damos por hecho cosas que distan mucho de la realidad —respondió, muy seriamente, para añadir—: Pero, dígame, ¿quién es esa otra persona? Si se trata de un pretendiente, le retaré, no le quepa duda.

Elisabeth dibujó con los labios una sonrisa.

—¿Está intentando seducirme, señor Alexander? —preguntó, coqueta, a sabiendas de que ya lo había hecho. Y que lo volvería a hacer.

—¿Y si así fuera?

Ante el reto de Alexander, la joven dama alzó la barbilla con altivez, cuando en realidad se estaba derritiendo por dentro. Apretó los flancos de Winter y la instó al paso. Si alguien iba a marcar el ritmo, esa sería ella.

—Si así fuera, no obtendría absolutamente nada de mí. —Y lo dijo en serio.

Henry soltó una carcajada de ironía, pues ¿cuántas veces había pronunciado ella su nombre, cuando él la había montado salvajemente la pasada noche?

—Pues se equivocaría —respondió, con seguridad—. No sabe hasta dónde soy capaz de llegar cuando algo me interesa.

—Oh, ¿qué os pasa últimamente a los hombres? ¡Primero Robert y ahora usted!

—¿Robert? —Henry arqueó la ceja izquierda y se le helaron las entrañas—. ¿Acaso Beaufort le ha propuesto ser su amante?

Elisabeth inspiró hondo, arrepentida de haber dado pie a semejante malentendido. Ignoró la pregunta de Alexander, soltó riendas y, con un movimiento preciso, golpeó los flancos de la yegua para alejarse unos metros de él en un gracioso trote. Elisabeth intentaba ganar tiempo, no le apetecía seguir hablando de Robert.

Sin embargo, algo le decía que su apuesto acompañante no iba a dejarlo pasar.

Y así fue.

Henry hizo lo propio con Cochise y, tras alcanzar a la dama, insistió.

—¿Y bien? —preguntó, mirándola a los ojos, de forma inquisitiva.

Elisabeth suspiró, resignada y estremecida a partes iguales.

—Robert jamás me pediría algo así. Sin embargo, ayer me propuso matrimonio.

Henry creyó que su sangre empezaba a hervir y le abrasaba las venas. Así que sus sospechas eran ciertas. Ese imbécil quería quedarse con *su* dama.

—¿Y usted aceptó? —preguntó, sin poder disimular el descontento.

—Por supuesto que no.

Henry no pudo más que sentir un tremendo alivio. Pero le ganó la curiosidad y volvió a preguntar.

—¿Y por qué no?

—No me interesa el matrimonio.

Henry arqueó una ceja.

—¿Tampoco desearía casarse conmigo?

Elisabeth lo miró, confusa. Por primera vez en toda su vida, dudaba con respecto a eso. Se enfadó consigo misma por ser tan débil.

—¡Por supuesto que no! —exclamó—. ¿Por qué es usted tan… tan presuntuoso?

—Reconozco que suelo comportarme con desfachatez, aunque jamás me he considerado un presuntuoso. Tampoco soy ajeno a la realidad. Me deseas, Elisabeth. Y yo te deseo. ¿Cuál sería el problema? Una unión formal tan solo nos traería beneficios.

Lo miró de reojo, cada vez que era directo con ella, cada vez que la tuteaba, se le formaba un nudo en el pecho que le resultaba… agradable.

«No me vas a convencer».

—El matrimonio no entra en mis planes —zanjó, aunque, por primera vez, su mente y su corazón dudaban.

Henry la miró con sorna, arqueando de nuevo la ceja izquierda.

—La tenía por alguien más flexible, señorita Winston.

Elisabeth suspiró. Y él soltó una carcajada que nuevamente la contagió, muy a su pesar, pues ese tema en concreto siempre le traía sinsabores.

—Prefiero no atarme a ningún hombre, eso es todo.

—Me parece razonable, aunque su decisión me parece algo arriesgada. No me entienda mal —apuntó, al ver asomarse la furia en la expresión de Elisabeth—, no me considero un hombre tradicional. Es únicamente curiosidad. Dígame, ¿por qué no desea casarse?

Elisabeth giró el rostro despacio y lo miró entornando los ojos, en una cándida expresión infantil que pretendía parecer severa. Pero estaba fingiendo, Henry se dio cuenta enseguida de que a ella le divertía esa conversación, y a él también, porque le entró la risa. Una risa que intentó disimular replegando los labios en el interior de la boca.

Esa señorita pretendía ser recatada y era en realidad la mujer más sensual que había conocido.

—Pues verá, señor Alexander —Elisabeth parecía disfrutar también con la fingida formalidad—, resulta que tengo en muy alta estima mi libertad.

Henry sonrió de medio lado.

—El matrimonio podría darle la libertad que tanto ansía. A veces, es una tabla de salvación.

—¿Primero me seduce y ahora me insiste con el asunto del matrimonio? —Esta vez, Elisabeth se puso seria—. ¿Qué pretende?

—Si usted fuera mi esposa, jamás le impediría cumplir sus deseos. Es más, los alentaría, pues de esa forma también yo sería libre y podría cumplir los míos.

A Elisabeth le sobrevino una extraña sensación. Placentera, porque se sentía comprendida, y a la vez amarga sin llegar a entender del todo el motivo.

—¿Me está diciendo que le parecería correcto el adulterio?

Henry soltó una carcajada.

—No, no me refería a eso. Aunque ya que ha sacado el tema, la respuesta es no. A usted no se lo permitiría, ni yo tendría la necesidad de otros lechos, con una mujer tan excitante a mi lado.

Elisabeth miró al frente y frunció el ceño. Seguía confusa.

—¿Y a qué se refería entonces?

—Si dos personas se aman no deben permanecer atadas, sino caminar juntas.

Ella volvió a mirarle con el ceño fruncido.

—Explíquese.

—¿Sabía que los lobos se emparejan de por vida?

—No tenía la menor idea.

—Imagine que le ponemos a una pareja de lobos un collar a cada uno, y unimos dichos collares a una cadena que los mantenga unidos para que jamás puedan separarse. ¿Qué cree que sucedería?

—Con total seguridad, se matarían a dentelladas.

Henry sonrió como respuesta y no hizo falta decir más.

Cabalgaron un rato más en silencio y, ya cuando empezaba a asomarse el sol, se encontraron algo que les encogió el corazón. Media docena de reses yacían inertes en el prado. La imagen era desoladora.

—¡Oh, no! —exclamó Elisabeth, azuzando su montura, que piafó inquieta.

Henry hizo lo propio, y cuando ambos llegaron hasta los animales, la joven fue la primera en desmontar.

—Cuatro hembras y dos terneros —dijo Henry, desmontando también y acercándose al tiempo que se tapaba la boca con un pañuelo que antes había llevado atado al cuello. Un gesto que nada tenía que ver con el mal olor, pues los animales no llevaban demasiado tiempo muertos, más bien tenía que ver con oscuros recuerdos.

Elisabeth comprobó que sus cuerpos aún estaban calientes. Les miró la boca, y no parecía haber rastro de veneno, ni tampoco parecía tener que ver con una enfermedad contagiosa…

—No me lo explico —dijo, poniéndose en pie para mirar en derredor—. Hace tan solo dos días, estas reses estaban en perfecto estado.

—Parece que hayan sido envenenadas —dijo Henry.

Elisabeth asintió, poniéndose en pie.

—Si bien es cierto que el ganado puede llegar a ingerir alguna planta tóxica, eso sucede cuando no tienen otra alternativa. Mire los prados, es… están a rebosar de pasto, después de las intensas lluvias.

Henry frunció el ceño y, cuando se alejaron, se quitó el pañuelo de la boca.

Ya había visto esto antes. Había visto decenas de cientos de bisontes envenenados del mismo modo, con el único fin de acabar con quienes vivían de ellos.

—¿Hay agua estancada cerca? —preguntó, mientras barría con los ojos el lugar,

—Estancada no… —Elisabeth pareció dudar, aunque de inmediato recordó algo—. Oh, pero sí hay un pequeño estanque, aunque forma parte del recorrido de un pequeño riachuelo, por lo que no se trata de agua estancada, si a lo que se refiere es a que las reses hayan podido intoxicarse así.

—Lléveme hasta allí, Elisabeth.

Henry montó en Cochise de un salto, dejándola algo inquieta, pues no entendía a qué podía referirse el señor Alexander.

Pronto lo descubrió.

Tras unos cinco minutos al trote, Elisabeth empezó a sentir un olor nauseabundo. Un olor que la transportó a aquel día en el que hallaron el cuerpo de Bárbara. Era la muerte, de nuevo, la que acechaba en Lobo Blanco.

Henry tuvo que bajar primero de su montura para que la señorita no cayera desmayada.

—Qué demonios… —Se tapó la boca con las manos, pero Henry le prestó un pañuelo.

Tal y como Elisabeth le había explicado, un pequeño riachuelo cruzaba el sotobosque y tras una suave curva que rodeaba un pequeño terraplén se formaba un lago que tendría unos veinte pies de radio. Era un lugar donde muchos animales solían abrevar, pero a medida que iban acercándose comprendieron que allí dentro había algo que contaminaba las aguas.

No tardaron en ver de qué se trataba, aunque no se quedaron por mucho tiempo para observarlo.

—Cielos —gimió Elisabeth, al borde del llanto—. ¿Cuántos cadáveres hay ahí?, ¿diez?, ¿quince?

Zorros, varios venados y demás alimañas, eso era lo que allí dentro había. Y por supuesto, ambos eran perfectamente conscientes de que habían sido colocados ahí para envenenar al ganado.

—Elisabeth —la agarró por los hombros—, esto ha sido provocado.

—Pero… ¿quién?

—Lo he visto antes —dijo, mientras los ojos oscuros de Henry brillaban por momentos—. Es algo deliberado. Hay que avisar al *sheriff*.

Elisabeth asintió, y pronto sus ojos expresaron determinación.

—Y también a nuestros hombres —dijo, caminando con rapidez hacia su yegua para montar sobre su lomo—. Quiero que limpien el lugar de inmediato. No estoy dispuesta a permitir que más animales perezcan.

Henry la miró con orgullo.

—Así se hará, Elisabeth.

Tras media hora de camino llegaron a la casa grande.

Lobo Blanco se alzaba majestuosa sobre un altiplano, desde donde se divisaban todas sus tierras. Elisabeth sintió cómo se le encogía el corazón. Allí había pasado gran parte de su infancia. Amaba ese rancho, porque había sido testigo de su felicidad. Y no únicamente Cavill pretendía arrebatárselo… Alguien estaba boicoteando su trabajo, sus sueños, sus esfuerzos, con la intención de convertir Lobo Blanco en una auténtica pesadilla.

Pues que Dios fuera testigo, pero eso no iba a suceder. No se rendiría jamás. Averiguaría qué estaba pasando y acabaría con ese o esos malnacidos.

—Lobo Blanco es magnífica —valoró Alexander, sacándola de sus pensamientos.

La joven tardó unos segundos en responder.

—Lo es. Pero también… —Elisabeth hizo una pausa. Suspiró— una pesada carga que muchos se empeñan en querer aliviarme. —Volvió a hacer otra pausa, y esta vez habló con el ceño fruncido y la determinación en su mirar—. Pero es una carga que deseo, y que nadie me arrebatará.

Dicho esto, Elisabeth emprendió el galope hacia su hogar.

Si hubiese sabido que la seguía el mismísimo Henry Alexander Cavill…

Una vez entraron en las caballerizas y desmontaron, Andy se apresuró a desenjaezar a Winter. Elisabeth lo dejó hacer, sin poder quitarle el ojo de encima a Alexander, que empezó a encargarse en silencio de su propia montura.

Por alguna razón, ese hombre, a pesar de que rezumaba peligro por todos los poros de su piel y a pesar de que sentía que le estaba ocultando algo, a Elisabeth le daba tranquilidad, sentía que podía confiar en él.

Cuando Andy acabó con la yegua, se despidió de ambos y salió del establo para llevar a abrevar a los terneros recién destetados.

Y la pareja se quedó a solas.

Elisabeth le echó una ojeada a Alexander y odió sentirse tan vulnerable en su presencia. Ese hombre ejercía una fuerte atracción sobre ella. A pesar de los problemas que se cernían sobre Lobo Blanco, a pesar de lo que acababa de ver. A pesar de todo, era incapaz de no verlo con los ojos del deseo.

Suspiró, sin pretenderlo, y sus ojos lamieron su rostro y su cuerpo, revelando más de lo que ella deseaba dejar ver.

No solo era fuerte y bien parecido, también era inteligente, atrevido y misterioso. De mirada salvaje, pose fiera y elegantes

gestos, se asemejaba a un orgulloso venado, siempre en guardia, retando a los de su género por los favores de las hembras. Pero en ocasiones dejaba entrever la fiereza de un lobo, al mismo tiempo que, en los ojos, se reflejaba el misterioso brillo de un gato curioso.

También podía ser dulce, amable, y gozaba de una interesante conversación.

De pronto y sin querer, expresó sus pensamientos en voz alta.

—Aunque reconozco que su lección ha sido muy didáctica, lo cierto es que no acabo de comprender que esos animales, me refiero a los lobos, puedan llegar a ser tan… parecidos a los humanos.

Él la miró intensamente, en el momento en que colocaba la silla de Cochise en su sitio.

—No se confunda, los lobos no son como nosotros. —Y Elisabeth no tuvo la menor duda de que decía la verdad. La mirada de Alexander no parecía ser humana en aquellos instantes—. A excepción de las tribus indígenas —prosiguió—, el hombre moderno se asemeja más al perro doméstico.

—¿Qué significa eso? —preguntó Elisabeth, fascinada. Desde luego, a él no se le podría comparar con un perro, ni con cualquier otro animal doméstico. Él era, sin lugar a duda, lo más parecido al salvajismo que había visto jamás en un hombre.

—Medir a un guerrero *lakota* con un noble o burgués de cualquier país europeo sería como comparar la magnificencia del íbice con la torpeza de una oveja.

—Podría estar de acuerdo con usted si hubiera conocido a algún guerrero *lakota*. Aunque he oído hablar de su salvajismo.

—No se confunda, Elisabeth. Cierto es que los indios pueden ser salvajes, pero pocos matan por placer, sino que lo hacen por necesidad. Para defender sus tierras y a sus seres queridos.

Él la miró con el deseo impreso en el rostro. La expresión de Elisabeth era espléndida, y sus labios, entreabiertos y húmedos, clamaban por un beso.

—Sin embargo, usted, a pesar de ser de buena casa, posee en la mirada un brillo tan salvaje y un centelleo tan erótico en las pupilas

que, si aceptase casarse conmigo, la llevaría a recorrer las llanuras de la frontera, en el Oeste, antes de que estas desaparezcan.

—¿Y no teme a los *lakota*, señor Alexander? Porque a mí me aterran.

—Dudo que a usted le aterre algo, señorita Winston.

Si ese hombre supiera que sí, que a ella le aterraba la idea de enamorarse perdidamente de él…

Pero no. No tenía por qué saberlo.

—Aunque la aventura me resulta tentadora, no me va a convencer.

—No tendría que hacerlo, créame. Sé que, si me lo propusiera, usted acabaría cediendo.

Elisabeth exhaló aire ruidosamente.

—¡Esta sí que es buena!

—Te lo repito, Elisabeth. —La tuteó de nuevo, con la intención de ser más directo—. No sabes hasta dónde soy capaz de llegar cuando algo me interesa. Y tú me interesas. Me interesas mucho.

—Y yo te repito a ti que no voy a casarme ni contigo ni con nadie —logró decir, con voz temblorosa.

—Podría demostrarte cuán equivocada estás.

Ese diablo se estaba acercando peligrosamente.

—Dudo que lo logres —bufó, empezando a caminar hacia atrás, intentando evitar que él la alcanzase.

—Yo pongo tus dudas en tela de juicio.

Oh, no, se estaba acercando demasiado.

Elisabeth se cruzó de brazos y arqueó las cejas, porque ya se encontraba con la espalda contra la pared.

Y él seguía acercándose.

Trató de disimular sus temblores, causa inequívoca de la excitación que padecía, y empezó a rezar mentalmente para tener éxito en semejante hazaña, pues, si no lo lograba, estaba perdida. Si ese hombre seguía acercándose, si volvía a besarla, si volvía a tocarla y a hacerle el amor como aquella noche… su voluntad quedaría anulada y cedería. Cedería a todo lo que él le pidiese.

Incluso… incluso se casaría con él…

«Oh, maldito seas…».

—Reconozco que puedes llegar a ser muy persuasivo —alegó, no muy convencida de salir ilesa de la situación—, sin embargo…

Ya lo tenía a escasos centímetros de su boca, y ella no podía echarse más hacia atrás, a menos que de pronto aprendiese a atravesar las paredes.

—Sin embargo, estoy a punto de besarte. Y no es una hipótesis, es un hecho.

Sin dejar de mirarla a los ojos como si en verdad él fuese una criatura de la noche que acecha a su presa en mitad del bosque, Henry acercó la boca a sus labios, con estudiada lentitud.

Elisabeth permanecía quieta, temblorosa e hipnotizada como lo estaría una cobra ante la cadenciosa melodía de una flauta, incapaz de oponer resistencia, aunque tuviera un desierto entero para huir. Ese hombre de mirada salvaje la embrujaba hasta el punto de anular su voluntad. Abrió la boca para protestar cuando él, con extrema suavidad, alargó la mano y le acarició el pelo, para después librarlo de ataduras.

Henry se deleitó con la caída de los suaves rizos color violín. Hundió los dedos en la exuberante melena y, sin que ella pudiera mover un solo músculo para hacer otra cosa que no fuera temblar, acercó los labios y la besó.

El roce fue suave y delicado, pero a Elisabeth se le antojó demasiado excitante para su propio bien. Era extraordinario que una caricia tan dulce, un aliento tan cálido, unas manos tan rudas y a la vez tan sensibles, pudieran demandar tanta pasión.

La lengua de él se detuvo en el labio inferior de ella y jugueteó hasta lograr que cediera y se abriera para recibirlo.

Sin embargo, Henry detuvo el beso.

Se separó para entrelazar la mirada con la de ella y nada pudieron hacer ambos para desatarlas.

Elisabeth, absolutamente consternada por la interrupción, sintió cómo las rodillas le fallaban. En ese momento se percató de un suave cosquilleo en su interior, que brotó por la boca del estómago y desembocó en el vientre, como si una marabunta de hormigas camparan a sus anchas por todo su ser. Abrió la boca para decir algo, pero de los labios tan solo escapó un gemido.

Ante el que Henry sonrió, victorioso.

Con el dedo índice, trazó el dibujo que formaban las perfectas comisuras y, tras acariciar el divino rostro y colocarle un mechón rebelde tras la oreja, se dio la vuelta para continuar con sus tareas.

Como única respuesta, Elisabeth cerró los ojos y apretó los puños. Después de exhalar un hondo suspiro, abandonó los establos, confundida, consternada y excitada.

Una vez a solas, Henry caminó hasta sus pertenencias, abrió el macuto y sacó un sobre cerrado con el sello de la familia Cavill.

Ya había puesto el ojo sobre su presa y tenía la certeza de que, tarde o temprano, se la cobraría.

Elisabeth sería su esposa.

Porque la mayor virtud del lobo es la paciencia.

Capítulo 15

El panecillo blanco recién salido del horno expulsó un humillo de vapor en el instante en que Elisabeth lo partió en dos. Con el ceño fruncido, empezó a untar sobre él la mantequilla, que se fundió al entrar en contacto con la tibia miga.

Sonrosada como un farol por los lugares que su insurrecta mente se empecinaba en visitar, se decía a sí misma que lo de aquella mañana solo había sido un beso.

«Solo un beso…».

Como si esas tres palabras pudieran aplacar su ardor.

El capataz llegaba tarde para el desayuno, seguramente estaría con los vaqueros, informándoles de lo que encontraron en el riachuelo y organizando su limpieza, era posible incluso que por ese motivo no acudiera. Eso la inquietaba, pero, aunque hubiese llegado ya, la aparición inesperada de Jonathan no habría podido otorgar al encuentro la intimidad que ella tanto deseaba.

—¿Me está escuchando, Elisabeth?

—¿Sí?

La dama alzó la vista y se encontró de lleno con la clara mirada de Jonathan Butler. Había olvidado por completo su presencia en el comedor.

Jonathan le había hablado, pero ella no sabía muy bien de qué.

—Lo siento, estoy un poco distraída —farfulló en el instante en que, temblorosa, apoyó el cuchillo de plata sobre el plato de fina porcelana—. Me temo que estaba en otro lugar.

—Eso parece.

Elisabeth expulsó un hondo suspiro. Era cierto, y el culpable tenía nombre: Alexander. Alexander, sin más. ¿Quién diablos era ese hombre?

Habían transcurrido dos días desde que el apuesto capataz le hiciera el amor y Elisabeth aún sentía sus caricias en la piel. Jamás imaginó que echaría tanto en falta sus ojos, sus labios, sus manos y las deliciosas sensaciones que provocaban en ella. Por culpa de ese descarado, no había dormido en dos días. En realidad, no había hecho otra cosa más que imaginarse a ambos en situaciones aún más escandalosas que las que habían compartido…

En cualquier caso, tanta insensatez se tenía que acabar.

Jonathan la miró intensamente, y ella carraspeó.

—¿Sería tan amable de repetírmelo?

Jonathan frunció el ceño.

Intentaba ocultar la preocupación que sentía con disgusto, o eso pensó Elisabeth, pues conocía bien a Jonathan y sabía que era demasiado educado como para mostrar sus auténticas emociones. Eso era lo que menos le gustaba de él.

—El asunto es de extrema gravedad —repitió el administrador, con severo semblante—. Acabo de recibir una carta del señor Cavill en la que me informa de sus planes.

Elisabeth tragó saliva. Hablar de Cavill eran palabras mayores.

Jonathan hizo una breve pausa para observar la reacción de su señora y prosiguió:

—El señor Cavill espera celebrar una fiesta de bienvenida, a modo de carta de presentación. Evidentemente, exige que se haga en Lobo Blanco.

Elisabeth supo que si hubiera tenido algo de comida en la boca se hubiera atragantado y muerto estúpidamente.

—¿Cómo dice?

Como si no la hubiera escuchado, Jonathan continuó:

—Y quiere que usted la organice. Su deseo es que asista la flor y nata de Riverplace, así como las personalidades más importantes del condado.

Elisabeth abrió los ojos como platos y descolgó la mandíbula.

—¿Y cómo pretende ese hombre que organice y mucho menos pague algo así?

—De algún modo… legal, los beneficios que da el rancho son suyos.

Elisabeth apretó la mandíbula. Era inconcebible que le estuviera pasando eso a ella.

—No obstante —prosiguió Jonathan—, según informa Cavill, él asumirá todos los gastos. Y se establecerá definitivamente aquí, dentro de quince días.

Esa información la dejó perpleja. Y sí, tuvo que reconocer, muy a su pesar, que también la asustaba.

—No puede hacer eso. ¡Se trata de mi propiedad!

Elisabeth se levantó de la mesa, y el señor Butler hizo lo mismo.

—En realidad sí puede —dijo, en un fingido intento de consolarla —. Sus abogados acaban de ponerse en contacto conmigo y me han informado de que la maquinaria legal ya se ha puesto en marcha. Es solo cuestión de tiempo que reciba una carta informándole de que debe abandonar la propiedad.

—¿Puede hacer eso? ¿Puede echarme de mi propia casa?

—Está en su derecho, todas las posesiones de su padre le pertenecen por ley.

—¿Y no hay nada que podamos hacer?

—Por lo pronto, el único consejo que puedo darle es que inicie los preparativos para cumplir los deseos de ese advenedizo. Tal vez si logra complacerle en el baile…

—¿Complacerle? —Elisabeth estaba fuera de sí. Estampó la servilleta contra la mesa y se acercó a la ventana con la respiración agitada—. ¡Ese malnacido solo pretende reírse de mí! ¡Humillarme! ¿Dónde está ahora? ¿Ha dicho cuándo vendrá?

—Por el momento, solo menciona la fiesta en su carta. Intuyo que querrá presentarse el mismo día, o quizás antes para conocerla.

—No puedo creer que mi padre me hiciera esto… —dijo ella, más para sí que para Jonathan—. ¿Dónde está sellada la carta que le envió? ¿Está él cerca?

—Ni tiene remitente ni está sellada, ese es el problema. Tiene que haber pagado a un emisario privado.

—Entonces, está aquí, Jonathan, más cerca de lo que pensamos. Eso, si no ha llevado él mismo la misiva.

—Es posible. Pero, sea como fuere, poco podrá hacer si lo encara. La ley está de su parte.

Elisabeth cerró los ojos y respiró profundamente. Estaba harta de escuchar esas palabras.

Butler la miró con preocupación y Elisabeth se dio cuenta de ello cuando le devolvió la mirada. Se percató de su nerviosismo, porque estaba arrugando con los dedos el canto de un sobre.

—¿Es esa la carta? —Jonathan se guardó el papel en el bolsillo y Elisabeth frunció el ceño—. ¿Hay algo más que deba saber, señor Butler?

—¿A… a qué se refiere?

La joven entornó los ojos.

—Por su insólita actitud, me atrevería a asegurar que me está ocultando algo de vital importancia.

Jonathan apartó la vista, consternado. Luego la miró de nuevo y se ruborizó como un niño.

—En efecto, señorita… Elisabeth. Hay algo más —confesó el administrador, al saberse descubierto.

Durante la pausa que efectuó el señor Butler tras la confesión, Elisabeth perdió toda paciencia.

—¡Hable de una vez!

—Es que… En la carta dice que…

Haciendo caso omiso a la exquisita educación recibida, Elisabeth se acercó a Jonathan y le arrancó el sobre del bolsillo. Extrajo la carta de su interior y comenzó a leerla en voz alta.

3 de octubre de Capítulo 1880

Mi muy respetado señor Butler:

Teniendo en cuenta que ya soy oficialmente el heredero del señor Winston, he decidido hacerme cargo de Lobo Blanco e instalarme de forma definitiva allí, donde, tras mi llegada, me complacerá celebrar un baile de bienvenida. Deseo que el evento se celebre dentro de dos semanas, y que la señorita Winston, que

supongo tendrá tan buenos contactos, se encargue de la recepción. Espero eso me permita conocer a mis más ilustres vecinos, con quienes deseo mantener una buena relación.

Solicito remita todos los gastos a mi cuenta, y espero que esté todo dispuesto para cuando llegue.

Existe otro asunto de vital importancia que me gustaría tratar con usted personalmente. Se trata de la señorita Winston. Mi deseo es tomar una esposa que pueda hacerse cargo de mis recién adquiridas propiedades. Soy un hombre práctico, así que espero que le sea grato anunciar mis intenciones de proponerle matrimonio.

En breve, tendrá más noticias.

Henry A. Cavill

P. D.: Estoy convencido de que, dada la penosa situación de la dama, se sentirá aliviada ante tan generosa propuesta.

A medida que iba leyendo, el rostro de Elisabeth iba tornándose de blanco a rojo, y de rojo a morado. Si hubiera sido una locomotora, con total seguridad habría expulsado vapor por las orejas.

Lo que más la enfureció fue la miserable posdata.

—«Estoy convencido de que, dada la penosa situación de la dama, se sentirá aliviada ante tan generosa propuesta» —leyó con tono petulante, para acto seguido gritar—: ¡Maldito bastardo!

—Señorita Elisabeth…

Jonathan quedó lívido ante las maldiciones que salieron de su boca.

—¿Mi penosa situación? —exclamó, indignada—. ¿Quién diantre se ha creído que es ese… ese… ese patán, para pedir mi mano con el único fin de convertirme en su asistenta? ¡Será botarate…, mamarracho…, asno!

—¡Señorita Winston! —la interrumpió Jonathan, absolutamente escandalizado.

—¡Y usted deje de llamarme *señorita*, no lo soporto! —Elisabeth arrugó la carta y la echó al fuego, para después caminar de un lado

a otro como una chiflada que no es capaz de encontrar la salida del manicomio—. ¿Quién se ha creído que es ese ladrón para tratar a las mujeres como si fueran reses? ¡Cuando lo tenga delante, juro por Dios que no se va a librar de mi lengua! ¡Y tiene suerte de que mi educación no me lo permita, porque incluso sería capaz de agredirle con un rifle! ¿Casarse conmigo? ¡Ni aunque fuéramos los últimos humanos de la tierra!

—Vaya…, veo que he interrumpido una maravillosa mañana.

La voz de Alexander hizo que se diera la vuelta como si hubiese escuchado un fantasma.

—Alexander…

—Elisabeth…

Él tenía permiso para llamarla así, pero fue escuchar el tono cavernoso y la forma indecente en que lo había pronunciado, o eso le pareció a ella, que se puso roja como una granada.

—Jonathan —intentó recomponerse—, me gustaría que intentara contactar con ese rufián y que supiera que no hay forma de que me sienta complacida ante tan penosa proposición.

Jonathan estaba a punto de decir algo, pero sus palabras se perdieron en un balbuceo cuando la gran figura de Alexander se paró junto a Elisabeth.

—Yo…, por supuesto, haré lo que pueda.

—Bien, y ahora, si es tan amable, quiero hablar con mi capataz. A solas —añadió Elisabeth, como si fuera evidente que sobraba su presencia.

El hombre asintió, pero estaba claro que no le había gustado nada la orden. No obstante, miró al capataz, que alzó una ceja ante su innegable animadversión dirigida a él.

—Ya me marcho.

Evidentemente, Jonathan no cerró de un portazo, sino con suavidad, dejándolos en una atmósfera que se transformó por completo una vez quedaron a solas.

—¡Odio a ese hombre!

Al ver el enfado de la dama, Henry consiguió, al menos, que su sonrisa no se convirtiera en una fuerte carcajada.

—¿Qué te apena? —La tuteó con descaro, al tiempo que se acercaba a ella. Sus manos atraparon su cintura.

Elisabeth agachó la cabeza, como si no quisiera que él viera su sonrojo.

—Ese maldito de Cavill… me ha propuesto matrimonio.

—Ya veo.

Ella alzó la mirada y sintió una profunda pena al darse cuenta de que a Alexander no parecía importarle lo más mínimo.

—También veo que te trae sin cuidado.

—¿Debería importarme? —preguntó él, mientras la hacía retroceder hasta que su espalda tocó una de las paredes que estaban entre los dos ventanales del comedor.

Elisabeth respiró hondo y se sintió mareada por el embriagador aroma del capataz.

—No, ¿por qué iba a importarte si me quisiera casar con otro?

Él sonrió, mientras se inclinaba peligrosamente sobre ella.

La respiración de Elisabeth se entrecortó y jadeó cuando la boca de Henry se precipitó sobre la suya. Le rodeó el cuello con las manos, mientras él la estrechaba entre sus brazos. Se besaron por largos minutos, hasta que ella perdió toda noción del tiempo y del espacio.

—No vas a casarte con otro —aseveró Alexander.

De pronto, Elisabeth se quedó con las rodillas temblando, los ojos entrecerrados y anhelando algo que acababa de perder y deseaba recuperar desesperadamente: el sabor de su boca.

—¿Qué?

—Que no vas a casarte con otro.

Ella sonrió.

—Por supuesto que no.

—Por eso no tengo de qué preocuparme. —Volvió a besarla, y ella se entregó tan gustosa como la primera vez.

—No, no lo haré.

Se besaron de nuevo, hasta que las necesidades de ambos se volvieron peligrosas. Era de día, se encontraban en el comedor, a la

vista de cualquiera que quisiera pasar por delante de la ventana. De hecho, el caballo del señor Jonathan acababa de pasar por allí. Si el administrador los hubiera visto…

—¿Y si ese caballero acaba siendo un hombre de honor? —le preguntó Alexander, mirándola fijamente.

La reacción de Elisabeth fue de pura indignación.

—¡No me puedo creer que estés defendiendo a ese…!

—¿Ese qué?

—Seguro que es un gordo ocioso y estúpido que no ha visto un rancho en su vida.

Henry soltó una carcajada.

—No creo que ese caballero sea estúpido —valoró Henry—. He indagado sobre él, y he descubierto que sus inversiones tras la muerte de su padre fueron de lo más acertadas. Es asquerosamente rico. ¿Estás segura de que no deseas desposarte con un caballero tan bien situado?

—¡Antes me casaría con un chimpancé! —le dijo, acercando de nuevo su rostro al de él.

Eso no hizo más que divertir a Henry.

—¿Por qué lo odias?

Ella boqueó como un pez, en busca de una razón que no conseguía encontrar.

—Porque sí.

—Esa no es una buena razón.

—Ha heredado lo que debería ser mío…

—No ante las leyes de Texas.

—Las malditas leyes pueden irse al infierno. Por lo que a mí respecta, ese hombre es un ladrón.

Henry meneó la cabeza. No podía quitarle la razón. Las leyes eran, sin duda, injustas. Aun así, sintió la tentación de defenderse a sí mismo.

—Ni siquiera lo conoces, y él es un hombre justo. Podría haberte echado a la calle. Sin embargo, no lo hizo. Y no solo eso, sino que te ha pedido en matrimonio, una solución práctica que puede salvarte de…

—¿Una solución práctica? —lo cortó ella—. ¿Sabes por dónde puede meterse el señor Cavill su solución práctica?

Esa vez Henry no refrenó la carcajada, salió de manera espontánea, como casi todo lo que le provocaba esa mujer.

La apretó más contra su pecho.

—Me vuelves loco, ¿lo sabías?

—¿Por despotricar contra el señor Cavill? Creo que el loco eres tú.

—No es por eso. —Le besó la mejilla, el cuello, y continuó con un reguero de besos, marcando caminos aún inexplorados sobre su piel —. Es tu endiablado carácter, tan intransigente, tan…

—No tengo un carácter endiablado. Es que no me gustan las injusticias, eso es todo.

—¿Y casarte con el señor Cavill sería una injusticia?

Ella lo miró a los ojos, cuando se inclinó hacia atrás para ver su expresión.

—Hace unos minutos me dijiste que no me casaría con él.

—Y no lo harás —dijo, extrañado por su reacción.

—Bien, porque empiezo a sospechar que quieres hablarme bien de ese hombre.

Henry negó con la cabeza.

—No es así.

O al menos no era así en parte, porque, por un lado, no quería que Elisabeth aceptara casarse con un desconocido solo por su fortuna, y por el otro, quería a esa mujer en su cama, en su vida, para siempre. Y sí, definitivamente iba a proponerle matrimonio, no como Alexander, sino como Henry, porque era el único método decente para conseguirla.

—Estás demasiado pensativo.

Henry negó con la cabeza, sin borrar la sonrisa de su rostro.

—No es así. Ni siquiera puedo pensar cuando te tengo cerca.

Se inclinó de nuevo sobre ella y la besó, tan lento y profundo que después de esos momentos juntos, de esos besos robados, le resultó imposible no hacerse una idea de cómo sería tenerla así, apretada contra él, todos los días de su vida.

Capítulo 16

—Calma, Elisabeth, ¡calma! —dijo para sí misma, mientras se masajeaba las sienes con los dedos índice y corazón—. Habrá una solución a todo esto… ¡Tiene que haberla!

Tras caminar durante un tiempo indefinido por el precioso jardín de rosas, Elisabeth se dejó caer sobre un banco de piedra, con las manos sobre el regazo, rendida.

Los besos disfrutados con Alexander en el comedor le habían puesto una sonrisa en los labios durante gran parte de la mañana. Pero ahora, a media tarde, era recordar las intenciones de Cavill y le hervía la sangre.

El tiempo era absolutamente contrario a su estado de ánimo: El sol lucía espléndido y una suave brisa acariciaba los rebeldes rizos de su melena. Un fino mechón revoloteaba sobre su nariz y le provocaba un molesto cosquilleo que decidió contratacar con un manotazo.

Las abejas zumbaban, afanadas, en el bello jardín, ajenas a cualquier cosa que no fuera recoger el dulce néctar de las flores. La joven señorita siguió a una de ellas con la mirada y la vio posarse sobre una perfecta rosa de color carmín. ¡Cuánto echaba de menos a su padre! Por ese único motivo, Elisabeth se esforzaba en mantener intacta la rosaleda de Lobo Blanco. Ella jamás se comportaría como la perfecta rosa que Edmund Winston siempre deseó que fuese, pero, al menos, le rendía honor de ese modo.

No se dio cuenta de las lágrimas que empezaron a brotarle de los párpados hasta que estas surcaron las mejillas. En un enérgico gesto se las secó, y apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

—¡Ese presuntuoso de Cavill! —empezó a decir, en voz alta—. ¡Maldito sea! Es tan injusto…

Y en verdad lo era. Se iba a convertir en el dueño y señor de las tierras que tan duramente había trabajado su padre, hasta de su querida Winter… Incluso de la indomable lady Templeton.

—¡Ella, que no le rinde pleitesía a nadie!

Miró a lo lejos y vio a la mula irrumpir en el huerto de la señora Baker. En cualquier otra circunstancia, la escena le habría arrancado una carcajada, pero, en ese instante, de su garganta brotó un lamento de desconsuelo.

—Dios…, tengo que hacer algo —dijo para sí. Sin embargo, no se le ocurría nada que no fuera tomar una drástica decisión que cambiara su vida para siempre.

No podía quedarse allí, con un hombre que le había propuesto matrimonio, pero abandonar esas tierras…, su hogar, ¿a dónde iría?, ¿qué haría para ganarse la vida?

Suspiró, totalmente derrotada.

—¿Elisabeth?

De pronto alzó la cabeza y parpadeó para despejar sus ojos de lágrimas.

—¡Robert, qué sorpresa! —Fingió no estar tan abatida como se sentía, aunque no engañaba a nadie, y mucho menos a Robert, que la conocía como la palma de su mano.

—Si he venido en mal momento…

Elisabeth se secó las lágrimas, se alisó el vestido y de nuevo se dio la vuelta para encararlo.

Su expresión ya no era la misma. Ahora lucía la perfecta ceja izquierda arqueada y, en los labios, una sonrisa encantadora. Tan solo sus ojos y mejillas estaban enrojecidos, y los labios hinchados delataban un recién ahogado llanto.

Beaufort sonrió con ternura y se acercó, para después ofrecer el brazo a su amiga.

—Un dólar por tus pensamientos —dijo Robert. Por supuesto, ni mil dólares habrían bastado para que su mejor amiga le confesara nada que no quisiera, aunque tampoco habría sido necesario. Robert sospechaba cuál era la causa de su desazón, y para eso había venido: estaba dispuesto a rescatarla del abismo en el que caía.

A pocos metros de distancia, Henry maldecía su mala fortuna. Había planeado acercarse de nuevo a Elisabeth, ¿qué podía hacer, si no existía nadie más que ella en sus pensamientos? ¿Quién le habría dicho a él que sería víctima del estúpido Cupido, rememorando a todas horas el dulce cuerpo de la señorita Winston contra el suyo? Esas caricias lo habían marcado a fuego en los labios, en la lengua, en la piel. Del primero al último beso había removido algo que parecía haber estado fraguando en su interior y que ahora pugnaba por estallar. ¡Y por todas las criaturas que habitaban en el infierno, si no volvía a probar de nuevo esos labios dulces y la suavidad de su cuerpo!

Esa mujer se había convertido en una adicción. Sus ojos, sus labios, sus cabellos… Llevaba dos noches sin pegar ojo, evocando su piel caliente y perlada de sudor. Ya conocía su sabor y no podría arrancárselo de la cabeza jamás.

Mientras se acercaba a la casa, vislumbró sin equívoco a Elisabeth. Pero no fue su cuerpo lo que encendió su piel en ese momento, porque el calor del deseo quedó aplacado por el de la ira.

La bella señorita Winston caminaba del brazo de ese diablo de Robert Beaufort.

Lucía radiante con un vestido de mañana azul celeste. Los rayos del sol proyectaban destellos caobas en sus cabellos, que llevaba recogidos en un moño bajo. Algunos mechones rebeldes escapaban del peinado, y ella se los apartaba constantemente en un grácil gesto. La pareja parecía gozar de una amena conversación, pues ambos sonreían. A Henry le faltó tiempo para escupir en el suelo.

Con un resoplido y el cuerpo rígido, se encaminó hacia el establo. Los observó apoyado contra la pared interior. Desde allí, cegados por el sol, ellos no le verían hasta que estuvieran demasiado cerca, pero

Henry sí podía observar cada uno de sus movimientos… y enfurecerse cada vez más por la proximidad que mantenían.

—¡Maldición! —masculló entre dientes.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, pudo escuchar su conversación.

—A mi madre le complacerá saber que tienes muy buena mano con las rosas. Son magníficas, Elisabeth.

—Gracias, Robert.

Elisabeth se esforzaba en aparentar calma, y le dedicaba a Robert educadas sonrisas. Pero la mayor parte del tiempo caminaba con la mirada clavada hacia ninguna parte, como si sus pensamientos, intereses y deseos se hallaran muy lejos de Robert, pero muy cerca de donde se encontraban. Ella miró hacia las caballerizas y por un momento creyó vislumbrar el cuerpo atlético de Alexander. Parpadeó, y se desanimó al ver que no estaba.

—Estás muy distraída, y no me extraña —dijo Robert.

Ella asintió, no podía más que darle la razón.

—Sí.

Robert se consideraba a sí mismo una persona paciente y discreta. Por ese motivo, amigos y familiares solían tacharlo de frío y distante. Nada más lejos de la realidad. Robert odiaba los chismes y respetaba la intimidad de los demás. Sin embargo, en el caso de Elisabeth, era distinto.

Ella no era como el resto de la gente. Para Robert, era un libro abierto, un manantial de agua cristalina, a través de la cual podía ver cada piedra, cada pececillo, con absoluta claridad. Sabía bien que cuando su conversación se reducía a monosílabos, algo muy grave le estaba sucediendo.

—Elisabeth —Robert detuvo el paseo y la miró a los ojos—, espero que hayas recapacitado sobre mi proposición de matrimonio.

Directo al grano, esa era la única forma en que lograría su atención.

Por supuesto, ella reaccionó. Por primera vez en los minutos que llevaban paseando, lo miró con el ceño fruncido y el desconsuelo impreso en el rostro.

—Robert —cerró los ojos y exhaló, exhausta—, no es un buen momento para discutir.

—No tenemos por qué hacerlo.

—No estoy de acuerdo —dijo ella, muy segura—. Tú insistirás, yo volveré a rechazarte. Insistirás en que sabes qué es lo mejor para mí y yo simplemente… no sé qué es lo mejor para mí, ni para nadie. Lo único que sé es que no quiero que nadie me rescate, puedo hacerlo por mí misma.

Se llevó la mano a la cabeza, como si sostuviera el peso del mundo ella sola.

Robert lamentaba que se sintiera así, pero no le dio tregua. No debía dársela por su bien.

—Tu situación es desesperada, Elisabeth, y ambos conocemos el motivo. Sabías que este momento llegaría y has estado fingiendo, haciendo oídos sordos, escondiendo la cabeza en la arena, cual avestruz. —Eso no se lo podía negar. Cavill vendría en pocos días y no sabía cómo proceder—. Ya es hora de acabar con esta insensatez de una vez por todas, de bajar de las nubes y poner los pies en la tierra. Debes pensar en mi propuesta porque, créeme, es tu única salvación.

—Oh, Robert, ¡no empieces otra vez!

Las lágrimas empezaron a asomarse por los ojos de la joven, y Robert se sintió morir de preocupación. Pero no cedió ni un ápice.

—Soy tu mejor amigo, Elisabeth. Jamás te haría daño.

—Lo sé.

—No necesito estas tierras, ni quiero tu rancho, es más, dejaré que tú te ocupes de él personalmente. Esa es una promesa.

—Robert, no se trata del rancho…

—Déjame cuidar de ti. Nadie puede hacerlo mejor que yo. —Le agarró ambas manos y las apretó con cariño—. Cásate conmigo y tendrás todo lo que necesitas. El rancho, una estabilidad…, tu independencia.

La dama volvió a suspirar, pero esta vez lo miró a los ojos con determinación, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Esa es una promesa que no creo que puedas cumplir —dijo ella —. Tarde o temprano te cansarás de mis desplantes, y querrás que

sea… más como las señoritas a las que tanto aborrezco.

—No puedes estar hablando en serio.

Robert sonrió y ella por un momento dejó de preocuparse y sus labios también se curvaron.

—Elisabeth, ¿cómo iba yo a querer domar un carácter como el tuyo? No quiero quitarte nada, solo darte mi más sincero afecto y un gran respeto, bien lo sabes.

Elisabeth sonrió con tristeza.

—Bien sabes tú… que no es suficiente.

Él arqueó las cejas, sorprendido.

—¿A qué te refieres?

Antes de responder, Elisabeth lo instó a continuar con el paseo, tirándole del brazo y obligándolo a caminar. Se estaban acercando al establo.

—Estoy hablando de amor, Robert, de deseo y de pasión… Nosotros jamás sentiremos eso el uno por el otro.

De pronto, el hombre soltó una carcajada que se escuchó por todo el lugar.

—¿Y qué sabrás tú de todo eso, Lizzie?

Ella lo miró muy seria.

—Lo suficiente para convencerme de que jamás podríamos gozar de algo tan especial, tan hermoso.

A escasos metros, dentro de las caballerizas, Henry sonreía contra las tablas.

Por supuesto que ella no podría gozar con nadie más que con él. No iba a permitirlo. Al diablo si ese petimetre esperaba que Elisabeth le correspondiera con deseo. Lo mataría antes, bien lo sabía Dios.

—Te quiero, Robert, estoy siendo sincera, pero mi amor por ti es únicamente fraternal. Jamás podría darte lo que necesitas como hombre, como tampoco podrías ofrecérmelo a mí como mujer.

Robert la miró, perplejo. Bien era cierto que Elisabeth era una mujer excéntrica y liberal, no tenía pelos en la lengua, pero jamás se habría imaginado a ambos manteniendo una conversación de este tipo. El amor y sus consecuencias siempre habían sido un tema

ajeno para ambos. Sin embargo, no podía negar que su amiga tenía razón, también él la quería como a una hermana. Y sí, estaba dispuesto a todo por salvaguardar su honor y el de su familia, incluso a casarse con ella porque quería ofrecerle una vida digna, tal y como merecía. No obstante, ¿podría entregarle su corazón? Intentó verla con los ojos del deseo, y, sí, reconoció que era una belleza, poseía un toque de arrogancia que se le antojaba dulce y conmovedor, una elegancia innata y una mirada pícara y divertida… Sí, gozar junto a ella en el lecho sería agradable y placentero, sin duda. Sin embargo, ¿la amaba?

—Bueno…, quizás. Deberíamos hacer una prueba.

La respiración de Henry se hizo más profunda. Cerró los ojos por un momento, intentando decidir si iba a salir de su escondite y arrancarle las tripas a ese hombre o solo a hacerle escupir todos los dientes.

—¿Qué quieres decir? —Elisabeth lo miró, sorprendida—. ¿Bromeas?

En los labios de Elisabeth empezó a dibujarse una sonrisa burlona.

Antes de que ella pudiera acabar la pregunta, las manos de Robert tiraron de ella y Elisabeth se estrelló contra su pecho. La abrazó por la cintura y aplastó la boca contra la suya, sorprendiéndola con un beso.

Un beso suave, cariñoso y dulce. Un beso agradable que… no le hizo sentir absolutamente nada.

Le entró la risa y, cuando Robert se apartó para observar la reacción de Elisabeth, ella escondió los labios en el interior de la boca para contener una carcajada.

A pesar de estar tan colorada, por la vergüenza y no por el deseo, se encogió de hombros, alzó las dos cejas y lo miró con un brillo de diversión en las pupilas.

Ante la graciosa mueca de su amiga, Robert no pudo sino reír.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Besarte ha sido peor que lamer el tronco de un pino.

—¡Oh! —Elisabeth abrió la boca, fingiendo indignación, pero de repente estalló en carcajadas, hasta que… alguien que no estaba invitado interrumpió la escena.

A Robert no le dio tiempo a añadir otra chanza porque, viéndose absolutamente desprevenido, alguien lo agarró del hombro y lo obligó a darse la vuelta.

Cuando vio de quién se trataba, quedó tan sorprendido que fue incapaz de reaccionar. Ni de defenderse…

Elisabeth, que tampoco había visto acercarse a Alexander, quedó igualmente espantada al ver cómo su capataz, con la fuerza y la rapidez de un tornado, le propinaba tal derechazo a Robert que lo dejó tumbado en el suelo.

Inconsciente.

—¡Alexander!

La joven se llevó las manos a la boca y ahogó un grito. Luego, con la capacidad de reacción anulada y los nervios a flor de piel, miró al agresor y distinguió en su oscura mirada un brillo tan peligroso como inquietante.

Henry no medió palabra, tan solo cosió la mirada a la suya, a la vez que abría y cerraba el puño con el que acababa de golpear a Robert Beaufort.

—¿Te has vuelto loco? —logró decir ella, mientras se agachaba a trompicones para atender a Robert, que seguía aturdido y echado, cuan largo era, sobre el polvo que se acumulaba delante del establo —. ¡Robert! ¡Oh, Robert!, ¿te encuentras bien? —Miró al capataz y gritó—: ¡Eres un bruto!

Henry no esperó nada más y cerró los ojos, consciente de que era mejor irse de allí, antes de cometer una locura.

Con grandes zancadas volvió a meterse en el establo. Limpiaría las malditas cuadras él mismo si con eso conseguía distraerse y no volver a pensar en los labios de *su* Elisabeth, contra los de ese afeminado pusilánime.

Ya entrada la tarde y con el sol cayendo tras el horizonte, Elisabeth caminaba hacia los establos, enfurecida y dispuesta a enfrentarse a su capataz. Estaba tan animosa como una valquiria.

—¡Maldito bruto! —exclamó, al recordar el horrible incidente.

Elisabeth había suspirado aliviada cuando su mejor amigo había abierto los ojos.

Había intentado ayudarlo a levantarse, después de que Alexander lo golpeara, pero no hizo ninguna falta, pues Robert, aunque tambaleante, había logrado ponerse en pie.

—Ese imbécil lo lamentará, ¡lo juro!

Pero no había cumplido tal juramento.

Elisabeth había suplicado atenderlo, y quizás por eso, Robert se había dejado arrastrar hasta la casa. Allí, las chicas lo atendieron cortésmente. Su labio partido era el único agravio en su rostro, por fortuna no había sufrido ninguna conmoción cerebral. Aunque al mirarla con tanta intensidad, Elisabeth había llegado a pensar que sí. Pero lo que en realidad había intuido Robert era que entre el capataz y ella había algo más que una simple relación de señora y empleado.

—¿Acaso sucede algo entre ese hombre y tú? —le había preguntado—. Porque si es así, me gustaría que me lo explicases.

Recordar la expresión de Robert en el instante en que le había hecho esa pregunta casi la hizo trastabillar de camino a los establos.

Evidentemente, su amigo no era tonto y, por mucho que ella lo hubiese negado, se habría dado cuenta de que sí. Al final, entre ellos se había instaurado el silencio. Un silencio de decepción que se había clavado en el corazón de Robert.

Elisabeth sintió de pronto cómo se le helaban las entrañas. Su amigo no era hombre que dejara pasar una afrenta semejante. Empezó a sentirse culpable, pues comenzó a creer que había sido ella quien había propiciado, sin querer, la reacción del señor Alexander…

Apretó los puños mientras volaba a su encuentro.

Irrumpió en el establo como una exhalación, y lo encontró exactamente donde pensaba que estaría: entre la cuadra de Winter y la de Cochise.

En una de las manos, Alexander sostenía un quinqué, y en la otra una cerilla, que acababa de apagar de un soplo. La luz dorada del quinqué se esparcía a su alrededor y Elisabeth pudo ver los destellos azulados de su pelo negro y su enorme silueta recortándose contra la luz avivada. Lo vio colgar el farol y darse la vuelta con lentitud.

Por supuesto, él la estaba esperando. Y por la expresión que lucía en el rostro y por cómo le habló, de manera formal, supo que su enfado no había menguado, al contrario.

—¿Qué tal el día, señorita Winston? ¿Ha conseguido reanimar a ese petimetre…?

Elisabeth fue a cruzarle la cara de una bofetada, pero la mano de Alexander la detuvo, apretándole la muñeca y tirando de ella hasta que ambos rostros quedaron muy cerca, el uno de la otra.

—¿Qué pensabas hacer? —masculló, con esa inquietante mirada, tuteándola de nuevo—. ¿Castigarme por haberle dado una lección a ese…?

Ella se puso de puntillas y su pequeña nariz rozó la de Alexander.

—Ese hombre es mi amigo. Alguien que siempre ha estado a mi lado, cuando todos me han dado la espalda.

—¡Yo nunca te he dado la espalda! —bramó Alexander.

Elisabeth apretó los dientes.

—Es por eso por lo que sigues aquí, y no te he echado a patadas.

Él le soltó la muñeca y, como si aquella fuera una charla de recreo, se recostó contra los tablones de la cuadra de Winter, que estaba algo inquieta por el tono áspero de sus voces.

—Creo que la razón por la que no me has echado es porque no tienes autoridad para hacerlo.

La espalda de Elisabeth se tensó como el arco de un violín.

—Puedo hacerlo, el señor Cavill no ha…

—El señor Cavill me nombró capataz.

Ella apretó los puños. ¿Así que no había sido casualidad la llegada de Alexander a Lobo Blanco? ¿La había estado engañando todo el tiempo, siendo su enviado, para vigilarla? Tenía sentido. Pero… esa prepotencia…, esa insolencia la hizo sentirse pequeña. Estaba más dolida que enfadada.

—Puedes irte al infierno —dijo, apenas en un murmullo.

Se dio la vuelta y empezó a andar hacia la noche, pero Henry no se lo permitió.

Avanzó tres largos pasos y la agarró por el codo.

—No te vayas. Has venido aquí por algo.

Ella lo miró, tan furiosa como lo estaba antes de haber puesto un pie en las caballerizas.

—He venido a decirte que eres un bruto y un miserable. Y que no pienso tolerar un comportamiento tan indecente en mi rancho.

Él sonrió.

Una sonrisa lobuna cargada de promesas.

—Explícame eso del comportamiento indecente.

La arrastró hasta uno de los establos vacíos y la aprisionó, poniendo ambas palmas contra la madera del cajón, entre la pared de madera y su propio cuerpo, que clamaba por estar cerca del suyo.

—No sé a qué te refieres.

—Me refiero a que, si ha habido un comportamiento indecente, ha sido el del señorito y tú, dejándote besar como…

—Si dices la palabra *cualquiera*, te juro que me dará igual que me saques dos cabezas. —Le puso el dedo índice frente a la cara, a modo de advertencia.

Él alzó los brazos como si le dejara ganar la batalla.

—¿Por qué demonios le besaste?

—Fue algo estúpido. Un juego de niños, en realidad. No entiendo qué ha podido ofenderte tanto —dijo ella. Pero sí que lo sabía. Igual que sabía lo mucho que le afectaba ese hombre, en aquel espacio tan reducido, junto a ella, casi sobre ella.

—No quiero que vuelvas a hacerlo.

—¿Me lo estás prohibiendo?

Ahora fue ella quien se relajó contra la pared. Él sonrió de medio lado.

—No creo que sea necesario. Sé que jamás querrás que otro hombre, que no sea yo, te bese.

Elisabeth soltó el aire que había retenido en los pulmones.

—Eres un hombre muy pagado de sí mismo.

—Soy un hombre franco que sabe lo que tiene y lo que quiere.

—¿Y qué quieres?

La voz de Elisabeth se apagó, pero sus ojos seguían fijos en los de Alexander, mirándolo con avidez, deseándolo.

—A ti.

Se acercó sin darle tiempo a reaccionar. Las manos de Henry viajaron por el aire, solo el instante que tardaron en encontrar el cuerpo de Elisabeth. Acariciaron su cintura, su espalda, y recorrieron cada rincón, mientras sus labios se perdían en los de ella.

La hizo gemir. El placer era tan evidente entre ellos dos como irrefrenable.

Allí, solos, apenas iluminados por la tenue luz del quinqué, se besaron ardientemente, hasta que, minutos después, sus respiraciones irrumpieron en galope.

—Deberíamos parar —dijo ella, jadeando contra su boca.

—No hagas que me detenga —suplicó él, recorriendo con los labios el cuello esbelto de ella—, no me hagas suplicar.

Elisabeth echó la cabeza hacia atrás, mientras él besaba la fina piel de su escote.

Apretó la cintura femenina con ambas manos y después hizo que estas bajaran, arremangando su falda, hasta situarse entre sus piernas. Sintió la piel caliente bajo su ropa, y la escuchó jadear más fuerte contra su oreja, que ella besaba y lamía de la forma más erótica que habría podido imaginar jamás.

La mano de Henry subió por las botas, escondidas bajo el vestido de Elisabeth, hasta alcanzar su rodilla, acariciándole la parte interna. Hizo que su pierna se alzara hasta apoyarse contra su cadera. Pero no detuvo el avance. Acarició el muslo de Elisabeth y sintió cómo el cuerpo de ella se restregaba contra el suyo. Las caderas ondearon para buscar su contacto, y él se dijo que no la haría suplicar mucho tiempo.

De pronto, la mano se quedó quieta sobre el muslo. Se apartó unos centímetros, lo suficiente para poder verle el rostro. Esos maravillosos ojos azules…

Ella sonrió, pues sabía qué había encontrado.

Cuando Henry miró bajo su falda, sobre el muslo, vio que llevaba atado con una resistente cinta de cuero el puñal que él le había dado.

Cuando la vio morderse el labio, entre divertida y avergonzada, Henry supo que ella y nadie más que ella era la mujer de su vida.

—Cada día me sorprende más, señorita Elisabeth.

—Odio que me llames así —respondió ella, recibiendo la boca de Alexander.

—Pero intuyo que no odias que te toque así. —Arrastró las palabras, haciéndola estremecer.

Contuvo el aliento cuando su mano rozó la parte interna del muslo y fue avanzando hasta encontrarse en el lugar que tanto deseaba acariciar de nuevo.

Elisabeth echó la cabeza hacia atrás con tanta fuerza que se golpeó contra los tablones y Cochise relinchó.

—No —gimió—, no lo odio.

—Dime que te gusta.

Ella lo agarró por el pelo y lo atrajo contra su boca. Lo besó con desesperación, mientras él se metía entre sus piernas. Elisabeth se restregó contra él, pidiendo más, suplicando más. Cuando Henry no se movió lo suficientemente rápido, sus manos abandonaron las sedosas hebras de pelo y volaron hacia la hebilla. Se deshizo del cinturón de Henry y encontró espacio suficiente para meter la mano dentro de sus pantalones.

Él gimió con los dientes apretados.

Su erección era completa. Estaba listo para poseerla, y lo haría, porque no había mejor lugar en el mundo que estar entre los muslos de esa mujer.

—Elisabeth —susurró con adoración, mientras se deshacía de la presión de sus pantalones y liberaba su miembro. Este brincó, como si quisiera ir en busca de ella.

Esta lo miró a los ojos, mientras lo guiaba con la mano para que se metiera en su interior. Cuando avanzó, lo hizo poco a poco. Él tenía prisa, pero quería que Elisabeth notara su carne adentrarse, centímetro a centímetro, en ella.

Cuando estuvo completamente dentro, Elisabeth gimió.

—Muévete —ordenó ella, meciendo las caderas y haciendo que él saliera apenas un poco de ese lugar tan estrecho.

—¿Por qué? —Con un jadeo y un movimiento brusco, la empaló.

—Oh, Dios, Alexander…

Él cerró los ojos y se dejó llevar por los movimientos del cuerpo de Elisabeth, que se retorcía más bien en busca de un placer que ya

sabía que podía sentir entre sus brazos.

—¿Qué deseas?

—Que te muevas —jadeó.

—Lo estoy haciendo. —Rio él, contra su cuello, mientras flexionaba las rodillas y salía de su interior, apenas media pulgada.

—No. —Ella meneó la cabeza y dejó que algunas hebras de su cabello se le soltaran del peinado. Estas le enmarcaron el rostro cuando lo miró, abrazándose con más desesperación a su cuello—. No, no lo estás haciendo bien.

Él rio ante su descaro.

—Veamos si lo puedo hacer mejor.

Y ella supo enseguida que así sería. Podía hacerlo mucho mejor y, de hecho, así fue.

Henry la apretó con más fuerza contra la pared y la asió con firmeza por los muslos, mientas embestía contra ella. Su miembro resbaló de la cavidad caliente y húmeda de Elisabeth, para volver a entrar con más fuerza. Una y otra vez. Entraba y salía de ella con embates fuertes y profundos.

Escuchó sus eróticos gritos, liberados al viento, y tuvo que taparle la boca en medio de aquella vorágine de placer.

Henry se mordió el labio, deseoso de que enmudeciesen sus propios gemidos y que estos no alertaran a los habitantes de la casa grande. Rezó también para que Andy no los sorprendiera unidos como dementes en uno de los establos.

Notó los muslos de Elisabeth apretándolo con más fuerza. Ella contuvo la respiración para después sollozar algo ininteligible. Sintió el orgasmo de ella contra su miembro, estrechándolo con fuerza. De pronto, ese lugar se convirtió en un tormento de placer.

Aumentó el ritmo y llegó al clímax, mientras Elisabeth aún lo abrazaba con fuerza, dispuesta a arañar hasta el último instante de placer que él le brindara.

Se derramó en su interior. No debería haberlo hecho, pero las consecuencias serían bienvenidas si llegaban a suceder.

Elisabeth era suya, en ese momento y para siempre.

Puede que ella no lo supiera, pero no se casaría con ese imbécil de Robert, sino con Henry Alexander Cavill.

Eso era un hecho.

Capítulo 17

Abrazados, uno junto al otro, poco importaba más en ese momento que el ronroneo de felicidad de Elisabeth y la quietud que ese cuerpo femenino le provocaba a Henry.

—Debería acomodarme la ropa e ir a la casa grande.

Él asintió contra su cuello.

—Ve, te alcanzaré un momento después —dijo él, besando la suave piel de su mejilla—. No me gustaría que pensasen mal.

Ella se separó de él, a regañadientes. Estaban recostados sobre el heno y, al mirarse el vestido, casi soltó un grito de horror.

—¡Dios bendito!

Él soltó una carcajada.

—¡Deberías verte el cabello! —exclamó.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos. La risa sincera de Alexander provocó en Elisabeth un puchero.

—No te rías —se quejó.

Su pelo era un desastre, pero su vestido no estaba mejor. Con semejante aspecto, poco importaría cuándo llegase Alexander a la casa, todos sabrían lo que habían estado haciendo.

Cerró los ojos mientras se quitaba del pelo una brizna de paja.

—Estás espléndida. —Él ya no reía y su mirada hambrienta casi hizo que a Elisabeth se le aflojasen de nuevo las rodillas.

—Alexander…, si me sigues mirando así, no tendré fuerzas para irme.

Él se incorporó alzándose, cuan alto era, frente a ella.

—Vete y guarda tus fuerzas para después y… —Apareció de nuevo en sus labios aquella sonrisa de depredador—. Deja la ventana abierta.

Elisabeth lo haría. Ni siquiera le hizo falta asentir.

Y Henry también sabía que ella volvería a ser suya, desde ese instante y para siempre. Solo tenía que dejar que se hiciera a la idea… sutilmente.

—Será mejor que me marche ya, con paja o sin ella.

Empezó a caminar hacia la salida, mirando de reojo la figura de Alexander, ahí de pie, observándola como un lobo al acecho, y sonrió. Pero no pudo mantener esa expresión por mucho tiempo.

Cuando salió del establo, un grito desgarrador escapó de su garganta.

—¡Elisabeth! —gritó Henry, al creerla en peligro.

En un solo latido llegó hasta ella y pudo contemplar la misma horripilante escena.

—¡Dios mío, Alexander!

Frente a las puertas abiertas de las caballerizas, tirado en el suelo y desmadejado como una muñeca rota, yacía el cuerpo de una muchacha.

Era bien entrada la noche y la luz era escasa, pero la llama del quinqué que Elisabeth portaba fue más que suficiente para poder ver que se trataba de Lorelay.

—Dios mío… —gimió ella, arrodillándose a su lado—. ¡Oh, Dios bendito! ¡Lorelay!

Solo podía pensar en una cosa:

«¡Que no esté muerta!».

Con manos temblorosas, le apartó un mechón rubio de la frente.

La muchacha estaba casi irreconocible.

—¿La conoces? —preguntó Alexander.

—Es Lorelay Greenwood —informó ella, al tiempo que examinaba el abultado vientre—, vive con el demonio de su esposo, a dos horas de camino, en el bosque. El día que tú y yo nos conocimos, regresaba de hacerle una visita. O más bien de suplicarle que viniera conmigo y abandonara a ese bueno para nada de Michael Greenwood.

Henry observó el vientre de la chica. Que Elisabeth pidiera a una mujer embarazada dejar a su marido significaba que no era digno de ella.

—Oh, Lorelay, ¡despierta! —suplicó Elisabeth.

«Pobre Lorelay…».

Tenía el rostro hinchado, golpeado y cubierto de sangre. Sus ropas, un simple camisón que otrora había lucido de un blanco impoluto, estaba ahora cubierto de barro y sangre. Los pies descalzos, llenos de arañazos por haber caminado por el bosque que separaba su casa de Lobo Blanco: un trayecto que debería habérsele hecho eterno.

—Ayúdame a llevarla hasta un lugar más adecuado —suplicó Elisabeth.

Henry no necesitó oír nada más.

—Vamos, la llevaremos a la casa.

La alzó en brazos, con un cuidado extremo de no lastimarla todavía más, pero pareció que sus esfuerzos fueron inútiles, pues Lorelay abrió los ojos y gimoteó a causa del dolor.

—No te preocupes, ya estás a salvo —la tranquilizó Elisabeth—. Iré a avisar a las chicas, que preparen todo y llamen al médico.

Elisabeth corrió hasta la casa como alma que lleva el diablo. Al llegar, abrió la puerta y sus gritos se escucharon desde el camino que Henry enfilaba, pisándole los talones. Andy, el mozo de cuadras, salió a su encuentro y, al tropezarse con él, le dijo, agarrando su sombrero:

—Voy a buscar al médico.

Una vez ya en la habitación del piso de arriba, Henry depositó a la pobre mujer en la cama. Era un cuarto de invitados que las mujeres de la casa se apresuraron a vestir con sábanas limpias.

Henry empezó a desvestirla.

—Oh, no es decoroso, señor Alexander —protestó la señora Baker —. Nosotras nos encargaremos de ella.

Él asintió.

—Pero me quedaré mientras el médico no llegue, tengo conocimientos de medicina. Y, por ahora, lo más importante es hacer

una evaluación de sus huesos y cortes. Debemos limpiar las heridas… y ver qué tal se encuentra el bebé.

—Cathy —dijo Elisabeth—, ve de inmediato a la cocina y trae agua caliente.

La señora Baker miró a Elisabeth y asintió, cuando otro grito resonó en la habitación. Lorelay parecía más despierta que nunca, retorciéndose en la cama y palpándose el enorme vientre.

—Está a punto de dar a luz —le aseguró la señora Baker.

Lorelay quedó quieta unos instantes, con el rostro pálido a causa de la impresión. Parecía haber vuelto en sí.

—No puede ser, ¡es muy pronto!

Elisabeth meneó la cabeza.

—Tranquila, todo saldrá bien.

Y en verdad lo esperaba. Rezaría por ello.

—Voy a traer paños limpios —dijo la señora Baker—. Acaba de desvestirla, que se sienta lo más cómoda posible. Enseguida regreso.

Elisabeth y Alexander se quedaron en la habitación. Ella le apartó los cabellos del sudoroso rostro a la futura mamá, al tiempo que sentía hervir la propia sangre de pura indignación.

—Ya estás a salvo.

—Él me persiguió… —balbuceó Lorelay.

—Aquí nada tienes que temer. —Lo dijo muy seria, mientras apretaba su mano. Lorelay no parecía estar en sus cinco sentidos, pero ¿quién lo estaría, después de una agresión semejante?—. Nos encargaremos de todo.

Y cuando dijo «de todo» quiso decir *de todo*.

Miró a Alexander y supo que estaban pensando en lo mismo. No iban a permitir que su esposo se acercara a ella, nunca más.

Alguien le había dado a la pobre muchacha una cruel paliza, y Elisabeth estaba convencida de que había sido Greenwood, su esposo. No era tonta, sabía diferenciar los golpes provocados por puñetazos. Eso y una larga caminata habrían destrozado sus pies y acelerado el parto.

Henry se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa y se sacó un pañuelo limpio del bolsillo. Elisabeth lo miró con atención; cada uno

de sus gestos, cada uno de sus movimientos, eran como un bálsamo de tranquilidad para ella y para Lorelay. Acto seguido, con extrema delicadeza, empezó a limpiar la sangre que seguía brotando copiosamente de un corte en la ceja izquierda. Cuando presionó con la suave tela, la mujer abrió los ojos de nuevo. Estaba aterrada.

—Yo…

—Tranquila, todo irá bien —susurró Henry, al mismo tiempo que dibujaba con los labios una alentadora sonrisa—. Tienes que guardar fuerzas para el bebé.

La joven reaccionó y se movió, aunque con dificultad. De vez en cuando se estremecía y en el rostro se le reflejaba el dolor: eran las contracciones, que a cada instante eran más continuas.

—Calma, todo irá bien, ya lo verás —susurró Elisabeth, intentando transmitirle calma—. Pronto tendrás a tu bebé en brazos y olvidarás lo que estás padeciendo…

Ella volvió a mirar a su amiga y Elisabeth pudo ver en sus ojos un deje de cautela que, poco a poco, se fue transformando en tranquilidad. Con las pocas fuerzas que le quedaban, Lorelay asintió y trató de esbozar una sonrisa.

Tres horas después, Henry estaba exhausto. Elisabeth pudo verlo en sus ojos mientras se limpiaba la sangre de las manos.

El doctor Miles no había podido asistir a Lorelay, ya que se encontraba en Houston por un asunto urgente. Pero el parto, aunque difícil, no había podido ser nada que la señora Baker y el señor Alexander no pudieran manejar.

Elisabeth dio gracias al cielo por tenerlos a los dos. Esas últimas horas habían sido un ir y venir. Bárbara y Cathy se habían paseado con palanganas de agua caliente y paños y más paños.

Sonrió al pequeño bulto que dormitaba sobre la cama, envuelto en una mantita.

Henry no las tenía todas consigo al ver el estado en que se encontraba Lorelay, pero, al parecer, el bebé estaba bien. Lo habían logrado.

El parto había sido complicado, aunque, por fortuna, Henry supo actuar con determinación y efectividad, sorprendiendo a todos. Asistió a Lorelay, incluso fue capaz de colocar al bebé en la posición adecuada para que pudiera nacer sin males mayores. Cuando todo hubo terminado, Elisabeth le preguntó sobre tan impropios conocimientos para un caballero y no habría creído su respuesta si no hubiera sido porque acababa de verlo con sus propios ojos. Al parecer, había ayudado a dar a luz a una mujer cheyene. Gracias a eso, a la ayuda de Elisabeth y a la improvisación, fueron todos capaces de salvar la situación con éxito. Para Elisabeth fue toda una sorpresa descubrir la habilidad de ese misterioso caballero, pero lo que más le impresionó fue la dulzura con la que, en todo momento, trató a Lorelay.

Le susurró palabras amables, le dio ánimos, incluso la acarició y la tomó de la mano en los momentos más difíciles. Pero fue la forma en que cogió a la recién nacida en brazos lo que despertó en Elisabeth una profunda ternura… Jamás había visto en ningún hombre una expresión tan emocionada. Todo rastro de dureza, de peligro, habían desaparecido de su rostro.

—Bueno, lo conseguimos. —Henry miró a Elisabeth y ella asintió.

Vio cómo Cathy y Bárbara los miraban con expresión tierna y Elisabeth carraspeó.

—Voy a retirarme, Cathy —informó Elisabeth—. Estoy cansada. ¿Podrás ocuparte de Lorelay y del bebé?

—Vaya tranquila, señorita.

—Bárbara, nos vemos mañana.

—Por supuesto.

Antes de salir de la habitación, Elisabeth contempló a la joven madre. Descansaba en la cama con expresión tranquila. Sus cabellos, pegados al rostro, aún conservaban algo de sudor a causa del esfuerzo que había realizado. Su rostro, sin embargo, lucía más pálido de lo habitual y unas espantosas ojeras teñían la piel de los párpados. Su aspecto era el de una preciosa muñeca de porcelana que había pasado meses a la intemperie.

Elisabeth salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí, después de que Alexander saliera con ella.

—No puedes mirarme así —lo reprendió Elisabeth, cuando él no hizo desaparecer la sonrisa de su rostro.

—¿Así cómo? —preguntó—. ¿Con esa ternura con la que tú me mirabas hace un instante?

Ella tomó aire para continuar con su discurso, pero cambió de opinión.

—No volveré a hacerlo.

—Mentirosa.

Él sonrió de nuevo y se acercó a Elisabeth, inclinándose y reclamando un beso. Ella no se apartó, pero el beso fue demasiado rápido para gusto de Henry.

Luego avanzó por el pasillo y él la siguió hasta uno de los despachos. Le sirvió una copa, mientras él dejaba a un lado el paño con el que se había secado las manos. Al observarlo, quiso desnudarlo por completo. Estaba tan endiabladamente atractivo, con la camisa abierta, las mangas arremangadas hasta los codos y ese cabello desgreñado a causa del esfuerzo y la ansiedad, que habían perlado su frente de sudor…

—Sigues mirándome así.

Ella asintió, pero se colocó tras uno de los sillones orejeros, como si eso fuera una barrera para ambos.

—Tenemos que hablar de temas serios —dijo—. En cuanto amanezca, llamaré al *sheriff* Wilson. Esto no puede quedar así.

—Perderás el tiempo, Elisabeth.

Ella lo miró, desilusionada.

—¿En verdad piensas eso?

Él asintió.

—Ese imbécil no moverá un dedo por una mujer golpeada. Alegará que Greenwood tiene todo el derecho del mundo a castigarla, si así lo ve oportuno. Recuerda que es su esposo.

Elisabeth tragó saliva.

—¿Tú piensas igual?

Él negó con la cabeza, dedicándole una triste sonrisa.

—Sabes que no. Así que… déjalo en mis manos.

Ella no sabía qué significaban exactamente esas palabras… Oh, quizás lo sabía demasiado bien.

—No hagas ninguna locura.

Como si no pudiera estar por más tiempo separada de él, Elisabeth corrió a sus brazos. Él la recibió y la apretó contra su cuerpo. La besó en la coronilla, para después acariciarle la espalda, suavemente.

—Greenwood es un animal. No es la primera vez que golpea a Lorelay —susurró, con un nudo en la garganta.

Él la abrazó con más fuerza.

—Ya pasó. Ella estará bien.

—Pero… los arañazos en los pies y los cortes en las piernas me recuerdan tanto a…

No fue capaz de terminar la frase, el miedo era tal que pensó que si verbalizaba sus pensamientos, estos podrían transformarse en realidad.

—Tranquila, mi amor…

—¿Crees que Michael Greenwood tiene algo que ver con la muerte de Lisa?

Henry suspiró hondo.

—No lo sé, Elisabeth. Solo puedo decirte que no me detendré hasta averiguar lo que está ocurriendo en Lobo Blanco. Y te puedo asegurar que el culpable, sea quien sea, recibirá su merecido.

Ella le creyó y lo abrazó con más fuerza.

—No me gusta reconocerlo, pero tengo miedo.

—Todo va a estar bien, te lo prometo.

Y a pesar de que Elisabeth no era dada a creer en las palabras dulces y en los cuentos de hadas, no quiso pensar en que algo podría ir a peor.

De pronto, lágrimas de impotencia y frustración se acumularon en sus párpados. Cerró los ojos con dureza para retenerlas.

—Gracias por estar aquí.

Alexander no contestó, aunque sabía que no debía darle las gracias. Por primera vez en mucho tiempo, entendió que ese era el lugar donde precisamente debía estar:

Su hogar.

Días después, Lorelay parecía estar más que recuperada. La alegría que sentía al tener a su hija en brazos la había transformado por completo.

Mientras Elisabeth la miraba sentada a su lado, cerró el libro que estaba leyendo. Las tardes eran cada vez más cortas, el invierno parecía avanzar sin pausa. El rancho iba bien. Habían limpiado el arroyo de cadáveres y las reses no volvieron a enfermar. El señor Alexander ordenó a sus vaqueros que vigilaran y le informaran de cualquier movimiento en aquellas tierras. Por el momento, no sucedió nada extraño. Elisabeth sonrió al pensar en ese hombre, que había llegado al rancho como un ángel caído del cielo. Había resultado ser un excelente capataz y los hombres lo respetaban. Aunque no era por eso por lo que Elisabeth quería que se quedase para siempre en Lobo Blanco.

Se le encendieron las mejillas al pensar en los momentos íntimos que habían compartido. Era difícil que las chicas no se hubiesen enterado ya de que Alexander era su amante, pero no estaba dispuesta a renunciar a lo que tenían juntos. Esa complicidad, ese… amor.

Un suspiro se escapó de entre los labios de Elisabeth, y Lorelay sonrió, mientras su hija dormía profundamente en sus brazos.

—Muchas gracias por todo lo que has hecho por mí y por mi pequeña, Elisabeth.

Ella la cogió de la mano y se la apretó con fuerza.

—Siempre tendrás un lugar en esta casa. No hay nada que desee más que te quedes aquí, con la pequeña Emma. —Los ojos de Lorelay se empañaron de agradecimiento—. Y ahora que estás mejor…, me gustaría que me contaras qué sucedió.

Lorelay asintió y miró hacia las blancas sábanas, como si intentara recordar algo.

Meneó la cabeza.

—Todo está muy confuso. Mi esposo es un hombre de carácter irascible, pero…

Elisabeth cerró los ojos.

—No me digas que no fue él, Lorelay —gimió de pronto al sentir una fuerte presión en el pecho: de nuevo, se trataba del miedo, que

intentaba paralizarla—. No creo que pueda creérmelo, sabiendo cómo te trata.

—Lo sé. No quiero volver con él, en esa casa, sola… —Elisabeth observó su rostro, era evidente que la mujer estaba cuanto menos confundida—. Yo solo digo que… Mi mente está confusa. Había otro hombre allí cuando me golpearon. —La dama se tensó, pero dejó que Lorelay continuase con el relato—. Luego, únicamente recuerdo que me arrastraron por el bosque. Y también los gritos de mi esposo, pero se escuchaban lejanos, mientras el otro me arrastraba.

Elisabeth tragó saliva, conmocionada.

—¿Estás diciendo que había alguien más? ¿Que otro hombre te hizo daño?

Ella se encogió de hombros. Seguía estando confusa, pero era lo que recordaba.

—¿Recuerdas su rostro? ¿Llegaste a verlo? ¿Cómo iba vestido?

Lorelay arrugó el entrecejo, luego cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Lamento no poder ser de más ayuda… Yo…

—¿Y cómo escapaste? —quiso saber la dama.

—Me desperté tendida en el camino. Alguien caminaba sobre las hojas secas, y estaba… ¿cavando? Pensé que se trataba de mi propia tumba y… y me asusté muchísimo. —Lorelay empezó a llorar y Elisabeth la abrazó—. Era una tumba para mí. Pero entonces saqué fuerzas de donde no las había y me puse en pie. Vi…, entre los árboles, un lobo blanco. Me miraba fijamente. Puede que ese animal lo espantase o simplemente me abandonó para que me devorara. Lo único que recuerdo es que después caminé, y creo que él no se dio cuenta de que me había ido. Después corrí todo lo que pude y… llegué aquí. Entonces… usted me salvó.

Elisabeth guardaba silencio mientras acunaba a Lorelay y a su bebé.

—Estás a salvo aquí, con nosotros.

Y eso era cierto. Pero el que sin duda no iba a estar a salvo sería ese hombre perverso que había aterrorizado a Lorelay.

Debía encontrar a Greenwood y… a esa otra persona.

Alexander, debía hablar con Alexander.

Mientras Elisabeth daba vueltas por su despacho, alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Había mandado llamar a Alexander, y se sintió algo decepcionada cuando fue la señora Baker quien entró.

—Señora, el señor Alexander ya viene hacia aquí, pero ha llegado esta carta para usted.

Elisabeth la tomó sin dilación y miró el remitente.

Henry Cavill.

—Ese hombre de nuevo —dijo, enfadada, pues ese hombre no podía aparecer en peor momento.

La señora Baker suspiró, como si se acercara el desenlace de una historia que jamás pensaron que acabaría.

—Seguramente vendrá pronto.

—Seguramente —convino Elisabeth—. Hay que limpiar bien la casa. Al fin y al cabo, deseo que se lleve una buena impresión de Lobo Blanco.

—Como usted diga, señora.

Unos golpes en la puerta entreabierta hicieron que Elisabeth cambiase la dirección de su mirada. Se encontró con la alta figura de Alexander, que no esperó su permiso para entrar.

—Buenos días, señora Baker.

—Señor Alexander…

Mientras ellos se saludaban, Elisabeth abrió la correspondencia y el recién llegado no se quiso perder su reacción. La señora Baker esperó paciente a que ella la leyese. Con una triste sonrisa en el rostro, supuso lo que debía de decir la carta.

Mi muy estimada señorita Elisabeth:

Como bien sabe, me dirijo a Lobo Blanco. Llegaré el sábado de la próxima semana, el día de la fiesta de presentación, que tan amablemente se ha prestado a organizar.

Déjeme reiterar mis palabras: espero que siga considerando Lobo Blanco su hogar y no tenga intención de abandonarnos.

Tranquilice al personal, pues no pienso hacer cambio alguno a mi llegada.

En cuanto a la fiesta, si aceptara ser mi acompañante, me convertirá en un hombre muy dichoso.

Sepa que no aceptaré un no por respuesta.

Siempre suyo,

Henry A. Cavill

—Arrogante… —masculló Elisabeth.

Arrugó la carta y la lanzó al suelo, con rabia y desdén. Luego la pateó con el pie derecho, al mismo tiempo que cerraba los puños.

—¿Malas noticias? —preguntó Henry, alzando una ceja.

—No son buenas, al menos para mí. —Dicho esto, miró a la señora Baker—. El nuevo señor de Lobo Blanco llegará el sábado, el mismo día de la fiesta. Ha dicho sin equívoco que el personal no debe preocuparse, ya que seguirán en sus puestos, y que espera que yo me quede también.

—Eso es fantástico, señorita —dijo la señora Baker, albergando ciertas dudas, pues veía que su señora no parecía ser de la misma opinión.

—Ya veremos. —Hubo un incómodo silencio y la señora Baker se apresuró a retirarse—. Hay que preparar la cena. ¿Han confirmado algunos comensales?

La señora Baker le sonrió con amabilidad.

—Algunos, señorita; otros… creo que se harán de rogar. Pero todos, sin excepción, sienten curiosidad por el señor Cavill. Dudo que rechacen la invitación.

Henry era de la misma opinión.

—Quiero que pongas un cubierto para el señor Alexander. Como capataz y administrador de Lobo Blanco deseo que esté presente.

Henry la miró sin oponerse a la petición, o más bien a la orden de Elisabeth.

—Por supuesto, señorita, déjelo en mis manos —dijo la señora Baker—. Será el acontecimiento de la temporada. Volveré a mis quehaceres en la cocina, la comida se servirá sin contratiempos.

—Muchas gracias, señora Baker.

Henry se apartó para dejar salir a la mujer, que lo miró con tristeza. Al parecer, Elisabeth no era feliz, aun después de haberle asegurado que él no iba a echarla de allí. Aunque debería haberlo supuesto. Era demasiado orgullosa para aceptar algo que ella veía como una limosna o una imposición de un desconocido que iba a heredar lo que ella consideraba suyo.

—No negarás que es un buen partido —dijo Henry, cuando se quedaron a solas—. Mucho mejor que yo.

Ella se volvió repentinamente para mirarlo con sorpresa.

—No obstante…, antes me casaría contigo.

Henry sonrió de oreja a oreja incrédulo, pero feliz de que ella hubiera pensado en esa posibilidad.

—Es bueno saberlo.

Elisabeth hizo un movimiento con la mano, como si con ello despejase esa idea tan absurda. ¿Cómo alguien tan independiente y tan… como Alexander iba a fijarse en una muchacha como ella?

Suspiró.

—Ese hombre es insufrible —confesó—. Estoy segura de que se pavoneará delante de todos, exhibiendo como un trofeo esta casa y a mí. Como si fuese algo que hubiese ganado con su esfuerzo, y no porque las leyes sean injustas y estúpidas.

Reinó un largo silencio, hasta que la voz de Alexander lo rasgó:

—Quizás no pretenda exhibirte como un trofeo. Jamás pensé que fueras de esas personas que juzgan sin saber.

Ella guardó silencio, pero lo miró de arriba abajo, como si lo viera por primera vez.

—Te cae bien ese hombre, ¿no es así?

—Elisabeth…

Él no quiso responder.

Ella apretó los labios y parpadeó para alejar las lágrimas.

—Todo saldrá bien.

—Es posible —dijo ella, caminando por la habitación y parándose frente a la ventana—. Pero no es por el señor Cavill que te he mandado a llamar.

—¿Ah, no?

—No —respondió, volviéndose para descubrir que él ya estaba a su lado.

Ella se dejó abrazar, sin importar quién pudiera estar viéndolos por la ventana. Cuando puso fin al contacto, Elisabeth tomó aire para hablarle de Lorelay y explicarle que su ataque no estaba tan claro como ella había creído.

—Así que había otro hombre —valoró Henry, sorprendido.

—Quizás…, en realidad no lo recuerda. La mente a veces nos juega malas pasadas —dijo ella—. Pero… cabe la posibilidad de que fuera…

—¿El hombre que mató a Lisa?

El silencio se extendió entre ambos, mientras pensaban en esa posibilidad.

—Ayer fui a la casa de Lorelay.

—¿Qué? —exclamó Elisabeth, sorprendida—. ¿Por qué no me lo dijiste? Te habría acompañado.

Él se encogió de hombros, sabiendo que lo que más odiaba Elisabeth era que la mantuvieran al margen.

—No quería alarmarte sin razón. Además, Lorelay necesitaba aún tus cuidados.

—¿Encontraste a Greenwood? —quiso saber, impaciente.

Alexander hizo un gesto de negación.

—No, ni rastro. Pero sí señales de lucha. Y sangre. No sé si de Lorelay o de alguien más. Pero está claro que algo pasó en aquella casa.

Elisabeth tragó saliva. ¿Qué demonios estaba pasando en Lobo Blanco?

Sin mediar palabra, caminó hasta Alexander y lo abrazó con fuerza.

Él la besó en la coronilla y la mantuvo apretada contra su cuerpo, ofreciéndole su calor.

—Esto parece una pesadilla…

—Pronto acabará —prometió Henry—. Hablé con el *sheriff* y lo está investigando. Le comentaré acerca de la tumba que Lorelay te ha dicho que alguien cavó en el bosque.

Ella asintió, pero se quedó un largo rato abrazándolo. No le dijo que Sombra también había estado allí.

—Sobre Cavill… —quiso decirle él.

Pero ella no le permitió hablar, poniendo un dedo sobre sus labios.

—No, no hablemos de él —dijo, con los ojos vidriosos—. Déjame no pensar en esto ahora. Suficiente tengo con todo lo que se me viene encima.

Él asintió.

—De acuerdo. —Henry no tuvo valor para decirle nada más. No, cuando el intento de asesinato de Lorelay sobrevolaba por encima de sus cabezas.

Capítulo 18

La semana pasó rápido y Elisabeth solo tenía una idea en la cabeza: la llegada del señor Henry Cavill. Sabía que esa maldita fiesta marcaría el inicio del fin de la vida que había conocido hasta el momento y la ansiedad se la comía por dentro.

¿Cómo iba a marcharse de su hogar? Y, lo que era aún peor, ¿cómo podría quedarse cuando sabía que las intenciones del señor Cavill eran las del matrimonio?

Durante esa semana, Robert no había dejado de insistir en casarse con ella. Y la proximidad de su amigo había enfurecido a Alexander. Tanto que hacía varios días que la evitaba. Y eso provocaba un profundo dolor en el corazón de Elisabeth.

Ya podría ocultárselo al mundo entero, pero no a sí misma:

Estaba enamorada del señor Alexander.

Haría lo que fuera por él, y solo deseaba poder seguir a su lado, pasara lo que pasase.

Aquella mañana se había levantado decidida. Debía decírselo. Al menos, tenía que saber a qué atenerse, porque le resultaba imposible seguir a su lado, verlo, y que él la siguiese tratando con la frialdad con que trataría a su señora.

No, no podían seguir así.

Tras el desayuno, Elisabeth empezó a caminar rápidamente hacia los establos, con la esperanza de encontrar allí al señor Alexander. Poco después, y vencida por la ansiedad, empezó a correr.

Había echado tanto de menos a Alexander… Tras haberse entregado a él y, aparentemente, ser correspondida en sus sentimientos… Porque así se lo demostraba él con sus caricias y sus besos, suaves y dulces. No, no era solo lujuria y pecado. Elisabeth estaba convencida de que él sentía algo más. Si no lo mismo que ella, sí un sentimiento más profundo que el mero cariño. Y con eso se conformaba.

Aceleró el paso y su falda voló sobre el polvo del camino. Se obligó a aminorar la marcha, pues a punto estuvo de tropezarse.

Cuando al fin llegó a las caballerizas, lo vio y se detuvo en seco.

Él estaba de perfil, ensimismado, cepillando el brillante y negro pelaje de Cochise. Llevaba la camisa arremangada, dejando ver sus fuertes antebrazos y sus preciosas manos, de largos y fuertes dedos. Los botones superiores estaban desabrochados y las gotas de sudor perlaban el fuerte pecho. Bajo el sombrero, llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, atada con un simple lazo. Varios mechones escapaban para rozarle el mentón. Elisabeth sintió una cálida sensación nacer en el estómago y explosionar en su garganta.

—Alexander —susurró, antes de caminar en su dirección.

Henry notó una fuerte presión en el pecho al escuchar la voz de Elisabeth. Se dio la vuelta con lentitud y se quitó el sombrero.

Todo el malestar que había sentido durante esos días, en los que la frialdad de ambos había hecho mella en sus corazones, desapareció como por arte de magia.

Henry contuvo el aliento nada más verla acercarse a él. Estaba preciosa, con el cabello recogido en un moño bajo, las mejillas sonrosadas y esos increíbles ojos del color del cielo en verano mirándolo con un brillo de pasión.

Quiso correr hacia ella y abrazarla, pero se quedó parado en el sitio. Fue Elisabeth quien, al llegar junto a él, se lanzó a sus brazos. Ese modo de actuar tan genuino lo sorprendió y conmovió a partes iguales.

—Elisabeth… —susurró, mientras hundía la nariz en sus cabellos y se sorprendía a sí mismo con una sonrisa en los labios.

—Es absurdo estar así —dijo ella, enfadada—. Ni siquiera hemos discutido como se merece, para haber puesto semejante distancia

entre los dos.

Él no podía estar más de acuerdo, pero no dijo nada. Fue ella quien volvió a hablar:

—Robert no significa nada para mí.

—Lo sé —respondió él, borrando su sonrisa al escuchar el nombre de ese estirado—. Y lamento sentirme celoso.

Los dos se miraron fijamente al escuchar esas palabras. Uno tan sorprendido como la otra.

—¿Celoso? —Elisabeth pronunció las palabras sin poder ocultar una sonrisa.

—¡Sí, maldita sea!

Ella se colgó de su cuello y lo besó; un roce ligero para después confesar:

—Jamás deberías sentir celos de ningún otro hombre.

—Eso quería escuchar.

Los labios de Henry tomaron posesión de su boca y Elisabeth se amoldó a su cuerpo, mientras la suave lengua de él la invadía, la acariciaba, la provocaba.

El calor estalló, transformando los dos cuerpos en una antorcha… Una antorcha que se apagó de súbito con la voz de Robert.

—¡Quita tus sucias manos de Elisabeth! —bramó, indignado.

La sorprendida pareja se dio la vuelta. Elisabeth casi pudo escuchar su propio corazón redoblando como un tambor desquiciado.

—¡Robert! —intentó vocalizar, pero su voz quedó ahogada.

Sin embargo, Henry se adelantó, interponiéndose entre ambos, en actitud protectora.

Miró a Beaufort con una expresión de advertencia, dando a entender que, si se acercaba un paso más, lo despedazaría.

Pero Robert no se amedrentó. Había conocido a fieras más temibles. Aunque tuvo que reconocer que la mirada de ese hombre se asemejaba a la de un león de montaña, con la diferencia que él atacaría de frente.

—¿Quién diablos te crees que eres para besar a la señorita Winston?

—Robert, por favor…

—¡Para! —Se dirigió a Elisabeth—. ¿No ves que esto no es decente? ¿Qué puede ofrecerte él, Elisabeth? ¿Qué pensara de ti la gente? Que eres una cual…

—Te recomiendo que no sigas hablando. Si la insultas, te mataré. —Henry apretó los puños.

—Alexander, por favor. —Elisabeth intentó poner paz, pero parecía una hazaña hercúlea.

—Eres un miserable aprovechado.

Henry enfureció. Caminó hacia Robert. Él no retrocedió ni un solo paso.

—¿Quieres que vuelva a partirte la cara?

Robert se puso en guardia.

—Esta vez estoy preparado.

—¡Parad los dos!

Pero Henry no estaba dispuesto a hacerlo.

—No voy a consentir que le hables así a mi futura esposa —gruñó, con su inquietante voz cavernosa. Robert sintió cómo el vello de la nuca se le ponía de punta. Incluso Elisabeth, a pesar de oír esa descabellada y sorprendente afirmación, se quedó petrificada.

—Alexander… —Ella seguía interponiéndose entre los dos, pero miraba a Alexander. Parpadeó, al repetirse en su mente las palabras que él acababa de decir. Pero, de pronto, la voz de su amigo la distrajo.

—Elisabeth. —Robert estaba enfadado, pero sobre todo dolido con ella, porque de alguna manera pensaba que lo había traicionado—. Sabes que siempre he adorado tu carácter indómito, tu espontaneidad. Pero, ahora, te estás equivocando al acercarte a este patán.

—Robert, por favor…

—Tu comportamiento deja claro que tú y este hombre… —Señaló a Alexander—. ¿Cómo has podido? ¡Es un completo desconocido, Elisabeth!

—Robert…

—¡Cuida tus palabras, Beaufort! ¡No toleraré ni una sola ofensa hacia Elisabeth! —bramó Henry.

—¡No la he ofendido más que tú, bastardo! —Robert escupió la última palabra como si se tratara de un insulto.

Ese comentario desencadenó el puñetazo que golpeó a Beaufort de lleno. Uno que lo tumbó, cuan largo era. No obstante, Robert se levantó de inmediato y se lanzó contra Alexander.

Y se desencadenaron los infiernos.

Elisabeth, incapaz de impedir que esos dos toros embravecidos dejaran de embestirse, se vio obligada a apartarse.

Los miró con estupor, sin poder creerse lo que estaban viendo sus ojos.

Las fuerzas estaban prácticamente igualadas, y ambos eran poderosos, lo que significaba que se estaban haciendo mucho daño. Cuando Robert le giró la cara a Alexander y la sangre salpicó la pared de la cuadra, Elisabeth ya no lo soportó por más tiempo y se colocó justo en medio en cuanto vio un hueco.

—¡Basta! —gritó, con lágrimas en los ojos, aun a riesgo de recibir un puñetazo.

—¡Aparta, Elisabeth! —bramó Alexander, con un brillo diabólico en la mirada.

—¡Déjame acabar con este malnacido que ha intentado robarte la virtud! —exclamó Robert.

—¡No me ha robado nada, Robert! ¡Yo se la he entregado! —respondió Elisabeth.

Las palabras fueron claras, y el mundo pareció detenerse. Robert la miró de arriba abajo, como si no la reconociera.

—Elisabeth…

Alexander no parecía tener mejor aspecto. La miró en silencio, pero dispuesto a defenderla de cualquier comentario que pudiera decir Robert.

—¿Qué diablos…? —La voz quebrada de su amigo apenas fue un susurro.

—Lo siento, pero se trata de mi vida.

Él meneó la cabeza, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Así que ya has hecho tu elección.

Ella asintió.

—Una elección equivocada, sin duda. —Si a Elisabeth le dolieron esas palabras, no lo demostró—. Eres una cabeza hueca. Como sigas por este camino, acabarás haciendo la calle como las mujeres que acoges en tu casa.

Al escuchar esas palabras de labios de Robert, a Elisabeth se le llenaron los ojos de lágrimas. Al verla en ese estado, Henry no refrenó su ira, y le lanzó un golpe que Robert no vio venir.

Lo dejó tumbado en el suelo.

—Maldito bastardo… —masculló Robert, limpiándose la sangre de los labios. Acto seguido se puso en pie y, cuando iba a enfrentarse a Henry de nuevo, Elisabeth dijo lo que tenía que decir.

—¡Parad los dos! —Miró a Robert fijamente—. Siento que no lo apruebes, pero es mi decisión, no la tuya. —Después se dio la vuelta para enfrentar a Henry—. En cuanto a ti, siento haberte dado la impresión de que necesito que me defiendas o que te cases conmigo para salvar mi honor. No necesito ni lo uno ni lo otro.

Los dos la miraron y esta vez guardaron silencio.

—No quiero volver a ver este espectáculo en mi casa. No volváis a poneros frente a mí si no sabéis comportaros.

Robert miró a Elisabeth con rabia, luego a Henry.

Escupió en el suelo.

—No debes preocuparte. Nunca volverás a verme por aquí —dijo, mirándola con un enojo más que evidente—. En cuanto a ti, si le haces daño, te mataré.

Henry no replicó. Si algo podía reconocer era a un hombre de honor. Cierto, la había insultado, y eso no se podía consentir, pero en ese momento se dio cuenta de que Robert lo había hecho cegado por la ira y la preocupación. Ciertamente, él era un desconocido, y ese hombre, su amigo, solo se preocupaba por Elisabeth.

Elisabeth vio cómo Robert se marchaba e hizo un esfuerzo sobrehumano para no dejarse vencer por el llanto. Tembló como una hoja. Las rodillas le fallaron y se apoyó contra la pared de madera. Finalmente, perdió la batalla. Lágrimas de vergüenza y rabia empezaron a resbalar por sus mejillas.

Henry no era capaz de verla llorar de semejante forma. Entendía lo avergonzada que se sentía a causa de los insultos de Robert. Y

aunque era un imbécil y Henry se moría de celos cada vez que él se acercaba a ella, era lo suficientemente listo como para comprender que Beaufort solo había actuado movido por la preocupación y por el bienestar de Elisabeth. Pero Henry quería ser el único responsable de todo eso.

—Elisabeth, créeme que lo siento. —Le apartó un mechón del rostro, y ella se retiró con brusquedad—. Responderé por esto, Elisabeth —insistió Henry—. Casémonos.

Ella alzó la vista, y a él le sorprendió su mirada. Estaba llena de dolor, pero también de rencor.

—¡No! —gritó, apartándose de él—. No pienso casarme contigo porque te sientas obligado por lo que la gente pueda decir de mí. Fui plenamente consciente de mis actos cuando me entregué a ti, y no pienso arrepentirme de una decisión que tomé consecuentemente.

—Elisabeth…

—¡Maldito seas, Alexander! —gritó, apretando los puños—. ¡No voy a casarme contigo! ¡Ni contigo ni con nadie!

¿Cuántas proposiciones había rechazado en el último mes? Resopló y un dolor punzante en la cabeza la dejó mareada.

—Puedo ofrecerte más de lo que crees, Elisabeth…

Ella lo miró indignada, pero poco a poco su enfado fue menguando.

—¡Basta! ¿Acaso crees que mi negativa tiene que ver con la diferencia social entre ambos? —Él alzó una ceja y a ella se le antojó el gesto de un altivo príncipe y no el de un simple capataz—. No pienses ni por un instante que no te acepto porque seas mi capataz y no un terrateniente como Robert. Eso a mí me da igual.

Henry suspiró.

En el fondo sabía eso. Si Elisabeth hubiese querido casarse con alguien por su posición y fortuna, Robert hubiese sido el elegido.

—Solo quiero dejarte claro que tengo más que mi caballo. Tengo… mucho que ofrecerte.

Ella negó con la cabeza.

—No pienso entregarle mi libertad a nadie. Tenga más o menos que un caballo.

—No pretendo arrebatarte tu libertad.

—¿Acaso no lo has visto? —Señaló la dirección en que había partido Robert—. Ese es mi mejor amigo, y mira de qué forma me ha tratado. ¡Mira cómo el marido de Lorelay la trató a ella! Mira cómo la mayoría de los hombres y mujeres tratan a mis chicas, por el simple hecho de querer llevarse un mendrugo de pan a la boca.

—¿Acaso estás diciendo que…?

—Quiero decir que no pienso atarme a nadie que pueda dominar mi vida, por el simple hecho de ser mi marido. Quizás —dijo, señalándose a sí misma—, quizás haya algo mal en mí, pero no pienso dejar que nadie gobierne mi vida por el mero hecho de ser un marido o un padre. Nadie tiene derecho sobre otro ser humano. Así es como lo siento, y el matrimonio… no creo que yo esté hecha para eso. —Elisabeth hizo una pausa para masajearse las sienes. Luego, alzó la vista y se encontró con los ojos de Alexander. Su expresión era inescrutable—. Es mejor que dejemos de hablar de este asunto. Quiero descansar de tanta angustia. El sábado viene el señor Cavill… Decidiré lo que haré con mi vida cuando sea el momento adecuado.

Henry no quiso presionarla más, y se quedó allí de pie, mientras veía cómo se alejaba hacia la casa.

Lo había dejado solo, sin capacidad de reacción.

Estaba muy nervioso, pero también enfadado, aunque consigo mismo. Desde el primer momento supo que Elisabeth era una persona complicada. Y la había presionado. Ella era como un potro salvaje y no se la podía domar con mano dura, había que seducirla, y en eso se había precipitado. Deseaba casarse con ella, no para salvarla, sino porque… ¿la amaba?

Se llevó la mano al pecho y se sentó sobre una pila de heno.

La amaba… Maldita sea…

Debía marcharse de inmediato.

Tanta estupidez debía acabarse de una vez por todas. Quizás aparecer como el señor Cavill no era tan buena idea.

Cerró los ojos y, decidido, entró en el establo de Cochise. Sacó a su caballo y lo montó con la agilidad de un león. No hizo falta golpearle los flancos, pues el caballo adivinó inmediatamente que deseaba el aire fresco que solo un buen galope le proporcionaría.

Jonathan Butler se quedó mirando la puerta de la casa por la que acababa de entrar Elisabeth.

Tenía el sombrero entre las manos y estaba oculto tras el granero. Había sido cauto al acercarse a la trifulca entre el señor Alexander y Robert Beaufort y le dolió el corazón al darse cuenta de a qué venía tanto alboroto.

Elisabeth era una cualquiera.

No podía asimilarlo.

Durante los últimos meses, había advertido a la señorita Winston de su mal comportamiento. Juntarse con prostitutas no le podría traer nada bueno, y ahí estaba la prueba de que todo cuanto había temido se había hecho realidad.

—Elisabeth.

El sombrero quedó inservible entre sus manos, que se convirtieron en garras. Lo arrojó al suelo y lo pisoteó con furia.

No podía ser.

¡No podía creérselo!

—Elisabeth —gimoteó.

Su querida señorita Winston no era más que una zorra, como lo eran todas las demás.

Se limpió los ojos de lágrimas y alzó el mentón. Ya nada le quedaba por hacer, más que vengarse de aquella que se había burlado de él durante todo este tiempo.

Pronto, todos sabrían quién era en realidad Elisabeth Winston.

Capítulo 19

Al día siguiente, y sin haber podido pegar ojo en toda la noche, Elisabeth se acercó a los establos.

Iba en busca de Alexander. Fuera el capataz o no, se merecía una explicación más delicada que una simple negativa a casarse con él.

En el fondo… no consideraba la idea poco atractiva, ni mucho menos: despertarse entre los brazos de Alexander era uno de los mayores placeres que había experimentado en su vida. Pero… había tantas cosas que los separaban… Para empezar, a ese hombre le rodeaba un aura de misterio difícil de ignorar. No se trataba solo de su mirada o de su forma de caminar; en realidad, era un completo desconocido, un forastero que había aparecido en Lobo Blanco, sin más. No sabía absolutamente nada de su vida anterior, ni de qué familia procedía, a pesar de que era más que evidente su exquisita educación. Cuando ella había intentado indagar, él había desviado el tema con sutileza. No le había revelado ni tan siquiera su apellido. Eso era algo a tener en cuenta a la hora de plantearse el matrimonio. Así mismo, Elisabeth no sabía el por qué, pero sí tenía clara una cosa: podía confiar en él.

—¡Alexander! —lo llamó, al entrar en el establo.

Pero allí no había nadie.

Pronto se dio cuenta de que Cochise no estaba en su cuadra. Tampoco estaban las cosas de Alexander.

Sintió una fuerte presión en el pecho, pero se negó a dejar fluir esa emoción. Odiaba reconocerlo, pero necesitaba estar con él.

¿Cómo podría, a partir de ahora, seguir con su vida? No quería casarse, la sola idea del matrimonio la aterraba, pero no sabía de qué forma viviría sin Alexander.

Se recompuso y esperó encontrar a alguien que pudiera informarla de su paradero.

No tuvo suerte.

Al mediodía, Elisabeth terminaba de almorzar cuando Alexander llamó a la puerta del comedor.

Después de una noche cabalgando, Henry se había dado cuenta de que no podía alejarse de ella. No importaba que la dama lo hubiese rechazado, simplemente su lugar estaba allí. Y haría lo imposible para que ella lo aceptara.

—Elisabeth —la saludó al entrar en el comedor y cerrar la puerta tras de sí.

—Alexander.

Se puso de pie y se acercó a él. Su mirada iba y venía, patinando sobre el suelo, la mesa y la apostura de Alexander.

Los ojos negros de él la atravesaron y Elisabeth pudo ver en ellos un brillo de deseo. Un deseo en exceso correspondido, pero también vio algo más; quizás desilusión. Una desilusión que ella le había causado, sin pretenderlo siquiera.

—Buenas tardes —dijo él, como si esperase una explicación.

—Alexander —empezó a decir Elisabeth—, quisiera pedirte disculpas. Mi actitud de ayer…

Ella no pudo acabar la frase. Él la miró de arriba abajo y sonrió, irreverente.

—Estaba preocupado por la mirada que me echaste —bromeó—. A excepción de lady Templeton, eres la única fémina aquí que me mira con desdén. ¿Sucede algo?

—No es desdén —aclaró ella, acercándose un poco más, haciendo un puchero.

Henry meneó la cabeza y, antes de que Elisabeth pudiera volver a hablar, la asió por la cintura y la conquistó con un beso. Una vez más, se dejó llevar por las sensaciones que le provocaban esos labios y que ahora sabían a pastel de manzana.

Para desgracia de ambos, las manos de Alexander no pudieron seguir venerando el cuerpo de Elisabeth. Unos golpes en la puerta captaron su atención.

Ella se apartó y se recompuso el peinado. Cuando Alexander sonrió y asintió, a ella se le encendieron las mejillas.

Con un leve carraspeo, dio la orden de que quien fuera que había interrumpido tan íntimo momento pasara.

Jonathan entró.

Alexander se separó de Elisabeth y miró a ese hombre con el ceño fruncido. Había algo en él que le disgustaba, pero ¿el qué? No lograba dar con la clave.

Elisabeth dio media vuelta y se encontró también con los ojos verdes de Jonathan, clavados en los suyos. Los sintió como si la estuviera juzgando, pero quizás solo fuesen imaginaciones suyas.

—Jonathan.

—Señorita Elisabeth. —La miró con cierto reproche.

Aunque el administrador aparentase tranquilidad, por dentro distaba mucho de estarlo.

No le había gustado nada verla con ese hombre, solos en el comedor, y mucho menos después de saber, con todo el dolor de su corazón, que ella se había entregado a él.

Elisabeth se esforzaba en hacerle sufrir con su comportamiento. Y sabía que en algún momento debía dejar de tenerla en un pedestal. Puede que esa hora ya hubiese llegado.

—¿Y bien, Jonathan?

—Es importante que…

—¿Más noticias del advenedizo? —lo interrumpió, molesta por su tono de voz.

—¿Perdón? —Él quedó desconcertado. Elisabeth solía tener más paciencia. Era obvio que ese capataz, que se atrevía a robarle besos a su señora, y que en aquellos momentos lo miraba como si fuese su rival, había trastocado el carácter de su amada Elisabeth.

—¡Me refiero al estúpido baile de Cavill! —aclaró la joven, impaciente.

Alexander carraspeó y no pudo evitar sonreír.

—Todo está en orden y preparado, tal como pidió. Pero no era de eso de lo que quería hab…

—Entonces, no hay más que decir —volvió a interrumpirle Elisabeth—. Si me disculpas…

Pero esta vez Jonathan no se dejó echar tan fácilmente.

—Henry Alexander Cavill ha llegado a Riverplace, y ya ha firmado la aceptación de herencia.

«Sí —pensó Alexander—, aparte de cabalgar por la noche como un alma en pena, también me he apresurado a firmar los documentos esta misma mañana». Se había guardado mucho de pasar desapercibido y que únicamente el juez de paz lo hubiera visto. Había sido una suerte que no lo hubiera relacionado con el capataz de Lobo Blanco.

—Bien —dijo Elisabeth—, supongo que esto era inevitable.

Alexander la miró y no sintió demasiados remordimientos. Él jamás echaría a Elisabeth de su propiedad. Ella era la dueña de la casa y del rancho, por mucho que dijeran los papeles y las leyes absurdas. Aunque estaba por ver cómo reaccionaría la dama al saber la verdad.

—¿Estás bien? —preguntó Alexander.

La mirada asesina que el administrador le lanzó sorprendió a Henry, pero no se abstuvo de acercarse a Elisabeth y ofrecerle su apoyo.

—Sí, estaré bien. Si me disculpan…

Elisabeth salió del comedor y dio tras ella un portazo, dejando a los dos hombres solos.

Cuando Jonathan quedó a solas con el capataz, se sentó en un sillón, junto a la ventana.

Juntó los dedos de ambas manos y lo miró con desprecio.

—Sé lo que pretende.

La verdad sin tapujos sorprendió a Henry. Así que el administrador le odiaba porque creía que era un cazafortunas. No podía esperar a que él supiera quién era realmente, pero, una vez más, guardó silencio.

—No sé de qué me habla.

—Yo creo que sí lo sabe —dijo Jonathan, alzándose de un salto—. Me encargaré de que Elisabeth también lo sepa. No tendrá su fortuna. Ya la ha deshonrado, y creo que se merece lo que le pase, aun así, no se quedará en Lobo Blanco por mucho tiempo.

Henry se acercó despacio y lo encaró.

—¿Quiere apostar?

Las manos del pusilánime administrador empezaron a temblar, así como su párpado izquierdo.

—Le exijo que…

—Y yo le recomiendo que salga de aquí sin hacer demasiado ruido —lo interrumpió Henry, haciéndolo temblar aún más—. Nadie lo ha nombrado paladín de Elisabeth Winston. Y lo que pase o deje de pasar en Lobo Blanco pronto dejará de ser asunto suyo.

—¿Cómo se atreve?

—Créame cuando le digo que pronto dejará de ser el administrador de este rancho, así que no veo por qué motivo debemos seguir soportando su presencia.

Jonathan palideció, pero enseguida se envaró de nuevo, subiéndole a las mejillas un intenso rubor.

—Usted no es nadie para hacer semejante afirmación.

—Si usted lo dice. —Se encogió de hombros Henry.

—Esto no quedará así. —Apretó los puños Jonathan.

—Yo creo que sí.

Cuando Alexander se cernió de nuevo sobre él, el hombre empezó a mover los pies hacia la salida. Masculló algo entre dientes mientras daba un portazo.

Lo último que escuchó Alexander fueron las rápidas pisadas de este en su huida.

El sábado llegó con rapidez. Ya por la tarde, Elisabeth se preparaba para el baile que el endemoniado Cavill había ordenado organizar en su propio rancho.

No podía estar más enfadada. Detestaba que le dijesen lo que debía o no hacer y, sin embargo, allí estaba, dispuesta a ser la perfecta anfitriona de una casa que ya no volvería a ser suya.

Pero, por algún motivo, a pesar del enfado, Elisabeth se sentía más tranquila que nunca. Extrañamente fuerte y serena para enfrentarse a ese hombre.

Por un instante, la voz de Cathy la distrajo.

—Está usted preciosa, señorita Elisabeth —le dijo, tras colocarle en el peinado una bonita pluma roja de avestruz.

Elisabeth se puso en pie y se observó en el espejo de cuerpo entero.

—Sí, ¿verdad? —respondió, sin apenas reconocerse.

El color rojo rubí del vestido le sentaba de maravilla, realzaba el blanco de su piel. Un escote pronunciado, adornado por plumas en los lados y pedrería justo en el centro, sobre el pecho, le realzaba el busto. No portaba collar alguno, tan solo dos largos pendientes de rubíes que pertenecieron a su madre la adornaban y le acariciaban el cuello de cisne cuando realizaba algún movimiento. El vestido era de seda, en forma de reloj de arena se ajustaba como un guante a las exuberantes curvas de la dama, y terminaba en una pequeña cola. Un chal de organdí teñido de rojo con bordados y puntillas pendía desde el interior de los codos y acababa arrastrándose junto con la elegante cola.

Sonrió con descaro y hasta con malicia. El señor Cavill no podría echarle en cara que no se había puesto sus mejores galas. Estaba preparada para la guerra.

Se sentía bella e irreverente. Esa era su intención: llamar la atención. El vestido era atrevido, pero no sobrepasaba los límites del decoro. ¿No decían todos en Riverplace que había echado por tierra su reputación, acogiendo a mujeres de dudosa procedencia? Les daría más motivos para murmurar, pero lo haría con clase y haciendo gala de su belleza, una belleza que solía ocultar en su vida cotidiana.

Elisabeth sabía que causaría sensación. Sería ella, y no el ladrón de Cavill, el objeto de todas las miradas. Se rendirían a sus pies, incluso el dueño y señor de Lobo Blanco lo haría. De eso no había duda.

—Has acertado con el tocado, Cathy, como siempre.

—No es difícil, señorita. Con lo guapa que es usted, cualquier cosa le sentaría bien. Pero reconozcamos que esta noche luce

impresionante.

Elisabeth suspiró.

—Le mostraré mi dignidad a ese hombre —dijo Elisabeth, más para sí que para Cathy.

Sí, eso haría. Demostraría ser la digna hija de su padre y después… se marcharía de Lobo Blanco. No pensaba quedarse bajo el mismo techo que ese hombre. No podría soportarlo.

Instantes después, Elisabeth descendió, ceremoniosa, las escaleras que llevaban al salón de la gran casa. Allí estaban los primeros invitados, que enmudecieron al verla. Entre ellos, Robert. Vio a su amigo mirarla con asombro y después con cierta tristeza.

Antes de irse de Lobo Blanco, Elisabeth sabía que debía hacer las paces con él. Su corazón, aunque rebelde, no le permitiría partir enfadada. Robert significaba demasiado para ella.

Lo miró también con una sonrisa triste. Innecesario decir que estaba elegantísimo. Lucía espectacular con un traje de chaqueta negro y un sombrero del mismo color. En el cinturón portaba una hebilla con el emblema de su rancho, la cabeza de un caballo. «Todo un hacendado», pensó Elisabeth. No había allí nadie más apuesto que él, quizás porque Alexander aún no había hecho acto de presencia.

—Elisabeth, estás… preciosa. —Robert le tendió el brazo y ella lo aceptó de buen grado—. Ese color te sienta tan bien como tu osadía.

Ella parpadeó, al saberse descubierta por su amigo. Sabía que su orgullo no le permitiría pasar desapercibida esa noche.

—Gracias, Robert. Tú tan elegante como siempre.

Él sonrió por lo bajo, al ver todas las miradas posándose sobre Elisabeth.

—Espero… que hayas perdonado mis palabras del otro día.

—Somos amigos —respondió ella, como si eso lo explicase todo—. Estoy más que acostumbrada a tus arrebatos. Pero me dolió, no lo negaré.

Robert mantuvo la sonrisa triste.

—¿Me perdonas?

Ella asintió como respuesta, a lo que él añadió:

—Entonces, ve y saluda a tus invitados. Eres la anfitriona.

Elisabeth se dejó llevar por el salón, mientras preguntaba por su madre. Una indisposición había dejado a Margaret enfurruñada en la cama, por perderse tan esperado evento.

—Me matará si no le cuento con pelos y señales todo lo que acontece esta noche.

—Mañana la visitaré y le haré un buen resumen —señaló más relajada, después de haber hecho las paces con Robert.

—¿Todavía no ha aparecido el indeseable de Cavill?

—Aún no. Y he de reconocer que todos estamos más que ansiosos.

«Eso es muy cierto», pensó ella, mientras saludaba con desgana a algunos invitados: los más distinguidos habitantes de Riverplace, todos los que la despreciaban y a los que ella no podía soportar.

Elisabeth sonrió al alcalde, que se acercó a saludarla, acompañado por su esposa.

—Señorita Winston, gracias por organizar tan maravilloso evento.

—Gracias a usted por venir, alcalde, y a su esposa —la saludó, con una sonrisa—. Señora Hodges, ¿es todo de su agrado?

—Oh, sí. ¡Qué maravilloso rancho! Quién diría que entre tanto polvo hubiera una casa tan exquisita.

Elisabeth se mordió el interior de las mejillas.

—Sí, ¿verdad?

Cuando Robert rio, le dio un disimulado codazo.

—Oh, ahí está nuestro querido juez de paz, el señor Clowert —dijo la señora Hodges.

Elisabeth le sonrió, mientras se acercaba al corrillo que formaban con el alcalde.

—Buenas noches, señorita Winston.

—Qué placer verle, señor Clowert —lo saludó Elisabeth—. He caído en la cuenta de que usted debe de ser el único de los presentes que conoce en persona al señor Cavill, ya que ha firmado los papeles de la herencia que, por ley, mi padre estuvo obligado a darle.

Todos pasaron por alto el rencor que Elisabeth puso en aquellas palabras, pero eso no significó que se incomodasen por un instante.

—Sí, el señor Cavill se pasó hace algunos días por mis oficinas. Una mera formalidad, ya que los papeles que me entregó el señor Butler estaban en orden.

Elisabeth asintió y barrió el salón con la mirada para cerciorarse de que ni Jonathan ni Alexander habían puesto un pie todavía en la pequeña recepción. Y mucho menos el esperado señor Cavill.

—Me pareció —el señor Clowert pareció dudar en la elección de sus palabras— un hombre cabal. Quizás algo serio y descuidado en el vestir. Pero, seguro que tras el largo viaje, era de esperar.

Ella se sorprendió de que el señor Cavill, a quien todo el mundo consideraba más rico que Craso, no vistiera como si fuera de la realeza.

La esposa del alcalde se atrevió a intervenir. De hecho, lo había estado deseando, pues Henry Cavill era la comidilla de todo Riverplace.

—Oh, tuve la suerte de cruzarme con él cuando salía del despacho del señor Clowert y puedo afirmar que, a pesar de ser muy apuesto, hay algo… incivilizado en él.

—¡Henrietta! —la amonestó su esposo.

—Es la impresión que me dio —se disculpó—, pero, después de un viaje tan largo, es comprensible…

Robert y Elisabeth se miraron sin decir una palabra al respecto, pero ambos quedaron más que asombrados ante aquellas observaciones.

—Por supuesto, cualquiera puede tener un mal día. Sus modales, como siempre, fueron exquisitos —continuó el juez de paz—. ¿Cómo podría ser de otra forma? El señor Cavill es una de las grandes fortunas de Texas. He coincidido con él en varias ocasiones y he oído también que posee edificios en Nueva York, y que ha invertido mucho capital en las minas de carbón.

—¿En serio? —Elisabeth se interesó.

—Y en el ferrocarril.

—¿Y todo eso también lo ha robado, o se lo ha ganado?

Robert carraspeó.

—Querida…

—Solo preguntaba —fingió disculparse con una sonrisa inocente, que distó mucho de reflejar lo que realmente sentía—, no podemos negar que la herencia de mi padre le ha caído del cielo. —Viéndolos desviar la mirada, Elisabeth añadió—: Si me disculpan, debo saludar al resto de invitados.

Robert no estaba dispuesto a dejarla sola, mucho menos con esa lengua tan mordaz, así que caminó a su lado dispuesto a apagar los fuegos que pudiera provocar.

Observó en derredor y asintió, complacido. Las chicas habían hecho un gran trabajo. La casa lucía magnífica, y la señora Baker había preparado unas viandas exquisitas, los invitados hacían buena cuenta de ellas. Incluso el señor Hodkins había logrado que la banda de música de Riverplace asistiera y tocara mientras los más jóvenes bailaban un baile irlandés en el gran salón. Todos disfrutaban, las matronas del pueblo cuchicheaban y miraban a Elisabeth de reojo mientras ella saludaba a todo el mundo del brazo de Robert. Al parecer, consideraban que hacían una buena pareja y, por supuesto, que el heredero del rancho Beaufort no merecía una mujer como ella…, que acogía a rameras en su casa.

Elisabeth alzó el mentón y con una encantadora sonrisa saludó a la esposa del párroco, Adelaida Brooks, que le devolvió la sonrisa e inmediatamente después se puso a cuchichear con la esposa del molinero.

—Me adoran —afirmó, sonriente.

Robert tosió para ocultar la carcajada. Cuando llegaron a la mesa de las bebidas, este le ofreció una copa de jerez seco y ambos caminaron hacia un lugar menos concurrido.

La casa estaba abierta, ventanas y puertas, y la gente entraba y salía. Eran tantos… Elisabeth no recordaba haber enviado más de un centenar de invitaciones. Y, no obstante, Alexander y el señor Cavill no aparecían por ningún sitio.

—¿Sabías que vino el *sheriff* Wilson esta mañana al rancho Beaufort, interesándose por él?

Elisabeth lo miró, sorprendida, parándose con él en el porche para conversar al aire libre. A pesar del frío de la noche, el interior era sofocante.

—¿Por Cavill?

Robert negó con la cabeza.

—Por Alexander.

Elisabeth no podía estar más sorprendida.

—¿Con qué fin?

—¿Usted qué cree, señorita Winston? —La voz de Jonathan sonó tras ellos, sorprendiéndolos a ambos.

—Señor Butler. —Robert inclinó la cabeza a modo de saludo, y Elisabeth iba a tenderle la mano, pero se dio cuenta de que Jonathan no hizo ademán de cogerla.

Debía reconocer que era un hombre apuesto, con su traje negro y su pelo rubio. Quizás demasiado bajito para su gusto y de carácter extraño. Elisabeth se dio cuenta de que parecía adorarla y, al mismo tiempo, despreciarla.

—Bueno, no puede llevar a error lo que quería el *sheriff* del señor Alexander. Si es que podemos llamarle *señor*.

Elisabeth tomó aire.

—No entiendo lo que dice —defendió—. Alexander es un hombre honrado, bueno en su trabajo y…

—Un salvaje —sentenció Jonathan— Uno que, con sus acciones, y no diré cuáles, la ha puesto en boca de todos.

Ella se envaró, aunque no estaba dispuesta a defenderse de ese comentario.

Por su parte, Robert fulminó a Butler con la mirada.

—Eso no es asunto suyo.

—Sea como fuere —continuó Jonathan—, Alexander no es un hombre honorable. Yo mismo instigué al *sheriff* a que iniciase las investigaciones pertinentes sobre él. Le recuerdo —indicó, alzando el mentón— que ha tenido lugar en los alrededores un asesinato. Y prácticamente el mismo día en que el señor Alexander apareció.

—No le permitiré…

—Y luego la agresión a la señora Greenwood —la interrumpió Jonathan, complacido de escucharse a sí mismo—. Su esposo ha desaparecido, y ella misma le dijo al *sheriff* que él no la había atacado, sino que había sido otro hombre, al que no pudo reconocer. Quizás ese hombre era Alexander.

—Conjeturas —alegó Robert.

Elisabeth no podía articular palabra, estaba pálida y sin habla. No era capaz de reconocerlo, no quería reconocerlo, pero lo que decía Jonathan no era tan descabellado. En dos ocasiones, Sombra, la loba de Alexander, había estado presente en el lugar de los hechos. La primera vez, ella misma había podido verla, así como sus huellas alrededor del cadáver, y la segunda vez, la misma Lorelay había afirmado ver un lobo blanco observándola, antes de huir del supuesto asesino.

Jonathan, al intuir cómo se sentía, centró toda su atención en ella.

—Es usted demasiado confiada, Elisabeth —continuó Jonathan, elevándose por momentos—. Ese hombre, en pocas semanas, se ha hecho indispensable en el rancho. Pero nadie lo había visto antes y su procedencia es todo un misterio. Es más, los lamentables hechos que asolan Lobo Blanco comenzaron casualmente con su llegada. En mi opinión, es un farsante, y quizás un asesino. —Sonrió, con malicia —. ¿Dónde está ahora? ¿Quizás tiene miedo de que el señor Cavill aparezca y lo eche a patadas?

Elisabeth respiraba con dificultad.

—Lo que dice no son más que calumnias. —La dama miró a Robert en busca de apoyo. Se sorprendió al no hallarlo.

—Realmente no sabemos nada de él, Elisabeth —se excusó su amigo.

Jonathan pareció crecer varios centímetros.

—La muerte de Lisa sucedió justo cuando él llegó. —Elisabeth jamás había odiado tanto al señor Butler—. Y se pasea por estas tierras como si fueran suyas y con un lobo amaestrado —apuntó Jonathan, con un brillo de rabia en los ojos.

—Se llama Sombra, es una loba y no está amaestrada, es salvaje —replicó ella.

—Recuerda, Elisabeth, las huellas de lobo que vimos cuando hallamos el cadáver de Lisa Winslet en el bosque —dijo Jonathan—. Y esa cabaña…

Si en algún momento la duda de Elisabeth recayó sobre Alexander con respecto a ese asunto, de pronto desapareció. Alexander podía

ser muy peligroso si se le provocaba, pero no era un asesino de mujeres indefensas.

—No. No es suficiente para pensar que…

—En verdad, es una extraña coincidencia —apreció Robert.

—¿Huellas de lobo en el escenario del crimen y que el asesinato coincida con la llegada a Riverplace de ese capataz? —continuó Jonathan—. ¿Acaso no es motivo suficiente para sospechar? Yo diría que sí.

Elisabeth pensó que Jonathan parecía disfrutar con la situación.

—No puedo creerlo. No voy a creerlo.

—¿Y dónde está él ahora? —preguntó Jonathan, intentando sembrar más dudas en Elisabeth—. ¿No le parece sospechoso que, de repente, haya desaparecido, justo cuando el *sheriff* Wilson inicia la investigación y Cavill está a punto de aparecer?

Elisabeth cerró los ojos y tomó aire, buscando calma.

Maldita sea, había estado tranquila todo el tiempo, segura de sí misma ante el inminente enfrentamiento con Cavill, y ahora veía que ese era el menor de sus problemas. ¿Se había enamorado de un asesino? No, no podía aceptarlo. Esas calumnias caerían por su propio peso.

Pero se maldijo porque, una vez más, Alexander le arrebataba la paz. De una forma u otra, ese hombre siempre la alteraba. Y, ¡demonios!, los argumentos de Jonathan no eran descabellados. Había coincidencias. Ella misma había visto a Sombra junto al cadáver de Lisa, el día que lo encontraron. Y, sí, las fechas coincidían con su llegada. Pero, aunque Alexander oliese a peligro, se moviese como un lobo al acecho y la mirase de forma salvaje y hambrienta, ella sabía que la oscuridad que había en su interior no era maldad, se trataba de otra cosa. Quizás, las penurias que pasó con los indios, las injusticias a las que fueron sometidos… La guerra cambiaba a los hombres.

No, Alexander no era un asesino.

—No deseo seguir hablando de ello —zanjó Elisabeth, y volvió al interior de la casa con paso firme.

Entró en el salón sola, y se dio cuenta de que el bullicio era cada vez más acusado. La gente estaba muy animada, sin duda a causa

del ponche de la señora Baker. Echó la vista atrás y vio a Jonathan… malhumorado. Robert parecía preocupado y vio cómo empezaba a seguirla, abriéndose paso entre la gente, hasta alcanzarla.

—Elisabeth… —Robert quiso decirle que no debía preocuparse, que todo saldría bien, pero ella alzó el mentón y parpadeó para así liberarse de las lágrimas.

—No pienso seguir discutiendo sobre cosas absurdas. —El comentario hizo que un par de rostros se volviesen hacia ella, y se vio obligada a fingir la mejor de las sonrisas—. Ahora, lo que me gustaría es que alguien me sacase a bailar. —Miró a Robert con altanería—. ¿A quién se le ofrece?

—Yo mismo, si la dama está de acuerdo. —La voz de Alexander, tras ella, la dejó sin habla.

En un primer momento lo miró sorprendida, al igual que todos los allí presentes.

Alexander estaba junto a la puerta del salón, siendo el blanco de todas las miradas, en especial las de las damas, que, de súbito, empezaron a abanicarse, como si ese hombre tuviese el don de traer consigo el viento cálido del desierto.

Aquellas palabras fueron dirigidas a Elisabeth, pero las pronunció en un tono que esperaba precisamente eso, captar la atención de todos los presentes.

—¡Señor Cavill! —exclamó el juez de paz, al tiempo que se acercaba a él.

Luego lo hizo también el alcalde, y hasta hubo un aplauso generalizado.

—No, él no es el señor Cavill —fue Robert quien habló, porque Elisabeth no pudo hacerlo—. Él es el capataz de Lobo Blanco. El señor Alexander.

El juez lo miró, extrañado.

—Se equivoca, caballero, es el señor Cavill, sin duda.

Cuando los ojos de Elisabeth se clavaron en los de Alexander, el mundo pareció moverse bajo sus pies. Poco le importaron las exclamaciones en el salón, la ira profunda que emanaba Jonathan o la incredulidad de Robert. Lo único que importaba era que el hombre de quien se había enamorado la había traicionado.

Capítulo 20

No, todo aquello era una broma, se dijo Elisabeth. Estaba convencida de ello. Era imposible que Alexander hubiera jugado así con sus sentimientos.

Él seguía mirándola con intensidad, a la vista de todos, como un lobo que está a punto de cobrarse su presa más preciada. Y Elisabeth no era capaz de apartar la mirada de él, a pesar del rumor de voces que se esparcía a su alrededor, asegurando que él era el auténtico Henry Alexander Cavill.

El juez de paz, que había ido al encuentro de Alexander, golpeó el maltrecho corazón de la dama al confirmar que sí, que se trataba de él.

—¡Señor Cavill! —exclamó, entusiasmado—, veo que al fin ha decidido no hacer esperar más a la señorita Winston.

Los ojos de Elisabeth se llenaron de lágrimas. Abrió la boca, pero ni una sola palabra escapó de su garganta.

—Me temo que he sido un desconsiderado, señorita —dijo Henry, mientras veía cómo la expresión de Elisabeth iba volviéndose más dura.

—¿Desconsiderado? —susurró ella, sin dar crédito.

A su lado, Jonathan y Robert estaban igualmente sorprendidos, pero no con el corazón roto, como ella.

—Me temo que no solo ha sido un desconsiderado, sino que todo este tiempo se ha comportado como lo que en realidad es, un absoluto embustero y un embaucador.

—Elisabeth…

Las palabras horrorizaron a los presentes, pero Elisabeth no se retractó.

—Puede irse al infierno, señor… —hizo una pausa, para a continuación pronunciar su auténtico nombre, como si de un insulto se tratase— Henry Alexander Cavill.

Acto seguido, abandonó el salón a plena carrera, ante la atenta y sorprendida mirada de todos los allí presentes.

Salió al exterior y no paró. ¿Adónde iría?, se repetía, una y otra vez, mientras avanzaba hacia los establos. Sí, iría a por Winter. Ella la consolaría.

—¡Elisabeth! —Escuchó la voz atronadora de Henry a su espalda, pero ella no se detuvo. Se sujetó las faldas y, a pesar de que apenas podía respirar, siguió corriendo mientras la voz de Henry se volvía más insistente—. ¡Elisabeth, por favor…!

—¡Aléjate de mí! —gritó, al tiempo que disminuía la velocidad, incapaz de seguir corriendo a ese ritmo.

Por el camino se deshizo de los guantes, del chal de organdí, y se arrancó la pluma del cabello. Las lágrimas caían de sus ojos a borbotones, se deslizaban por sus mejillas y se perdían en el camino.

Se sentía estafada y traicionada. Ese maldito hombre la había engañado. La había utilizado, incluso había sido tan vil y despiadado como para enamorarla.

—¡Te odio! —Se detuvo de súbito, dando media vuelta para encararlo.

Henry llegó hasta a ella.

—Elisabeth, por favor.

Ella lo miró con la cabeza alta, con la dignidad de una reina ofendida.

Henry sabía que la había traicionado. Y nada le dolía más que eso. La miró fijamente y vio su labio inferior temblando y las lágrimas escapando de sus ojos azules, para acabar despeñándose por la preciosa barbilla.

Deseó detener ese temblor con un beso y enjugar sus lágrimas con los labios. Pero ella no se lo permitiría.

—Elisabeth, yo…

—¡Cállate! —soltó ella, en un hilo de voz. Luego negó con la cabeza—. ¿Cómo has podido engañarme así? ¿Cómo has podido jugar conmigo de forma tan… ruin?

—Jamás fue esa mi intención, Elisabeth. Debes creerme.

Ella alzó la ceja izquierda y sus ojos húmedos expresaron toda la frialdad y el desprecio que sentía hacia él. También la traición.

—¿Creerte? —sollozó, al tiempo que una sonrisa sarcástica nacía de sus labios—. ¡Jamás!

Henry se acercó a ella y con dos grandes zancadas acortó la distancia que los separaba. La asió de la cintura y la atrajo hacia sí. Ella lo miró, enfurecida.

—Ya tiene lo que deseaba, señor Cavill —dijo, en voz queda—, mi rancho, mis tierras, mis reses, mis caballos… Incluso has gozado de mi cuerpo y, maldito seas, también me has robado el corazón.

—Y tú eres la dueña del mío.

—¡Pues no lo quiero! —gritó furiosa—. Te basaste en embustes para obtener todo lo que quisiste de mí. ¡Jamás te atrevas a tocarme de nuevo!

Él alzó ambas manos, en señal de rendición, y se separó de ella con lentitud. Por primera vez desde su llegada a Lobo Blanco, Elisabeth pudo ver auténtica angustia en su mirada. Pero eso no le iba a servir de nada.

—Señor Cavill… ¡Maldito seas! ¿Cómo has podido burlarte de mí así? ¿No era suficiente con arrebatármelo todo? ¿Tenías que robarme también el corazón?

Henry no pudo contenerse. La tomó de nuevo y la encerró en un abrazo.

—No, no pienses así, por favor. —La besó con una pasión desesperada, pero solo para sentir cómo ella luchaba contra él. Esta vez no consigo misma, esta vez luchó de verdad para separarse de él. Y lo logró con un fuerte empujón.

—¡Jamás vuelvas a tocarme!

—Te amo. —Las palabras salieron a bocajarro y Henry supo que era la declaración más sincera que había hecho nunca—. Jamás pensé en lastimarte. Nunca fue mi intención.

—¿Tampoco fue tu intención enamorarme? ¿Burlarte de mí?

—No digas eso. No quise burlarme de ti. Te engañé —admitió—, es cierto. Pero solo cuando supe cuánto despreciabas a Cavill.

—¡Tú eres Cavill!

—Sí —afirmó él—, soy Henry Alexander Cavill, el heredero de tu padre. ¿Crees que quería todo esto? Fue una responsabilidad para mí aceptar la herencia. Winston confiaba en mí, ¿cómo crees que podía fallarle? Me llegaron rumores de que tenías problemas en el rancho. ¿Crees que habría podido desentenderme del último deseo de mi amigo, sabiendo que estabas en peligro?

Ella negó enérgicamente con la cabeza. Estaba furiosa.

—¡Mi padre jamás te dijo que te burlases de mí, ni que me enamoraras!

—Nadie me lo dijo —Henry se acercó de nuevo a ella y su tono fue mucho más grave—, pero no puedo evitar amarte, Elisabeth.

—¡Para!

Volvió a abrazarla y esta vez ella no lo apartó.

—Te amo, pero si tú no me amas… Si me odias, juro que te dejaré el rancho y jamás volverás a verme. —Ella miró al suelo, mientras lloraba en silencio—. Elisabeth, responde. Dime algo.

Finalmente, ella se recompuso y lo miró con aquellos ojos azules que le habían hecho perder el sentido en más de una ocasión.

—Sí, eso quiero —pronunció, en un tono tan frío y calmo que le desgarró el corazón—. Quiero que te vayas. Y no quiero volver a verte nunca más.

Henry retrocedió un paso. Se quedó plantado en el camino, mientras veía cómo Elisabeth se daba la vuelta y avanzaba de nuevo hacia el establo.

Winter la esperaba. Necesitaba huir de allí, alejarse de la profunda pena que sentía a causa de Alexander, que no la dejaba respirar. Necesitaba huir de ese hombre, que le había regalado un corazón roto.

Llegó a los establos e, indiferente a las protestas de Winter, que notaba su mal humor, montó en su lomo de un salto, apretó los flancos de la yegua y salió de allí como alma que lleva el diablo.

Dos horas después, Elisabeth no había encontrado la paz que buscaba, pero al menos había salido de la pesadilla que en aquellos instantes era su casa.

La luna llena lamía la pradera, mientras las lágrimas se secaban en su rostro. Unas lágrimas que hizo desaparecer con un manotazo. Ya no iba a llorar más.

Winter galopaba, dibujando una línea recta sobre las altas hierbas. La dama había soltado riendas y la yegua estiraba el tranco lo máximo posible. Era un galope casi suicida, y parecía volar, pero eso no le importó. Necesitaba desfogarse y solo una cabalgada como esa la calmaría.

Tiempo después, Winter redujo el ritmo al adentrarse en el bosque. La oscuridad le oprimió el corazón, y más cuando las imágenes de Lisa inundaron su mente. Meneó la cabeza para ahuyentarlas y eso pareció funcionar. Resultaba frívolo, pero la humillación que había sentido horas antes, al ver cómo reconocían a Alexander como el señor Cavill, lo llenaba todo a su alrededor. Incluso le hacía olvidar que el señor Butler prácticamente lo había acusado de asesinar a Lisa. Chasqueó la lengua. Ese pensamiento la molestaba. Pensar siquiera en ello era una traición. Pero ¿acaso Alexander…, Henry, no la había traicionado?

Se esforzó en desechar a ese mentiroso de sus pensamientos. Se secó de nuevo las lágrimas y, decidida, se adentró en el bosque.

Las hojas de las altas copas dejaban pasar largas líneas de luz plateada, que tan solo se cortaban al paso de Winter y su amazona. Los animales habían enmudecido, no se escuchaba nada, tan solo las pisadas de la yegua avanzando al paso sobre el lecho del bosque, haciendo crujir las hojas secas y los helechos. Reinaba la tranquilidad, y Elisabeth lo agradeció. Eso era lo que necesitaba su corazón roto.

No podía dejar de pensar en Alexander. Maldito fuera. La había engañado. ¡Era el mismísimo Cavill!

No se lo perdonaría jamás…

Aun así, Elisabeth no podía ignorar a su corazón, que seguía clamando por él, golpeándole el pecho como, seguramente, sonarían los tambores de los indios salvajes. Con el mismo tesón, la misma

fuerza y salvajismo… Porque Alexander…, se corrigió: Henry Alexander Cavill, jamás la trató como a una inferior, ni como a una mujerzuela cualquiera, mucho menos le faltó el respeto, sin contar con la omisión de su persona, lo que se traducía en una mentira… La había protegido, le había salvado la vida la noche de la tormenta. Y, sí, la había hecho suya, pero con su consentimiento.

¡No! ¡No habría consentido de saber quién era él en realidad! Tiró suavemente de las riendas para detener a Winter y saltó de su lomo. Pateó el suelo y golpeó el tronco de un árbol con la palma de la mano. Estaba furiosa, porque la que mentía en aquellos momentos era ella misma. Por supuesto que se habría entregado a ese hombre, y lo habría amado como lo amaba en ese mismo instante. Porque Alexander era mucho más que dinero o propiedades, era el hombre que siempre la había mirado con el valor que ella creía poseer.

Se sintió estúpida cuando su hombro golpeó el tronco del árbol y se recostó contra este.

De pronto, Winter se tensó por unos instantes y Elisabeth se puso en alerta. Miró a su alrededor, pero, al parecer, todo estaba en orden.

—No es nada, amiga. —Le palmeó el cuello a la yegua, creyendo que el nerviosismo se debía a que notaba su mal humor.

Solo pasaron unos segundos, cuando se dio cuenta de que no era así. Winter estaba nerviosa porque sentía que alguien las estaba observando. Al igual que, de súbito, empezaba a notarlo ella.

Escuchó los cascos de un caballo, a lo lejos. ¿O habían sido las ramas de los árboles, mecidas por una súbita ráfaga de viento? Se le subió el corazón a la garganta al ver una sombra cruzar el sendero a toda velocidad. Winter alzó las orejas, con curiosidad.

—Oh —gimió Elisabeth, al ver la fantasmal figura.

Era la loba.

Sombra estaba con ellas, a cierta distancia, observándolas. Lo pudo confirmar cuando el animal, tímido, se asomó por la izquierda, zigzagueando entre los árboles, hasta llegar a la dama.

Elisabeth miró a la loba con tristeza, aunque sentía mucho cariño por ella. Le dedicó una sonrisa.

—No estoy enfadada contigo, Sombra, así que no hace falta que te escondas. —La loba pareció responder, agachando la cabeza y mirándola con esos ojos ambarinos, como si estuviese leyendo su alma.

A los pocos segundos puso las orejas en punta y gimió, como si suplicase un perdón hacia su amigo.

Henry también estaba allí, desmontando de Cochise, clavando la oscura mirada en Elisabeth.

—Es con él, con tu odioso amigo, con quien estoy enfadada, Sombra. —La loba ladeó ligeramente la cabeza y pareció mover el rabo, en señal de reconciliación.

Aunque Elisabeth sabía que los lobos no hacían eso, pues no eran perros, Sombra tenía, a veces, actitudes muy domésticas. Sin duda, era una loba muy especial.

—Mejor márchate, no creo que quieras escuchar nuestros gritos.

Pues, por supuesto, alguno habría.

Henry contemplaba a Elisabeth. Ella estaba sentada, con la espalda apoyada en un árbol, en un claro del bosque, iluminado por la luz plateada de la luna llena. Instantes antes, había entrado en pánico. Cochise pareció perder la pista de Winter, pero finalmente logró dar con ella. La dama, a pesar de su enfado, se encontraba bien y eso le hizo suspirar de alivio.

Desmontó cuando la vio dejar marchar a Sombra. Esa loba traidora parecía tener más preferencia por Elisabeth que por él, pero no podía reprochárselo.

Se acercó a ella y lo hizo desde la zona menos poblada de árboles, para que pudiera verle llegar y no se sobresaltara.

Cuando ella se percató de su presencia, se puso en pie, se subió la falda y… desenfundó la daga que él le había regalado.

—Soy yo, Elisabeth.

Ella resopló.

—¿Quién?, ¿el señor Cavill?, ¿Alexander?, ¿mi capataz?…

«¿El asesino de Lisa?». Esto último no lo dijo, pero lo pensó, y se le atragantó en el alma.

—Puedes llamarme Henry.

—Te llamaré embustero.

Él sonrió sin humor, pero siguió acercándose a ella con los brazos en alto.

—Elisabeth, ¿vas a escucharme?

—No quiero hacerlo.

Él no se detuvo hasta llegar frente a ella. La hoja del puñal brillaba a la luz de la luna y, haciendo caso omiso del arma, Henry la miró a los ojos y avanzó un paso y otro, haciéndola retroceder hasta el tronco del árbol.

Cuando la espalda de Elisabeth se apoyó en él, le tembló la mano y bajó el arma al ver que Henry no estaba dispuesto a apartarse, ni siquiera con la amenaza de la afilada hoja.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó enfadada e intentando no llorar.

—Solo a ti —dijo él, inclinándose sobre ella. Sus labios estaban cada vez más cerca—. Solo a ti.

Cuando los labios de Henry rozaron los suyos, Elisabeth cedió al deseo de sentirse amada de nuevo. Sollozó, exhausta, contra su boca y él la encerró entre los brazos.

—Elisabeth —dijo, suplicante—, perdóname.

—Jamás.

Elisabeth parecía decirlo en serio, pero le devolvió cada beso con la misma pasión que Henry le demostraba.

Él hundió los dedos en su melena, deshaciendo el recogido que Cathy le había hecho especialmente para la ocasión. Y ella tuvo que admitir con rabia que, en el fondo, no se había vestido así para enfrentar a Cavill, sino para verse hermosa, para que Alexander la viera bonita y la deseara… y la amara.

Elisabeth lo abrazó con más fuerza. Si eso, esa pasión, era todo lo que ella podía extraer de él, la saborearía por última vez. Aunque tuviera que pasarse el resto de su vida anhelando sus besos y esas caricias que la hacían sentirse la mujer más especial del mundo.

Ella gimió y echó la cabeza hacia atrás cuando Henry desplazó los labios hasta su cuello. Esa fue la señal que él había estado esperando. La besó en la garganta, le lamió la piel sensible y se atrevió a darle un pequeño mordisco que la hizo apretarse más

contra él. Cuando la boca de Henry llegó a su oreja, las manos ya se perdían por debajo de su falda.

—¿Me deseas?

Ella asintió. ¿Cómo no iba a desearlo? Cada fibra de su cuerpo clamaba por ser atendida por esas manos, por esa boca…

—Sí.

Elisabeth volvió a gemir cuando él la acarició con la lengua. Para cuando terminó, la joven ya buscaba los labios del traidor con ansia.

Mientras un brazo rodeaba su cintura y la aplastaba contra el árbol, la otra mano acarició su rodilla y siguió subiendo, apretando su suave muslo.

Se obligó a ir despacio y, con delicadeza, empezó a acariciarla, sin dejar de besar la cálida piel de Elisabeth. Sabía a miel y a limón y olía a rosas. Hundió el rostro en el hueco de su cuello, cerró los ojos y memorizó su aroma.

Elisabeth alzó la cabeza y abrió la boca para tomar todo el aire que pudo. Apenas podía respirar con ese maldito corsé. Él pareció darse cuenta, pues se situó entre sus piernas y la sujetó con el peso de su cuerpo. Echó de menos la caricia en su muslo, pero ahora las dos manos de Henry estaban ocupadas desabrochando los lazos del corsé.

Con dos tirones hacia abajo, el escote se hizo más pronunciado y reveló sus perfectos pechos.

El torso de la joven quedó expuesto, cubierto tan solo con la fina tela de su ropa interior, que dejaba entrever los preciosos senos, llenos y turgentes. Henry se apartó unos instantes y, con ambas manos, abarcó cada uno de esos cálidos montículos. En las palmas notó los pezones endurecidos, y tuvo que controlarse para no echar a perder la fina tela y desgarrarla.

—Maldito seas —gimió, cuando un fogonazo de deseo la recorrió entera.

—Eres tan perfecta…

Cuando por fin Henry apartó la fina tela, los pechos de Elisabeth fueron liberados. Se agachó, tomó uno en los labios y se deleitó con el vibrante gemido que ella expulsó a la vez que, con la lengua, trazaba círculos sobre el endurecido pezón.

—Oh…, señor… —La voz de Elisabeth sonó cavernosa—. No te detengas.

Él la miró a los ojos mientras proseguía con su tortura.

Elisabeth pudo ver reflejada en las negras pupilas la pasión que ambos compartían. Con las manos, se atrevió a acariciar los fuertes brazos de ese hombre y se dio cuenta de que él dudaba.

—Vamos… como si fuera nuestra despedida.

Henry besó sus pechos con más fuerza. Los chupó y lamió con reverencia, mientras escuchaba los jadeos incontrolables de Elisabeth.

No, no iba a ser su última vez. Podría jurarlo. Una pasión así no se extinguiría ni en cien años.

Luego, mientras volvía a apoderarse de su boca, y sus caderas ondeaban hacia el centro del deseo de ella, sus manos apretaron esos pechos que tantas noches había venerado hasta saciarse.

De pronto, Elisabeth sintió el frío colarse bajo su falda. Ahora Henry la miraba a los ojos al tiempo que, con un movimiento certero, entraba en su cálida y suave cueva.

Ella no pudo más que cerrar los ojos y tomar aire, disfrutando de la placentera sensación de volverlo a tener en su interior.

La cubrió con su cuerpo mientras besaba su mejilla y enterraba más tarde su rostro en el cuello de Elisabeth.

Los movimientos de sus caderas fueron cada vez más bruscos, llevados por la pasión que ambos sentían.

Acarició el rostro de la dama con ternura, arrepentido por haberle mentido.

—Elisabeth, perdóname.

Ella lo miró con los ojos nublados por la pasión y le puso una mano en la boca, para hacerlo callar. Entonces, en medio de la noche, solo se escucharon los gemidos de placer de Elisabeth, que no parecía dispuesta a pedirle que se detuviera.

La rodeó con los brazos y ella apoyó el rostro en el pecho de él. En algún momento le había abierto la camisa y en la mejilla sintió la calidez de su cuerpo, su olor… Un olor que la excitó y que le resultó tremendamente familiar. Era el olor que estaba en sus sábanas cada

noche; él, que se había metido en su mente desde que lo oliera por primera vez en la cabaña destartalada, donde se conocieron.

—Estás temblando. ¿Tienes frío? —preguntó Henry, mientras le acariciaba el pelo, que ya caía en cascada sobre los hombros desnudos.

Como única respuesta, Elisabeth meneó la cabeza y lo besó en la clavícula. Pero no quiso detenerse ahí, exigió a Henry que agachara la cabeza, para saborear de nuevo su boca. En el instante en que Elisabeth percibió la lengua masculina, cálida y suave, saboreando su intimidad, todo dejó de tener sentido.

Se arqueó contra él, sintiéndolo en su interior, duro, fuerte, salvaje. Hundió los dedos en la abundante melena de su amante. Jamás creyó que podría sentir algo así y empezó a creer que iba a morir de placer de un momento a otro. Tan solo pudo concentrarse en la presión de su cuerpo, en la caliente invasión de Henry, poseyéndola, amándola.

—¡Oh, cielos! —jadeó, en el instante en que el calor explosionaba como un volcán en plena erupción.

A punto de estallar él también, Henry continuó besándola, mientras ella seguía convulsionándose y los gemidos colisionaban en su boca.

Loco de excitación, y satisfecho por el entusiasmo de su amante, le agarró los muslos y empujó, cada vez más fuerte, a un ritmo acelerado, con el objetivo de sentirse tan saciado como ella.

Con un ronco gemido, Henry se vació en su interior, y Elisabeth lo abrazó con más fuerza, dispuesta a no caerse, mientras él se tambaleaba contra ella.

Cuando el vaivén de sus caderas cesó, este la miró a los ojos. Acarició su mejilla, su boca, le besó la nariz, los párpados, y la apretó fuerte contra su pecho.

—Eres mía —aseveró, declarando firmemente que no estaba dispuesto a dejarla marchar.

Elisabeth hizo oídos sordos a sus palabras, pero fue incapaz de separarse de él.

Estaba tan fuera de sí…

¡Quería venganza!

Esa zorra de Elisabeth le había humillado. Había humillado al hombre que se había enamorado de ella, que había hecho todo para conseguir su amor, para demostrarle que, pasara lo que pasase, podía contar con él.

Cuando él mismo envenenó a las reses, ¿acaso no le había demostrado que podía apoyarse en él? Le había propuesto matrimonio. Y ella le había rechazado sin tan siquiera parpadear, sin pensar cómo podría ser una vida con él. ¿Por qué?

El hombre miró el cuerpo inerte a sus pies.

—Una zorra menos —dijo, con voz cavernosa.

A sus pies, el cuerpo desmadejado de Bárbara yacía sin vida, tal y como lo había estado la puta de su hermana.

Matar a Lisa había sido mucho más difícil. Matar a otra mujer, que tanto se parecía a Elisabeth, mucho más fácil esta vez.

A Lisa la asesinó en un arrebato de cólera, y aun así dudó de si lo que hacía estaba bien o mal. Pero a Bárbara… estaba tan enfadado con Elisabeth que pagó con ella todas sus frustraciones.

Quizás sí hubiese conseguido acabar con Lorelay, pero en el último momento cambió de parecer: la necesitaba viva. Con total premeditación la había perseguido, dirigiéndola hasta Lobo Blanco. Elisabeth tenía intención de marcharse nada más el señor Cavill apareciera, pero él no iba a permitirlo. Si conseguía que esas furcias la necesitasen… ella se quedaría.

Elisabeth jamás abandonaría a una mujer embarazada, o a una madre con su inocente criatura, pidiéndole ayuda.

No, gracias a eso se había convencido de que Elisabeth no lo abandonaría, se quedaría en Lobo Blanco.

Pero entonces llegó Cavill… Ese bastardo no solo era el dueño de todo, sino que, además, se había apropiado de Elisabeth.

No podía consentirlo.

Si Elisabeth no era suya, no sería de nadie. Pero antes se ocuparía de que ella misma viera, con sus propios ojos, cómo despedazaba el cuerpo de su amante.

La venganza estaba cerca. El final de todo lo estaba. Si ella moría… quizás su obsesión se aplacara.

Capítulo 21

Elisabeth se sentía fuera de lugar, con su vestido rojo de fiesta, arrugado e impregnado con el aroma de Henry. Lo miró de soslayo y él hizo lo mismo. Sobre sus hombros desnudos, Henry le había puesto su chaqueta, y ambos, en silencio, regresaban a Lobo Blanco.

Winter adelantaba dos trancos a Cochise, pero Henry quiso ponerse a la par, para poder intentar de nuevo hablar con ella.

Apretó los flancos de su montura y se acercó hasta Elisabeth. Los caballos se arrimaron con un relincho amistoso, ajenos a la tensión de ambos jinetes.

—Tienes razones de peso para estar enfadada, Elisabeth.

Silencio.

—Pero quiero que sepas que jamás fue mi intención dañarte.

—Cállate. —No lo miró, ni gritó, no hizo falta para demostrar lo decepcionada que estaba con él.

—Estoy enamorado de ti.

Esta vez sí clavó la mirada en él, tragándose un juramento.

—¡Cállate, embustero!

—¡Sí, soy un maldito embustero! —bramó Henry, haciendo que Cochise se alterara—. ¡Pero no mentí cuando te dije que te amaba!

Bien, ella tampoco. Pero ¿dónde los dejaba eso? ¿Acaso importaba?

Elisabeth no estaba dispuesta a escuchar sus excusas, el dolor que sentía no pasaría pronto. Y estaba demasiado cansada como para pensar qué haría con su vida a partir de ahora.

De pronto, un aullido captó su atención.

—Parece que Sombra está inquieta —dijo él.

Elizabeth no quiso darle pie a hablar, pero, cuando de nuevo escuchó a Sombra, se preocupó.

—¿Crees que le pasa algo?

Por la cara de Henry, sí. Algo andaba fuera de lo normal.

Entonces los aullidos se transformaron en agudos gemidos. Henry se envaró, mirando a su alrededor, y, de pronto, un fuerte grito salió de su garganta. Estaba angustiado cuando golpeó los flancos de Cochise y se precipitó hacia el lugar donde Sombra gemía.

Apenas cinco minutos después, vislumbró algo sobre el suelo, un amasijo de tela y, a pocos pasos, la loba permanecía quieta, con la respiración acelerada.

—¡Sombra!

Elisabeth había espoleado a Winter tras él, y llegaron casi a la par. Al acercarse al bulto, se dieron cuenta de que era una mujer.

—Pero ¿qué…?

De repente, lo vio.

El cuerpo de una mujer yaciendo sobre el suelo del bosque. En un claro. La luna llena hacía brillar la melena de tono caoba.

—¡Dios mío! —Elisabeth desmontó y se lanzó a la carrera.

Henry llegó antes, agarró a la mujer por los hombros y le dio la vuelta. Vio su rostro y se echó hacia atrás. La piel delicada seguía inmaculada, no había moratones, ni contusiones, pero su palidez y los labios azules le dejaron claro que Bárbara estaba muerta.

—¡No! ¡No!

Los gritos de Elisabeth eran desgarradores.

Henry la tomó entre sus brazos y la alejó del cuerpo de su doncella.

—Alex…

—Lo siento, lo siento —dijo él, intentando consolarla.

Pero no había consuelo posible. En pocas semanas, Elisabeth había perdido a dos de sus amigas. El monstruo había vuelto a atacar.

Miró más allá y vio el estómago de Sombra subir y bajar. La loba estaba viva. ¿Sería posible que hubiese querido defender a Bárbara y

la hubiesen golpeado?

—¡Sombra!

Henry se acercó, cuando Elisabeth le apremió a hacerlo. Junto a la loba, una pala con sangre estaba tirada sobre las hojas muertas.

No hacía falta ver mucho más para llegar a la conclusión de que el asesino había golpeado a Bárbara en la cabeza, provocándole la muerte, y era más que probable que Sombra hubiese tenido la misma suerte.

—¡No me diga que me calme!

—Es normal que estés alterada, querida…

Elisabeth se juró que, si el alcalde volvía a decirle «querida», le golpearía.

—Estoy alterada porque, aunque sabíamos que habían asesinado a una de mis chicas, no se hizo absolutamente nada para atrapar al culpable.

—Eso no es cierto —dijo el *sheriff* Wilson con indignación.

En ese momento, Henry avanzó un paso, y todos los presentes lo miraron con una mezcla de respeto y temor.

El *sheriff* estaba con ellos, y también la señora Baker con el alcalde y Robert, que no daba crédito a lo que estaba sucediendo en Riverplace.

—Debemos hacer algo —dijo, muy serio—, dos mujeres asesinadas y…

Elisabeth sintió que le fallaban las piernas y se sentó en uno de los butacones del salón. Evidentemente, la fiesta se había acabado cuando Henry y ella regresaron a la carrera, en busca de ayuda. Una hora después, el *sheriff* y dos de sus hombres se personaron en Lobo Blanco, y el alcalde, al estar todavía despierto en casa, y enterarse por el alboroto que había montado el *sheriff*, se unió a ellos.

—Me ocuparé de esto… —Pero Wilson no pudo terminar de hablar, porque Elisabeth volvió a ponerse en pie.

—¿Como se encargó del asesino de Lisa? —Lo miró, furiosa, y todos guardaron silencio—. No merece ni que lo reciba en *mi* casa,

sheriff Wilson. Pero, para mi desgracia, sigue siendo la única autoridad aquí en Riverplace, así que no me queda más remedio que soportarle.

—Hacemos lo que podemos, señorita Winston —se excusó, muy ofendido. No estaba acostumbrado a que una mujer lo contradijera y no dijo más, seguramente porque Cavill estaba presente.

Eso enfureció aún más a la dama.

—No, no lo hacen —contratacó Elisabeth—. Lorelay también fue atacada, podríamos llevar tres chicas muertas. ¡Tres de mis amigas, y en *mi* rancho!

Nadie respondió y ella continuó:

—Sé que Greenwood maltrataba a su esposa, ¿lo han detenido para interrogarle?

El *sheriff* no respondió enseguida, pues creía que aquellos no eran asuntos para una mujer. Miró a Cavill en busca de ayuda, pero no la encontró, ni remotamente.

—Responda a la señorita Winston —dijo Henry.

Ella se envaró.

—No necesito tu maldita ayuda para lidiar con esto.

—Solo intento ayudarte.

—¡Pues no lo haces! —exclamó, fuera de sí—. ¡Tu sola presencia me altera y hace que este hombre me ignore!

De no estar él, el *sheriff* ni siquiera se habría molestado en dar una explicación. Pero Henry no quiso decírselo.

Wilson tomó la palabra:

—Es cierto, Greenwood lleva días desaparecido. —Esta vez miró a la señorita Winston—. La última vez que se le vio, fue en la taberna de Riverplace, emborrachándose.

—¿Y cómo saben que no entró en Lobo Blanco para llevarse a Lorelay y…?

—¿Por accidente mató a Bárbara?

—¿Por accidente? —boqueó Elisabeth, ofendida.

—Ya me entiende. —Y en verdad que Elisabeth lo entendía demasiado bien—. Desconozco si entró o no en Lobo Blanco, lo único que puedo decirle es que el reverendo fue a hacerle una visita

a su cabaña, porque necesitaba un carro de leña para la parroquia, y no lo encontró.

—Entonces, esta vez sí han hecho averiguaciones de provecho, ¿no es así? —Henry alzó ambas cejas y miró al *sheriff*, buscando una explicación más detallada.

Wilson no podía sentir más vergüenza ante el poderoso hacendado, una de las fortunas más importantes de Texas, del cual habían sospechado cuando pensaban que tan solo se trataba de un forastero. Ahora que sabían quién era en realidad, no osarían acusarlo de asesinato. Cavill lo sabía y lo aprovechaba.

—Posiblemente, Greenwood sea el asesino. Todo encaja.

—Ahora sí —dijo Elisabeth, con el sarcasmo impreso en el rostro —, pero hace algunos días tenían otro sospechoso. ¿No es eso cierto?

Todos los hombres de la sala la miraron, sorprendidos ante su atrevimiento.

—Elisabeth…

—¿Qué? —Seguía sonriendo, irónica—. ¿Acaso no es cierto que te quedas fuera de toda sospecha únicamente por el hecho de ser rico y no un forastero?

Él la miró dolido y ella apartó la mirada, de pronto avergonzada ante su exacerbada naturalidad, pero no había vuelta atrás.

—Es cierto que los asesinatos empezaron cuando él llegó —explicó el *sheriff*—. Pero no tiene ningún móvil.

—El señor Greenwood parece un mejor sospechoso. Quizás pensó que su esposa había muerto a causa de una paliza, y decidió huir.

—Y tal vez, antes de marcharse, quiso ir a por Lorelay y se encontró con Bárbara.

La señora Baker volvió a llorar ante el horror de esa posibilidad.

—Tienen que atraparlo —sollozó.

—Eso haremos, señora.

A Elisabeth, las palabras del *sheriff* le resultaron tan falsas que no pudo soportarlo más.

—¿Sabe qué? —dijo, poniéndose en pie—. Creo que va siendo hora de que se marchen. Ha sido una noche muy larga y, sin duda, mañana será un día peor.

Los hombres se miraron entre ellos y al final clavaron los ojos en Cavill, quien realmente era el dueño de esa casa.

A Elisabeth la ira le pudo más que los modales.

—¡Lárguense de aquí!

Miró a Henry, desafiándolo a que la contradijera. Pero él guardó silencio. Hasta que vio que los hombres vacilaban.

—Márchense.

Robert iba a salir detrás de ellos, cuando volvió.

—Cuentas conmigo para lo que necesites, Elisabeth.

—Gracias. —El agradecimiento fue seco, pero ella de verdad le agradecía sus palabras.

Cuando la puerta se cerró, solo pudieron escuchar el llanto de la señora Baker.

—¿Cómo se lo diré a las chicas? —Lloró amargamente—. Lisa y ahora Bárbara, ¿qué está pasando?

Henry meneó la cabeza y, por muy enfadada que estuviera, Elisabeth buscó sus ojos para encontrar algo de consuelo, quizás una explicación.

—Te prometo que averiguaré todo lo que pueda —le dijo—. Esto no quedará así.

Y le creyó. A pesar de todos los embustes que le había hecho creer ese hombre, sabía que en esto no mentía.

Como suele ocurrir con las grandes desgracias, la gente sigue con sus vidas, pero con un pesar sobrevolando sus cabezas.

Había una herida en los corazones que habitaban Lobo Blanco, que no podían olvidar a Lisa y a Bárbara, y mucho menos dejar de pensar en los motivos por los que el asesino las había arrancado de sus vidas.

En el rancho se vivía al día, afanándose en sus quehaceres, sumidos en un silencio que se iba rompiendo en algunos momentos, con inevitables bromas entre las chicas, alguna sonrisa de la señora Baker o el entusiasmo infantil de Andy, cuando Henry le dejaba montar en Cochise, al menos hasta que el *mustang* lo tiraba al suelo. Pequeñas treguas, entre un humor sombrío.

Habían pasado dos semanas desde el funeral de Bárbara, la cual habían enterrado junto a su hermana, y el dolor parecía menguar, dejando rastros de culpabilidad en superar la pérdida.

Elisabeth fue la primera en seguir con sus rutinas. Quizás porque pensó, acertadamente, que eso le mantendría la mente ocupada. Pero aquello no podía durar. Ella ya no era la dueña del rancho. Estaba allí, encargándose de que la casa se mantuviera limpia, que las reses estuvieran bien alimentadas y muriéndose de ganas de hablar con Henry, para decirle que el ganado debía venderse en menos de un mes.

Sí, hablar con Henry era tan difícil como olvidarse de sus amigas.

Cavill era el dueño y señor de todo, y aunque ella era prescindible allí, no podía irse. No quería irse. Se decía a sí misma que el motivo era que no habían encontrado al asesino de Lisa y Bárbara, y que Lorelay y su bebé la necesitaban. Pero, en el fondo, le avergonzaba saber que no podía marcharse porque amaba a Henry.

Se acercó a los establos y de nuevo se sorprendió de encontrarlo allí, como cada mañana, ocupándose de los caballos y organizando con los vaqueros las tareas del rancho. En definitiva, ejerciendo el trabajo de capataz.

Pero durante esas semanas, él había estado haciendo algo más, y ella lo sabía.

Henry salía a cabalgar para buscar al culpable de los asesinatos, algo que era mucho más de lo que hacían el *sheriff* y sus hombres.

Henry estaba en un rincón, agachado sobre algo. No le costó darse cuenta de que Sombra estaba sentada sobre sus patas traseras, bostezando. Totalmente recuperada.

—Buenos días, señor Cavill.

Él se alzó, cuan alto era, y ella pudo verle bien cuando se acercó.

—Me llamo Henry, o Alexander, que es mi segundo nombre. Puedes llamarme como quieras, pero no me llames *señor*.

Ella, por algún motivo, apartó la mirada. No quería discutir con él. Y menos cuando sabía que estaba haciendo tanto por dar con el asesino de sus chicas.

—De acuerdo, Alexander.

—Bien —dijo él, pasando por su lado como si tuviera otras cosas que hacer.

—Me marcharé cuando todo esto se solucione —dijo Elisabeth, a bocajarro—. No quiero ser una carga para ti. Sé que no me lo has pedido, pero entiendo que este es tu rancho.

Y de verdad Elisabeth lo aceptaba, por muy injusto que le pareciera.

Pero esas palabras, dichas en voz queda, sorprendieron a Henry tanto como lo enfurecieron. Regresó sobre sus propios pasos y se detuvo ante ella, mirándola fijamente. Sombra se acercó para saber si todo iba bien y, al ver que no había peligro de que se enzarzaran en una violenta pelea, regresó a su lugar de descanso.

—Voy a volver a explicarte eso que no quieres entender.

Ella levantó el rostro para mirar los profundos ojos de Alexander. Y lo escuchó en silencio, para sorpresa de él.

—No soy un pusilánime, como Jonathan. Tu padre te dejó a mi cargo, eres mi responsabilidad. Y quiero que tengas algo muy claro.

Ella asintió, con tanta tristeza que era incapaz de discutir.

—¿Qué?

—Vas a casarte conmigo.

Elisabeth abrió la boca para protestar, pero él se acercó y a ella se le entrecortó la respiración al ver los labios de ese hombre de nuevo tan cerca.

—No, yo no…

—Lo harás —dijo Henry, con seguridad—. Y no lo harás porque te obligue, lo harás porque lo deseas. Porque sabes que, en el fondo, mis sentimientos hacia ti son sinceros. Y que, por mucho que luches contra los tuyos, están ahí… Me amas, como yo te amo a ti.

Elisabeth jadeó, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

De pronto, Henry la abrazó y ella se dejó llevar, quizás porque estaba demasiado necesitada de consuelo por todo lo que había pasado.

—Tienes razón —dijo Henry, después de un tiempo de silencio—, te oculté la verdad. Pero te la oculté antes de salvarte la vida el día de la tormenta. Esa noche, ni tú sabías quién era yo ni yo tampoco

sabía que la maravillosa mujer que dormía desnuda a mi lado era la señorita Winston.

Elisabeth se sonrojó, pero lo dejó continuar.

—Ahí fue cuando empecé a enamorarme de ti.

—Alexander…

—Te casarás conmigo —dijo Henry, rodeando su cintura con más fuerza. No pensaba dejarla escapar.

La cercanía hizo que las mejillas de Elisabeth se sonrojasen, que su corazón empezase a latir con fuerza y que su piel ardiese. Aun así, apoyó las palmas en el pecho masculino para apartarlo sin demasiada convicción.

—No puedo casarme contigo.

Los ojos azules de Elisabeth lo miraban al tiempo que pugnaban por no derramar un mar de lágrimas.

—¿Por qué?

—Porque no confío en ti —sollozó, y una lágrima se le escapó.

Eso le dolió más que cualquier mentira. Sí, dolía que no confiara en él, pero más doloroso era verla sufrir por su culpa. Así mismo, no estaba dispuesto a apartarse de ella. Jamás la dejaría.

—Con el tiempo me perdonarás y yo te demostraré, día tras día, lo feliz que puedes llegar a ser conmigo.

Dicho esto, la besó, sin darle tiempo a reaccionar.

Ella estuvo a punto de rendirse a la sensualidad de la boca de ese hombre, que la agasajó, excitándola, abrasándola… Estuvo a punto de entregarse de nuevo a él. Pero no podía. El dolor era demasiado reciente. Apoyó las palmas de las manos en su pecho e intentó zafarse de su abrazo; no lo consiguió pero sí logro detener el beso.

—Hablaré con la señora Baker y con el párroco —dijo Henry, mirándola fijamente.

—No lo hagas… —La protesta de Elisabeth sonó débil y su mirada se tornó huidiza.

—Nos casaremos dentro de dos semanas, suficiente para el vestido, el convite… —Ella abrió la boca para protestar, pero él no se lo permitió—. Algo íntimo. Solo déjame poner un anillo en tu dedo, para que sientas que todo esto vuelve a pertenecerte, hasta mi corazón.

Esta vez cuando la besó, Elisabeth se entregó con todo su ser, aunque seguía pensando que el matrimonio era una mala idea.

Capítulo 22

Elisabeth estaba allí de pie, mirándose en el espejo de cuerpo entero de su habitación. Llevaba un vestido precioso. Color marfil y con delicados encajes en las mangas y en el apocado escote. La elegante cola descansaba a un lado. Cathy se apresuró a colocarla de lado, haciendo que las ondas de la falda formasen una caracola.

A su lado, Lorelay, con su hija en brazos, la miraba con lágrimas en los ojos. La señora Baker simplemente había dado rienda suelta a un llanto emocionado y no podía parar.

—Ya es suficiente, parece que en lugar de a mi boda vaya a mi funeral.

La señora Baker meneó la cabeza y se santiguó.

—No, mi niña, no más funerales. —Se acercó a ella, limpiándose las lágrimas de la cara—. Ahora toca ser feliz. —Le acarició el rostro de porcelana—. Espero que sea uno de los días más felices de tu vida.

—Yo también. —Cathy no pudo reprimirse y la abrazó. Después, Lorelay se les unió. Y allí estaban ellas, las mujeres de Lobo Blanco, que tanto habían sufrido los últimos meses tras la desaparición de sus vidas de Bárbara y Lisa.

—Lisa estaría entusiasmada ante la idea de bailar esta noche —dijo Cathy.

—Y Bárbara no te habría dejado salir sin que tu peinado tuviera cada hebra de cabello en su sitio —añadió la señora Baker.

Sonrieron tristemente, acordándose de las chicas. El asesino aún andaba suelto, y aunque el *sheriff* no hiciera nada al respecto, estaban seguras de que Henry se encargaría. Al menos no se rendiría en la búsqueda de ese malnacido que había acabado con sus dos amigas.

—Deberíamos movernos —dijo la señora Baker—. Los invitados han llegado ya, y el novio debe de estar nervioso por el leve retraso.

—Cinco minutos más —murmuró Elisabeth, que deseaba quedarse a solas, aunque fuera por un instante, y así poder ordenar sus ideas —. Adelantaos. Enseguida os alcanzaré.

Las chicas se miraron entre sí y rieron, al darse cuenta de que la nerviosa era ella y no el novio.

—Por supuesto —cedió la señora Baker—, te esperaremos al pie de la escalera.

Elisabeth asintió.

Y se quedó allí, mirándose a través del espejo el precioso vestido de seda color marfil, con mangas y puños de encaje. A Cathy le había costado atar los veintiún botones que llevaba a la espalda. Se tocó el cuello de encaje y la mano ascendió hasta el discreto velo, sobre su cabeza. Sonrió, emocionada, al pensar en su madre y en su padre y en lo bonito que habría sido que hubiesen podido disfrutar de ese día con ella.

Finalmente, se casaría. Con Henry. Tomó aire y sin querer empezó a temblar. Se sorprendió deseando ver a su futuro esposo aguardando en el altar. Imaginó sus ojos negros y profundos y su sonrisa hermosa y sincera.

Agachó la cabeza por un instante para serenarse y, entonces, escuchó unos golpes en la puerta. Pensó que se había quedado absorta en sus pensamientos y que los invitados estaban impacientándose.

—Ya voy, señora Baker.

Pero al abrir la puerta, no fue a la señora Baker a quien vio. Sorprendida, se echó hacia atrás, y fue entonces cuando ocurrió: el golpe del encapuchado la lanzó contra la pared y un fuerte dolor en la cabeza le dejó claro que el líquido viscoso que notaba en el rostro era su propia sangre.

—Pero ¿qué…? —No pudo decir más, y le sorprendió la oscuridad.

Elisabeth despertó, sin poder discernir dónde se encontraba ni cuánto tiempo había pasado desde que ese hombre la golpeara. Una venda le tapaba los ojos, y sus muñecas estaban atadas con firmeza. ¿Pero qué lugar era ese? ¿Y por qué la había raptado el día de su boda? Suspiró, sintiendo tanta rabia como temor.

Intentó quitarse la venda de los ojos frotándose la cara con el hombro, luego lo intentó con la pared, pero estaba muy fuertemente atada con las manos a la espalda y lo único que consiguió fue rasparse la mejilla y que la tela se desplazara un poco.

Podía ver levemente. Parpadeó al captar la luz entrar por una anquilosada ventana. Los tablones del suelo estaban cubiertos de polvo, y ella gimió al intentar incorporarse del sucio suelo.

Ya sabía dónde estaba.

Era la destartalada cabaña que había compartido con Alexander. Ahí fue donde lo conoció. Sin poder evitarlo, sus ojos acariciaron la cama y se recordó desnuda en ella, con él a su lado y… Sombra.

Gimió cuando su espalda se pegó a la pared y descansó allí. Le dolía la cabeza por el golpe, y se obligó a quedarse quieta mientras intentaba contener las náuseas.

Debía averiguar qué había pasado. No quería ni imaginarse el humor de perros que tendría Henry en esos momentos. Seguramente se pensaría que ella había huido de él.

Un sentimiento de tristeza le inundó el pecho. Por favor, que no lo creyese. Sintió ganas de llorar.

¿Y si había sido él quien había dado la orden de secuestrarla? No quería creer que era el asesino, pero había indicios que así lo indicaban. Sombra había estado presente en los dos escenarios del crimen, y la loba siempre estaba cerca de él… Había llegado justo en el momento en que sucedió el primer asesinato… Y ahora, estaba presa en esa cabaña.

Entonces, ¿por qué no la mató en cuanto tuvo oportunidad?

Porque la reconoció… y porque la necesitaba. Para hacerla su esposa y así acallar las lenguas viperinas de Riverplace. Hacerse con

la fortuna de una joven desdichada y salvarla del desastre era más práctico que matarla. La gente habría hablado…

—No, no… ¿Estás loca? —se dijo. ¿Cómo podía pensar así de él? Eran su mente y el miedo, que le estaban jugando una mala pasada. Tenía que serenarse.

No podía ser Henry. Jamás, en ningún momento, él había hecho nada para perjudicarla; siempre, a pesar de su engaño, se había portado como todo un caballero, respetándola… Y sus besos… Sus besos no mentían, como tampoco mentían sus ojos, llenos de pasión y amor, cuando la acariciaban con la mirada.

¡Demonios! ¡No podía volver a dudar de él!

Él la salvaría… Él iría en su busca, aunque quizás… no llegara a tiempo de encontrarla con vida. El asesino era letal.

No quería ni imaginarse a Henry, la expresión de sus ojos, si llegaba a encontrarla tan desfigurada como Lisa.

—No, por favor. —Debía pensar algo.

No oía a su secuestrador, ni podía verlo en su reducida visión, por lo que sabía que estaba sola en la cabaña.

—Oh, Henry —gimió de nuevo, cuando su pensamiento volvió a él. ¿La buscaría si creía que había huido de él?

«No he huido de ti», quiso decirle. Ahora se daba cuenta de que, en el fondo, había querido casarse, no por ser la mujer de alguien, no por una bonita boda con flores o una fiesta. No. Elisabeth había querido casarse porque era él quien se lo había propuesto y no otro. Quería amanecer cada día a su lado y cabalgar junto a él, luchar esa vida que les había tocado vivir juntos.

La puerta, abriéndose, y unos pasos sobre el suelo de madera la hicieron regresar a la realidad.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, odiándose después por el tono de indefensión de su voz.

Los pasos se escucharon avanzando lentos hacia Elizabeth. Intentó mirar, pero, al darse cuenta de ello, su captor se lanzó sobre ella y le colocó la venda en su sitio. Y quedó a ciegas, de nuevo.

Maldita sea, no quería morir sin ver el rostro de su asesino. Necesitaba saber si era Michael Greenwood, si era alguien familiar. Ese perfume… El olor de ese bastardo le resultaba conocido y se

estremeció ante el horror de haber dejado entrar en su casa a ese maldito que había segado las vidas de sus amigas.

Ella calló y se encogió contra la pared, con las rodillas contra el pecho, como si ese simple gesto pudiese protegerla. Escuchó de nuevo los pasos, levantándose, alejándose para después volver a acercarse con lentitud. El miedo la asoló, pero se esforzó en no demostrarlo.

—Dime quién eres —exigió.

No hubo respuesta. Únicamente el sonido metálico del martillo de un revólver.

«Voy a morir», se dijo, con un nudo atrapando su garganta.

Pero no le disparó. El asesino jugaba con ella. Disfrutaba con su miedo. La tenía a su merced. ¿Eso era lo que le había hecho a sus chicas antes de asesinarlas? ¿Aterrarlas y luego soltarlas por el bosque para darles caza?

«¡Pues no te lo voy a poner fácil!».

Elisabeth se retorció, intentando comprobar cuán fuertes eran sus ataduras.

—Quienquiera que seas, no te tengo miedo —mintió, pero lo hizo bien. Esta vez su voz sonó firme.

No hubo respuesta. Solo escuchó una respiración entrecortada.

Notó excitación en el aire. La expectación… Ese hombre no solo quería matarla… Lo supo, cuando unas manos le acariciaron una rodilla y ella se sacudió. Una risa ronca le puso los pelos de punta.

¿Dónde la había escuchado antes?

—No.

Meneó la cabeza. ¡Era imposible!

Cuando le tocó la mejilla, rozando su piel con los dedos, el tacto fue suave, pero detestable. No eran las manos de Henry, callosas a causa del trabajo con los caballos. Esas manos eran de un hombre que no había realizado un trabajo duro en su vida.

De repente, Elisabeth sintió que el hombre se inclinaba sobre ella, acercándose más, hasta que sintió el cálido aliento en su rostro. Unos húmedos labios se posaron sobre los suyos y la besó. Ella reprimió una arcada y se apartó de inmediato.

—¡Apártate de mí, bastardo!

Pero él no lo hizo. La tomó con fuerza de la mandíbula y la sujetó para volver a besarla a la fuerza. Entonces Elisabeth se dijo que no lo permitiría. Pensaba luchar.

Le mordió el labio con fuerza hasta que escuchó el grito de él y el sabor de la sangre en su boca.

Escuchó el ruido de su captor alejarse, retrocediendo sobre su trasero por las sucias tablas del suelo. Después se hizo el silencio, y Elisabeth empezó a sentir pánico. Esperó un golpe, encogiéndose sobre sí misma, pero este no llegó.

Entonces la voz familiar la aterrorizó tanto que solo pudo jadear.

—Llevo toda mi vida esperando este momento, Elisabeth.

Ella ahogó un grito y después notó sus lágrimas saladas intentando salir de sus ojos a pesar de la tela.

Acababa de reconocer al asesino.

No podía creerlo. El mundo se había vuelto loco.

Capítulo 23

Elisabeth no escuchaba nada más que el latido de su corazón.

Cielos, ¿cómo era posible? Él le quitó la venda de los ojos y ella pudo ver, al fin, el rostro del que, hasta hace poco, había sido su administrador y su hombre de confianza.

Jonathan Butler.

Su rostro estaba desencajado por unos ojos desmesuradamente abiertos y un rictus en su boca que no llegaba a ser una sonrisa. Jamás lo había visto así, era un hombre completamente distinto.

Si antes su rostro había sido angelical, ahora le pareció terrorífico. En sus ojos verdes lucía un brillo de lujuria, de tortura… El rostro de un loco.

—Elisabeth…, ¿cómo has podido hacerme esto? —La miró, como si de verdad estuviera esperando una respuesta.

Jonathan se puso en pie, dio unos pasos alejándose de ella, para luego volver a acercarse mientras se limpiaba la sangre de la boca.

—Jonathan… —jadeó, apenas sin aire a causa del pánico—. ¿Por… por qué?

—De verdad que no lo entiendo. ¿Cómo es posible que desearas casarte con ese sucio capataz? —Su rostro se contrajo y expresó una ira que jamás había visto en él—. Puede que sea el heredero de todo, pero no te merece. ¡Es poco más que un salvaje!

—No me puedo creer… —gimoteó—. Jonathan…, ¿qué demonios has hecho?

Pensó en Lisa y en Bárbara. Simplemente, no podía creerlo.

—Elisabeth —dijo de pronto, agachándose a su lado—. Siempre quise casarme contigo. Estamos hechos el uno para el otro, ¿no lo ves?

Ella negó con la cabeza, pero Jonathan se la sujetó, acercándose cada vez más a ella.

—Jonathan…, ¿las mataste? —preguntó, mientras las lágrimas recorrían sus mejillas. Aunque ya sabía la respuesta—. ¿Mataste a Bárbara y a Lisa?

Él pareció enfadarse y le apretó la cabeza, zarandeándola, hasta que la soltó y la empujó hacia la pared.

Se alejó de ella, furioso.

—¡Hice lo imposible para que no te convirtieras en una ramera, como todas esas a las que ayudabas! ¡No te dabas cuenta de que esas zorras mancillaban tu reputación! ¡No podía tener a una puta por esposa! Por eso las maté. Sin ellas… —dijo, gesticulando e imaginándose su futuro juntos—, sin ellas el pueblo podría volver a aceptarte. A invitarte a fiestas…

—Jonathan, por favor…

—Pero tú… —él la miraba con una devoción enfermiza y al mismo tiempo con odio— tú seguías ayudándolas, hasta hiciste que Lorelay abandonara a su esposo. Michael estaba furioso cuando lo encontré en el pueblo, vociferaba a todo el mundo que eras una metomentodo, que Lorelay quería dejarle para irse a Lobo Blanco, con esas rameras. ¿Crees que podía consentirlo?

Meneó la cabeza rápidamente, en señal de negación. Una y otra vez. Estaba desquiciado.

—No, no podía consentirlo.

—Jonathan…

—Por eso fui a la cabaña. Iba a acabar con Lorelay, pero Michael me sorprendió… Tuve que matarlo a él, mientras ella se escapaba. Pensé que no llegaría lejos y la seguí, pero ese estúpido lobo… Siempre estaba ahí, ¿lo sabías? Ese maldito lobo, vigilándome, juzgándome.

—¡Estás loco, Jonathan! —gritó Elisabeth.

—Para cuando la alcancé —seguía hablando de Lorelay—, ya estaba en el rancho. Y ya no pude apartarla de ti.

—¿Cómo has podido…? —Las lágrimas seguían deslizándose por las mejillas de Elisabeth. No podía creer que Jonathan, en quien siempre había confiado, hubiese hecho algo tan cruel—. ¿Por qué, Jonathan? ¿Por qué lo hiciste?

—¡Porque te amo! —El hombre abrió mucho los ojos—. Elisabeth, te he amado desde el día que te conocí.

—¡Eso no es amor! —gritó ella—. ¡Es una maldita obsesión!

Ambos quedaron mudos. Afuera se escuchó el aullido de un lobo y Elisabeth se estremeció. Jonathan pareció no haberlo oído. Luego, la voz de Butler fue lo único que ella pudo escuchar cuando él se acercó.

—Te amo —confesó, en un hijo de voz—. ¡Te amo, maldita seas! —Entonces su actitud cambió y bramó fuera de sí, llevándose las manos a la cabeza y apartándose el pelo de la frente. Acto seguido, volvió a posar los ojos sobre ella y la agarró de los brazos hasta levantarla y apretarla contra su cuerpo.

—Te amo, Elisabeth, y te lo voy a demostrar.

Ella vio, aterrada, cómo Jonathan la empujaba contra la pared y volvía a abrazarla, esta vez por el cuello, mientras manoseaba sus caderas, sus pechos.

—¡No! —gritó ella, apretando más la espalda contra la pared—. ¡No te atrevas, Jonathan!

Pero él no le hizo caso. La inmovilizó, al tiempo que intentaba subirle la falda del vestido.

—No te resistas, Elisabeth. Voy a tomarte, voy a hacerte mía.

—¡No!

Él empezaba a desabrocharse el pantalón.

—¡Sí, lo haré! Deberías haber sido mía hace mucho tiempo. Pero tuviste que entregarte a ese miserable de Cavill.

La besó desesperadamente y ella apartó la cara. En algún momento pudo deshacerse de sus ataduras y lo empujó con todas sus fuerzas. Pero Jonathan era mucho más fuerte de lo que parecía.

—¡No!

—¿Por qué me obligas a forzarte? ¡Entrégate a mí, como has hecho con tantos otros!

Ella intentaba huir de él. Logró darle un rodillazo en sus partes más íntimas y eso lo hizo doblarse de dolor.

—¡Maldita puta! —gritó Jonathan.

Cuando se repuso, clavó sus ojos verdes en los de ella, que se apretó aún más contra la pared de la cabaña.

Elisabeth lo vio en sus ojos, esta vez sí iba a matarla.

Cogió el revólver, se puso en pie y la apuntó a la cabeza.

—Si no vas a ser mía —dijo, con una expresión ausente—, no consentiré que seas de nadie más.

Amartilló el arma y, cuando estaba a punto de apretar el gatillo, Elisabeth cerró los ojos.

Pero no se escuchó disparo alguno, tan solo un gruñido aterrador.

¡Sombra!

Cuando Elisabeth abrió los ojos, la loba se había lanzado sobre Jonathan.

La escena fue dantesca, el enorme animal hizo que Jonathan perdiera el equilibrio. En el suelo, el hombre estaba a merced de la poderosa loba. Al tiempo que Sombra gruñía de forma aterradora, este intentaba retroceder, protegerse de las dentelladas con los antebrazos. Cuando Sombra cogió a su presa en una de ellas, tiró del brazo y Jonathan gritó de dolor. Cuando la loba lo soltó, el brazo maltrecho estaba cubierto de una sangre que goteaba en el suelo, haciendo que Elisabeth palideciera de terror.

Jonathan gimoteó y al cabo de un instante se lanzó a por su revólver para matar al animal. Pero Elisabeth fue más rápida. Se precipitó contra el arma y de una patada la lanzó lejos de su alcance.

—Va a matarme, Elisabeth —dijo él, sin poder creer que no lo ayudara. Pero ella pensó en Bárbara, en Lisa…

Cerró los ojos, como si las súplicas de ese hombre no la afectaran.

Recuperado de lo que Jonathan creyó una traición por parte de Elisabeth, se recompuso ante los gruñidos del animal, se llevó una mano a la bota y sacó de allí un pequeño cuchillo.

Intentó clavárselo a Sombra. Pero falló.

El estruendo que hizo la puerta al chocar contra la pared de la cabaña los sobresaltó a todos.

Henry apareció bajo el umbral y por un segundo se quedó quieto, como si no supiera exactamente qué estaba pasando. Pero al ver a la dama reaccionó rápido.

—¡Elisabeth! —gritó.

Sombra se distrajo y un aullido desgarrador llenó la habitación cuando Jonathan le clavó el cuchillo. El espeso pelaje de la loba no tardó en cubrirse de sangre.

—¡Dios mío! —gimió Elisabeth. Pero no pudo hacer nada.

Jonathan esta vez se abalanzó sobre el revólver, mientras ella y Henry miraban aterrados la respiración acelerada de Sombra, que agonizaba en el suelo, con un charco de sangre cada vez más amplio bajo su pelaje gris.

El asesino se puso en pie y apretó los puños.

—Voy a matarte, Henry Alexander Cavill. ¡A ti, a ese animal y a tu puta! ¡Voy a mataros a todos!

—Eso está por ver.

Jonathan estaba fuera de sí, lleno de sangre por todas partes y los ojos refulgiendo de pura rabia. Elisabeth supo que se trataba del mismísimo diablo.

Henry fue a por él y entonces… disparó.

El gritó de Elisabeth fue atronador. Aunque la bala le rozó el hombro, Henry no se detuvo, llegó hasta ese malnacido y lo golpeó con fuerza. El arma cayó al suelo, pero antes de que Henry pudiese seguir golpeándole, Jonathan se recompuso y contraatacó.

Ambos hombres se enzarzaron en una encarnizada lucha, mientras Elisabeth sostenía la cabeza de Sombra en su regazo. Jonathan era más fuerte de lo que aparentaba y Henry tuvo problemas en un primer momento. Después, su mano diestra se cerró en un fuerte puño que cayó sobre su enemigo. El impacto fue tal que Jonathan se quedó tumbado en el suelo. Pero se recompuso. «Demasiado rápido», pensó Henry. Jonathan le dio una patada en la rodilla que hizo que Henry cayera al suelo.

Jonathan se apoderó del cuchillo, lo alzó y a punto estuvo de ensartárselo en el cuello.

—¡Cuidado, Henry! —gritó Elisabeth.

Este reaccionó, dio media vuelta sobre sí mismo y el cuchillo se clavó en el suelo de madera.

Tras gritar exacerbado, Jonathan se puso en pie y atacó de nuevo. El filo del arma iba y venía sobre la cabeza de Henry, una y otra vez.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jonathan, con una sonrisa siniestra en el rostro.

Cuando intentó herirle un par de veces más, Henry se dio cuenta tarde de que ese petimetre, a quien había subestimado, sabía lo que se hacía. Había estudiado sus movimientos, y ahora… con otro giro inesperado, le clavó el cuchillo en el hombro.

—¡Basta, Jonathan! —gritó Elisabeth, mientras Henry, casi sin fuerzas, apoyaba la espalda contra la pared.

Jonathan vio cómo Henry se cogía el brazo y retrocedía hasta la pared. Él se dio la vuelta y la miró.

Entonces sus ojos se abrieron como platos.

Ella lo estaba apuntando con el revólver.

—¿Qué vas a hacer, Elisabeth?

Henry se sujetó el hombro, donde su herida manaba copiosamente. Sacó su pañuelo del bolsillo y se hizo un improvisado torniquete, con la esperanza de que no fuese tan grave como parecía. Luego miró a Sombra y apretó los dientes. El animal lo miró también a él. Respiraba con dificultad, pero la hemorragia pareció disminuir e hizo un par de intentos de levantarse. Apenas consiguió arrastrarse hasta Henry. Después, se quedó quieta, gruñendo a su agresor.

Pero ahora Jonathan no tenía poder. Elisabeth lo apuntaba con el revólver y parecía muy dispuesta a usarlo.

—No vas a matarme —dijo, con una sonrisa dulce, pero con un brillo rabioso en la mirada. Una mujer jamás debería llevar un arma. ¿Cómo era posible que Elisabeth hubiese cambiado tanto? Y todo por culpa de ese Cavill.

Lo miró con desprecio y, al dar un paso hacia él, Elisabeth lo detuvo.

—¡Detente, Jonathan! ¡No me obligues a disparar!

Él la miró con la cara desencajada y los ojos muy abiertos.

—Eres tan bonita. Preciosa… —susurró, cuando de nuevo ella lo distrajo—. ¿Cómo hemos podido llegar a esto?

La miró de arriba abajo, como si desaprobara su conducta.

—Jonathan, apártate de Henry y alza las manos…

—Tú no eres así, eres una mujer decente que ha tomado decisiones equivocadas. Yo sé que puedo cambiarte, que puedes ser una buena mujer, una buena esposa para mí… Sé mía, Elisabeth, sé…

—¡Jamás! —gritó ella—. ¡Entrégate, y acabemos con esto de una vez por todas!

Jonathan arrugó el ceño y la miró como mira el diablo a un ángel.

—Estás tan equivocada… —Elisabeth apretó el arma con fuerza al verlo avanzar—. Te has convertido en una puta.

A Henry se le aceleró el corazón, había visto hombres así, con esa mirada, con esa locura. Y sabía que solo había una manera de acabar con ella: si dejaba de respirar. Ese hombre estaba perdido, tenía el alma podrida. No habría salvación para él. Pero lo más peligroso era que… moriría matando.

—¡Elisabeth! —le gritó Henry para que se apartase, para que le acercara el arma y se fuera de allí.

Pero Elisabeth jamás lo dejaría solo.

—Jonathan, estás loco —dijo Elisabeth casi con lástima.

Él meneó la cabeza.

—Te mataré como maté a las otras. No te mereces a alguien como yo.

—En eso estamos de acuerdo.

Tras decir eso, apretó los labios y, cuando Jonathan fue a abalanzarse sobre ella, disparó.

Se escuchó un gran trueno, después, el peso de un cuerpo cayendo sobre la madera. Jonathan gimió de dolor.

—Elisabeth…, yo te amo… te amo…

Los ojos de Elisabeth se llenaron de lágrimas.

Y ocurrió, de repente, sin previo aviso, cuando Jonathan alzó la mano para alcanzar a Elisabeth, que Sombra se abalanzó sobre él. El mordisco esta vez acertó en la yugular. Elisabeth se precipitó contra Henry y se abrazó a él.

—No mires —le dijo, mientras la abrazaba.

Pero él sí miró. Sombra era un animal libre y salvaje, dispuesto a lo que fuera por proteger a su manada. Y eso estaba haciendo en ese mismo momento. El lobo blanco estaba segando la vida de quien había osado hacerles daño.

Cuando todo se acabó, Henry habló:

—Ya no hará más daño a nadie —dijo, haciendo que Elisabeth se apoyara en él.

La sacó de la cabaña y Sombra salió tras ellos. Pero después de dedicarles una larga y expresiva mirada, se perdió en la oscuridad del bosque, sin volver la vista atrás.

Elisabeth se quedó mirando el lugar por donde había desaparecido, con los ojos llenos de lágrimas. Quizás no volviera a verla, o quizás les echara de menos y merodeara por el rancho. Pero si algo tenía claro era que, pasara lo que pasase, Sombra siempre sería bienvenida.

—Ella me ha salvado la vida —dijo, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Henry le apartó un mechón rebelde y se lo colocó tras la oreja.

—Y a mí también, Elisabeth. —El sol caía sobre ellos mientras avanzaban hacia Cochise. Antes de subirla a lomos de su caballo, la besó en los labios, en la nariz, en las mejillas…—. Sombra también me ha salvado a mí, porque si te hubiese pasado algo, yo… habría muerto de dolor.

Ella lo miró con los ojos vidriosos y lo cogió por las manos.

—Perdóname, Henry. Pensé por un momento que tú… —Bajó la vista, avergonzada, y volvió a secarse las lágrimas—. Llegué a dudar de ti. Llegué a pensar que tú eras el asesino…

—Eso ya no importa. Lo único importante es que estás bien, Elisabeth. Cuando desapareciste… Oh, Dios, pensé que no te recuperaría… Te amo, te amo con todo mi corazón y, ¡demonios!, ¡cásate conmigo de una vez!

—Me mentiste… Todo este tiempo, me hiciste creer una mentira.

—Y lo siento, de veras. No debí traicionar tu confianza. Me equivoqué. Pero te amé desde el primer momento, en esta misma

cabaña supe que sería tuyo por siempre. Henry, Alexander, da igual cómo me llames, solo soy un hombre que te ama.

—Yo también te amo, Henry. En cuanto al matrimonio… —dijo ella, mirando su vestido de novia hecho jirones—, voy a tener que encontrar otro vestido…

Henry soltó una carcajada y la envolvió con sus brazos para darle un beso rápido en los labios. Pero ella le echó las manos al cuello y correspondió a su beso con pasión. Luego, él apoyó la frente en la suya y cerró los ojos.

—No hace falta que nos casemos mañana, esperaré el tiempo que sea necesario. Lograré que vuelvas a confiar en mí.

Ella lo abrazó con fuerza.

—Yo confío en ti. Jamás volveré a dudar.

—De momento, Lobo Blanco es y seguirá siendo tu hogar, hasta que decidas compartirlo conmigo. Nadie ha hecho más por este lugar que tú. Has salvado a tus chicas y has acabado con el mal que asolaba estas tierras. Eres la auténtica heroína de esta historia; te amo y te admiro por ello. Y cuando estés dispuesta a aceptarme, aquí estaré, a tu lado.

Epílogo

Elisabeth regresaba con Winter de una jornada de trabajo agotador.

El rancho Lobo Blanco había florecido y se había convertido en el más importante de Texas, superando al rancho Beaufort para alegría de Henry y enfado de Robert. Y todo gracias al estupendo equipo que formaban Henry y ella.

Al entrar en el granero, Andy se apresuró a recibirla y Elisabeth desmontó.

—Dale una buena ración de heno —se refirió a Winter, al tiempo que palmeaba el cuello del animal—, ha hecho un gran trabajo hoy.

—Por supuesto, señora Cavill.

—Oh, por Dios, Andy —dijo ella, resoplando. Jamás se acostumbraría—. Llámame Elisabeth.

—Por supuesto, señora Elisabeth.

La señora de Lobo Blanco negó con la cabeza, pero sonrió, al tiempo que se ajustaba el sombrero. Poco después caminó hacia la casa, se quitó las polainas, y cuando iba a subir las escaleras con el sombrero en la mano, se topó con la señora Baker. Estaba muy nerviosa.

—Señora…

—¿Tú también, Emma?

—Oh, ¡mírese! ¡Los invitados están a punto de llegar y usted con estas pintas!

Elisabeth se miró de arriba abajo. Llevaba unos pantalones desgastados, las botas llenas de barro y la camisa hacía muchas horas que había dejado de ser blanca.

Sí, la preocupación de su fiel amiga era lícita.

—Ahora mismo subo a asearme y a cambiarme, pero antes… ¿Dónde está mi amado esposo?

La señora Baker juntó las manos frente a ella, como si rogara al cielo, llena de felicidad.

—¡Qué bien suena eso de «amado esposo»!

Elisabeth se rio, mientras subía las escaleras hacia el dormitorio. Poco después se bañó, no podía presentarse ante nadie de esa guisa, hasta ella lo sabía. Se vistió deprisa, un bonito vestido azul con encaje, ideal para la fiesta que habían preparado para la noche. Todos sus amigos asistirían, incluidos los vaqueros y sus chicas. Robert y la señora Beaufort aceptaron encantados la invitación hacía semanas, aunque se veían regularmente.

Elisabeth le había pedido a la señora Baker que fuese algo informal, pero ella se había esforzado y la casa grande de Lobo Blanco lucía espectacular.

—Es una presentación muy importante —le había dicho, como si no pensara dejar ningún cabo suelto para esa noche. Hasta había contratado a personal del pueblo, para que los empleados de la casa pudieran disfrutar de la fiesta.

Cuando bajó las escaleras, buscó por todas las habitaciones, pero se dio cuenta de por qué su búsqueda había sido infructuosa. Henry entró en la casa en ese mismo momento. Iba de punta en blanco, y por su elegancia, supo que no venía de las caballerizas.

En sus brazos, una bebé regordeta gorgoreaba tan feliz como su padre.

—¡Jossy! —Elisabeth se acercó a su hija y la tomó en brazos, mientras el orgulloso padre miraba a sus dos tesoros.

Elisabeth sonrió hasta que le dolieron las mejillas.

—Oh, mi pequeña. Hola, esposo… —La sonrisa de Elisabeth era radiante y se inclinó hacia Henry para recibir de él un beso en los labios.

—Veo que estás de muy buen humor —dijo él, besándola de nuevo.

—¿Cómo no voy a estarlo? ¿Quién es la niña más bonita de Lobo Blanco? —Miró a su hija y soltó el aire de los pulmones, como si no pudiera ser posible tanta felicidad.

—¿Preparada para tu bautizo?

—Creo que cuando Lorelay le ha puesto este vestidito de volantes, se ha dado cuenta de que iba a ser la reina de la fiesta.

Elisabeth rio.

—Estoy convencida de ello. ¿Verdad que sí, mi amor?

El bebé reía con las caras que ponía su madre, pero pronto alzó las manitas y miró a su padre.

—Jossy quiere regresar a los brazos de su papá. ¿A que sí, Jossy?

Elisabeth vio con cariño cómo Henry tomaba de nuevo en brazos a su bebé. La estampa era la viva imagen de la felicidad y del amor.

—En cuanto solucione lo de las cabezas de ganado, eso va a cambiar —le advirtió, mientras lo seguía tras los pocos escalones que quedaban para llegar a las habitaciones del piso de arriba.

—No, no va a cambiar —la corrigió Henry, besando a su hija—. Porque papá va a seguir malcriándote, ¿a que sí, mi pequeña loba?

Elisabeth rompió a reír. Desde que Jossy había llegado a sus vidas, Henry estaba irreconocible. La sombra de peligro y ese aire misterioso que siempre había lucido en los ojos había desaparecido por completo, sustituido por una dulzura que jamás pensó que un hombre como él sería capaz de expresar. Y que le sentaba de maravilla. Lo hacía aún más atractivo.

—Si quieres que sea una mujer fuerte, debemos empezar a ser más estrictos con ella.

Henry puso cara de estar escandalizado. Por supuesto, sabía que su amada esposa exageraba, únicamente decía eso para llevarle la contraria.

—¿Has visto lo que dice tu madre? —se quejó—. ¡Por supuesto que papá te va a malcriar! Vas a tener todo lo que desees y jamás te faltará de nada. ¿Quieres un poni? Papá te lo dará. ¿Quieres un vestido nuevo? Papá te lo comprará. ¿Quieres ser la mejor ranchera de toda Texas? Papá te ayudará a serlo.

Elisabeth puso los brazos en jarras mientras veía a Henry besar la cabecita de su hija.

—La estás malcriando demasiado.

—No lo suficiente.

Caminaron hacia el salón y Henry se acercó a la ventana para disfrutar de la vista que ofrecía el rancho a la puesta de sol. Los invitados estaban a punto de llegar.

—Jossy, ¿aún no conoces la historia de cuando tu madre rechazó, por cuarta vez, mi propuesta de matrimonio?

—¡Henry! —se quejó Elisabeth.

—Fue hace un año exactamente, cuando se le escapó lady Templeton del establo, siguiendo a un burro guapo del rancho Beaufort. ¿Cómo se llamaba el galán, Elisabeth?

Su esposa rio, mientras lo abrazaba por la cintura y hundía su cara en la robusta espalda de Henry.

—No le cuentes estas cosas a Jossy, o no dormirá por las noches.

Por supuesto, Henry la ignoró y siguió hablándole al bebé.

—Hubo una gran tormenta, y tu madre decidió salir sola a buscar a la mula en plena noche y Winter se desbocó y acabó hundida en el barro, ¿y quién la rescató, de nuevo?

—No me rescataste, me salvé yo sola, como siempre. Encontré el camino de regreso.

—Un camino que acabó inundado, y si no hubiese sido por tu padre y por nuestra querida Sombra…, tu mamá se habría ahogado.

Al escuchar su nombre, la loba alzó las orejas y ladeó la cabeza, expectante. Esta dormitaba junto a la chimenea apagada. Desde que había vuelto a aparecer, el animal entraba y salía de la casa, como si fuera suya desde el día en que la pequeña Jossy llegó a sus vidas. Por algún motivo, se había convertido en la sombra de su bebé. Desde su nacimiento, no se había apartado de la cuna. Desde luego, nadie osaría hacerle daño al bebé con semejante guardián.

Elisabeth se acercó a Sombra y esta la miró con devoción.

—Eres mi heroína, Sombra —le dijo Elisabeth y le guiñó un ojo, sin apartarse de su esposo—. Y hace falta mucho más que una riada para acabar conmigo, pequeña Jossy —le dijo a su hija.

Acarició el pelo de la pequeña, tan negro como el de su padre.

—Cierto, hasta la tormenta teme a la señora Cavill —continuó Henry—. Pero, igualmente, la rescaté del fango, la tomé en mis brazos y, cabalgando en mi *mustang* negro, llegamos a la Cueva de los Lobos. Tras hacerle el amor apasionadamente —Elisabeth lo pellizcó mientras reía—, volví a pedirle matrimonio. ¿Y a que no sabes qué respondió?

—No escuches a tu padre —dijo Elisabeth, tapándole los oídos a la pequeña—. ¡Es un embustero!

Henry se dio la vuelta y, de nuevo, se inclinó para robarle un beso.

—Tu madre volvió a decirme que no…

—¡Henry! ¡No mientas más! ¡Te dije que sí! —aseguró ella, fingiéndose ofendida—. De hecho, ya te había dicho que sí mucho antes. Solo necesitaba un vestido de novia nuevo.

—Que tardó casi un año —le susurró a Jossy—. Y todo ese tiempo, me dijo que no. Pero no todo estaba perdido, pequeña Jossy, porque dos semanas después tu madre me sorprendió con un anillo y un ramo de rosas.

—No eran rosas, eran margaritas azules. Y no era para pedirte matrimonio, fue porque las cogí del jardín y pensé que eran muy bonitas.

Henry alzó una ceja.

—Embustera… Querida Jossy, si algo recordaré siempre en esta vida, es que después de rogar, tu madre fue quien me pidió matrimonio a mí. ¿Y a que no sabes qué respondí?

Elisabeth soltó una carcajada, tomó el rostro de su esposo y lo besó en los labios. Luego miró a su pequeña Jossy y le dijo:

—A tu padre no le quedó otra que aceptar.

Henry la miró intensamente y todo se quedó en silencio cuando en sus ojos Elisabeth pudo ver el profundo amor que sentía.

—Y jamás me he arrepentido de ello —susurró.

—Yo tampoco.

Notas

[1] Escritora, filóloga, traductora, poeta y filósofa francesa de los siglos XVI y XVII. Fue autora de *Igualdad de los hombres y las mujeres,* entre otras. Su obra está considerada en la actualidad como una de las precursoras históricas del feminismo.

[2] En el filete, las riendas van cogidas de las anillas, por lo tanto, la fuerza que ejercemos nosotros sobre las riendas es la misma que se ejerce sobre la boca del caballo, mientras que en el bocado las riendas van cogidas de las anillas portarriendas, pero la característica que lo diferencia de los filetes es la cadenilla: esta pasa por detrás de la mandíbula del caballo actuando de punto de apoyo, por lo que se convierte en una palanca que multiplica la fuerza que ejercen nuestras manos por la distancia de las camas inferiores.

[3] Domador de caballos, capaz de amansar al animal tan solo usando gestos, caricias y voz. Susurrador y caballo establecen una relación de confianza y respeto, sin violencia.

[4] Significa cólera. Montar esa yegua sería como montar en cólera. ;)

Si te ha gustado este libro…

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollins.es